

Por mucho que trate de olvidarlo, el pasado no lo ha olvidado a él.

ROSTRO DE SANGRE

ROBERT POBI



ROSTRO DE SANGRE

Robert Pobi

Traducción de Daniel Hernández Chambers



Créditos

Título original: *Bloodman*

Traducción: Daniel Hernández Chambers

Edición en formato digital: septiembre de 2013

© 2012, Robert Pobi

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427

08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 21.260-2013

ISBN: 978-84-9019-571-0

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Los personajes y hechos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas es una coincidencia no intencionada por parte del autor.

*Para mi madre y mi padre, que me enseñaron
a aspirar a lo más alto*

*No es necesario ser una habitación para estar
[embrujada
ni es necesario ser una casa;
el cerebro tiene pasadizos que superan
los lugares materiales.*

EMILY DICKINSON, poema 670

*Mas fija los ojos abajo, pues se acerca
el río de sangre en el que hierve
todo el que por violencia a otros daña.*

DANTE ALIGHIERI,
*Divina Comedia,
Infierno, Canto XII*

ROSTRO DE SANGRE

Día cuatro
Montauk, Long Island

A unos sesenta metros por debajo de la agitada superficie del Atlántico, un puñado de fantasmas avanzaba rozando el lecho marino con un balanceo intermitente, desplegándose y replegándose como en una especie de ballet. Los arrastraba hacia delante la tormenta que se había desatado por encima de ellos, y continuaban juntos después de haber recorrido kilómetros y kilómetros salpicados de rocas. Muy pronto la leve inclinación del fondo marino aumentaría y la tierra descendería hacia la negrura, y los fantasmas caerían a las profundidades. Allí los recogería la corriente del Golfo y los llevaría hacia la Costa Este, más allá de Massachusetts, para arrojarlos al final en el Atlántico Norte. Quizá los devorarían las criaturas que nadan en el oscuro mundo de las aguas frías, o quizá simplemente se pudrirían y acabarían por ser olvidados, pero lo que era seguro era que nunca volvería a tocarlos la luz del sol ni sentirían de nuevo su calidez.

A su alrededor, el fondo estaba cubierto por restos de todo tipo, y por encima de ellos resonaban los ecos de un mundo que se resquebrajaba. Un ejército de muebles de jardín, trozos de tejas, madera contrachapada, neumáticos, una vieja muñeca Barbie, bolsas de golf, una nevera abollada, cuadros al óleo, un destartado Dodge Charger, todo se balanceaba en la corriente junto a ellos, directo hacia mar abierto. De todo ello, el coche era lo que avanzaba más despacio, girando sobre uno de sus lados una y otra vez. Le faltaba una puerta, y sus faros aún brillaban con una luz trémula, como los ojos de un robot moribundo. La Barbie era la más rápida, y se mantenía erguida gracias a la ayuda de sus pechos de plástico y a la burbuja de aire que había quedado atrapada en su cabeza hueca.

Los fantasmas no recibían de la tormenta ningún tratamiento especial ni ninguna consideración de ningún tipo. Chocaban con los aparatos, se enganchaban en las rocas y quedaban recubiertos de manera poco elegante de algas, bolsas de plástico y trozos de tela rasgada igual que el resto de los desperdicios.

Pero a diferencia de los demás objetos que estaban siendo arrastrados, los fantasmas no eran un producto del huracán; habían sido creados por algo mucho más malvado y mucho menos predecible que el clima.

Día uno
Montauk, Long Island

Jake Cole se situó frente a la puerta y bajó la mirada hacia el felpudo desgredado que había visto por última vez la noche que se había largado de allí, hacía más de un cuarto de siglo. Mientras contemplaba fijamente la alfombrilla, sintió un leve chisporroteo en el sistema de circuitos al revivir una ráfaga de emociones antiguas, pero se dio cuenta de que ya no estaba asustado. Ni enfadado. Ni nada de todo aquello que le había dado al fin el valor para marcharse. Pero la sensación continuaba allí, aunque fuera solo de manera abstracta.

El felpudo estaba viejo y descolorido, y había empezado a deshilacharse por tres de sus lados. Cualquier otra persona lo habría tirado a la basura. Pero su padre no. nunca había prestado atención a cosas como los felpudos. Ni los modales. Ni su hijo. No, lo único que a Jacob Coleridge le había importado era el color. El felpudo era morado, pero su padre habría dicho que era «Pantone 269». Las flores habían sido alguna vez blancas («blanco azulado, hijo»). Lo había comprado su madre en una tienda para turistas de Montauk antes de morir y de que la tendencia a la bebida de su padre se escapara de control y comenzase a arrastrarse en su cerebro como una araña venenosa, transformando cualquier rastro de bondad en mezquindad.

Al diablo, pensó Jake. Es morado y blanco, y se limpió los zapatos en él. Abrió el enorme cerrojo de seguridad y empujó la puerta con la mano extendida sobre la madera de teca. Luego entró.

Con la ausencia de su padre, sintió que estaba invadiendo el reino del viejo: además de ser un hombre extremadamente reservado, Jacob Coleridge Sénior era un fanático sin igual del control. Pero Jake no era un intruso, le habían llamado, o había sido convocado, para mayor exactitud, para tomar decisiones por un hombre que ya no era capaz de tomarlas por sí mismo. Según el médico con el que había hablado Jake en el hospital, su padre se había prendido fuego durante un ataque de confusión debido al Alzheimer y había estado tan cerca de matarse como era posible sin llegar a conseguirlo. Y al empedernido ermitaño adicto al trabajo se le había agotado al fin el tiempo. Nunca volvería a pintar. Al oír eso, su hijo pensó que bien podrían sacarlo del hospital y llevarlo a la parte de atrás, subirlo al borde de un contenedor de basura y volarle la cabeza, porque, sin su pintura, Jacob Coleridge era como si no existiera.

Con un recuerdo táctil perfecto, los dedos de Jake se aventuraron en la oscuridad y encontraron los pesados interruptores de baquelita a un lado de la entrada. Tic, tic, tic. Las tres esferas de plexiglás con diseño de Verner Panton que iluminaban el vestíbulo principal

cobraron vida. Jake permaneció en el umbral durante un minuto, con la enorme maleta de aluminio olvidada en su mano, y paseó la mirada por la estancia. No había cambiado en veintiocho años, y eso no es que formase parte del discurso de un vendedor inmobiliario que se refiriese a la necesidad de una renovación, aunque también había parte de verdad en ello; no, la situación de aquella habitación era más visceral que eso. El lugar era un escenario sacado de la mente de Dickens.

Jake pasó junto a la mesa Nakashima de la entrada, una plancha grande y desnuda de nogal, y dejó caer sus llaves sobre su superficie polvorienta, al lado de una esfera de alambre que había estado allí desde que podía recordar. El polvo y varias telas de araña se adherían al metal pulido creando una suerte de piel vellosa, y cuando Jake dejó las llaves, el cuerpo de la escultura se movió, como si se estremeciera, una ilusión óptica producida por la luz de la tarde que caía. Avanzó hacia el interior.

La casa había sido una de las primeras viviendas totalmente hechas de cristal que se construyeron en el cabo. Una maravilla de diseño moderno, con un tejado muy inclinado, vigas de secuoyas de California y una cocina extraída directamente de un laboratorio escandinavo de diseño. La biblioteca de referencia de su padre estaba allí, devorando la pared a ambos lados de la chimenea de pizarra. Le mesita de café estaba llena de tazas cubiertas de polvo, botellas de whisky y ejemplares del *New York Times* cuyo precinto seguía intacto. Un bosque de colillas de cigarrillo asomaba del enorme cenicero de cerámica que había en el suelo y que tenía un trozo del tamaño de un mordisco pegado con pegamento sin demasiada maña. Los sofás estaban en la misma posición de siempre, el cuero brillaba suavemente allí donde estaba más desgastado; el reposabrazos de un sillón había sido reparado apresuradamente, y tal vez bajo los efectos del alcohol, con cinta adhesiva. ocupando un rincón estaba el piano de su madre, que no se había tocado desde el verano de 1978, y sobre su tapa polvorienta colgaba ladeado un cuadro, una de las *Shot Marylins* de Warhol, un regalo que Andy y aquella rubia de metro noventa con la que solía ir habían llevado un fin de semana.

Jake caminó lentamente por entre la vida de su padre, examinando el último cuarto de siglo. Saltaba a la vista que Jacob había perdido el juicio hacía algún tiempo, algo así no sucedía de la noche a la mañana. Llevaba su tiempo. Un tiempo considerable. Y el número final había sido merecedor del álbum familiar: una antorcha humana bailando por el salón, atravesando el panel de cristal de una de las ventanas y terminando con una zambullida en la piscina. Seguro. Todos los sistemas en funcionamiento. Houston, no tenemos problemas.

El desorden general que solía solapar el orden había calado hacia abajo, hasta las entrañas del lugar, haciendo que la desorganización fuera ahora la norma. Como en un taller de demolición, la entropía parecía ser la ley que gobernaba la mecánica. Las botellas, siempre obligatoriamente presentes en cualquier estancia habitada por el gran Jacob Coleridge, estaban tiradas por ahí como casquillos vacíos. Jake se inclinó y cogió una. El gusto de su padre había pasado del Laphroaig al Royal Lochnagar; al menos no se había vuelto un tacaño en sus últimos años.

Lo extraño eran las navajas multiusos, esparcidas por todas partes, siempre al alcance de la mano. Jake cogió una, hizo girar el mecanismo y sacó la hoja de la empuñadura. Estaba oxidada. Debían de haber estado en oferta, pensó, y la dejó en su sitio.

Uno de los doce paneles que iban del suelo al techo y daban directamente al océano había sido sustituido por una plancha de madera contrachapada cuyos bordes estaban pintados de

un color verde brillante. Por ahí era por donde su padre había atravesado el cristal para llegar a la piscina con la ropa ardiendo y sus dedos derritiéndose como velas de cera. La piscina estaba en el centro de una plataforma gris erosionada por el tiempo, convertida ahora en un estanque rectangular verdoso cuyo interior había sido pintado por su padre y Pablo Picasso durante un fin de semana de borrachera de 1967.

Apoyado contra la parte de atrás del sofá había un retrato de Chuck Close al que alguien le había rajado los ojos, sin duda con una de las navajas multiusos; el grafiti secreto de las obras de Jacob Gansevoort Coleridge Sr. ¿Por qué habría hecho eso su padre?

Jake se detuvo para examinar una nota pegada a una de las ventanas delanteras. En un trozo de papel de dibujo, escrito con las llamativas letras mayúsculas de dibujante de su padre, se leía: TU NOMBRE ES JACOB COLERIDGE. SIGUE PINTANDO.

Se quedó inmóvil, mientras sus ojos recorrían la superficie rugosa del papel e intentaba decidir si estaba preparado para aquello. La respuesta no tardó en llegar. La verdad era que no. Pero aquella no era una cuestión sobre la que pudiera elegir, era una obligación. Había una diferencia. Entró en la cocina.

Echó un vistazo a la nevera. Tres latas de cerveza *light*, filetes que habían dejado hacía algún tiempo de ser aptos para el consumo, ya fuera humano o no, una docena de recipientes de polietileno para sopa que contenían una sustancia fangosa que parecía destinada a convertirse en petróleo, un limón solitario y arrugado que semejava un pecho femenino viejo y abandonado, un zapato, un juego de llaves, un trozo reseco de césped, un par de libros y un par de navajas multiusos, una en la bandeja de las verduras y otra en el compartimento de la mantequilla. Jake cerró la nevera y dirigió una rápida mirada al resto de la cocina.

No había platos sucios, simplemente una capa de migas con manchas de diversos colores, bollos convertidos en polvo y huellas dactilares con una costra de pintura que daban la impresión de llevar allí desde antes de que se inventase Internet.

Abrió un cajón al azar y encontró un grupo de pinturas en su interior, pequeños lienzos apilados como libros, monótonas manchas negras y grises, de formas irregulares, que le dedicaron una mueca, desafiándole a que siguiera mirando.

La obra de su padre siempre había sido oscura, tanto en la composición como en el tema, una temprana marca de fábrica que lo diferenció de los hippies de su generación, que pintaban con colores hermosos y optimistas pinceladas. Pero aquellos pequeños cuadros eran campos sin vida, grises y negros, con una serie de estrías rojas atravesándolos, como venas que corrieran justo por debajo de la superficie. No eran obras clásicas. No eran modernas. Cuando pensó en ello, se dio cuenta de que probablemente no eran siquiera la obra de un artista cuerdo. Pero ¿qué otra cosa se podía esperar de un hombre que guardaba trozos de césped en la nevera y se prendía fuego a sí mismo una tarde de jueves?

Miró a su alrededor y se preguntó qué había ocurrido con el hombre que había dejado atrás. El brillante Jacob Coleridge había quedado reducido a un individuo que se dejaba notas para sí mismo y pintaba manchas sin sentido que parecían producto de la locura. De todo lo que había esperado de su padre, hacer cosas sin sentido era algo que nunca había siquiera considerado. Jake dejó caer el lienzo otra vez en el cajón y lo cerró empujándolo con la rodilla.

Era asombroso cómo las cosas podían acabar yéndose a la mierda. Treinta y tres años de miseria estaban resumidos allí. La casa apestaba. Quizá lo mejor que podía hacer fuera

prender fuego a uno de los periódicos, arrojarlo a la sala de estar y cerrar la puerta, dejando que la casa ardiera. Dejar que el lugar entero desapareciera de su recuerdo. Tal vez eso era lo que el viejo había intentado hacer. Puede que al final se hubiera hartado de su propia compañía.

—Déjalo ya —dijo en voz alta, y con el sonido de su propia voz llegó la conciencia de estar haciendo exactamente lo que se había prometido que no haría: sentir lástima de sí mismo. Salió de la cocina y cruzó un suelo de madera noble salpicado con docenas de pequeñas alfombras persas que se solapaban unas a otras en extraños cruces, como sellos extranjeros en un paquete postal.

Fue a las grandes puertas correderas que se abrían al océano y se quedó allí, con las manos en los bolsillos y con su mente intentando vagar hacia otro lugar. Cualquier lugar que no fuera aquel, aquella casa, el lugar al que había jurado que nunca regresaría. Contempló el mar y recuperó el control de su respiración. Buscó en el bolsillo, sacó un paquete de Marlboro y encendió uno con el Zippo de plata que Kay le había dado.

Llenó sus pulmones de humo y se concentró en el océano más allá de la playa. Mientras miraba fijamente el agua, recordó que el huracán se aproximaba. otro huracán tipo Cabo Verde. La ciudad ya se estaba preparando, había visto las señales al cruzarla con el coche camino hacia la casa: contraventanas colocadas, coches cargados, botellas de agua y pilas para linternas compradas por cajas. El rostro anaranjado y sonriente de la presentadora de la CNN en la pantalla muda de la habitación del hospital había mostrado un brillo de malicia al señalar el gigantesco ojo de la bestia en las imágenes por satélite. Era uno bien grande, dirigiéndose a Nueva Inglaterra con un tiempo estimado de llegada de poco más de cincuenta horas. Tiempo de sobra para que Jake completara y firmase todos los impresos que el hospital necesitaba y pudiera aún escapar del peligro. Centró la mirada en el horizonte, tratando de distinguir la tormenta más allá del día claro y soleado, pero lo único que podía ver era un cielo azul como el de una acuarela de Winslow Homer. Sin embargo, algo malo se avecinaba. El hecho de volver a casa lo hacía inevitable. Su suerte de siempre, o eso parecía.

Jake terminó el cigarrillo y lo dejó caer al suelo para aplastarlo luego sobre la alfombra con el tacón de su bota, y se apartó de aquel cuadro realista del Atlántico para volverse hacia el negativo raspado de la casa. Sacó su iPhone del bolsillo, marcó sin mirar realmente la pantalla, y se hundió en el grueso cuero del sofá, levantando una nube de polvo.

tres... cuatro... cinco tonos. Comprobó la hora en su reloj. Jeremy estaría con la canguro y Kay estaría ensayando, tendría el teléfono apagado y...

—Kay River —contestó ella, con el graznido distante de la orquesta resonando levemente de fondo.

—Eh, nena, soy yo. Solo quería saber si tú y Jeremy estáis bien.

—Estamos bien. No te preocupes por nosotros. ¿Cómo está tu padre?

Jake volvió a visualizar al hombre sedado que había visto en el hospital una hora antes. Los puntos blancos de mucosidad en las esquinas de los ojos. La respiración fatigada. Sus manos, derretidas y envueltas en vendas.

—La respuesta apropiada sería «más viejo». —Se fijó, más allá de la piscina, en las olas que golpeaban la playa mientras la música acompañaba a la Madre Naturaleza—. ¿Campioni? —preguntó, tratando de situar la pieza.

—Buen intento —se rio Kay—. Luchesi.

—Lo siento. Lo intento.

—No me casé contigo por tu oído.

—Lo sé. —Una imagen de Kay floreció en el interior de su cabeza, sus pecas y su sonrisa girando en un holograma mental.

—¿Estás en el hospital?

—Terminé hace una hora y acabo de llegar a casa de mi padre. Está hecha un desastre. No sé si voy a poder quedarme aquí. —Sus ojos recorrieron la estancia y fueron absorbiendo los detalles. Con la basura y las piezas de arte parecía una tumba saqueada en el Valle de los reyes a la que le faltase un sarcófago—. Ni sé si quiero hacerlo.

—Puedes. Y deberías. Esto es lo que necesitas, incluso aunque no lo sepas, señor don sabelotodo.

¿Cómo era posible que Kay siempre supiera cómo hacerle sentirse mejor con respecto a sus demonios?

—De acuerdo —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Mira, mañana tengo un ensayo más que acaba temprano. Jeremy y yo podríamos coger el autobús para ir allí. Puedo tomarme unos cuantos días. No quiero que pases esto tú solo.

Sus ojos dejaron el brillante lienzo móvil de la playa al otro lado de la cristalera y encontraron el amplio cenicero de porcelana con el trozo roto y pegado apresuradamente. Eso había ocurrido ¿hacía cuánto? Treinta y un años. Sin pensarlo, su mano fue a la base de su cráneo y notó el bulto de la cicatriz, la misma que todavía le dolía si miraba fijamente unas luces brillantes durante demasiado tiempo o si se quedaba atrapado en un atasco de tráfico.

—¿...ake? ¿Estás ahí? ¿Jake? ¿Estás...?

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Supongo que estoy más cansado de lo que pensaba. Voy a echar una cabezadita, y quizás a comer algo.

—Me parece una buena idea. Toma algo de proteínas. Sardinas y crema de queso untada en pan multicereales, ¿vale?

Jake sonrió, y el gesto fue un cambio bienvenido con respecto a la mueca soldada a su cara desde que le habían llamado del hospital.

—Gracias, nena. Ya te echo de menos.

—Yo también a ti. Llama si te sientes solo, aunque sean las dos de la madrugada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Adiós, nena.

Dejó el teléfono sobre la superficie invadida de la mesita de café. Una nubecilla de motas de polvo salió despedida y Jake cayó en la cuenta de que si aquel personaje de Dickens, la señorita Havisham, hubiera sido una alcohólica, habría hecho buenas migas con su viejo. Al menos mientras se le diera bien esconderse debajo de las camas y cerrar las puertas con llave cuando al tipo le llegase la hora de transformarse en lobo.

Subió la escalera de caracol y a medida que ascendía iba viendo basura tirada encima de los muebles de la habitación principal, desde latas de sopa vacías y copias sin abrir de la revista *¡Despertad!* hasta objetos más esotéricos, como una muñeca Barbie desnuda y un viejo filtro de aceite. Se detuvo en lo alto de las escaleras y contempló una casa que le había parecido mucho más grande la última vez que había estado allí.

La luz que entraba a través de los enormes rectángulos de cristal que daban al Atlántico se

llevaba por delante un montón de pecados, blanqueando el polvo y los desperdicios con una amplia pincelada de blanco azulado que le hacía entrecerrar los ojos. Las alfombras persas, manchas de color superpuestas y entrecruzadas, estaban impregnadas con retazos de vida igual que el resto de la casa. Jake vio las pisadas chamuscadas que su padre había dejado durante su danza al ritmo del Alzheimer, el número ganador había sido como una partida de *Enredos* para pirómanos, saliendo por donde la plancha de madera había sustituido a la cristalera. De manera inconsciente, Jake repasó los movimientos, empezando justo a la izquierda de la chimenea, una samba delante del piano, luego un rápido giro a la derecha para realizar cinco pasos de foxtrot y, finalmente, tambalearse de nuevo a la izquierda y prepararse con un giro para el golpe final y atravesar el cristal para salir a la terraza, donde había corrido hacia la piscina y se había arrojado al agua fangosa como un pez enfermizo. Con todo el alcohol que había en su sangre, resultaba sorprendente que no hubiera estallado y lanzado la casa por los aires en una nube blanca con forma de hongo.

En el exterior, a través de la panorámica interrumpida por la plancha de madera, vio el estudio de su padre en el extremo de la finca, dando directamente a la playa. Las ventanas eran agujeros negros, varias de las tablas habían desaparecido y las que quedaban estaban ennegrecidas y dobladas. Un nuevo componente de la estilizada imagen mental que Jake estaba construyendo con rapidez en su imaginación.

Pensó en registrar el resto de la casa, pero se dio cuenta de que en realidad no tenía interés en hacerlo. La suciedad y las navajas multiusos habían sido suficiente. Al menos por ahora. Bajó otra vez las escaleras, produciendo un ruido sordo en cada peldaño, y aceptó el hecho de que estaba más cansado de lo que le había dicho a Kay.

Recogió un puñado de lienzos del sofá y los apoyó contra la mesita. Eran oscuros y sangrientos como los del cajón de la cocina. Grises, inquietantes.

Sacó su arma, una Smith & Wesson M500 grande e inmaculada, y la deslizó debajo del cojín. Luego se quitó las botas, subió las piernas al sofá y se quedó dormido antes de que su cuerpo hubiera calentado el cuero que cubría su pistola debajo de su cabeza.

El canto estridente del teléfono móvil lo sacó con una sacudida del sueño y se incorporó de golpe.

—Jake Cole —dijo en tono reflexivo. Aún llevaba puesta la chaqueta de cuero y sentía la cabeza llena de hollín caliente. Fuera estaba oscuro, así que echó un vistazo al reloj. Las once y trece minutos.

—¿Agente especial Jake Cole?

Jake respiró hondo y emitió un sonido de asentimiento mientras se rascaba la cicatriz en la base del cuero cabelludo.

—Soy el sheriff Mike Hauser, del distrito de Southampton. Me han dado su número en la oficina de Nueva York. Siento llamarle a esta hora, pero tengo un problema y por alguna razón usted está a ocho kilómetros del lugar donde me hace falta. —El tono y la elección de las palabras le dieron a Jake un montón de información sobre el hombre que hablaba. Delgado. Cincuenta años. Cabello cortado al estilo militar. Pistola Sig Sauer P226 en la axila. Una insignia con la bandera americana en la solapa. Ex deportista.

Se produjo una pausa y Jake cayó en la cuenta de que se suponía que debía decirle al sheriff Hauser que no le importaba que le hubiera llamado. Que, por supuesto, escucharía lo que quisiera decirle. Que sí, señor, estaba allí para echar una mano. Estiró el brazo y sacó su pesado revólver de debajo del cojín. Comprobó el cargador, una costumbre que había

adquirido hacía mucho tiempo, y metió el arma en la funda que llevaba sujeta al cinturón. Se limitó a decir:

—¿ Cómo han muerto ?

La pausa se extendió un poco más y Jake reconoció el silencio elocuente de un hombre que intentaba reunir valor. Ese silencio le dio a Jake aún mucha más información sobre el sheriff. Hauser tragó saliva de forma audible y dijo:

—Los han desollado.

Y la pequeña corriente de emociones que se había negado a aceptar unas pocas horas antes se colocó delante de todo, bloqueando la visión del océano y de la luna. Se congeló en su cabeza y su presión arterial subió con una pulsación electromagnética que martilleó su materia gris.

Aquel miedo antiguo y odioso volvió a la superficie.

Jacob Coleridge Jr., ahora Jake Cole, redujo de cuarta a tercera y pisó el acelerador. Su 426 Hemi refunfunió cuando la legión de caballos enfriados en agua mordió el asfalto y el Charger del 68 emitió un chirrido en la curva, lanzando su paquete de cigarrillos por el salpicadero. Cuando llegó al vértice, las luces de los focos alumbraron más allá de la carretera e iluminaron una de las vallas que delimitaban la playa que bordeaba la autopista. Una visión brillante y azulada de la valla y la arena y un destello del Atlántico, luego el capó alargado de su coche rebasó la curva y aceleró por la autopista 27 en dirección este, de camino a ver a los muertos.

Era una noche entre semana y no había tráfico en la autopista de Montauk. El suave zigzaguo de la carretera le hizo pensar en el verano en el que tenía dieciséis años, cuando conducía hacia la casa de Billy Spencer en el viejo Corvette de Billy, después de terminar su turno en el Club Náutico de Montauk, con los bolsillos llenos de propinas de dos y tres dólares, lo que sumaba la cantidad suficiente para pasar el fin de semana. Recorrían la costa con la capota de lona bajada, oyendo a los The Clash y fumando hierba. Llevaba las ventanas bajadas y el aire frío de la noche zarandeaba el coche. El viento que había estado azotando los arrecifes había amainado y lo único que quedaba de él era una fuerte brisa que vibraba por toda la costa como un latido, bombeando aire fresco desde el océano. Algo metálico en el asiento trasero producía un sonido rítmico, tal vez el enganche del asiento de bebé de Jeremy, pero el ruido quedaba ahogado por la estática del momento.

Jake estaba intentando meterse en su personaje. Lo hacía siempre que iba al trabajo; siempre, de hecho, que se veía obligado a ver a los muertos, los mutilados y los ultrajados que conformaban su clientela.

Se trataba de un proceso similar al de ponerse una armadura, solo que en este caso era interna. A diferencia de la mayoría de los hombres con los que trabajaba en la agencia, la amenaza inmediata no iba dirigida a su cuerpo. Al ser el primer hombre en entrar en el escenario de algunos de los crímenes más violentos del planeta, Jake estaba continuamente sometido al riesgo de resultar dañado por la visión de la sangrienta escultura humana que le tocaba descifrar. En lugar de un chaleco antibalas y un casco antidisturbios, se protegía a sí mismo con un escudo que consistía en una personalidad cuidadosamente tallada para impedir que las zonas más frágiles de su psique pudieran resultar dañadas. Antes de penetrar en el escenario de un crimen, Jake envolvía ciertas partes de sí mismo y las guardaba en un lugar seguro de su mente para que no participasen en un proceso que le producía repulsión y fascinación a un tiempo. Y cuando había terminado, cuando salía del trabajo, era capaz de funcionar sin que la tensión se adueñase de él. Al menos esa era la teoría.

Últimamente, entrar en la zona requería un poco de esfuerzo, y esa noche el interruptor

de su cabeza del que dependía para ponerse en marcha parecía estar fallando. Con cualquier otra persona lo habría comprendido. Habría empatizado. Pero no se permitía ese tipo de cosas a sí mismo. No podía. Le molestaba la imagen de su padre, sedado en la cama del hospital, contaminando sus pensamientos. Necesitaba aquel espacio en ese preciso momento.

Al pensar en ello se dio cuenta de que no era solo su padre, era el hecho de estar allí. Estar de vuelta allí. Entrar en la casa. Ver el maldito cenicero con el trozo pegado aún en el suelo. Caminar entre aquellos sombríos lienzos que un pintor que había sido una vez genial había ido creando durante su descenso hacia la locura. oler el océano. Conducir por la autopista de Montauk. Pensar en Spencer y en su viejo Corvette. Aquel pedazo de césped en la nevera. La piscina infestada de algas. todo.

Cogió aire y empujó aquel inventario mental a un lado para concentrarse en entrar en la zona. Se centró en la conducción, en el pavimento que iba apareciendo bajo el resplandor de los faros, y en mantener el vehículo entre las líneas del asfalto. Pisó con fuerza el acelerador, subió a cuarta y sintió una manada de ratones sueltos por el estómago cuando el coche ascendió una pequeña colina en aquella carretera que delineaba la costa como una serpiente negra. Su cuerpo tiró del cinturón de seguridad cuando el Dodge llegó a la cima y luego cayó en un hoyo por la espalda de la serpiente, tirándolo contra el cuero. Pisó más a fondo el acelerador y el vehículo salió disparado hacia delante con un quejido que convirtió la gasolina en velocidad.

Unos minutos más tarde distinguió el parpadeo de las sirenas, como las luces de un árbol navideño, en un lado de la carretera, parcialmente ocultas por las siluetas oscuras de varios troncos. No quitó el pie del pedal hasta que le faltaban unos cien metros para llegar a la verja de entrada, y luego redujo rápidamente de cuarta a segunda. Pisó el freno y salió de la calzada, con el cinturón clavándosele en la cadera y el Hemi enrabiado por la pérdida de alimentación a su corazón.

Dos imponentes columnas de piedra que soportaban el peso de la enorme puerta de hierro forjado flanqueaban el sendero. Un par de coches patrulla de Southampton custodiaban la entrada, una ópera visual de destellos rojos, blancos y azules. Jake cruzó la verja y detuvo el coche cuando uno de los oficiales uniformados se acercó a la ventanilla con una linterna en la mano.

Como conocía el protocolo no se molestó en levantar la mirada: el impacto del haz de luz en su ojo podía despertarle uno de sus dolores de cabeza.

—¿Es usted el agente especial Cole? —preguntó el oficial, que permanecía en la visión periférica de Jake. Su *software* creó una imagen que cuadraba con la voz. Cuando la luz se apartó de su rostro, levantó la vista.

—¿Spencer? —dijo, a la vez que notaba que las comisuras de su boca se curvaban en la mueca más parecida a una sonrisa que era capaz de formar cuando estaba trabajando.

El policía dio un paso atrás y la expresión plana de su cara se transformó en un símbolo de interrogación que destelló bajo la luz de los faros.

—Es agente William Spencer —y mientras pronunciaba su apellido, el tono de su voz se apagó de pronto al reconocer a Jake entre la intermitencia azul y roja de las sirenas—. ¿Jakey? ¡¿Qué coño?! —Su rostro se transfiguró y se volvió mucho más amistoso, incluso bajo el centelleo navideño de los focos del techo de su coche. Sus ojos examinaron a Jake y en su boca apareció una sonrisa bastante amplia, lo cual, a pesar del tiempo transcurrido,

sorprendió a Jake, porque cuando estaban en el instituto casi se la había arrancado a puñetazos. Spencer paseó el foco de su linterna por el coche, fijándose en el asiento de niño que había en la parte trasera.

Jake detuvo las emociones que sabía que no iba a utilizar durante un rato y mostró su placa.

Tu sheriff sonaba bastante lúgubre por teléfono hace quince minutos.

Spencer ignoró su comentario.

—¿Estás de vuelta en casa de tu viejo? —Asintió para sí mismo y añadió—: ¿A qué viene lo de tu nombre?

Jake inhaló una bocanada de aire marino y dejó que calara hasta el fondo de sus pulmones. Aquello era lo que odiaba de regresar. Que le preguntasen sobre su pasado.

—El nombre Jacob Coleridge era más un obstáculo que un apoyo en el mundo de ahí fuera. —Ser el hijo del famoso pintor le había acarreado una buena cantidad de equipaje, nada positivo. Con la excepción quizá de algunas *groupies* de la escuela de arte que se habían acostado con él como un método para absorber una porción del ADN del famoso, incluso aunque fuera de segunda generación.

La sonrisa de Spencer sufrió un cortocircuito y el tipo hizo un gesto de asentimiento, como si lo comprendiera.

Tú eres el tío al que Hauser ha llamado? —Lo formuló como una pregunta, pero pretendía ser una afirmación.

Jake dijo que sí con la cabeza y miró fijamente a su antiguo compañero de juergas. Bajo el resplandor de las sirenas, sus ojos todavía relampagueaban en azul y rojo, ornamentos que no podían decidirse.

—No me gustaría ser tú —dijo Spencer.

La palpitación de sus ojos resultaba algo perturbador, y Jake desvió su atención hacia el tejado inclinado que se veía apenas tras la pequeña colina que recorría el sendero; se trataba de un viejo hábito paisajístico típico de Long Island para mantener la casa lejos de miradas ajenas desde la carretera. Contempló el tejado de pizarra iluminado por los focos de los vehículos de emergencia que sabía que estaban estacionados frente al edificio, desplegados en abanico de acuerdo con su relevancia.

—¿Dónde habéis colocado a los periodistas? —Jake sabía que, con la tormenta aproximándose, todos los programas nacionales de noticias tendría a su gente recorriendo la costa en busca de inminentes historias de desastres. Y no pasarían por alto un doble homicidio, por muy profundo que la policía local tratase de enterrarlo.

Spencer negó con la cabeza.

—No hay periodistas. El sheriff no ha llamado a ninguno y no creo que vaya a hacerlo.

Jake anotó ese dato en la lista, debajo de lo de la insignia con la bandera americana.

El agente William Spencer dio unos golpecitos en su arma con la lente de la linterna.

—Si alguien con una cámara intenta entrar, lo trataré como a un intruso.

—No, Billy, no lo hagas —negó Jake—. Vienes a buscarme. ¿Está claro?

Spencer dejó que la pregunta flotase en el aire durante unos segundos antes de responder:

—Claro. Sí.

—Los medios van a ser importantes en esta investigación. Queremos que trabajen con nosotros, no contra nosotros. Si aparecen, ve a buscarme.

Spencer sonrió, de nuevo en plan amistoso.

—Te han llamado por algo.

—Ya he hecho esto antes. La policía local consultó a la agencia y en la oficina de Nueva York sabían que yo estaba en la casa. Imagino que los jefes pensaron que yo tenía que estar aquí. —Se giró hacia Spencer, cuyas pupilas iluminadas se habían vuelto en cierto modo algo menos inquietantes—. Una coincidencia afortunada, supongo.

—Eres un tío inteligente, Jake. Al menos solías serlo. —La boca de Spencer se abrió y sus dientes comenzaron a centellear al ritmo de sus pupilas bajo el resplandor del coche patrulla—. No existen las coincidencias. —Frunció los labios y bajó la mirada, como si estuviera incómodo—. Lo sabes.

Jake odiaba los lugares comunes y los tópicos, pero algo en el modo en que Spencer había hablado puso en marcha una alarma en alguna parte de su mente.

—Pásate cuando quieras —dijo, y continuó hacia la casa.

Al contrario que el clan Wyeth, la siguiente generación del linaje Coleridge era incapaz de dibujar una figura humana con un mínimo parecido a la realidad. Sin embargo, Jake era capaz de llevar a cabo algunas cosas ciertamente notables en el interior de su cabeza. Su verdadero talento, que era incluso superior al don que poseía su padre, consistía en su habilidad para pintar los momentos finales de la vida de la gente. Y ese don extraño y a menudo aterrador hacía que a Jake se le diera muy bien cazar monstruos.

Las personas con las que trabajaba lo consideraban una forma de arte esotérico, una especie de extraña canalización desde lugares en los que era mejor no involucrarse, lugares perturbados, psicóticos, torturados. Jake encontraba los matices que hacían que la escena de un crimen fuese única. Y en esa unicidad, descifraba la huella, el rasgo estilístico, la firma del asesino. Una vez que esa firma le quedaba grabada en la memoria, la reconocía a simple vista. En el mundo del mercado del arte, si se aplicase a la pintura, un don como el suyo habría supuesto un beneficio de un millón de dólares anuales. En la búsqueda de asesinos, no tenía precio.

Atravesó el umbral coronado por un arco de gran altura esculpido con un motivo francés. La casa le habló de inmediato. De abundancia. Educación. Cultura. Muerte. Y... ¿y? Y algo más que no podía distinguir con claridad. Nunca antes había estado allí (poseía una memoria eidética para las localizaciones y no tenía el menor recuerdo de aquella finca), pero en el trasfondo, enterrado detrás de los rasgos personales de la casa, había algo que sí que conocía. Una cháchara distante que no conseguía reconocer.

El sheriff Hauser reflejaba con exactitud el retrato mental que Jake había dibujado en su cabeza, incluida la banderita americana en la solapa. Superaba con facilidad el metro noventa con sus botas de cuero, pesaba unos saludables cien kilos y poseía el requerido corte de pelo y el buen aspecto de su clase. Aunque ahora, en aquella casa propiedad de gente a la que había prometido proteger y servir y en la que había dos cuerpos ensangrentados y despellejados tirados en el suelo, Jake pudo detectar el estrés vibrando por debajo de su aparente compostura. Las líneas de preocupación en su rostro parecían grietas en una estatua de jardín que hubiera sido dejada a la intemperie durante demasiado tiempo. Sin saber cómo lo sabía, Jake estaba seguro de que Hauser había jugado al fútbol; había algo en la forma en la que movía los hombros y el modo en que giraba la cabeza que parecía decir *quarterback*. Pero pese a su aspecto físico, Jake sabía que no haría falta demasiado para agujerear la fina piel de control de Hauser y hacerle salir a vomitar.

Jake interrumpió una conversación que el sheriff tenía con un fotógrafo del departamento médico vestido al estilo de los astronautas.

—¿Sheriff Hauser? Jake Cole —dijo, tendiéndole la mano.

Hauser no se la estrechó, pero lo examinó con la mirada. Su boca se tensó un poco y Jake

se preguntó si habría tropezado con otro sheriff de población pequeña y culo apretado que terminaría siendo su peor enemigo en el caso. Hauser lo sorprendió:

—¿Cole? Claro. Disculpe. Yo... —Su voz se fue apagando, y se pasó el dorso de la mano por la boca—. La cabeza no me funciona a pleno rendimiento ahora mismo. Supongo que eso es lo último que debería decirle al FBI, ¿no?

—Aprecio su sinceridad. —Miró por encima del hombro de Hauser la puerta del dormitorio abierta de par en par y el interior de la habitación iluminado en distintas zonas por varios focos. Se dio a sí mismo la orden de esperar un minuto más hasta que Hauser estuviera preparado para realizar su nueva función de relaciones públicas—. ¿Qué está haciendo con respecto a la prensa? —preguntó, dándole cuerda.

—No hay prensa —repuso Hauser, negando con la cabeza.

—La mitad de los reporteros de noticias del país está a menos de setenta y cinco kilómetros de aquí. La política oficial del FBI es trabajar con la prensa. Establezca una buena relación y le sorprenderá ver que los informativos pueden hacer más bien que mal.

Hauser se quitó el guante de goma y se masajeó los ojos con el índice y el pulgar.

—No tengo mucha experiencia con este tipo de cosas.

Jake le dedicó al sheriff una charla de treinta segundos sobre cómo preparar un plan eficaz para colaborar con la prensa que resultase útil en la investigación. Sugirió que el propio Hauser fuera el oficial encargado de la información que se diera al público. Estaba convencido de que quedaría bien ante las cámaras. Una vez terminada la lección y ofrecidas sus promesas de ayuda, Jake señaló el rectángulo iluminado por los focos y se disculpó.

Pasó junto a Hauser y fue hacia la puerta, apartando a un lado a dos de los hombres del sheriff al avanzar. Nadie protestó ni dijo una palabra al ver a Jake en la escena; había algo en él que hacía que la gente se apartase de su camino.

Vio los cuerpos en el suelo y su cerebro hizo lo que siempre hacía, su *software* personal comenzó automáticamente a reunir detalles y a compararlos con la vasta base de datos existente en la cámara acorazada de su cabeza. El ruido de la habitación cesó. La gente que se movía a su espalda desapareció. Y no había ninguna luz a excepción de los focos halógenos que iluminaban los cadáveres. Permaneció allí durante unos segundos que podrían haber sido minutos, horas o días, e inventarió todo lo que veía en una descarga de datos mental.

Inmediatamente (o más rápido aún si eso fuera posible) lo supo. *Lo supo*. Con una certeza que resultaba tan inexplicable como lo que hacía su cerebro.

Ahora comprendió la cháchara que había percibido y no había llegado a reconocer cuando había llegado. Era el aroma de lo familiar. Conocía aquello. Era él.

Él.

Jake permaneció inmóvil mientras los detalles de la escena zumbaban en su cabeza. Sabía lo que había ocurrido. Cómo había ocurrido. Cuánto tiempo había durado.

El mundo había desaparecido, simplemente desaparecido, y no había ningún sonido aparte de los aullidos del niño. Y los gritos de la mujer en el suelo. Jake oyó el crujido típico del apio al romperse cuando a la mujer le pateaban las costillas. Oyó el chasquido de la mandíbula al quebrarse cuando recibió el golpe con la empuñadura del cuchillo de caza que usarían después para despellejarla. Escuchó sus chillidos por encima del sonido de su piel siendo arrancada de su cuerpo. Y su borboteo mientras rezaba suplicando que todo terminase. Que la muerte la acogiera.

Y entonces, con la misma rapidez, se fue. Estaba de vuelta en el umbral de la habitación y una voz a su izquierda decía algo gracioso. Alguien reía. Jake salió despedido de lo que estaba haciendo, de su propio interior, y se giró con brusquedad.

Un agente corpulento con la cabeza rapada y los restos de una sonrisa colgando de sus labios.

Jake resistió el impulso de gritar, pero se aseguró de que todos los presentes en la casa le pudieran oír:

—¿Esto te parece jodidamente gracioso, gilipollas?

El agente, en cuya placa de identificación figuraba el nombre de Scopes, clavó sus ojos en él. La expresión de su rostro era en parte de rencor, en parte de incomodidad.

—¿Sabes lo que ha pasado aquí? —Esperó, y la casa se sumió en el silencio. Todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo—. Una mujer fue desollada viva. La tiraron en el suelo y la obligaron a ver cómo mutilaban a un niño pequeño mientras el jodido chico probablemente rompía la barrera del sonido con sus alaridos. Y sangró hasta morir antes de que su asesino hubiera acabado con él. Seguramente sufrió muchas contracciones nerviosas en la fase final. Luego el hijo de puta dejó caer al niño al suelo como si fuera un juguete roto y pateó a la mujer en las costillas. Mientras ella boqueaba como un pez, intentando coger aire para rezar o gritar y pedir ayuda, él le arrancó el cuero cabelludo. Después puede que volviera a apalearla, y ella casi perdió la conciencia. Y mientras se hundía lejos del mundo, él le rebanó la carne de la cara. Después esperó. Y cuando ella se despertó, puede que la dejara gritar durante unos minutos para tener luego un buen recuerdo con el que masturbarse. Entonces, como en ese punto le gustaba mucho el sonido de su voz, la mantuvo contra el suelo con su pie y le arrancó toda la piel mientras ella alcanzaba grados de agonía que te harían estallar la cabeza. Así que si encuentras algo aunque sea remotamente gracioso aquí, te sacaré personalmente afuera y te meteré un poco de sentido común a hostias, y si crees que no lo digo en serio —Jake dio un paso hacia Scopes, que le sacaba media cabeza y debía de ser con toda probabilidad el tipo más grande en cualquier habitación en la que entrase— di algo que suene aunque sea medio estúpido.

Scopes bajó la mirada.

—No pretendía...

—Cierra la puta boca. No quiero una disculpa. Quiero que te quites de mi vista. Y si decides reunir suficientes agallas para buscarme más tarde, cuando hayas bebido un poco y te sientas lleno de rabia, te invito a hacerlo. ¿Entendido?

—Lo siento. —La cara del agente palideció un poco, luego cambió a un rojo intenso que dejó a la vista las venas de su cuello.

—Ve a hacer algo útil y consideraré el asunto olvidado.

Scopes asintió y salió a regañadientes.

Jake se dio la vuelta y miró a Hauser. Los ojos del sheriff estaban fijos en la puerta del dormitorio y su piel había perdido el color y adquirido un tono verdoso.

—¿Está bien? —le preguntó Jake, intentando mostrar la otra mitad de su personalidad.

Hauser seguía estando verde, pero empezó a recuperarse. Le hizo un gesto con la mano:

—Lamento lo de Scopes. Todos nos enfrentamos al estrés de diferente...

—Olvídelo —dijo Jake, sacudiendo la cabeza.

Hauser tragó saliva. Sus labios formaban una fina línea que apenas se movía cuando hablaba. Tragó saliva de nuevo e intentó respirar por la boca. La casa olía a metal, a sangre,

a mierda y a miedo.

Jake quería regresar al dormitorio, a los cuerpos ultrajados que yacían sobre la alfombra de pelo largo. Quería volver al trabajo. Pero la vocecita en su cabeza ahora parloteaba, recitando a toda velocidad los factores que unificaban este caso y el otro. El primero. El que le había hecho decidirse a dedicarse a esto.

Hauser se coló en su cabeza:

—La casa es propiedad de Carl y Jessica Farmer, y por lo que nos han contado los vecinos, la alquilan cuando viajan. Ahora mismo supongo que estos... eh... —hizo una pausa y giró el cuello a conciencia para apartar la mirada de la habitación donde estaban los muertos— estas personas son... eran inquilinos. No sabemos sus nombres. Ni de la mujer ni del niño.

—Es su hijo.

Hauser miró a Jake y entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

—Simplemente lo sé.

Hauser volvió a empezar:

—Según un vecino, los Farmer están navegando en dirección al Caribe. Van todos los otoños e inviernos y aquí siempre hay gente nueva yendo y viniendo.

Jake echó una mirada a su alrededor y absorbió las obras de arte, las antigüedades, las telas de buena calidad. El orden y la pulcritud representaban un gigantesco contraste con la malsana caverna de su padre en la playa.

—No parece que necesiten el dinero. Hay veinte de los grandes en cojines Aubusson solo en la sala de estar. ¿Por qué la alquilarán?

Hauser se encogió de hombros y se pasó otra vez el dorso de la mano por la boca.

—No lo sé. Los ricos son diferentes. —Se quedó en silencio y miró por encima del hombro de Jake, escudriñando la habitación—. Hasta ahora ninguno de los vecinos ha visto a ningún inquilino ni ha oído a un niño jugando. Quizá la mujer y... su hijo acababan de llegar. Puede que fueran los inquilinos.

—¿Está comprobando la cuenta bancaria de los Farmer?

El sheriff asintió.

—Si el alquiler se ha pagado con un cheque, tendremos algo mañana. Dos días si se trata de un banco de fuera de la ciudad.

—¿No hay bolso? ¿Correo? ¿Botes de medicamentos en el cuarto de baño?

La expresión vacía de Hauser se deslizó a uno y otro lado mientras negaba con la cabeza.

—No hay bolso. Ni cartera. Ni equipaje. No se ha encontrado nada que sea distintivo, nada personal.

—¿Ropa?

El sheriff negó con la cabeza.

—No hay ropa de niño. Ni ropa para una mujer con esa talla. Ni de esa edad, si tiene usted razón y ella es la madre. Sin su... piel, es difícil saber. Podría ser su abuela o...

Jake fue el que negó ahora con un gesto.

—Tiene la edad adecuada. Buena musculatura, no demasiada grasa subcutánea. —¿Qué hay de las otras cosas que has visto?, preguntó la vocecita desde la oscuridad.

Se les acercó una mujer de unos sesenta y cinco años, arreglada y perfecta, con un pelo que había sido rubio cortado al estilo paje. Era delgada y llevaba uno de los uniformes

antiadherentes que Jake había visto en cientos de escenarios de crímenes. Hauser la presentó como la médico forense, la doctora Nancy Reagan.

—No son familia —añadió, con toda naturalidad, y Jake deseó que no resultase ser uno de esos polis que habían conseguido de algún modo el puesto gracias a la influencia de su familia en la zona.

—¿Está el FBI oficialmente implicado? —preguntó Reagan con tono amistoso, como una serpiente que saludase a un ratón.

Jake pensó en la mujer que tenía a su espalda, despatarrada y pegada a la moqueta con su propia sangre.

—Sí.

La sonrisa de la forense se aplanó un poco.

—¿Le parezco una incompetente, agente especial Cole?

—No es una cuestión de competencia, es una cuestión de experiencia —repuso Jake, volviendo a meterse en el personaje—. ¿Le importa si me quedo unos minutos aquí con la señora X y el niño? —preguntó—. A solas.

Hauser tragó saliva en la que debía de ser la enésima vez en dos minutos y asintió:

—Claro. No hay problema. Pongo multas. A veces veo accidentes. Chicos borrachos metiéndose en peleas en la ciudad. ¿Asesinatos? Claro, esto es América, hay de sobra de esa mierda por todas partes. Tiroteos y puñaladas y palizas y ahogamientos y suicidios. Pero nunca había siquiera imaginado que hubiera gente que pudiera hacer esto a otra gente. Ni una sola vez. —Echó un vistazo por encima del hombro y su nuez subió y bajó por su garganta—. ¿Por qué desollaría alguien a un niño? No puedo... simplemente... no...

Jake cortó al sheriff para evitar que rompiera a llorar delante de sus hombres:

—Me gustaría que el fotógrafo de la doctora Reagan se quedase conmigo. Que saque fotos de lo que yo le diga. Con mi tarjeta de memoria. Usted puede tener copias, por supuesto. También espero recibir copias de lo que usted haga. —El departamento forense ya había realizado su trabajo. Se habían recogido muestras de sangre, un fotógrafo había catalogado la escena y todas las superficies habían sido espolvoreadas para obtener huellas dactilares o pruebas genéticas. Pero Jake no estaba buscando las cosas en las que se interesarían los miembros del departamento forense, ni siquiera aquellas que serían capaces de ver. Lo que Jake Cole quería era adentrarse en el miedo que sentía palpitando por toda la casa y hablar con los muertos empleando aquella parte de sí mismo que nunca había conseguido entender realmente.

Hauser volvió de repente a la realidad.

—Yo me quedo.

—Es su investigación.

El sheriff levantó la cabeza:

—Todo el mundo fuera. ¿Conway?

Un tipo pequeño vestido con uno de aquellos trajes omnipresentes y con una Nikon de alta gama colgando del cuello se le acercó, acompañado por el roce que producían sus pisadas en la moqueta.

—¿Sí?

—Este es el agente especial Jake Cole, del FBI. Cole nos está haciendo un favor, así que saca fotos de todo lo que él te diga, y sácalas como él te diga. ¿Entendido?

—Sin problema, sheriff —asintió Conway.

La casa comenzó a vaciarse, los hombres del sheriff fueron saliendo junto con los del equipo forense, formando una fila silenciosa y blanca. Conway cambió las tarjetas de memoria en su cámara y ajustó el flash, un Sunpak enorme. Cuando se quedaron solos, Jake miró a Conway a los ojos:

—Déjame curiosear por ahí, pero no te apartes mucho de mí.

El fotógrafo se encogió de hombros como un hombre que estuviera acostumbrado a recibir órdenes e hizo girar el objetivo.

Hauser retrocedió unos pasos, como si se hallase en una reserva natural observando la vida animal. Ladeó la cabeza y observó, deseando que aquello sirviera de algún modo para poner lo sucedido en un contexto mínimamente racional.

Jake caminó hacia el dormitorio y se detuvo en el umbral. En el suelo estaban las figuras tiradas y despellejadas de la señora X y su pequeño crío. Cruzó la puerta para su segundo encuentro con la mujer y el niño. Madre e hijo.

No son personas, se dijo a sí mismo.

No es una familia.

Es un conjunto de pistas.

Dejadas por un artista.

Un artista al que tú conoces.

Al que has visto.

Esta es su paleta.

Volvió a detenerse nada más pasar el umbral y el repique dentado de las campanas que producían los malos recuerdos empezó a resonar en su cabeza. Sintió el impulso de extender el brazo y agarrarse a algo en lo que apoyarse, pero al igual que su cerebro, sus músculos se habían congelado, la máquina que era su cuerpo se había desconectado de su CPU. Permaneció allí, conteniendo la respiración y con los ojos clavados en los cadáveres a los que les habían arrancado la piel.

Es él, dijo la vocecita dentro de su cabeza, con total naturalidad.

Y le sorprendió que pudiera mantener la calma, que sus pies resistieran fijos en el suelo y que en esta ocasión fuese más fuerte. Percibió la presencia de Hauser en el espacio vacío que tenía a su espalda, un punto frío en la habitación. Notó que el sheriff estaba conteniendo el aliento.

Jake se llenó los pulmones con aquel aire dulzón y durante una fracción de segundo se le escapó y pensó que iba a vomitar. No luchó contra aquella sensación, no intentó retener la arcada ni controlarla, se limitó a dejar que la sensación retumbase en su interior durante un instante y luego desapareció como sabía que haría, y entonces estaba de nuevo en la habitación. De nuevo en el aquí y el ahora y aquella galería de arte de los muertos.

Tomó nota de lo que veía, lo anotó en un formato pixelado y lo envió a sus archivos de memoria porque aquello era...

Él.

... importante.

Él.

No necesitaba ver nada más para saberlo. Ya lo sabía. La firma, su firma, estaba por todas partes. Ese era el significado del olor que había percibido en la sala de estar mientras hablaba con Hauser: el hedor de lo familiar.

La señora X estaba a los pies de la cama, esparcida por el suelo como un globo lleno de

agua que hubiera explotado. Estaba boca abajo sobre la alfombra, una de sus piernas doblada por la rodilla, un pie ensangrentado sobre el borde del colchón. Había un montón de sangre en la alfombra. En la cama. En el suelo. El rastro en zigzag de un carnicero metido en faena.

Él.

—¿Han comprobado el desagüe? ¿La bañera y la ducha? —le preguntó a Hauser, que se le había acercado en silencio—. ¿Han quitado las rejillas de las tuberías?

Fue Conway quien respondió con un silbido mentolado:

—Hemos metido un trapo por el desagüe hasta la fosa séptica. Hasta aquí no llega el alcantarillado municipal. No encontramos nada.

¿Estás seguro de que es él?, preguntó la esperanza. Pero no había posibilidad de error. No tan cerca. No después de todo lo que había ocurrido. Spencer tenía razón, no existen las coincidencias.

Se puso en cuclillas y se inclinó sobre el cuerpo de la mujer. Había visto muchas humillaciones en su carrera, pero el horror añadido de lo familiar lo hacía en cierto modo más visceral, como si aquello hubiera sido hecho para que él lo viera.

Antes de examinarla, ya sabía lo que iba a encontrar.

Toda la piel había sido arrancada del cuerpo. Giró la cabeza como un gato que fuese a atravesar una valla, echó una mirada a los dedos ensangrentados, se inclinó aún más, miró el codo, examinó la base de su cráneo y no pudo encontrar el más mínimo girón de piel en ninguna parte. Había sido desollada y tirada al suelo. Su carne presentaba marcas de incisiones con forma de media luna producidas por la punta del cuchillo. Sin pretenderlo, habló en voz alta:

—Fue despellejada con un cuchillo de un solo filo y punta curva. Hoja gruesa. Un cuchillo de caza, con toda probabilidad. —Examinó el trabajo realizado, la técnica, y todo volvió de golpe a su memoria.

Él. Ahora era casi una campanada en su cabeza. Un mantra coral.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Hauser en un tono de voz que estaba a medio camino entre un susurro y lo inaudible.

—¿Hacer, qué?

Hauser se humedeció los labios para que sus cuerdas vocales funcionasen mejor en esta ocasión:

—Eh... desollarla. ¿Estaban intentando ocultar la identidad de la víctima?

Jake meneó la cabeza y se recordó a sí mismo que la mayoría de la gente, policías incluidos, nunca llegaban a ver algo así. Por lo que respectaba a preguntas estúpidas, había escuchado muchas peores que aquella.

—No tiene nada que ver con eso. Tenemos su dentadura, o la mayor parte. Y el ADN. No, descubriremos quién es esta gente y él lo sabe. —Jake bajó los ojos hacia las víctimas y cayó en la cuenta de que no había respondido la verdadera pregunta de Hauser, el por qué—. Unos se llevan los pies. Otros se llevan órganos internos. Muchos se llevan los genitales. A este tipo le gusta la piel. Todavía no sé el porqué, solo el cómo. La respuesta fácil es que es su fantasía, su pequeño viaje mental en el tiovivo, así que lo organiza de un modo que le hace sentir bien. —Se giró hacia la mujer y añadió—: A él esto le resulta hermoso.

La carne debajo de su cara estaba arrugada y agrietada como un pudín y sus dientes eran protuberancias irregulares y blancas con las que había mordisqueado la moqueta. Su lengua

estaba a unos centímetros de su rostro, la había masticado y escupido, y ahora parecía una gruesa babosa carnosa que había muerto intentando escapar de un edificio en llamas.

Jake abrió el armario y se quedó inmóvil. Las perchas estaban vacías. Bajo la luz brillante de los focos, distinguió ocho pequeñas hendiduras en la alfombra.

—Haz fotos de esto. Con medidas.

—¿Fotos de qué? —preguntó Conway, mirando fijamente la alfombra.

Jake se agachó y fue señalando una por una las ocho marcas. Conway entrecerró los ojos:

—No veo nada.

—Aquí, aquí, aquí, aquí —volvió a mostrárselas Jake—. Y también aquí, aquí, aquí y aquí.

El rostro de Conway mostró su perplejidad cuando las vio.

—Joder. ¿Qué son?

Jake intentó no poner los ojos en blanco.

—Las ruedas de unas maletas —dijo Hauser desde atrás.

—¿Ruedas de maletas?

—Alguien sacó dos maletas del armario. —Jake levantó el dedo para indicar la barra que tenía por encima de la cabeza, de la que colgaban las perchas de alambre vacías—. Y toda la ropa.

—¿Por qué harían eso?

—Limítate a hacer las malditas fotos, ¿de acuerdo?

Fue entonces cuando Jake se dio cuenta de que faltaba algo más. Juguetes. Nadie va a ninguna parte con un niño de aquel tamaño sin llevar juguetes. Incluso aunque fuera solo para cinco minutos.

Jake se dio la vuelta y recorrió la habitación con la mirada, absorbiendo todos los objetos, todas las superficies y todos los detalles para crear con la estancia una maqueta en tres dimensiones dentro de su cabeza, una maqueta en la que podría entrar más tarde cuando necesitase algo. Ignoró el olor cobrizo y dulce de la sangre mezclado con el amargo hedor de las heces y el aroma de su propio miedo; ignoró que estaba en una habitación en la que un niño había sido desollado delante de su madre y a ella le habían arrancado el envoltorio como a un jodido regalo. Pasó por alto que los chicos de Hauser estaban fuera, probablemente contaminando la escena del crimen. Fue incluso capaz de olvidar al fotógrafo, agachado en cuclillas y sacando fotos mientras formaba muecas de incompreensión que parecían surgir de su cabeza como nubecillas de vapor. Hasta fue capaz de olvidar a los muertos.

Pero no fue capaz de ignorar la vocecita que había empezado a parlotear en su mente como un fantasma febril: Ha estado esperando que volvieras a casa, Jakey. Creías que se había marchado. Que quizás hubiera muerto, ¿verdad?

Bueno, pues ¿sabes qué?

Ha vuelto.

Y tú, amigo mío, estás jodido.

2.000 kilómetros al este de Nassau, Bahamas

Cada cierto tiempo la Madre Naturaleza monta una función para presumir un poco. O mucho. Las escrituras lo denominan «Juicio», por lo general organizado por un dios vengativo que pretende mantener bajo control a los hombres. Pero gracias al progreso de las ciencias, ahora se sabe que las catástrofes naturales no son más que una conjunción sincrónica de diversas condiciones atmosféricas. Lo único que se necesita es paciencia y la correcta combinación de los hechos.

A mediados de septiembre, a unos ochocientos kilómetros al sudoeste del archipiélago de las Azores, una tormenta gigantesca quedó atascada sobre el océano. Esto se produjo porque tres frentes que procedían de distintos lugares chocaron entre sí, haciendo que la tormenta permaneciese clavada en el mismo lugar.

El agua que servía de combustible para aquella bestia malvada la había sacado del océano el calor y había subido a la atmósfera convertida en vapor. La evaporación generó una energía que hizo rápidamente aumentar la velocidad de los vientos sobre las aguas tropicales, y los vientos incrementaron la evaporación de la superficie, alimentando la tormenta con más y más vapor. Esa acumulación de combustible hinchó la panza de la bestia y las nubes de tormenta ascendieron como hongos hacia la atmósfera, provocando que se formase más condensación, y así fue cómo nació un monstruo que se realimentaba a sí mismo.

El sistema, a causa de la rotación del planeta, comenzó a girar convertido en un gigantesco motor de calor con un infinito suministro de combustible. La metamorfosis de tormenta a huracán se había completado.

Había más calor.

Más evaporación.

Más viento.

Más condensación.

Más.

Más.

Más.

Entonces la presión atmosférica cayó varios milibares.

Y el huracán empezó a moverse hacia el oeste.

Durante su trayectoria, su ojo se dilató hasta formar el ojo de huracán más grande de la historia, superando al del *Carmen* por más de noventa kilómetros. De acuerdo con la tradición de la corrección política, la tormenta se identificó como masculina y se le dio el nombre de «*Dylan*».

El huracán *Dylan* avanzaba ahora hacia la costa americana y el agua que encontraba a su paso formaba olas de veinticinco metros, empujada por vientos de casi trescientos veinte kilómetros por hora. Y todavía no había terminado de ponerse sus pinturas de guerra.

Se estaba reservando para cuando tocara tierra.

Día dos
Montauk, Long Island

Jake estaba justo encima de la cresta de espuma y algas marinas que el Atlántico se había pasado la noche esparciendo por la playa ola a ola. Aún se estaba bien en el exterior pues la corriente del Golfo traía consigo otra corriente de más al sur que arrastraba aire caliente con ella. Toda la Costa Este estaba disfrutando de un buen día, una de esas mañanas de otoño que te hacían saber que el verano no se había acabado del todo. No había señales del huracán que estaba empujando el frente cálido hacia el norte.

Se había levantado temprano y había comido una tostada con mortadela sobre el fregadero como solía hacer en sus días de yonqui. Resultaba curioso que, incluso entonces, cuando su mente estaba en estado comatoso la mayor parte del tiempo, nunca se hubiera vuelto un holgazán. Siempre mantenía el apartamento en orden. Claro que eso era sencillo cuando no se contaba con un segundo par de zapatos y los objetos más caros del lugar eran los cubiertos de acero inoxidable que ocupaban su sitio con orgullo sobre el mantel de cartón en la encimera de la cocina. Además de la cucharilla azulada por el recalentamiento y el tubo quirúrgico.

Había atravesado la sala con los pies descalzos mientras tomaba café en un viejo vaso de papel al que le había quitado los pinceles. Algo en la cera y en la sensación de calor del café en sus dedos y el débil olor de la trementina le hizo pensar que el mundo había cambiado de forma irrevocable. No había estado allí desde hacía treinta años y ahora, atravesando aquel amplio espacio iluminado, comprendió que era como si nunca se hubiera marchado realmente. Porque nuestras mentes no están hechas para olvidar, sino para ignorar.

El tipo hosco con ojos de un negro opaco y el tatuaje que le devolvió la mirada desde el gran espejo que había al lado del piano no se parecía en nada al muchacho que había dejado allí tanto tiempo atrás. El reloj se había tragado veintiocho años y la pieza casi rota de maquinaria que Jake utilizaba como cuerpo había cambiado sus células cuatro veces desde que se había marchado. Con la excepción de los impulsos eléctricos almacenados como recuerdos, Jake Cole era un hombre diferente.

No recordaba haberse hecho el tatuaje, ni tan siquiera haber pensado en ello. En aquel entonces se gastaba el dinero en coca y heroína, jamás habría empleado su presupuesto en algo tan fútil como un tatuaje. Pero una mañana se había despertado en su minúsculo apartamento de la calle Spring, debiendo cuatro meses de alquiler pero, de alguna manera, sin haber sido desahuciado. Había vuelto a la vida en el suelo, en mitad de la cocina, con la cabeza latiéndole como una herida infectada, estremeciéndose en un charco de agua de color marrón oxidado que provenía de un retrete embozado en la habitación de al lado. Se

incorporó, y cuando alargó el brazo para apoyarse en la nevera, que ya no estaba allí, lo vio cubriendo su brazo como la manga de una camisa negra de seda. La tinta tapaba su cuerpo entero como una manta. Desde las muñecas hasta los tobillos, acabando en una línea dentada justo debajo de la laringe. Plano y cicatrizado en los pies, hinchado, rojo y fresco en el cuello. Y no recordaba nada en absoluto. Cuatro meses borrados de su vida.

Había permanecido ante el espejo durante horas, el período más largo de tiempo que podía recordar sin sentir las convulsiones nerviosas por no estar colocado. El texto estaba en latín, y después de descifrar unos cuantos nombres y frases, se dio cuenta de lo que era. El Canto XII del *Infierno*, la primera parte de la *Divina Comedia* de Dante. Jake conocía la historia, por supuesto. Cuando era niño había sido su libro favorito de entre todos los que había en la biblioteca de su padre. Un tomo enorme forrado en cuero e ilustrado por Gustave Doré. Nunca había tomado una decisión consciente acerca de cuáles le parecían las mejores partes, pero al mirarse a sí mismo en el espejo y contemplar la tinta que serpenteaba por su silueta, supo que el texto había sido elección suya. Y, si pensaba en ello, el Canto XII le parecía un fragmento inevitable. Los violentos eran condenados al infierno. La historia de los Hombres de Sangre. Como aquellos a los que ahora perseguía.

Como aquel al que ahora perseguía.

Después de todo aquel tiempo. Y al igual que encontrarse de nuevo en casa, todo apeataba a esa jodida palabra, destino. Porque ciertas cosas están destinadas a ocurrir. Hay ciertos lugares a los que se supone que se debe volver. Y, al pensar eso, cayó en la cuenta de que aún no había subido al piso de arriba.

Por supuesto el piso superior tenía tan mal aspecto como el inferior, peor porque el calor no tenía adónde ir y había cocido el olor del polvo, la suciedad y la desesperación en las paredes. Allí el suelo estaba desnudo, el barniz había desaparecido para dejar a la vista los tablones de madera sucios y abombados. Junto a una nueva selección de navajas multiusos, allí arriba también había unos cuantos lienzos manchados de pintura, apoyados contra la pared. Se detuvo frente a ellos y cogió uno, intentando imaginar qué había ocurrido en la cabeza de su padre. ¿Aquello eran ejercicios? ¿Cuánto tiempo llevaba pintando ese tipo de cosas? ¿Cuánto tiempo llevaba enfermo? ¿Por qué nadie se había percatado?

Se preguntó qué habría estado pensando su padre mientras pintaba aquellas manchas sin vida ni color. Jake había dejado de preocuparse por su padre hacía años, pero nunca había dejado de respetar su mente. Pese a todas las cosas negativas que se podían decir sobre Jacob Coleridge (y había suficientes como para llenar un estadio de fútbol), jamás se podría decir que no poseía talento. No como el resto de pintorzuelos que se habían aprovechado de estar en el lugar correcto en el momento correcto, en la época en la que presumir formaba parte del éxito. Cuando se añadía aquella brillantez mental a la ecuación, el proceso entero de impregnar un lienzo con pintura adquiriría un algo especial.

Mientras los demás medían sus progresos parodiándose a sí mismos, Jacob Coleridge había estado reinventando el modo en que la gente miraba el mundo. El modo en que miraba un lienzo con una costra de pigmento. El modo en que se miraba a sí misma. Se adentró en las arterias de la bestia hasta llegar a su corazón, que latía lleno de pintura, y su obra había sido la más original y apasionada que había salido de la Costa Este en mucho tiempo. Jacob Coleridge no había sido un vago, ni siquiera cuando había estado de moda serlo.

Así que, ¿qué demonios le había sucedido en los últimos... qué... dos... cinco... diez años?

Jake hizo girar uno de los lienzos asimétricos en el sentido de las agujas del reloj, y luego en sentido contrario. Su padre nunca había creído en el arte moderno, no como una rúbrica. Y desde luego nunca había creído en la basura narcisista y autoindulgente que su hijo estaba contemplando en aquel preciso momento. ¿Qué había pasado? Jake apoyó el lienzo contra la pared y siguió pasillo adelante.

Su antiguo dormitorio y el antiguo despacho de su madre estaban cerrados con llave. El dormitorio principal tenía una puerta corredera que se introducía en el interior de la pared. Estaba unos centímetros inclinada. Jake puso su mano en el borde y trató de tirar de ella para abrirla. Apenas cedió, como si estuviera atascada en un banco de arena húmeda. Echó una mirada a la habitación a través de la rendija y vio que la puerta estaba bloqueada con una barricada. No había otra palabra para describirlo. Pudo distinguir una cajonera, una vieja mesa de hierro y una enorme figura decorativa dorada colocadas contra el panel. ¿Cómo diablos había podido salir su padre de la habitación después de hacer eso? ¿Y qué tenía en la cabeza cuando amontonaba los muebles?

Atisbó por el hueco y vio más navajas multiusos sobre todas las superficies, de forma que siempre había una al alcance de la mano. El cuarto olía peor que el hospital, y en la oscuridad resultaba infinitamente más lúgubre, si eso era posible. La abriría mañana. O al día siguiente. En realidad no importaba.

Después del paseo por el piso de arriba, Jake se dirigió a la playa. Caminó descalzo, y sus brazos tatuados eran casi del mismo azul desgastado que su camiseta del FBI con las letras amarillas agrietadas. Mantuvo en su mano el vaso vacío, porque nunca había sido capaz de tirar basura por la calle; no le gustaba dejar nada suyo detrás. En su trabajo había visto que mucha gente se metía en problemas precisamente por hacer eso. Kay siempre decía que después de que Jake hubiera visitado un sitio era como si nunca hubiera estado allí. Él lo concebía simplemente como un riesgo laboral más.

La arena fría suponía un contraste directo con el viento cálido, pero él apenas se percataba de ello. Su mente iba pasando de la maqueta en 3D del dormitorio de los Farmer al accidente de su padre. Volver allí para enfrentarse a su padre y entrar en aquella casa la noche anterior no eran casualidades. Lo mirase como lo mirase, la situación era mala.

Mientras caminaba por la playa, la arena se le metía entre los dedos de los pies como el glaseado grumoso de un pastel, y la sensación removió viejos recuerdos. La playa había cambiado en el último cuarto de siglo. Mucho, de hecho. Como la propia ciudad, la playa solía ser una comunidad con dos grupos diferenciados: los lugareños y los veraneantes. Las casas más pequeñas y modestas pertenecían a los lugareños, y las más grandes y más nuevas eran propiedad de los veraneantes. El aburguesamiento se había tragado todas las casas disponibles en sucesivas barridas, y los lugareños habían sido empujados más y más lejos de la línea de costa hasta que la playa se transformó en una zona de casas de vacaciones carentes de personalidad y Montauk se arriesgó a convertirse en otra monstruosidad de los ricos. Tierra profanada con jardines presuntuosos y garaje con espacio para tres coches cuyos propietarios denominaban «la casa de los coches».

Para cuando Jacob Coleridge se había mudado a Montauk, ya se había labrado un nombre. Pollock había muerto, Warhol era una presencia firme, y existía un enorme hueco en la evolución de la pintura americana. En contraposición a la sobrecarga de color de Pollock o a la manida presentación de Warhol, Jacob Coleridge presentó una visión sombría consistente en amplias líneas de pigmento en capas, que empezó a llamar la

atención de los críticos. Y enseguida también la de los coleccionistas.

Al igual que la mayoría de artistas, Coleridge comenzó como un clasicista y a la edad de once años ya era un diestro dibujante. Muy pronto desarrolló la necesidad de que la gente viera un significado en su obra, lo que le llevó a empezar cada cuadro con una ilustración técnicamente impresionante que cubría después, hábil aunque algunos dirían que criminalmente, con sucesivas capas de pigmento hasta que solo quedaba un leve indicio del dibujo original. A diferencia de la gran cantidad de pintores americanos que querían que su obra fuese adorada, Jacob Coleridge cubría las partes que imaginaba que la gente querría ver. Los críticos lo alabaron como al único artista no narcisista dentro de la pintura americana. Muchos coleccionistas pasaban sus obras por rayos X para poder ver lo que no estaba a la vista. Con el tiempo empezó a pintar utilizando un pigmento de plomo, mezclándolo con aceite de linaza para que la máquina de rayos X tuviera dificultades en obtener resultados. Y cuanto más complicado lo ponía, más le pagaban por sus obras.

Jake bordeó la orilla, pateando inconscientemente la gruesa línea de algas y restos que había arrojado la marea, como si el detective que llevaba dentro buscara... ¿qué? ¿Conchas? ¿Un tesoro pirata? ¿Respuestas? Un pájaro moteado iba detrás de él, picoteando insectos que revoloteaban a causa de las patadas de Jake.

No había vuelto a casa para trabajar, había vuelto a casa porque su padre se había prendido fuego y se había quemado casi toda la carne de las manos, convirtiéndolas en poco más que garfios chamuscados. En resumidas cuentas, había vuelto para organizarlo todo de manera que su viejo pudiera ser internado en algún sitio. Después iba a meterse de nuevo en su coche, dirigirse a Nueva York y no regresar nunca jamás. Parecía un plan sencillo, expresado en semejantes términos. Solo que ese plan había saltado en pedazos cuando Hauser le había llamado la noche anterior.

El pájaro salió disparado y recogió con su pico un cangrejo que Jake había pateado, escabulléndose acto seguido con su presa, que no superaba el tamaño de una moneda. Luego lo dejó caer en la arena y le apuñaló el vientre con controlados golpes de su pico. Durante unos segundos, el crustáceo presentó una valerosa defensa, pero finalmente sucumbió al ataque y el pájaro le sacó las entrañas en una llamarada de color.

El faro brillaba de un modo extraño en la bruma matinal y Jake podía ver dos embarcaciones de pesca rodeando el cabo hacia el lado de sotavento de Long Island. Imaginó que todos los barcos de la zona estarían lejos para cuando fuesen las nueve de la mañana.

Por lo que podía ver, era la única persona en toda la playa. Giró la cabeza hacia la casa, una silueta geométrica de color negro recortada contra un cielo azul naranja, como si el arquitecto Richard Neutra hubiera diseñado el test de Rorschach. El reflejo del agua producía un destello rojizo y anaranjado en el cristal y la línea oscura del horizonte descendía en la hilera de ventanas que daban a la playa. Daba la impresión de que la casa se estaba elevando, y Jake se recordó a sí mismo observando la salida del sol junto a su madre después de una noche comiendo galletas con chocolate y viendo viejas películas en la tele.

¿Por qué era incapaz de centrarse estando allí? ¿Qué era lo que echaba a perder su concentración? ¿Se trataba del desorden en el que estaba sumida la casa, cobrando vida ante él? ¿Era el recuerdo de su madre? ¿Era aquel cabrón que había destrozado a la mujer y al niño? ¿Eran los escalofriantes cuadros que había en la casa? ¿O se trataba simple y llanamente del hecho de que no quería estar allí, sino de vuelta en la ciudad con su esposa y

su hijo, lejos de un lugar que había tratado de olvidar durante la mayor parte de su vida? Después de todo, ¿por qué tenía él que tener ninguna responsabilidad allí?

Cuando el sol ascendió en el firmamento, su luz se deslizó por las dunas y Jake sintió que la humedad de su cuerpo comenzaba a desaparecer. De pie en la arena, observando el borde del mundo en algún punto al este de donde estaba ahora, supo que no sería capaz de marcharse. Ahora no. No durante un tiempo. He vuelto para hacerme cargo de la vida de mi padre, se dijo. Y ahora tengo trabajo que hacer. Hay un monstruo aquí. Un monstruo que nadie más puede controlar. Un monstruo que nadie aparte de mí conoce. Un monstruo que nadie más puede encontrar.

Desollados.

He venido aquí a ayudar a mi viejo. No porque él se lo merezca o porque me importe una mierda. Sino porque es lo que un hijo debería hacer. ¿Y qué voy a hacer con respecto al pasado? Nada. Porque no se trata de algo que pueda arreglar. Desollados.

No es una coincidencia.

Desollados.

No quiero que sea él.

Desollados.

Ahora no.

Desollados.

No después de todo este tiempo.

Jake estaba en la cocina, tomando su octava taza de un café bueno aunque de marca blanca que había endulzado con un sobre de azúcar que había sustraído de una cafetería. Todavía tenía el pelo húmedo después de haberse dado una ducha, y se sentía mejor, o, al menos, cómodo con respecto a las dudas que tenía, como si eso importase un bledo. A unos diez metros de distancia la línea de texto tatuada en su cuerpo parecía una camisa hecha a medida. Jake lo consideraba parte de su nuevo yo, un nuevo yo que había comenzado cuando había dejado de gastar su vida entre chutes de heroína, cocaína y laxante para bebés. El tatuaje marcaba el final de todo lo anterior. El final de las drogas y la bebida y el ataque al corazón que de algún modo había logrado esquivar. El final de los malos tiempos que había vivido antes de encontrar a Kay y a Jeremy. Antes de que le enterrasen un aparato de sincronización cardíaca debajo del músculo pectoral, casi en la axila, para evitar que su corazón se olvidase de latir. Antes de que decidiera que la vida no era una porquería todo el tiempo. Antes de que apareciera el nuevo y mejorado Jake Cole.

Aún echaba de menos la cocaína y la heroína. Y también la bebida.

Pero el café estaba bueno, así que alzó su taza en un brindis silencioso a su yo anterior y al recuerdo de su madre. A los buenos tiempos. Al tiempo anterior al momento en que todo se había ido al carajo.

Estaba sirviéndose otra taza cuando sonó el timbre. Se preguntó si serían los hombres de Hauser o los de la prensa, pues ambas cosas ocurrirían más pronto que tarde. Por pura costumbre, cogió el revólver de la encimera y se lo puso a la espalda, sujeto con la cinturilla del pantalón, y fue hacia la puerta con la taza de café en una mano y un trozo de sándwich aferrado firmemente entre los dientes. Masticó el pan y sintió cómo se amoldaba a su paladar. Apartó el sándwich y abrió la puerta en un mismo movimiento.

Un rectángulo de luz inundó el vestíbulo en penumbra y la estancia abandonó el gris oscuro que la había cubierto para dejar a la vista la madera polvorienta y el cromo. Jake entrecerró los ojos para distinguir la figura que había en el umbral, rodeada por un halo de luz que dejaba en sombra sus rasgos. Solo había algo seguro: era un hombre. La imagen fue materializándose lentamente, como en las viejas conexiones a Internet, en las que los píxeles iban enfocándose poco a poco. Jake no reconoció el rostro que había detrás de las enormes gafas de sol Ray-Ban, pero sí la sonrisa, pues todavía le sorprendía que no estuviera rota, tal y como él se la había dejado la primera vez que se habían visto.

—¡Jakey! —gritó Spencer al tiempo que cruzaba el umbral y envolvía a Jake en un abrazo de oso y lo levantaba del suelo. Jake no era pequeño, pero su cuerpo quedó eclipsado por la enormidad del hombre que lo estaba estrujando—. ¡Jakey! —aulló de nuevo, ahora con la boca pegada a su oído.

—Vale ya. Joder, ¿estás intentando dejarme sordo? —Consiguió soltarse del abrazo

derramando un poco de café y perdiendo en el camino el último trozo de sándwich.

Su viejo amigo retrocedió unos pasos y sostuvo en alto la pistola que Jake se había guardado en la espalda.

—Veo que no te sientes muy tranquilo.

—No particularmente —repuso, recogiendo el arma. Cuando la tuvo otra vez en su mano, examinó al visitante de arriba abajo, comprobando los cambios producidos en veintiocho años—. Tienes buen aspecto, Spencer. —Era cierto. Su aspecto era mejor que el del monstruo iluminado como un muñeco navideño por las sirenas en la entrada de la casa de los muertos la noche anterior.

—Gracias —asintió Spencer con una sonrisa—. Sí. Tú... —se interrumpió y miró a Jake, su constitución fibrosa, sus tatuajes. Sus ojos volvieron a posarse en la pistola que Jake tenía en la mano—... también. —Hizo una pausa—. En serio. —Otra pausa—. Diferente. Pero bien, tío. Uauh. —Lo cogió por los hombros y lo sostuvo a la distancia de sus brazos extendidos como un comprador que estuviera midiendo un cuadro—. Estás igual. Charles Bronson.

Jake puso los ojos en blanco.

—Gracias. De verdad. Entra. —Le indicó con un gesto que pasara al interior de la casa—. ¿Te apetece un café?

Spencer avanzó y el suelo se estremeció bajo su peso.

—Claro. Por supuesto. Sí. Madre mía, este lugar no ha cambiado en absoluto. Lo digo en serio. —Atravesó el vestíbulo y se detuvo al llegar a la escultura geométrica que había sobre la mesa. Era del tamaño de un globo terráqueo—. Me había olvidado de esto. Ahora me da la impresión de haber estado aquí ayer mismo.

Jake siguió la dirección de sus ojos hasta la esfera de acero inoxidable.

—Sé a qué te refieres. —Fue a la sala para coger su camiseta del FBI y ponérsela—. ¿Qué tomas con el café? Tengo azúcar.

—Solo me va perfecto. A menos que sea alguna porquería de esas con vainilla, si lo es ponme solo un vaso de agua. Del grifo. Todo lo que viene embotellado produce Alzheimer y cáncer... —se interrumpió bruscamente al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Oh, mierda, Jakey. No pretendía...

Jake se limitó a encogerse de hombros.

—Al diablo.

La pregunta de si su padre había bebido demasiado alcohol embotellado en plástico la formuló aquella vocecita escalofriante que no paraba de oír en las últimas horas. Rellenó su taza y sirvió otra para Spencer (una taza con dibujos de superhéroes que no había contenido otra cosa que pinceles durante tres décadas).

—Gracias por pasarte. —Lo dijo en serio, lo cual le sorprendió tanto como oírsele decir a sí mismo en voz alta.

—Anoche dejaste a todo el mundo acojonado. Y digo a todo el mundo. —Hizo una pausa y su expresión se volvió seria, casi grave—. Incluso a Hauser, y es un tipo duro.

—¿Te ha dado Hauser instrucciones de cómo tratar a la prensa?

El otro asintió.

—Él se encargará de toda la información que se haga pública. Ha llamado a todos los periodistas que había en tu lista y tres de ellos ya estaban en la zona cubriendo otra historia. Ya has conseguido ganarte la confianza del departamento.

—¿Estás aquí en algún tipo de misión?

Spencer descartó tal cosa con un gesto de la mano.

—No le he dicho a Hauser que te conozco. Todavía no. Quería poder pasarme y charlar antes de que me prohibieran pasarme y charlar.

—Te lo agradezco. Sobre todo después de lo de Scopes.

El tono de Spencer bajó de volumen:

—Todos se han enterado de eso, Jakey. Scopes es un mal tipo.

—¿Como yo?

Spencer lo miró y meditó la respuesta. Era una pregunta puramente académica. Se habían conocido en primaria, cuando Spencer fue trasladado desde otro colegio y, en un intento de traerse consigo su título de matón local, decidió que algunos de los alumnos más pequeños tendrían que darle algo de dinero. En el recreo le dijo a Jake, que tenía ocho años, que tendría que pagarle cincuenta centavos al día para recibir su protección. Jake le escuchó con tranquilidad mientras grapaba un trabajo sobre las hojas de los árboles, cinco o seis páginas adornadas con hojas de robles, arces y olmos. Cuando Spencer terminó de hablar, Jake lo miró, le sonrió y luego le destrozó la boca con dos rápidos golpes de la grapadora. Después, cuando Spencer estaba en el suelo con algún diente menos y la cara cubierta de sangre, se inclinó sobre él y le preguntó:

—¿Protección de qué?

A partir de ahí fueron los mejores amigos hasta que Jake se marchó nueve años más tarde.

—Nadie es tan vil como tú, Jakey —dijo, y tomó un trago más de su café—. ¿Puedo preguntarte por qué no me dijiste que ibas a venir?

Era una pregunta sincera, una que Jake había estado esperando. Pensó en la posibilidad de recurrir a una mentira, en decirle que había estado ocupado, que no tenía apenas tiempo con el jaleo de su padre, que no había planeado quedarse mucho tiempo. Pero había intentado dejar las mentiras cuando dejó las drogas y ahora se le daba bastante bien usar la verdad. Al menos, su versión de la verdad.

—Dediqué un montón de tiempo a intentar olvidar este lugar. Tú me recuerdas lo que no tenía intención de volver a ver.

El enorme policía vestido de paisano dio un trago más y asintió con semblante serio.

—Gracias por no soltarme una estupidez cualquiera. —Dejó la taza y añadió—: Dime, ¿qué estás dispuesto a contarme, agente especial Jake Cole?

—Tú primero. ¿Cómo está tu padre?

El padre de Billy, Tiny Spencer, había sido piloto de carreras a finales de los sesenta y principios de los setenta y había corrido en el circuito americano para el equipo de Suzuki. Durante ocho años había estado viajando por todo el país, devorando el asfalto junto a tipos como Halsy Knox y toda aquella panda de lunáticos que parecían deseosos de morir. Pero su larga carrera profesional llegó a su fin una tarde de agosto en Bakersfield, California. El accidente le rompió ambas piernas a la altura de la rodilla y sus días de piloto acabaron para siempre. Así que Tiny se compró una casa en Montauk, porque odiaba Texas, su lugar de origen, y empezó a diseñar sus propias capotas para coches de carreras en su garaje. A los seis meses ganaba más dinero del que había ganado siendo piloto. Jake recordaba que la casa siempre olía a fibra de vidrio y disolvente.

Spencer caminó hasta el otro extremo del salón y miró hacia el océano, y Jake recordó que todo el mundo que entraba allí tenía la misma tentación: mirar la gran línea del Atlántico,

que no terminaba hasta llegar a Portugal.

—Mi padre murió hace cinco años. Cáncer de próstata. Decía que era por tener su culo sobre ruedas durante tantos años. Primero en las motos y luego en la silla. —Sus hombros se hundieron al ver la piscina cubierta de algas, hojas y moho que la coloreaban de verde intenso frente al azul perfecto del océano—. Me acuerdo cuando esta casa era como un programa de la tele. Tu madre moviéndose por todas partes con su aroma a Chanel, sirviéndonos sándwiches de pan de molde al que le había quitado los bordes y dejando que nos quedásemos hasta tarde viendo la tele. Me acuerdo de las galletas y los pasteles que nos daba. Y de tu perro, *Lewis*. —Hizo una pausa y su silencio dejó claro que lamentaba haber sacado el tema—. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos? —Su mirada permaneció en la superficie verdosa de la piscina, todo un monumento al pasado—. Me acuerdo de esa piscina. Joder, ¿dónde se han ido? —De todos los amigos de Jake, Spencer era el único que tenía permiso para bañarse en la piscina, debido a que Pablo Picasso había decorado el fondo con una enorme vagina cubista parpadeante. Spencer había admirado la imagen hasta que vio su primera vagina en la vida real. Quedó perplejo (y agradecido) por el hecho de que no contase con ángulos de noventa grados.

Jake se encogió de hombros. No había forma de responder a la pregunta, ya fuera retórica o no, sin abrir cosas que prefería que permaneciesen cerradas. Cosas como su perro.

Spencer dio un nuevo trago de café para rellenar el vacío en la conversación y luego, con voz de locutor de documentales, dijo:

—«¿Cómo se transformó Billy Spencer en el oficial William Spencer?» sería la siguiente pregunta. Hauser me salvó. Y no quiero bromas. No he vuelto a nacer ni chorradas de esas, Jake. Cuando te fuiste, yo intenté que las cosas siguieran igual. Continué trabajando en el Club Náutico y persiguiendo a las chicas que venían a veranear. Ya sabes, más de lo mismo. Pero eso solo funcionó durante un tiempo. Así que fui a la deriva. Durante una década. Pero ¿sabes eso de que el tiempo tiene su manera de hacer que te enfrentes a la realidad? Sí, bueno, pues una noche conducía de vuelta a casa después del trabajo completamente borracho. Hauser me da el alto y me hace bajar de la camioneta. Ni siquiera puedo mantenerme en pie. Puede arrestarme y hacer que la grúa se lleve mi camioneta. ¿Sabes lo que hace? Se mete en la camioneta y la aparca en un descampado al lado de la carretera. Luego me lleva a casa. Fue uno de esos momentos en los que se te enciende la bombilla. Me di cuenta de que no todo el mundo en este oficio va a pillar a la gente. Algunos (tipos como Hauser, me refiero) solo pretenden hacer que el mundo sea un poco mejor. Así que una semana más tarde me presenté al examen de policía y lo hice bastante bien, lo suficiente como para que se pusieran en contacto conmigo por si necesitaba que me animasen a ir a una entrevista. Después de la entrevista comprobaron mi historial, me hicieron un examen psicológico y tuve que pasar el test del polígrafo. Realicé el curso de veintiocho semanas y Hauser me contrató nada más salir por la puerta. Y aquí estamos. —Una vida entera resumida en unas pocas frases.

Dejaron de hablar durante unos minutos, mientras los dos escuchaban el rumor del océano, y luego Jake preguntó:

—¿Qué puedes decirme de Hauser? —Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Nació aquí, jugó al fútbol en el instituto de Southampton. Obtuvo una beca deportiva para ir a la Universidad de Texas. Fue primer *quarterback* durante tres temporadas. Llegó a profesional. Fue el número seis del *draft* para la NFL. Jugó cuatro buenos partidos para los

Steelers antes de que su rodilla derecha se doblase noventa grados en un ángulo antinatural. Seguramente te caería bien si llegases a conocerlo. Es un tío competente, hace falta algo muy gordo para que se ponga verde como anoche.

—Lo de anoche le resultaría duro a cualquiera.

Spencer pensó unos segundos en aquella frase y luego tendió su taza para que Jake se la rellenase.

—A ti pareció no afectarte.

Jake la sintió en su voz. La preocupación.

—Es lo que hago.

Spencer hizo un gesto de asentimiento como si eso lo explicase todo, pero en su rostro quedaba claro que aún le daba vueltas a unas cuantas preguntas.

—¿Historia? ¿Esposa? Ese tipo de cosas —dijo, cambiando de tema.

¿Qué podía decir Jake a eso? Heroína, un desfibrilador interno cosido a su pecho, problemas con la bebida. Narcóticos Anónimos. Alcohólicos Anónimos. De alguna manera conseguí superarlo. Conocí a Kay. Me hace reír, me pone cachondo. Un niño, Jeremy.

—Se llama Kay.

Adivino la cascada de acontecimientos ocurridos en la escena de un crimen antes que un equipo entero de antropólogos.

—Llevo doce años en el FBI.

La mitad de ellos he estado limpio.

—Tengo un hijo, Jeremy.

Lo llamo Moriarty porque él cree que es un nombre chulo y me aterroriza que algún día descubra que no sé si soy una buena persona.

—Vivo en Nueva York. Kay toca en la orquesta. El violonchelo.

Estoy fuera de casa once meses al año.

—He vuelto aquí porque mi padre se prendió fuego y atravesó la cristalera.

Y me jode que el muy bastardo no tuviera el detalle de morir.

—Me hubiera gustado que me dijeras adiós. O que me hubieras enviado una carta. Algo. Cualquier cosa. Fui a Nueva York un par de veces para intentar dar contigo.

Jake miró a su amigo fijamente, preguntándose si se esperaba que dijera algo en ese momento, puesto que él había hecho una pausa como si deseara alguna clase de diálogo. Enjuagó su taza debajo del grifo y la colocó en el escurridor que había al lado del fregadero. Unas cuantas gotas de agua sembraron cuentas caídas de un collar.

—Todos imaginaban que volverías algún día. Y aquí estás. Más de media vida después.

Jake se encogió de hombros, con la esperanza de que sirviera a modo de respuesta, de que Spencer lo dejase estar.

—¿Qué hiciste cuando llegaste a Nueva York? —insistió el otro.

Jake recordaba su visita a David Finch, el tratante de arte de su padre. Le había pedido treinta y un dólares para poder alojarse en el YMCA mientras encontraba trabajo y podía valerse por sí mismo. Le prometió que se lo devolvería en cuanto pudiera. Finch dijo que no. Que Jacob no lo aprobaría. Que lo sentía. Y luego le cerró la puerta en las narices.

Dos noches más tarde, sin haber comido ni tener un lugar seguro en el que dormir, Jake había vendido una pequeña parte de sí mismo. La primera de muchas. Y había aprendido, con una extraña mezcla de horror y orgullo, que era un superviviente. La siguiente parte de su vida había desaparecido y quedado olvidada. Las drogas ayudaron a ello. Durante mucho

tiempo.

—Seguir adelante con mi vida.

Los ojos de Jake se apartaron de Spencer y se deslizaron hacia la piscina. En cierto modo había algo sereno y casi meditativo en ella. Quizás el estado de la piscina no fuera un indicio de dejadez después de todo. Quizás a su padre le había dado por el estilo Zen.

—¿Qué es lo que haces exactamente, Jake?

—Pinto muertos. —Miró otra vez hacia la piscina convertida en estanque.

—Otro gran artista americano —dijo Spencer, y vertió su café en el desagüe del fregadero.

La mandíbula de su padre colgaba como inerte y sus mejillas estaban hundidas como si una mano invisible las estuviese apretando. Los pelos chamuscados de la barba moteaban su piel y en la comisura de la boca abierta y los extremos de los ojos se distinguían pequeñas manchas blancas de pus. El lado izquierdo de la cara era un desastre negro y rojizo de costra y pomada antibiótica seccionado por una enorme cicatriz suturada que iba desde la ceja hasta la barbilla. Sus manos eran simples bultos vendados al final de sus muñecas, palos envueltos en gasas ensangrentadas. Su respiración sonaba con fuerza y hacía que el aire de la habitación se estremeciese. Incluso estando sedado, el hombre demandaba atención.

La estancia estaba llena de flores de todos los colores, matices y cantidades imaginables. Olía a selva, y Jake se preguntó qué diría su viejo sobre semejante composición.

La puerta neumática emitió un siseo y Jake se giró para ver a una enfermera vestida de azul. Era pequeña y compacta, y había algo en ella que le resultaba familiar.

—¿Le ha preguntado alguien por lo del correo?

Los ojos de Jake volvieron un instante hacia su padre y de nuevo hacia la mirada marrón que le dirigía la mujer, luego bajaron a la chapa con su nombre. Rachael, leyó. Hubiera preferido que apareciera también el apellido.

—¿Correo? —fue lo único que se le ocurrió decir.

La enfermera asintió.

—El departamento encargado del correo nos ha llamado para preguntar qué deberían hacer al respecto.

Jake la miró, preguntándose de qué diablos estaba hablando.

—¿Hacer con qué? —preguntó.

—Con el correo de su padre. Se está amontonando.

Suspiró, se concentró en procesar el oxígeno de manera más eficiente y luego se encogió de hombros.

—Pónganlo en la mesita. Yo me encargaré.

La enfermera lo miró fijamente durante unos segundos y acto seguido meneó la cabeza a un lado y a otro. Enarcó una ceja.

—Hay un montón, señor Coleridge.

—Cole. Mi nombre es Cole.

La mujer hizo una breve pausa, como si se le hubiera estropeado el disco duro.

—Eh... Abajo hay nueve sacas de correo para su padre. Sospecho que llegará mucho más. Y también más flores.

La mente de Jake continuaba ocupada intentando descubrir por qué aquella mujer le resultaba tan familiar.

—¿Nueve sacas? —preguntó, haciendo un gesto con el pulgar en dirección a su padre—.

¿Para él?

—Eso parece, sí.

Jake soltó un suspiro al que siguió un mohín. Era difícil olvidar que su padre era alguien famoso, pero él lo había logrado. Sin embargo, no había duda de que la red estaría llena de gente comentando la noticia del accidente de su padre.

—¿Alguna sugerencia?

—Peter Beard estuvo aquí una noche y su gente se encargó de todo. Nosotros no estamos equipados para manejar semejante cantidad de correo.

—Yo no tengo «gente» —dijo con una sonrisa. Ni ganas de estar aquí, quiso añadir—. Haré que alguien venga a recogerlo. —La respiración de su padre pareció encontrar algún obstáculo y se interrumpió—. ¿Tienen pabellón de pediatría? —preguntó.

La enfermera Rachael asintió.

—Por supuesto, en la segunda planta. ¿Por qué?

—Lleven todas las flores de mi padre a Pediatría. Quiten las tarjetas y entrégueñelas a los niños.

La mujer asintió ahora lentamente mientras trataba de ver algo malo en aquellas instrucciones. Cuando se convenció de que no había ninguna laguna, sonrió:

—Es una idea maravillosa. —Y, de repente, Jake se dio cuenta de por qué le resultaba familiar.

Se giró de nuevo hacia su padre.

—¿Se ha despertado en algún momento?

—Estuvo despierto anoche, al principio de mi turno. —Como si quisiera acentuar ese punto, disimuló un bostezo con el dorso de la mano—. Estaba de bastante buen humor.

—¿Él? —preguntó, sin pretender parecer sorprendido. No podía recordar a su padre de buen humor. La luz vertía una profunda sombra sobre su rostro y ahuecaba sus mejillas. Parecía muerto. Pero entonces la respiración ronca comenzó de nuevo y la ilusión se quebró—. ¿Dijo algo?

—Hablamos un poco. Me pidió algo de beber y le di un vaso de agua. Cuando dio un trago, me preguntó: «¿Qué porquería es esta?». Al parecer esperaba que le diera whisky —dijo con una sonrisa—. Da la impresión de que le caigo bien. Con las demás enfermeras se pone nervioso. Pero al menos una parte de su miedo parece desaparecer cuando entro yo. No para de decirme que me parezco a Mia.

Los signos vitales de Jake se agitaron y sintió que una nueva porción de aquel miedo antiguo reaparecía. Así que su padre también lo había notado.

—Es cierto. —Respiró profundamente y pensó en los días en los que se podía fumar en una habitación de hospital. Días de Gloria, los había bautizado Springsteen—. Mia era mi madre. Mi padre no pronunciaba su nombre desde hacía treinta y tres años.

La enfermera hizo un gesto de complicidad.

—¿Divorcio?

Jake recordó la última vez que había visto a su madre. Había sido después de la apertura de una galería en Nueva York, cuando él tenía doce años. Ella volvió a casa sola, dejando a Jacob con sus fanáticos seguidores, sus críticos y su bebida. Se sentó en el borde de la cama y Jake se despertó algo confuso. Ella tenía el pelo despeinado por haber llevado la capota del coche bajada y llevaba un vestido negro de fiesta y un collar de perlas. Olía suavemente a perfume y a salitre.

Se inclinó sobre él y le dio un beso. Le dijo que le quería. Que iba a volver a salir para comprar cigarrillos. Y un paquete de galletas. Luego irían a la playa y contemplarían el amanecer con unos sacos de dormir. Le frotó la espalda y salió a por los cigarrillos y las galletas.

Nunca regresó.

—No —dijo, negando con la cabeza, y la imagen de aquella noche se rompió en pedazos—. Mi madre fue asesinada.

Jumo, 1978
Sumter Point

Jake estaba inmerso en la fase REM del sueño cuando ella le puso la mano en la espalda y sintió su piel cálida como una piedra abrasada por el sol. Le acarició con suavidad, notando los huesos bajo la piel. Poco a poco se despertó y se dio la vuelta.

Ella se limitó a mirarlo, esperando para ver si realizaba la extraña transición de niño dormido a niño despierto. La mayor parte del tiempo él solo le sonreía, cerraba los ojos y volvía a sumergirse en ese lugar al que iba cuando se dormía.

—¿Qué hora es? —Se desprendió y la camisa del pijama dejó a la vista las costillas y el ombligo.

Ella miró su reloj.

—Las cuatro y trece.

—¿Papá ha venido contigo?

El rostro de su madre, una hermosa mezcla de suaves sombras, sonrió.

—La celebración ha estado bien, y ha querido quedarse y charlar un poco. Yo quería volver para verte.

—Deberías haberte quedado —dijo Jake con la boca abierta para bostezar—. ¿Teníais una buena habitación en el hotel? ¿Una de esas con jabón gratis?

Ella sonrió otra vez y le acarició la pierna.

—Sí, una de esas. —Se inclinó y le besó en la frente, algo que a él todavía no le incomodaba (al menos en privado). Había conducido por la autopista de la costa con la capota bajada y olía a perfume y a sal, ese olor húmedo del océano que impregna todo lo que está cerca del agua—. ¿Qué hiciste anoche, Jakey? ¿Algo divertido?

—Estuvo bien. Vino Billy. Vimos una peli, *La batalla de los simios gigantes*, pero no teníamos galletas y Billy decidió que quería dormir en su casa.

Su madre siguió acariciándole la pierna y le dio otro beso.

—Tengo que ir a la tienda a por cigarrillos. Seguro que también tienen esas galletas que te gustan. ¿Quieres que te compre?

Aquel era el tipo de cosas que su madre siempre hacía y Jake tenía constantemente que resistir la tentación de abusar de su bondad. Aunque solo tenía doce años se daba cuenta de que su padre ya lo hacía por los dos.

—No hace falta, mamá.

—Estaré de vuelta en quince minutos. Si quieres, podemos bajar a la playa y ver cómo sale el sol. Pondré café en el termo militar de papá y nos acurrucaremos con una manta, y nos imaginaremos que somos las dos únicas personas que quedan en el mundo y que todo el

planeta ha caído bajo el dominio de los simios.

—Guay.

Ella sonrió y se puso en pie.

—¿Ves? No me lo monto mal para ser una viejecita. —Tenía treinta y siete.

Volvió a inclinarse y le besó una vez más, y él no percibió olor alguno a cigarrillos y supo que iría a la tienda se lo pidiera o no.

—Compra un paquete grande —dijo.

—Cuenta con ello.

Encontraron su coche a un kilómetro y medio de la tienda, en la entrada de una casa que se alquilaba en verano y que estaba cerrada y vacía.

No había sangre, ni signos de lucha, solo su Mercedes Pagoda en el sendero de grava, con algo más de medio tanque de gasolina. Junto al asiento delantero había un paquete nuevo de Marl-boro al que solo le faltaba un cigarrillo. El paquete de galletas y su bolso estaban en el asiento del pasajero. Faltaban dos galletas, pero los veinticinco mil dólares en efectivo que había obtenido en la apertura de la galería continuaban en el bolso. No faltaba nada a excepción de aquellas dos galletas y el cigarrillo.

Lo que quedaba de Mia Coleridge yacía en una mancha roja sobre la gravilla a doscientos metros de distancia.

Jake estaba sentado en una silla de vinilo y aluminio, encajada entre el lavamanos y la ventana, mirando fijamente a su padre, pero sin verlo. Su mente vagaba por las habitaciones de la casa de los Farmer. Estaba en uno de los cuartos de invitados, un cuarto de invitados vacío, mirando el suelo. Se puso en cuclillas y centró su atención en algo que había en el umbral. Solo lo había visto brillar durante un segundo, luego lo había pasado de largo y se había vuelto invisible. Se inclinó hacia delante y la línea casi completamente recta de un cabello largo y rubio, casi blanco, resaltó sobre la topografía del suelo de madera.

Movió su ojo mental hacia delante y hacia atrás, captando sus detalles. Medía unos sesenta y cinco centímetros de largo y era fino, ralo. Había dejado de ser rubio y estaba camino de ser blanco. Esperaba que los hombres de Hauser lo hubieran metido en una bolsa.

¿Por qué no había visto nada la noche anterior? Porque estaba acostumbrado a trabajar con los chicos de la agencia, y sus forenses nunca pasaban por alto algo así. En cierto modo era una prueba. Una prueba que esperaba que los hombres de Hauser hubieran superado.

Vería a la médico forense en unas horas y tendría muchas más respuestas. Hasta que hablase con ella y examinase a la señora X y al niño, lo único que tenía era la maqueta tridimensional en su cabeza. Más que suficiente para mantenerse ocupado. Lo bastante para rellenar al menos unas cuantas horas.

En su cabeza, Jake salió de la habitación con los pelos rubios, giró y penetró en el vestíbulo de la habitación donde el asesino había tirado a la señora y al pequeño X en el suelo. Los miró fijamente. Sus ojos recorrieron aquel destrozo escarlata en busca de... de...

—¿Pueden darme algo de beber? —Una voz brotó de la penumbra y la maqueta se rompió en pedazos. Estaba de nuevo en el hospital, sentado en la silla en el rincón, y parpadeó una vez, con fuerza, y vio los ojos de su padre clavados en él.

No había perdido ni un ápice de la sofisticación que le había convertido en favorito tanto de los críticos como de los aficionados. Nunca había pretendido ser elegante o especial. Creía que era lo que era: un pintor. Y ahora era un pintor sediento.

—Bueno, ¿qué, gilipollas, puedes darme algo de beber? —preguntó otra vez, alzando la voz en tono irritado.

Jake se levantó.

—¿Algo de beber? Claro. —Entonces recordó la anécdota de la enfermera Rachael sobre el whisky—. Solo hay agua. No hay whisky. —Miró ahora fijamente a su padre a los ojos y no sintió nada, ni tan siquiera un destello del antiguo veneno. Y el gruñido del viejo no sirvió para pulsar ningún botón del miedo como solía hacer. De hecho, se preguntó si aún tenía botones del miedo o si los había perdido con el paso del tiempo.

Su padre sonrió como si estuviera hablando con una persona disminuida.

—Claro que no hay whisky. Esto es un hospital. ¿Crees que sirven whisky en un jodido

hospital? Y, de todas maneras, ¿qué clase de voluntario eres tú? Sentado ahí con la mirada perdida. ¿No se supone que tendrías que estar leyéndome algo en voz alta o rascándome el culo o cualquier estupidez de esas que no puedo hacer yo mismo? —Alzó las manos, dos protuberancias de gasas blancas teñidas de rojo oscuro allí donde la sangre había penetrado más—. ¿Por qué no...? —Y entonces se interrumpió bruscamente, como si alguien le hubiera desenchufado las cuerdas vocales. Después de examinar el rostro de Jake durante unos segundos, dijo—: Te pareces un poco a Charles Bronson. Mi hijo se parecía un po... —Y volvió a quedarse callado, en pausa. Miró a Jake mientras respiraba hondo unas cuantas veces, analizando sus rasgos—. Puedo verlo en tus ojos —dijo el viejo, de repente muy quieto.

—¿Ver qué? —preguntó Jake.

—Que los muertos han comenzado a dejarse ver.

La habitación era fría y húmeda y el aire olía a acero y a desinfectante. Pero la iluminación era buena y la doctora Nancy Reagan sabía cómo dirigir un laboratorio. Había solo dos mesas para autopsias, y Jake se congratuló por el hecho de que no se encontrasen en mitad de la temporada de veraneo. A menudo se preguntaba cómo conseguían los departamentos locales pequeños como aquel resolver algún crimen con los pocos recursos con que contaban. El departamento forense de la zona principal de Manhattan tenía sesenta y cinco mesas para autopsias y un laboratorio de cuatro plantas que ocupaba una manzana entera de la ciudad. Por no mencionar la red de apoyo con casi mil unidades plegables para casos de desastre natural o situación de pandemia.

Había dos cuerpos tumbados bajo sábanas de plástico semitransparente. Ahora ambos estaban rectos y extendidos, el *rigor mortis* o bien se había suavizado o bien había roto las articulaciones. Uno de ellos ocupaba mucho menos espacio bajo la sábana. Los dos parecían negros bajo el polietileno, y solo allí donde la humedad había impregnado el plástico el color se veía rojo.

El sheriff Hauser se colocó a los pies de ambas mesas, con los brazos fuertemente cruzados en el pecho y la mandíbula en pleno funcionamiento para masticar medio paquete de chicles de menta. Su sombrero estaba en una silla junto a la puerta, y él parecía un poco ladeado (su inclinación no era mucha, pero resultaba perceptible si uno se fijaba). La doctora Reagan tenía la ventaja de quien juega en casa, y fingió estar ocupada durante unos minutos antes de acercarse a las mesas. A Jake se le pasó por la cabeza ir hasta su escritorio y cogerla del codo para que se levantara, pero decidió concederle unos segundos. Al fin y al cabo, de todos los eslabones de la cadena, Reagan era la segunda en importancia tras el sheriff Hauser, y a estas alturas de la investigación esa posición podría incluso ser discutible.

Jake se había situado al lado del cuerpo más grande, con las manos en las caderas y la respiración bajo control, esperando a que Reagan dejase de hacerse la importante y pudieran todos saber algo más sobre lo que había ocurrido con la señora y el pequeño X.

La médico forense se levantó por fin, se alisó la bata, dio un sorbo de café y se acercó. Sus botas, elegantes y negras, resonaron sobre el frío linóleo del suelo.

Echó un vistazo al informe de la autopsia:

—Para empezar, el agente especial Cole estaba en lo cierto. No tengo todavía confirmación por ADN pero sí que tengo un tipo de sangre coincidente que apunta a que sean madre e hijo. AB negativo.

—Una persona por cada ciento sesenta y siete individuos —repitió Jake de memoria.

Reagan lo miró por encima de los cristales de sus gafas.

—Mujer. Aproximadamente un metro cincuenta y cinco de altura. Edad entre veinticinco y treinta y cinco. Me inclino por treinta y pocos. Cuarenta kilos, post mórtem. ¿Pre

mórtem? Podríamos decir aproximadamente cincuenta y cinco, dependiendo de la cantidad de grasa subcutánea que tuviera. Apostaría a que era muy poca. Estaba en forma.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Hauser.

Los ojos de Reagan se mantuvieron firmes por encima de las gafas.

—Se desangró hasta morir. Los dos lo hicieron.

Hauser asintió con cara de arrepentirse por haberlo preguntado, y luego regresó a su anterior semblante hosco.

—¿Algo distintivo en su historia física? —preguntó Jake, mientras su mano avanzaba lentamente hacia el borde de la sábana.

La forense negó con la cabeza.

—Se fracturó la mano derecha. Es una rotura antigua, lo más probable por una caída. Era una fractura múltiple. Aparte de eso, no hay huesos rotos con anterioridad. —Revisó las notas y señaló el cadáver tumbado en la mesa de acero inoxidable—. Ni heridas, ni operaciones, ni cicatrices profundas en el tejido en su cuerpo.

—Lo de anoche compensa eso —dijo Hauser, con la voz convertida en poco más que un susurro.

Reagan respiró profundamente, pero no había nada teatral o pensativo en ese acto, solo quería coger suficiente oxígeno para dar cuenta de sus descubrimientos:

—Tres facturas en la mandíbula causadas por un solo impacto con un objeto puntiagudo que dejó una marca octagonal en el hueso. Le rompieron la nariz y le hundieron la cuenca del ojo izquierdo. Recibió dos golpes en el esternón, el primero le rompió las costillas de la cuatro a la siete en el lado izquierdo, y el segundo de la tercera a la séptima en el derecho. Esos golpes probablemente tenían el propósito de que no hiciera demasiado ruido.

—Nadie la habría oído allí, de todas maneras —dijo Jake, en tono monótono.

Hauser pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y miró a Jake, recordando lo desagradable que había sido con Scopes la noche anterior.

—¿Raza? —preguntó Jake, y cerró los dedos en torno al borde de una de las sábanas. Su tacto era como el de la piel sedosa de una serpiente.

—No había párpados. Ni piel entre los dedos de los pies. Nada.

Hauser volvió a tragar saliva al recordar que Jake se había agachado sobre la alfombra pringada de sangre y había mirado entre los dedos de la mujer como una especie de mirón perverso.

Jake retiró la sábana de plástico.

El sheriff contempló a la señora X, expuesta como un asado. Su cuerpo había perdido parte de su humanidad. El sheriff agradeció que ya no tuviera aquella postura de horror y agonía, sino una que parecía decir «ahora me tumbo a dormir», que, sin embargo, no suavizaba las marcas de violencia. Aún parecía usada, violada, y el chicle de Hauser se impregnó con los ácidos de su garganta. Se dio la vuelta y lo escupió en una papelera en la que había un guante de látex manchado de sangre pegado en el borde interior.

La doctora Reagan levantó los ojos hacia Jake.

—Esta mañana enviamos muestras de ADN a la agencia. ¿Tiene usted idea de qué plazos podemos esperar?

—El análisis mitocondrial lleva doce horas. Sabremos la raza, el haplogrupo y la confirmación de la relación madre-hijo entre las dos víctimas. El nuclear tardará unas setenta y dos horas y con suerte la encontraremos en el sistema. Antecedentes. Si ha

trabajado para el Estado. Si era diplomática. Si se había denunciado su desaparición.

Hauser se irguió y se aclaró la garganta:

—He ordenado una búsqueda de todos los casos de violencia doméstica de los últimos seis meses en los que estuviera involucrado un niño de entre dos y cuatro años. Tal vez la mujer tuviera un marido que le pegaba y decidió huir. Quizás él la encontró.

Jake negó con la cabeza.

—Esto no lo ha hecho un marido enfadado.

La doctora Reagan esperó pacientemente, y sus ojos se posaron en la piel de Jake. Miró sus manos, cruzadas por la tinta oscura que salía de debajo de las mangas de su camisa, se deslizaba por las muñecas, por encima de los metacarpos y terminaba a la altura de la falange media. En toda su carrera como médico forense, nunca había visto a nadie con el aspecto ni la forma de hablar de Jake Cole, y, sobre todo, no alguien que fuera además agente especial.

Jake entrecerró los ojos para mirar a la señora X y cogió una linterna de un carrito que había a su derecha sin apartar la mirada de la mujer. Se inclinó hacia delante, la encendió y miró en el interior de la boca. Los dientes, astillados, destellaron blancos, y la carne oscura pasó a rojo brillante bajo la luz áspera.

—¿Historia dental?

—Se rompió la mayoría de los dientes. Los del laboratorio del FBI dijeron que la reconstrucción dental llevará unas dos semanas. Puedo decirles que tenía tres empastes (dos de porcelana y uno de plata). Los dientes se rompieron porque no eran muy fuertes. En algún momento de su vida tuvo deficiencia de vitamina D y nunca se recuperó plenamente.

Jake plegó la sábana hacia atrás para retirarla del cuerpo de la señora X. Pedazos de sangre seca y tejido muscular se desprendieron y cayeron al suelo. Dejó la sábana a los pies de la mesa de acero inoxidable y miró fijamente la profunda incisión en forma de Y que la mujer tenía en el pecho, ahora cerrada con una hilera de grapas ensangrentadas.

Reagan quitó la sábana que cubría al niño.

Hauser cerró los ojos una vez, con fuerza, y cuando volvió a abrirlos su boca formaba una línea fina y firme que significaba que volvía a tener activado el modo policía. Al menos durante unos minutos.

Jake ignoró al niño y mantuvo su atención sobre la mujer muerta. Pensó en los cabellos que había visto antes, en su cabeza.

—¿Qué hay de los cabellos rubios que había en el suelo de la habitación de invitados? También había otros en la sala de estar, frente a la ventana.

El efecto que sus palabras produjeron en Hauser fue instantáneo:

—¿Qué cabellos rubios? No vi ningún...

—Yo no los vi hasta esta mañana.

Hauser se quedó paralizado en una postura que parecía querer decir que iba a salir corriendo o a golpear a alguien.

—Usted no ha ido a la casa esta mañana. Mi agente me habría...

Jake procuró no sonar frívolo. Aquella era la parte que los demás nunca entendían.

—No a la casa de verdad. —Levantó la mano y se dio unos toques con el dedo índice en la sien—. Grabé todo lo que vi anoche, y esta mañana lo revisé otra vez. Y encontré cabellos.

La doctora Reagan le dirigió una mirada grave color marrón.

—Son equinos.

Hauser, aún presa de la incredulidad, se limitó a repetir la última palabra como si fuera una pregunta:

—¿Equinos?

—Los Farmer son navegantes, no son aficionados a los caballos —pensó Jake en voz alta—. No vi ningún galardón ni ninguna foto en la casa que me hiciera creer que a esas personas les gustan los caballos. Y si los pelos procedieran de las antigüedades, serían negros.

—¿Las antigüedades? —preguntó Hauser.

—Las sillas y los sofás antiguos están rellenos de pelo de caballo. —Jake se volvió hacia la doctora Reagan—. ¿Análisis de toxinas?

Reagan pasó las páginas impresas del informe y Jake distinguió un círculo de café en una de ellas.

—Me doy cuenta de que ha sido una noche larga.

El rostro de Reagan se oscureció un poco, como si ya no le quedase aire.

—Hay muchos días aburridos. —Se detuvo en una de las hojas—. Toxicología. Todo negativo. Realicé un análisis completo de sangre, un WBC y otro WBC diferencial.

Jake rechazó la hoja que le tendía.

—Perfecto.

—Su hígado estaba bastante maltratado, los niveles de gamma-glutamyl estaban altos pero los de aspartato eran perfectos, así que se trata de un problema antiguo. Dejó la bebida hace algún tiempo. En algún momento tuvo problemas renales; sus riñones sufrieron por algo que solía tomar. Su funcionamiento rondaba el setenta por ciento. Dudo que supiera siquiera que tenía problemas a menos que se hubiera hecho un análisis de sangre recientemente. Fumaba. Tenía al menos un hijo. Ninguna enfermedad venérea. Estaba en forma en el momento de la muerte; yo diría que en muy buena forma. No tenía grasa subcutánea. No había depósitos de grasa en el abdomen ni en la zona posterior, ni debajo de los brazos o alrededor del cuello. Su corazón estaba en plena forma.

—¿Con qué fue desollada? —preguntó Hauser.

Jake se fijó en las marcas con forma de media luna en el músculo. Sin pretenderlo, dijo:

—Un cuchillo de un solo filo con la hoja curva. Pesado, probablemente un cuchillo de caza.

Reagan comprobó sus notas y asintió.

—De unos veinte centímetros.

Hauser realizó un gesto de negación.

—No es el cuchillo idóneo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jake.

Hauser tragó saliva.

—Con un cuchillo pequeño de hoja curva habría tardado la mitad de tiempo.

Jake asintió.

—¿Qué nos indica eso?

—¿Que tenía tiempo?

—Bingo.

Jake examinó las finas marcas en los muslos, donde la punta del cuchillo había dejado su rastro, arrastrando un poco más de la identidad de la mujer con cada movimiento del filo.

—¿Heridas vaginales?

Hauser había vuelto a sumirse en un silencio nervioso y la inclinación de su cuerpo se había acentuado. Ya no posaba los ojos en la mujer, sino en Jake.

Reagan negó con la cabeza.

—Nada. Ni los hisopos ni el examen pélvico dieron resultados. Nada penetró en su vagina.

Jake estaba examinando la planta del pie de la señora X. Pasó el índice por el músculo como si esperase que se contrajera por las cosquillas.

—Talla treinta y ocho de pie —dijo en voz baja—. Pequeña.

La cabeza de Hauser se ladeó de aquel modo canino que empezaba a resultar familiar a Jake. Abrió la boca y, con voz monótona, dijo:

—Mujer, aproximadamente treinta y dos años de edad. Una fractura antigua en la muñeca. Constitución atlética y delgada. Buena masa muscular. Fumadora leve. Funcionamiento debilitado de los riñones. Hígado en malas condiciones a causa de un viejo problema con el alcohol. Tres empastes y una antigua deficiencia de hierro. Un metro cincuenta y cinco de altura y su asesino no mantuvo relaciones sexuales con ella.

Jake alzó la mano.

—No diga eso. Todavía no lo sabemos.

Hauser señaló a la señora X:

—No hay heridas vaginales. Palabras de la doctora Reagan, no más. —De pronto, al ver su propio brazo señalando a la muerta, lo dejó caer a un lado—. ¿Esto se hizo por un motivo sexual?

—No en el sentido que usted o yo podríamos verlo. Pero ¿para el autor del crimen? El bastardo obtuvo un subidón brutal de endorfinas al hacerlo. Es muy pronto para decir si esto tiene algún trasfondo sexual para él. ¿Dónde está la piel de la víctima?

—No lo sé. No estaba allí. No hemos...

—Porque se la llevó. Tal vez sea como una película porno a la que poder acudir para sentirse poderoso y controlar la tormenta que se desata en el interior de la caja de fusibles que tiene por cerebro.

—¡Jesucristo! —Hauser dio un paso hacia atrás.

Jake lo miró y vio el temblor de sus manos y el tono verdoso que teñía su rostro como la noche anterior.

—Salga a que le dé el aire. Le informaré cuando hayamos acabado. —Luego se giró hacia la doctora—. ¿Puede darme copias de los análisis de toxinas? En especial los de los porcentajes de GGT, ALT y AST —preguntó, ignorando a Hauser.

Hauser se dio la vuelta y salió apresuradamente de la sala.

El sonido de una papelería rodando por el suelo fue lo último que oyeron antes de que las pisadas del sheriff desaparecieran por las escaleras. Jake no prestó atención al ruido metálico de la papelería, que giraba en círculos cada vez más rápidos, y se movió hacia el bulto más pequeño que había en la mesa contigua.

—Hábleme del niño —dijo.

35.700 kilómetros sobre el océano Atlántico

Enviado al espacio durante el apogeo de la Iniciativa de Defensa Estratégica ordenada por el presidente Ronald Reagan, el satélite geoestacionario comenzó su vida como una herramienta de la Guerra Fría, utilizando imágenes térmicas para rastrear submarinos nucleares mediante el calor que generaban sus reactores. Bajo el ojo vigilante de la Organización de la Iniciativa de Defensa Estratégica, el satélite (denominado internamente «Loki») fue lanzado a principios de 1985. Pocos meses más tarde comenzó la perestroika y el Telón de Acero empezó a dar indicios de sufrir fatiga del metal. Pero Loki continuó rastreando el tráfico naval soviético en el Atlántico durante ocho años más, hasta que la OIDE se transformó en la Organización de Defensa de Misiles Balísticos bajo la administración del presidente Clinton. El satélite, designado en los libros como basura espacial obsoleta, fue donado al Centro Nacional de Huracanes, y se le asignó la tarea de servir al pueblo de los Estados Unidos vigilando a un adversario menos predecible: la Madre Naturaleza. Ahora, un cuarto de siglo después de su lanzamiento, y mientras realizaba una tarea para la que no había sido diseñado, los ojos insensibles de Loki contemplaban el planeta desde su posición privilegiada en el espacio. Sus supervisores habían concentrado su atención en un frente que había cobrado vida nueve días antes frente a las costas de África, atracándose de calor y agua del mar y creciendo hasta convertirse en un huracán de categoría cinco. Un huracán que ahora se denominaba *Dylan*.

Los datos suministrados por Loki mostraban que en las últimas cinco horas la distancia desde el centro del *Dylan* hasta su isobara más exterior era de casi nueve grados de latitud. El *Dylan* se había transformado en el huracán más grande del Atlántico en la historia documentada, con un diámetro de más de dos mil kilómetros. Por sí solos, esos datos habrían sido suficientes para causar el pánico en el Centro Nacional de Huracanes, pero el *Dylan* aún no había acabado de mostrar su lado malo.

Pronto comenzó a generar enormes vientos verticales. Por su magnitud, estos vientos arrastraban partículas de agua del océano a través del cuerpo de la tormenta con una fuerza superior a la evaporación. Cuando esas partículas de agua, denominadas hidrometeoros por los meteorólogos, eran arrastradas en vertical hacia arriba, chocaban las unas con las otras. Esa fricción producía una carga en las partículas. Los hidrometeoros se separaban por peso y carga (los que tenían una carga negativa y más pesada caían a las regiones inferiores del huracán, y los que tenían una carga positiva y más ligera ascendían a lo alto de la gigantesca turbina de la tormenta). Esa separación de moléculas de agua con carga positiva y negativa creó un nuevo sistema armamentístico del huracán.

El *Dylan* acababa de convertirse en eléctrico.

Hauser abrió a empujones las puertas y avanzó a grandes zancadas por el suelo de linóleo. Intentaba quemar el zumbido enfermizo que había florecido en su pecho justo después de que la doctora Reagan retirase la sábana plástica del trozo de carne ensangrentada de casi un metro de largo que había sido un niño vivo que respiraba. La mano de Hauser continuaba cerrada en torno a la empuñadura de su Sig, y los músculos de su larga mandíbula temblaban como serpientes debajo de la piel. Por primera vez desde que podía recordar, deseó haber escogido otro tipo de trabajo. Administrativo, tal vez. Siempre le había gustado la albañilería, el sueldo no era malo y nunca te llevabas el trabajo a casa por las noches.

Y ni por asomo tenías que mirar a un niño que había sido desollado.

Media docena de periodistas le salieron al paso con los micrófonos en ristre y los focos de las cámaras lo enfocaron directamente, de modo que llegó a sentir el calor en su piel. Se detuvo, cogió aire y trató de aparentar calma.

—Haré un comunicado dentro de treinta minutos exactamente.

—¿Se han realizado las autopsias?

—¿Tiene algún sospechoso?

—¿Puede hacer públicos sus nombres?

Hauser miró fijamente a las cámaras y dijo:

—Denme media hora para preparar un comunicado. Les prometo que será el primero de varios. Por favor, asegúrense de dejar en el mostrador de recepción un modo de contactar con ustedes y con sus superiores. Les mantendremos informados. —Les dio la espalda y se dirigió hacia su despacho, irritado por la gratitud que sentía hacia Jake por haberle dado un cursillo de cómo tratar con los medios. Sin las clases de Jake, Hauser sabía que a estas alturas ya habría roto sus relaciones con la prensa más allá de lo reparable. Y no quería confundir gratitud con otra cosa. No quería que Jake le gustase. Ni tan siquiera un poco.

Se paró en la mesa de su secretaria.

—Tengo que preparar un comunicado sobre el doble homicidio. Dame veinticinco minutos para redactarlo y luego puedes pasarlo al ordenador e imprimirlo. Mientras lo preparo, necesito que me busques todo lo que haya sobre la familia Coleridge. Sé que la señora Coleridge sufrió algún tipo de accidente. Quiero todo lo que haya.

Jeannine emitió un gruñido de asentimiento y dijo que no había problema, y, durante un efímero segundo de rabia, Hauser sintió el impulso de cogerla del pelo y arrastrarla hasta el laboratorio para que pudiera ver al niño que había sido despellejado como una pieza de fruta que se retorció y gritaba y ver si la secretaria podía mantener el mismo tono de tremendo aburrimiento en su voz. En lugar de hacer eso, entró en su despacho y pateó la puerta para cerrarla con estruendo.

Fue hasta el mueble-bar, sacó un vaso y se sirvió una CocaCola sin cafeína de la pequeña

nevera inmaculada que su esposa le había comprado el año anterior como regalo de cumpleaños. Cuando vació la lata, abrió otra. Luego eructó.

La doctora Reagan había sido muy precisa. «Desollado» era un término demasiado directo para una profesión tan elegante como la patología forense, así que ella había optado en cambio por «desepitelializar». ¿Quién utilizaba palabras como esa mientras bebía café frío frente a un crío que, levantando apenas un metro del suelo, hacía que todos los cuerpos mutilados en accidentes de tráfico del pasado no parecieran gran cosa?

El asesino primero había desepitelializado al hijo (lo sabían porque la sangre de la madre había manchado el cuerpo del niño, pero la del niño no había salpicado a la madre, a excepción de las palmas de sus manos). La señora X había sido retenida contra el suelo mientras alguien despellejaba a su hijo. Este se había llevado el «máximo trofeo del día». Quizás incluso el «premio a toda una carrera». Era el asunto más triste en el que jamás se había visto involucrado. ¿Cómo demonios expresabas algo así para esos idiotas de la prensa? Había visto a algún otro sheriff expuesto en los titulares a nivel nacional. Había presenciado cómo el jefe de policía del condado de Montgomery, Charles Moose, había sido sometido a examen diez veces al día durante tres meses enteros. Jake le había enseñado cómo evitar eso dejando claro que las únicas normas válidas eran las suyas, que encerraría a cualquiera que se entrometiera en la investigación y lo pondría ante un juez en cuanto terminase con el caso. Así que había seguido su consejo y lo había expuesto con convicción. Porque cuando el estrafalario tipejo de los tatuajes abría la boca, parecía hablar directamente desde el otro lado. Y eso preocupaba a Hauser. Puede que incluso lo asustase un poco.

Pero lo que Hauser necesitaba en aquel momento era aclarar su cabeza para preparar su comunicado de prensa. Tenía que apartar su mente del marrón que intuía que se avecinaba. El doctor Sobel le había enseñado a relajarse concentrándose en algo que viera como unas pequeñas vacaciones. Le había parecido una solemne estupidez, pero una tarde, después de un día particularmente agotador, lo había probado, recordando las palabras de Sobel: «Cuando el camino se vuelva duro, tómate un poco de tiempo para ti mismo y concéntrate en algo que te haga sentir bien». Y con esa voz pastosa retumbando en sus oídos, Hauser se había enseñado a sí mismo a relajarse pasando algo de tiempo con sus trofeos de caza.

La pieza central que ocupaba la pared de detrás de su mesa era el ciervo enorme que había cazado cerca de Albany cuatro otoños antes. Era una montura preciosa, con astas de nueve puntos, y los empleados de la limpieza tenían instrucciones muy específicas sobre cómo quitarle el polvo. Flanqueando al ciervo había dos osos negros montados sin placa. Cerca del perchero estaba la cabeza de un carnero que se había embolsado en su viaje a Sitka, Alaska, durante una convención el otoño anterior. Y junto a la ventana, vigilando el despacho con sus dos enormes ojos marrones, estaba Bernie, un alce enorme.

A Hauser aún le daba la impresión de que la estancia estaba incompleta, y llevaba algún tiempo planeando un viaje de caza con Martin, su cuñado. Se suponía que saldrían dentro de dos días. Ahora, con un doble homicidio en su jardín y una tormenta en camino, tendría que llamar a Martin para cancelarlo. Martin vivía en Arizona y se pasaría varios minutos diciendo que era una verdadera lástima y que lo sentía mucho, pero enseguida llamaría a alguno de sus ricos colegas de golf para que sustituyera al sheriff y lo acompañase. Y Hauser tendría que esperar hasta el año siguiente. Hijo de puta.

El sheriff extendió el brazo y acarició el pelaje del ciervo, concentrándose en su

respiración. Para Hauser, así era cómo su esposa describía el yoga. Permaneció así, mirando fijamente los globos oculares de cristal sin vida del animal y pensando en cazar, sintiéndose como un estereotipo.

Cinco minutos más tarde, Jeannine entró cargada con una caja de archivos que estaba pegada con al menos tres tipos distintos de cinta adhesiva y parecía estar al mismo tiempo estirando al máximo sus brazos y presionando sus senos.

—Hay dos más. Dígamelo cuando quiera que se las traiga. —Su tono indicaba que no le entusiasmaba demasiado un nuevo viaje al archivo para coger una caja de veinte kilos de peso.

—Súbemelas —dijo Hauser, sin llegar a gruñir pero casi.

Jeannine asintió, hizo un globo con el chicle que llevaba en la boca y dejó la pesada caja en una esquina de la mesa. A Hauser le sorprendió que no se levantase una nube de polvo. La secretaria cerró la puerta al salir.

El sheriff cogió uno de los blocs amarillos en los que solía tomar notas e intentó componer una declaración que no comprometiera de ningún modo el secretismo del que dependía una investigación como aquella. Cole había dicho que debían informar fielmente a los medios para que ellos pudieran pasar la información al público y al mismo tiempo solicitar colaboración que pudiera servir para avanzar en el caso. Claro. Sencillo. Un niño podría escribir una declaración así. De repente Hauser lamentó su beca deportiva.

Había logrado apuntar las palabras «Con la intención de mantener al público informado» cuando la lucecita del teléfono se encendió.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad.

—Hay un tal señor Ken Dennison al aparato. Es del Centro Nacional de Huracanes. Dice que necesita hablar con usted de inmediato.

Hauser arrugó una ceja.

—¿Estás segura de que no es periodista?

—Me ha dicho que la suya es la llamada más importante de todo el día.

Hauser le puso la capucha a su bolígrafo y lo lanzó sobre la mesa, aunque lo hizo con poca convicción, pues cualquier cosa le parecía mejor que intentar conseguir una versión publicable de lo que había sucedido en la casa de la playa.

—Pásamelo.

Tres segundos después el señor Dennison se estaba presentando a sí mismo:

—Carl Dennison, sheriff Hauser. Trabajo en el Centro Nacional de Huracanes. Departamento de avisos. Tenemos noticias sobre el *Dylan*.

—Sí —dijo Hauser, en un tono que dejaba claro lo poco que le importaba.

—Se dirige directamente a su puerta. Todas nuestras simulaciones por ordenador dicen que ustedes son el punto en el que tocará tierra.

—Mierda.

—Sheriff, ¿le resulta familiar el huracán de 1938?

Hauser no había nacido en 1938, pero la tormenta había sido tan devastadora que todavía era la cota de referencia con la que se comparaba cualquier huracán de la zona. Había crecido oyendo todas las historias de horror, la más aterradora era la del cine de Westhampton, que había sido arrastrado hasta el mar causando la muerte de veinte espectadores y del operador. En lo referente a desastres naturales, aquel era uno difícil de superar.

—Por supuesto.

—Cuando aquel golpeó el continente se había suavizado de categoría cinco a categoría tres. Me parece que esta vez no vamos a tener esa suerte.

Hauser se pellizcó el puente de la nariz. No le gustaba oír la palabra suerte aplicada al huracán de 1938.

—Mierda —dijo otra vez.

—No vemos la forma de que vaya a enfriarse lo suficiente para quemar parte de su energía antes de que llegue hasta ustedes. Esto puede sonarle gracioso, pero van a necesitar *walkie-talkies*.

—¿*Walkie-talkies*? Está bromeando, ¿verdad?

—Sheriff, la magnitud de lo que se dirige hacia ustedes es algo como nunca se ha visto, no tenemos con qué compararlo. El *Dylan* genera más electricidad en un minuto que un reactor nuclear Westinghouse en una semana.

—Eh, eh. —Hauser levantó la mano en un intento de conjurar las malas noticias—. Los huracanes no tienen relámpagos.

—Necesita actualizar sus datos. El *Rita*, el *Emily* y el *Katrina*, tres de las tormentas más fuertes de 2005, eran huracanes eléctricos. Los satélites están captando fogonazos en las paredes del ojo del *Dylan* que probablemente sean los más grandes de la historia documentada. Probablemente sea un cincuenta por ciento más fuerte por metro cúbico que la peor de las tormentas en la mesoescala. Y es un doce mil por ciento más grande que cualquiera de las tormentas registradas en nuestros archivos. Sheriff, puede ir preparándose para ver relámpagos como los que nadie ha visto antes.

Había algo más en la voz de Dennison, algo por detrás de las malas noticias. No era algo enorme, pero sí importante, porque Hauser podía oírlo. Estaba acostumbrado a oír lo que la gente decía entre líneas.

—¿Qué es lo que no me está diciendo? —preguntó.

—Estamos a unas dos horas antes de que rebasemos el punto de descarga, pero todo indica que se le va a encargar que evacue su condado. Si yo fuera usted, comenzaría ahora mismo. Disculpe la expresión, pero límitese a sacar a todo el mundo cagando leches.

Hauser quiso decir que Montauk no era como Nueva Orleans, donde los pobres fueron dejados atrás y no se le echó la culpa a nadie. No, aquí los pescadores desempleados y los que habían sido despedidos de las fábricas de conservas estarían encantados de irse de excursión en un autobús pagado por el gobierno y pasar una semana en algún gimnasio de cualquier otro estado, donde podrían beber café gratis y jugar a las cartas todo el día. Quizás hasta se comprarían unas zapatillas nuevas. No, aquí serían los ricos los que se negarían a marcharse. Muchos de ellos estaban convencidos de que su riqueza les daba derecho a algún tipo de protección divina.

—Podría intentarlo. Y sacar a algunas personas. Muchos otros se negarán a dejar sus... —hizo una pausa para intentar encontrar una palabra que sustituyera a «bártulos»— cosas.

Dennison emitió un sonido nasal y dijo:

—Imprima carteles y distribúyalos, entréguelos en mano. Utilice a toda la gente que pueda para ello. Diga a los que no quieren irse que necesita su firma. No hay ninguna garantía de que vaya a haber servicios de emergencia una vez que la tormenta toque tierra. Déjeles claro que si se quedan, estarán poniendo en riesgo sus vidas. Infórmeles de que la corriente eléctrica probablemente se vendrá abajo. Los teléfonos fijos dejarán de funcionar

como corazones muertos. No quiero sonar melodramático, pero tiene que escucharme, sheriff. El campo electromagnético que esta tormenta va a generar freirá todas las antenas, incluyendo las de telefonía móvil. Olvídense de los iPhones, de las BlackBerries, y olvídense también de los jodidos ladrillos de Motorola. No habrá comunicaciones. Todos los aparatos eléctricos conectados a la red dejarán de funcionar, cualquier cosa enchufada a una toma recibirá una subida de tensión y morirá con uno solo de esos relámpagos. Incluso los circuitos protegidos contra las sobrecargas se estropearán. Espero que estemos equivocados. De verdad lo espero. Pero esta es una de esas ocasiones en las que podemos aplicar el lema de los *Boy Scouts*. Reúna a su gente tan rápido como pueda y trace un plan de defensa y póngalo en marcha. Hable con los ciudadanos. Disponemos de un departamento de información que puede ayudarle a montar una página web para atender a los ciudadanos. De lo contrario usted y sus hombres se pasarán los dos próximos días contestando a las mismas preguntas una y otra vez, y necesita ese tiempo para evacuar a todo el mundo. Si yo tuviera a algún ser querido en ese istmo por el que va a entrar el *Dylan*, lo enviaría tierra adentro tan rápido como me fuera posible.

Hauser aún estaba intentando asimilar el consejo sobre los *walkie-talkies*.

—Le agradezco la llamada.

—He dejado mi número a su secretaria y hemos enviado todos nuestros datos de contacto a las direcciones de correo electrónico de todos los funcionarios civiles de la zona. Si puede, haga que otro departamento de la ciudad se encargue de imprimir los carteles y también de entregarlos en mano a los ciudadanos. La biblioteca o la oficina de correos. Eso sería una buena idea. Que todos se pongan chalecos naranjas y lleven linterna, una navaja suiza y una chapa con su nombre (a la gente le encantan las chapas con nombres), y también todo el café que puedan beber. Llámeme a mí directamente si necesita ayuda, estaré en la oficina hasta que el *Dylan* desaparezca. Y, por favor, utilice nuestro *pack* de información. Monte una página web lo más rápido que pueda. Hoy en día, si no está en Internet, la gente no se lo cree.

—Por supuesto.

—Cuídese.

Hauser colgó, agradecido porque Dennison no hubiera dicho «Que Dios le bendiga». Aunque, de todos modos, su palabra de despedida se parecía bastante. Pero eso era mucho mejor que tener que confiar en alguien invisible.

—¡Jeannine! —gritó.

oyó el traqueteo de los tacones y luego se abrió la puerta.

—¿Sí, sheriff?

—¿Dónde guardamos los *walkie-talkies*?

La cara de Jeannine se descompuso en una mueca de incompreensión y preguntó:

—¿Qué es un *walkie-talkie*?

Hauser sintió una oleada de ácido estallando en su estómago. Miró la página todavía prácticamente en blanco en la que tenía que redactar el comunicado de prensa y se dio cuenta de que iba a tener que hacer montones en los días siguientes.

—Tráeme alguna pastilla para la acidez. Y quiero ver a Spencer y a Scopes en mi despacho en cinco minutos. Convoca a todos dentro de una hora para una reunión de emergencia. Que venga todo el mundo. Y llama a todos los que conozcas y diles que se vayan tierra adentro a toda prisa.

Los ojos de Jeannine temblaron con nerviosismo.

—¿Tan malo va a ser?

—Va a ser peor que malo, Jeannine. —Hauser se quedó mirando fijamente la hoja que tenía delante, con los ojos inmóviles—. Mucho peor.

Su padre aún dormía. Aún roncaba. Aún parecía una de esas fotografías que algunas pequeñas comunidades colocan al lado de la carretera para recordar a la gente que ponga siempre pilas nuevas en sus detectores de humo. Jake había vuelto allí porque el departamento del sheriff estaba tardando con los informes. Aunque ocho horas todavía era un plazo que podía catalogarse dentro de lo aceptable, estaba muy por debajo de lo que un equipo competente de forenses del FBI consideraría permitido. Así que Jake había regresado al hospital para ir haciendo algo más de trabajo. Con los nuevos informes de la médico forense las cosas iban expandiéndose y necesitaba tiempo para establecer una correlación entre la información nueva y la antigua. Se sentó en el rincón e intentó fijar su mirada en el interior de la casa de la playa, pero lo único que conseguía ver era la habitación del hospital.

Se habían llevado las flores al pabellón de pediatría y la sensación de estar en un bosque tropical prácticamente se había disipado. La habitación todavía olía a flora y a suciedad, pero ya no tanto a humedad. En la mesita de imitación de madera quedaba un único ramo de azucenas y galios en un jarrón alto de cristal tallado. La tarjeta estaba dentro de un pequeño sobre blanco cerrado con una grapa. Jake rasgó la cinta de papel y lo abrió. Escrito en papel sencillo de oficina, se leía «Mejórate pronto, viejo amigo. David Finch».

Jake movió la cabeza a un lado y a otro, volvió a meter la tarjeta en el sobre y lo tiró a la papelera. Finch había sido el primer galerista que se había arriesgado a darle una oportunidad a Jacob.

Por ello, además de porque era el tratante de arte más perspicaz de la Costa Este, Jacob se había quedado con él durante más de cincuenta años. Jake odiaba a Finch, siempre lo había hecho, y el solo hecho de pensar en aquel tipo asqueroso y servil le producía un nudo en el estómago.

—Malditas flores —graznó una voz.

Jake se giró hacia su padre.

—Hola... eh, Jacob. ¿Cómo estás? —El doctor le había garantizado que su padre dormiría durante dos días con el cóctel farmacéutico que le habían metido en el cuerpo.

—¿Qué día es? ¡Más rojo, maldita sea! ¡Más rojo!

¿Más rojo? ¿Qué diablos significaba eso? ¿Dónde estaba la enfermera?

—Eres Jacob Coleridge, ¿lo recuerdas?

—¡Joder! ¿Qué eres tú? ¿Retrasado mental? Por supuesto que soy Jacob Coleridge. ¿Qué pasa con las jodidas flores? ¿Blancas? ¿Esto es una boda o un funeral? ¿Quién coño compra flores blancas? Solo los estúpidos, los que no tienen imaginación o los psicóticos envían flores blancas. Tienen que ser de Dave. ¿Qué coño quieres? ¿Dónde está mi ropa? —Y entonces vio sus manos, los dos muñones envueltos en gasas y grandes como piñas. En su

mano izquierda tenía una costra seca y agrietada de sangre y el borde blanco del tejido podía verse a través. El viejo lo miró fijamente—. ¿Qué demonios es esto? —dijo, levantando las manos y mostrándoselas a Jake—. Quítamelo, por Dios Santo.

El día anterior el doctor le había advertido que la morfina podía alterar la personalidad de su padre. Le dijo que muchos pacientes en la fase final de una enfermedad terminal se deslizaban a una demencia alucinatoria que les robaba gran parte de su identidad.

La morfina, unida al Alzheimer que sufría su padre, podía convertir a Jacob Coleridge en una persona irritante para los que estuvieran a su alrededor. Cuando Jake pudo dejar de reírse a carcajadas, le dijo al doctor que le diera al viejo toda la morfina que pudiera cargar en una pistola para calafatear. Pero estaba claro que no parecía tener efecto alguno en él. De pronto se dio cuenta de dónde venía su propio metabolismo.

—¡Quítame estas jodidas cosas de mis manos! —Jacob levantó la mirada hacia Jake y añadió, sin el más mínimo indicio de sinceridad—: Por favor.

Jake miró a su padre, vio el casi siglo entero que había pasado por encima de sus facciones, estirándolas, oscureciéndolas y envejeciéndolas. Detrás de las cejas fruncidas y de los labios apretados, el mismo hombre de siempre le devolvía la mirada. Enfadado. Vil.

—Voy a llamar a la enfermera —dijo Jake, y se giró hacia la puerta.

Vio a la enfermera Rachael al fondo del pasillo, en el otro extremo del pabellón. Le hizo señas y ella se acercó a la carrera, sosteniendo el estetoscopio alrededor del cuello con una mano. Al mirarla, Jake se dio cuenta de que Jacob Coleridge, el gran observador, continuaba estando lo bastante lúcido para reconocer que se parecía a Mia.

Cuando entraron de nuevo en la habitación, Jacob estaba tirando de las vendas con los dientes, como un perro que sacase el relleno de un cojín. Al roer hacía que varios trozos de gasa le salpicasen la barba y el pecho, y emitía sonidos de hambre mientras estiraba del tejido que envolvía sus manos.

—Señor Coleridge, déjeme ayudarle con eso. —La enfermera fue hacia él al tiempo que sacaba una aguja de su bolsillo.

—¿Qué cojones es eso? —preguntó Jacob, intentando echarse hacia atrás en la cama, alejarse de la jeringuilla.

—No se preocupe, no es para usted.

—¡Y una mierda que no! Aparte eso de mí. No me va a clavar...

La enfermera Rachael inyectó la aguja en el tubo de la sonda y apretó el émbolo.

Los ojos de Jacob se desenfocaron, su boca se cerró y fue como si alguien hubiera extraído toda la frustración de su cuerpo con un imán. Sus músculos se relajaron, se hundió en la almohada y cerró los ojos. Luego su pecho se expandió al inhalar aire, dio la impresión de que lo retenía, y su cabeza cayó hacia un lado.

Jake se volvió hacia la enfermera:

—Gra...

Fue a mitad de esa palabra de gratitud cuando Jacob Coleridge se incorporó súbitamente en la cama. La estructura metálica que sostenía la bolsa de suero chocó contra la mesita e hizo que las flores de Finch salieran despedidas con un estruendo de cristal y linóleo. El jarrón estalló en pedazos y los lirios y varios fragmentos de cristal se esparcieron por el suelo.

Los labios de Jacob estaban moteados de gasa y babas. Miró a su hijo, a la enfermera, y luego sus manos. Entonces soltó un chillido que hizo retumbar las ventanas y salpicó todo

su pecho con trozos de vendas, saliva y frustración. Alzó uno de los muñones, señaló con él a su hijo y gritó:

— ¡No puedes esconderte de él! ¡Te encontrará! ¡Corre!

Después de eso, cayó otra vez hacia atrás como si alguien lo hubiera desenchufado.

Y se quedó en silencio.

La conferencia de prensa previa había ido bien, pero la sensación de que tan solo era la primera de muchas sofocaba cualquier entusiasmo momentáneo que Hauser pudiera experimentar. Lo de la tormenta eran malas noticias, pero, en cierto modo, el fantasma del doble homicidio resultaba más amenazante, y de una manera no tan abstracta como lo otro. Dennison, el del Centro Nacional de Huracanes, había conseguido asustarle, pero de alguna manera Jake Cole y el espectáculo que parecía acompañarle habían logrado eclipsar incluso al *Dylan*. Los días siguientes merecerían, sin duda, aparecer en sus memorias.

En la breve tregua entre el comunicado de prensa sobre los asesinatos y la reunión general con su personal acerca de la tormenta (que el sheriff había decidido abrir a los medios como parte de la política de colaboración de la que había hablado Jake), Hauser se ocupó en echar un vistazo al archivo de Mia Coleridge. La caja olía a sótano, y la primera carpeta era una que había sido rojo brillante y ahora había pasado a ser salmón pálido: una carpeta utilizada para crímenes capitales. La colocó en el reducido espacio disponible en su mesa, apartó la cubierta y comenzó a leer.

Las páginas habían adquirido una textura quebradiza y las grapas se habían oxidado, dejando marcas de color rojo oscuro por todas partes, como clavos de hierro en el casco de un barco. Por naturaleza, Hauser era un hombre paciente, y esa cualidad siempre le había dado buen resultado dentro de los márgenes de su oficio. Empezó por la página número uno y fue leyendo lenta y metódicamente, sin molestarse en tomar notas ni en realizar esfuerzo alguno para memorizar los hechos. Simplemente quería encontrar cualquier dato archivado sobre Jake Cole para así poder desarrollar algún sentimiento hacia el hombre con el que se veía obligado a trabajar. Hacía tiempo que Hauser había aprendido que lo que podía dañarle no era lo que uno no sabía, sino más bien lo que sabía con seguridad que simplemente no era cierto. Era una lógica antigua, que le había sido transmitida en una lengua casi obsoleta, pero le había funcionado bien en los más de veinte años que llevaba en el departamento. Disponía de muy poco tiempo, pero se imaginó que una incursión de quince minutos en la historia del especialista del FBI merecería la pena si iba a entregarle las llaves del reino.

Comenzó con las notas sobre los antecedentes que el oficial de servicio se había ocupado de escribir a mano. Hauser reconoció la letra lenta y cuidadosa de alguien a quien se le daba mal escribir con bolígrafo y solo tomaba notas a mano porque era más sencillo que utilizar una máquina de escribir (la no tan antigua antepasada del teclado), una situación con la que podía empatizar porque él también la compartía. Muchos de los hombres más jóvenes del cuerpo, aquellos que habían nacido en la época digital, no tenían problemas con el teclado, pero Hauser escribía sus informes a mano y podía reconocer el miedo a la tecnología en el texto que tenía delante.

La letra le resultaba familiar, pues era la de su antecesor, el sheriff Jack Bishop. Hauser sabía que Bishop había sido un buen policía y un hombre serio cuando era necesario. También sabía que tres días después de retirarse, Bishop había ido al garaje, se había metido una escopeta de doble cañón en la boca y había pintado las vigas del techo con sus sesos. Nadie hablaba de ello pero todos sabían el porqué. Algunos de los veteranos, los que lo habían dado todo por el oficio (sus familias, sus sueños, sus vidas), comprendían que una vez que se quitaban la chapa y dejaban su arma en la caja fuerte, en realidad no quedaba mucho con lo que ilusionarse. Al fin y al cabo, cuando lo has sacrificado todo por el trabajo, ¿qué tienes cuando el trabajo se ha acabado? Era una historia que Hauser había oído en boca de demasiados policías. Y una parte de él se sentía superior porque sabía que nunca le ocurriría a él. Por mucho que amaba su trabajo, amaba más aún a su esposa y a su hija. Y todavía tenía mucha caza y mucha pesca por delante. Quizás incluso construiría una casa de campo. En el interior del estado, cerca de algún pequeño lago donde la pesca se diera bien y los veranos no estuvieran saturados de imbéciles con más dinero que cerebro. Tal vez aquel lugar al que habían ido de vacaciones el verano anterior a que Erin se fuera a la escuela Vassar, el lago Caldasac. Allí podías comprar una casita al borde del agua por treinta mil dólares. Y los peces eran grandes como monstruos.

Los papeles dentro de la carpeta estaban perfectamente ordenados, como si no se hubieran revisado de arriba abajo tanto como sería de esperar en un caso de asesinato. Los homicidios eran poco frecuentes en su jurisdicción, pero no tanto como a él le habría gustado. Había unos cuantos cada año, por lo general debidos a peleas de borrachos que se iban de la mano o a disputas domésticas que se pasaban de la raya después de mucho gritar y poco hablar. El resultado habitual era que alguien con una mueca de sorpresa en la cara acababa tendido en una de las mesas de la doctora Reagan.

Pero aquello era algo legendario. Había oído decir que durante la vida de todo policía había un solo caso que eclipsaba a todos los demás. Un caso que hacía que uno quisiera dejar el trabajo. Quizá pasarse a la albañilería. Incluso sin la ventaja de verlo en retrospectiva, Hauser supo que aquel sería el suyo.

Hauser leyó las notas de Bishop antes de pasar a las fotografías que veía sobresalir de la carpeta. Bishop había empezado por lo básico, sus primeras impresiones. Sexo: mujer. Edad: desconocida. Altura: aproximadamente un metro sesenta. Color de pelo: desconocido. Raza: desconocida. Ojos: marrones. Ropa: no pertinente. En aquel entonces, antes de que empezasen a utilizar el ADN como una herramienta de identificación, se basaban en los archivos dentales, un proceso lento y a menudo inútil. Pero Hauser vio una anotación que Bishop había realizado en el margen de la hoja diez horas después de que la cubierta del informe hubiera sido sellada en la que confirmaba que habían obtenido una identificación dental con Mia Coleridge. Hauser meneó la cabeza y soltó un bufido: en la actualidad, si tenían suerte, el ADN requería setenta y dos horas para ser secuenciado, y dos semanas si no la tenían. Pero en aquella época se necesitaba inventiva y trabajar a pie para que el proceso avanzase, porque no había ordenadores.

Hauser recorrió la página sintiendo que, en un primer momento, los detalles le desconcertaban. Después de unas cuantas líneas empezó a reconocer palabras y frases, y comenzó a formarse una desagradable imagen en la cabeza. Al acabar la primera página se detuvo, pasó unas cuantas hojas más y fue directamente a las fotografías de la escena del crimen.

Supo lo que iba a ver antes de sacarlas. Bishop había sido preciso de esa manera tan particular que tenían los policías. Pero no había forma de protegerse contra algo como aquello. No a menos que uno fuera alguna clase de monstruo. Cogió la fotografía y sintió que el aire se le bloqueaba en el pecho, que la sangre dejaba de fluir por sus venas, que los pistones de su corazón se paraban en un apagón masivo del sistema.

—Jesús —dijo, sin querer. Miró fijamente la imagen durante varios segundos. El blanco y negro apenas sirvió para reprimir la náusea que le removió el estómago vacío. Luego dejó caer la foto sobre la mesa y dejó escapar un largo gemido.

Mia Coleridge le devolvía la mirada desde hacía treinta y tres años, con el cuerpo retorcido en el *rigor mortis*, los dientes quebrados en mitad de su rostro ensangrentado. No había expresión en su semblante a excepción de la mueca primitiva y animal del dolor. Aparte de eso, apenas podía Hauser decir que estaba mirando a un ser humano, mucho menos a una mujer.

Mia Coleridge había sido desollada viva.

Jake se sentó durante diez minutos en su coche, estacionado bajo un árbol en el aparcamiento del hospital, intentando convencerse a sí mismo de dirigirse por la autopista 27 hacia el este y no parar hasta que estuviera en casa, con Kay y Jeremy. Escuchó la radio un rato, con la esperanza de que las noticias sobre la tormenta le quitasen de la cabeza lo que había pasado en la habitación de su padre. Pero el locutor empezó enseguida a sacarlo de quicio con su retórica de miedo y sus noticias alarmistas. Apagó la radio con un gruñido:

— ¡Al diablo!

Jake no tenía mucho tiempo, ni ahora ni nunca, pero necesitaba aclarar su mente. Y necesitaba también adelantar algo de trabajo. Solo que eso le estaba resultando más difícil de lo normal en los últimos tiempos. El proceso invasivo de darle vueltas y vueltas en su cabeza a los secretos de las víctimas de asesinato hasta gastarlos y pulirlos de tanto examinarlos había empezado a convertirse en algo demasiado habitual. Quizá se había transformado en una persona morbosa, igual que la gente a la que perseguía. A fin de cuentas, ¿qué era lo que a él le gustaba de su trabajo? Eran las sutilezas, los matices que diferenciaban a los monstruos. Las minúsculas diferencias en sus firmas. La forma en que uno sostenía un cuchillo, el modo en que otro solo masticaba con el lado izquierdo de su mandíbula. Era en aquellos pequeños y extraños detalles producidos por la psicosis donde sus personalidades comenzaban a hacerse visibles. Quizá no se suponía que Jake pudiera ver esas cosas. Como Hauser al salir a la carrera del labora— 101 — torio de Reagan, tal vez Jake necesitaba encontrar un poco de su humanidad perdida. Era como si tuviera un llavero en el bolsillo, solo que la mayoría de las llaves abrían lugares horribles que tenía que dejar de visitar porque empezaban a resultarle demasiado familiares. Kay llevaba un tiempo diciéndole que dejase el cuerpo. Un año. Y tenía razón. Diablos, claro que tenía razón. Él había estado de acuerdo. Lo había prometido. Lo único que faltaba por hacer era decírselo a Carradine. Sin embargo, no lo había hecho. ¿Por qué?

Probablemente era por eso por lo que había ido hasta allí para hacerse cargo de su padre y del mausoleo de whisky y cigarrillos y lienzos oscuros y demenciales. Con una fuerte punzada de dolor, se dio cuenta de que todo lo que había sucedido entre su padre y él ya no tenía valor alguno. No para él. Ni para su padre. Y, desde luego, no para conseguir alguna clase de solución. La puerta se había cerrado por completo cuando la mente de su padre había empezado a desmadejarse.

¿Qué iba a hacer? Necesitaba ayuda. Kay llegaría por la tarde. Pero Jake necesitaba un tipo de ayuda distinto al que ella podía ofrecerle, por mucho empeño que pusiera. Necesitaba a alguien dotado de cierta distancia. Alguien a quien no le importase si aquello era fácil o difícil para Jake. Alguien que fuese pragmático. Alguien que pudiera manejar a su viejo. El problema radicaba en que, a excepción de su galerista, Jacob había logrado alejar de

sí a todos los que alguna vez se habían preocupado por él. A todos sus amigos. Todos sus relaciones públicas. Todos...

Jake cogió su iPhone y revisó el menú. Tardó unos segundos en localizar el número, pero seguía allí, desde hacía tres meses. Permaneció sentado, con las ventanillas abiertas, el pulgar detenido sobre el botón de llamada. ¿Se preocuparía Frank lo suficiente para venir o Jacob había quemado también aquel puente?

Pulsó el botón.

Se produjo un sonido típico de ordenador, un leve zumbido ronco de estática que sonó como la voz del diablo a setenta y ocho revoluciones por minuto, seguido por una serie de clics que Jake supo que se debían al establecimiento de conexiones por satélite. Pasó casi medio minuto antes de que el teléfono al que llamaba comenzase a sonar con una nueva serie de chirridos dobles que sonaban extraños, ajenos. Después de quince o dieciséis tonos, contestó una voz que parecía pertenecer a un anuncio sobre los peligros de fumar:

—Frank Coleridge.

—Frank, soy Jake.

Frank no le atosigó con un saludo animado, sino que se limitó a dar otra calada del cigarrillo que Jake sabía que tenía insertado entre los labios y dijo, con aquella voz tan singular y única:

—¿Qué necesitas, Jakey?

—Es mi padre.

—¿El... —se oyó un sonido áspero, como si alguien partiese una hoja seca por la mitad, mientras Frank se llenaba los pulmones de humo— ... fuego?

—¿Ya te has enterado?

—Sí. Esta mañana encontré una nota en mi puerta. Me la había dejado un vecino.

Jake puso los ojos en blanco y recordó las nueve sacas de correo que habían llegado al hospital. Resultaba sorprendente el modo en que el monstruo de la fama afectaba a la gente.

Frank prosiguió:

—He estado fuera... —otra calada del cigarrillo—, cazando. Acabo de volver a la cabaña.

Jake rebuscó durante un momento en su archivador mental, tratando de poner la frase de Frank en el contexto de las leyes del estado.

—Estamos en septiembre, ¿qué se puede cazar ahora?

Frank soltó una carcajada oscura y árida:

—No es temporada de caza, Jakey. Un oso mató a un potro. Lo seguí monte arriba. El viejo cabrón tenía una pata coja. Lo único que podía matar era a ese potro. Quizás a un niño. Tenía que encontrarlo antes de que eso empezara a ocurrir. He estado fuera cuatro días.

—¿Con qué lo pillaste?

—Veneno —respondió Frank con una risita—. ¿Cómo se prendió fuego tu viejo?

—Por lo que parece, tenía pintura al óleo en las manos. Puede que se encendiese un cigarrillo, o que intentase meter un leño en la chimenea.

—¿Se ha quemado mucho? —A la pregunta le siguió otra vez el sonido de hoja rota.

—Ha perdido las manos. Perdió tres dedos y no están seguros de poder salvar los demás. Se dio varios golpes y atravesó uno de los ventanales. Se hizo muchos cortes.

Frank dejó escapar un silbido.

—Sin sus manos, sin su pintura, lo mejor que le podía haber ocurrido a tu viejo habría

sido que un trozo de cristal le cortase la cabeza. Sin pintar, no queda mucho de Jacob Coleridge. Y lo que queda está bastante estropeado.

—Frank, me vendría bien tu ayuda. Necesito a alguien que sea honesto. Alguien en quien pueda confiar. Alguien que sea pragmático.

Hubo otra pausa mientras Frank inhalaba algo más de humo, tosía con un leve tamborileo, y luego dijo:

—¿Quién dice que puedas confiar en mí? No es que tu viejo y yo nos llevásemos demasiado bien.

Jake cerró los ojos y apoyó la parte de atrás de la cabeza en el cuero del asiento. Era una buena pregunta. Era más que buena, era válida.

—Frank, déjate de historias. Confío en ti y no confío en cualquiera. Necesito hacerme cargo de la vida de mi padre y de lo que le ha pasado. No creerías cómo ha estado viviendo.

—¿Peor que antes?

—Encontré llaves, periódicos y césped dentro de la nevera. La casa entera es un cenicero. Hay botellas vacías por todas partes. Las habitaciones están llenas a reventar de basura. Algunas están cerradas y no he conseguido abrirlas. El estudio está cerrado con llave. Hay una barricada en el dormitorio. —Se quedó callado. Si lo que acababa de decir no era razón suficiente, nada lo sería. Además, odiaba la sensación de estar suplicando casi tanto como el hecho de no tener a nadie más a quien pedir ayuda.

—¿Hay alguien echándote una mano?

—Se supone que Kay va a venir, pero con esa tormenta en camino no me sorprendería que se quedase en Nueva York.

—¿Qué clase de tormenta? —La pregunta sonó calmada, seria, y demostró que Frank no veía mucha televisión últimamente.

—Categoría cinco de Cabo Verde. Por el momento están aconsejando la evacuación. No me extrañaría que acabase siendo una evacuación forzosa.

Frank silbó, e incluso ese sonido fue seco, quebradizo.

—Otro *Expreso*. —El huracán que había azotado Nueva Inglaterra en 1938 había sido bautizado en los libros de historia como el *Expreso de Long Island*—. Abastécete de agua y pilas. O mejor aún, lárgate de ahí, Jakey. Haz que evacuen a tu padre por aire si no hay más remedio. Mételo en una ambulancia. Vete a casa hasta que la tormenta haya pasado.

Jake quería hacerle caso, pero la mujer y el niño se lo impedían. Tenía que estar allí. No era una cuestión en la que pudiera elegir.

—No puedo, Frank. Hay otro asunto en el que estoy metido.

La voz de Frank sonó ahora distante, plana:

—¿Trabajo?

—Sí, trabajo. —Quiso añadir: «Ha vuelto a pasar».

—Si te vas a quedar, prepárate un kit de supervivencia. Algo que te mantenga hidratado y alimentado, y quizás incluso seco durante una semana si las cosas se ponen tan feas como con el *Katrina*. El lado positivo es que estás por encima del nivel del mar. Prepárate una bolsa. Una pistola con munición extra. Guarda un puñado de rollos de papel higiénico en bolsas de plástico, no hay nada peor que limpiarte el trasero con un calcetín. Un buen cuchillo. Uno de buceo o algo similar. Uno que puedas utilizar como herramienta. Pomada antiséptica. Algo para suturar. Chicles.

Jake cerró los ojos, se pellizcó el puente de la nariz e intentó no mostrarse desdeñoso.

Frank era un hombre pragmático, por eso necesitaba su ayuda.

Frank nunca había estado casado, pero durante toda su vida adulta siempre había mantenido relaciones largas (y más o menos monógamas) con mujeres muy singulares. Unas más jóvenes, otras mayores, unas adineradas, otras no. Y todas esas relaciones habían parecido sólidas y placenteras. Pero en algún momento llegaba el inevitable anuncio de que ella se había marchado durante la noche. A eso le seguía un breve período de demasiada bebida y poco autocontrol, y muy pronto comenzaba a aparecer a su lado otra mujer también particular. No mucho después del asesinato de Mia, Frank se había mudado lejos de Long Island. Para cazar más. Para pasar más tiempo en la naturaleza. Pero Jake sabía que se había mudado para alejarse de los recuerdos de todo lo bueno que había habido allí. Había acabado instalándose en las Montañas Azules de Kentucky.

Como los dos hermanos no se hablaban, Jake había perdido el contacto con su tío y la situación había permanecido así hasta aquel momento, varios años después, en el que Jake se había despertado casi sumergido en un charco de agua sucia en el suelo de la cocina. Había conseguido localizar a Frank. Y le había pedido ayuda.

Nunca había olvidado que Frank le había salvado la vida. Y estaba tan poco acostumbrado a pedir ayuda que se sentía culpable por estar pidiéndola ahora.

—Esto es Long Island, no Zimbabue. —Había un cariño en su voz que no mostraba por su propio padre. Hablaba con su tío unas cuantas veces al año, especialmente cuando el trabajo le agobiaba y necesitaba una perspectiva exterior de las cosas. Sentía un enorme respeto por aquel hombre—. Soy el que dispara, no el que recibe los tiros.

Frank se rio y su risa sonó como un motor diésel poniéndose en marcha.

—Aún así, hazte con suministros. Eres un chico inteligente, Jakey, siempre lo has sido. — Su risa cesó—. Aunque supongo que llamar «chico» a un hombre de cuarenta y cinco años es casi un insulto, pero cuando eres tan viejo como yo, cualquiera que no tenga que pegarse las pelotas con cinta adhesiva para que no le cuelguen hasta las rodillas es un crío.

Jake sonrió y de repente se dio cuenta de que deseaba haber sido capaz de hablar con su padre de aquel modo. No todo el tiempo, pero al menos una vez habría estado bien.

—Y ten cuidado. Lo que puede meterte en problemas es actuar como si las cosas estuvieran igual que siempre cuando en realidad no lo están. ¿Estás manejando bien la situación?

—Estoy bien, Frank. —Pensó en la cocina de su padre y cayó en la cuenta de que al menos parte de lo que tenía que comprar ya lo tenía allí—. Solo necesito alguien que haga ciertas cosas.

—Y ese soy yo.

—Y ese eres tú.

—Estaré allí tan pronto como pueda.

—Puedo reservarte un vuelo, tengo bonos de descuento acumulados. Me dan...

—Que le den a los bonos. No iré en avión. Iré en coche. Tengo que terminar de cambiar la bomba de combustible en la furgoneta, pero lo tendré hecho a la hora de la cena. Estaré ahí en veinticuatro horas. —Hubo una pausa mientras encendía otro cigarrillo—. ¿Está sufriendo?

Jake recordó el tranquilizante que la enfermera le había inyectado en el goteo y los gritos de su padre y las manchas de pus en los extremos de sus ojos.

—No sé decirte, Frank. El viejo Jacob Coleridge ya no está. Se ha ido. Está confundido. Y

tiene miedo.

—Puedes acusarlo de ser un montón de cosas, Jakey, pero «miedoso» no es una de ellas. Nunca. No lo era cuando éramos pequeños. Ni cuando estuvimos juntos en Corea. Ni en las peleas de bar ni al sostenerle la mirada a algún pirata. Nada le da miedo a tu viejo.

En la mente de Jake surgió durante un instante la imagen de la barricada en el dormitorio.

—Ahora tiene miedo, Frank.

Oyó que su tío daba una calada.

—Sí, bueno. —No parecía convencido.

—Gracias por hacer esto, Frank. Te lo agradezco mucho.

—En eso consisten los lazos de sangre, Jakey. Haces cosas por los familiares que no harías por nadie más.

El coche del sheriff estaba en el sendero de entrada cuando Jake llegó a la casa. Hauser estaba dentro, con la ventanilla bajada, haciendo una buena imitación de un hombre que intentase dormir sin conseguirlo. En el momento en que el coche impecable de Jake entraba en el sendero, el policía salió del suyo, dejando el sombrero en el interior. Con movimientos poco precisos, a causa de la falta de sueño, no de la incomodidad, se acercó a la sombra del enorme pino bajo el que Jake aparcó.

Hauser pasó su dedo a lo largo de la línea del panel delantero, percibiendo el metal bajo la pintura brillante. Luego miró hacia atrás, hacia su propio coche, una versión actualizada del clásico coche americano de motor poderoso, y algo en aquel gesto pareció vacilante. Jake esperaba que el sheriff no fuera a empezar a hablar sobre coches; odiaba hablar sobre coches casi tanto como sobre el mercado de valores. Más, tal vez.

Jake apagó el motor, abrió la puerta y salió a la tarde. Hizo un gesto de saludo y cogió del asiento de bebé de la parte de atrás la bolsa de comida que había comprado.

—Cole —dijo Hauser, procurando sonar de buen humor pero consiguiendo solo sonar cansado. Jake notó algo más en su voz. Incomodidad, quizá.

Jake sacó de su bolsillo el llavero de su padre. Era una piedra plana a la que se le había hecho un agujero en el centro, alisada de tanto rozar durante años contra el interior del bolsillo y contra tapones de botellas de whisky.

—Sheriff. —Imaginó que Hauser estaba allí para hacerle una especie de entrevista.

Ya había pasado por eso antes, formaba parte del hecho de ser un intruso en todos los departamentos que visitaba. Hauser necesitaba tener fe en su equipo. Así que se rodeaba de gente digna de su confianza. Si Jake iba a ser parte de ese equipo, Hauser quería saber algo más sobre él. Y, con la misma finalidad, Jake también había estado entrevistando a su manera a Hauser.

Aguantó en equilibrio la bolsa con la rodilla mientras hacía girar la llave en la cerradura y abría la puerta de un empujón.

—¿Café?

—Claro... —Hauser dejó que la palabra fuera apagándose mientras penetraba en la casa de Jacob Coleridge. Se detuvo en la entrada y miró a su alrededor. Vio las botellas de whisky, las colillas de cigarrillos, los cuadros apilados como planchas de madera, y las décadas de dejadez cubiertas de polvo.

Se paró frente a la mesa Nakashima del vestíbulo, se inclinó hacia delante, puso sus manos en las rodillas y examinó la escultura esférica que llevaba una eternidad allí. Era una representación hecha de alambre de... ¿qué? Una molécula, imaginó.

—Jake, ¿qué está pasando? —Jake se dio cuenta de que sonaba más allá del cansancio. Sonaba asustado.

Meditó la pregunta mientras dejaba la compra sobre la encimera. Cogió una lata de atún justo antes de que cayera por el borde.

—No lo sé. Aún no. —Contempló la lata y a continuación hizo un repaso del saludable *smorgasbord* que había adquirido. Una parte de él se alegraba de que Kay no estuviera allí para presenciar su crimen gastronómico: su incursión al supermercado de la autopista 27 le había granjeado dos paquetes de seis latas de CocaCola, una lata de salsa para espagueti, un paquete de *linguini*, dos latas de atún, un pan de molde, un bote de mostaza y otro de mayonesa, dos paquetes de fiambres que parecían grasa de liposucción empaquetada, un cartón de leche, un poco de gaseosa, un bote de café y unos cuantos sobres de azúcar robados de la cafetería. Había seguido parte del consejo de Frank: en el coche tenía dos cajas de botellas de agua, una linterna, una docena de pilas y una caja de palitos de *pepperoni*. Tiró de la tapa del bote de café y se produjo un siseo que sonó como un estertor de muerte.

Hauser serpenteó por entre los desperdicios de la vida de Jacob Coleridge, fijándose involuntariamente en todos los detalles del lugar, una costumbre típica tanto de policías como de delincuentes, algo con lo que Jake se identificó y que le molestó al mismo tiempo. Hauser se detuvo delante del piano y examinó un pequeño cuadro que formaba parte de un montón que había colocado encima del instrumento, ignorando la inmensa extensión de océano visible a través de las cristaleras. A sus pies había una caja que el carpintero había dejado olvidada, llena de tubos de silicona medio vacíos y unas cuantas latas de aislante térmico en aerosol.

—¿Le importa si echo un vistazo? —preguntó, señalando uno de los lúgubres lienzos de Jacob.

Jake estaba ocupado con el café, una adicción que era una de las bases de todos los cursos de desintoxicación.

—Sírvase usted mismo.

Hauser levantó una de las manchas asimétricas que estaban apiladas debajo del polvoriento piano y la sostuvo con los brazos extendidos. Contempló la pintura durante varios segundos, colocándola primero en un sentido, luego rotándola para mirarla desde otro punto de vista e intentar decidir cuál era la posición correcta. La volteó y miró la parte de atrás, como si hubiera pasado algo por alto. Un momento después la devolvió a su lugar.

—No sé una mierda sobre arte —dijo—. Pero si miro un cuadro y no sé qué diablos estoy viendo, no es para mí. No quiero que un cuadro represente la situación del hombre. ¿Cómo demonios puedes pintar eso? Si me pregunta a mí, quiero un prado. O una chica bonita en un columpio. Joder, incluso me valen perros jugando al póquer. Pero supongo que es que no entiendo estas cosas modernas —terminó encogiéndose de hombros.

—Por citar a mi padre en el único tema en que me fío de su opinión: es una porquería autoindulgente e indisciplinada.

—¿No es usted aficionado? —Hauser pareció un tanto aliviado.

—Me gustan las obras más tempranas de mi padre. Lo que hizo antes de ganarse un hueco en los planes de estudio de las universidades. Puede que hasta 1975 o 1976. Después de eso... —acabó la frase con un mohín.

En el silencio subsiguiente, el sheriff desvió su atención al ventanal y al Atlántico.

—¡Vaya un paisaje! —El viento había aumentado. El manto de presión alta que cubría la costa estaba recibiendo el lento empuje del huracán, que se acercaba cada vez más. Ya estaba

a menos de dos mil quinientos kilómetros.

Jake terminó de moler los granos de café y puso en marcha la cafetera, un pequeño robot italiano de acero inoxidable que su padre había comprado antes de que la gran revolución del café arrasase América y sus barrios residenciales y les hiciera creer que Starbucks sabía lo que hacía. Empezó a sisear y Jake salió de detrás del mostrador.

—¿Va a darme los documentos?

Hauser bajó la mirada hacia el gran sobre marrón que tenía en la mano como si supurase pus. Se lo tendió.

Jake lo abrió y lo vació sobre la mesita de café, ya limpia del bosque de colillas y botellas vacías. Fotografías, dos disquetes y un fajo de expedientes unidos con un clip negro. Cogió las fotografías.

De repente estaba de vuelta en la casa, recorriendo sus pasillos, examinando a sus muertos. Hauser, la cafetera siseando, el zumbido del mar al otro lado del ventanal, la leve estática que toda casa posee, todo se desvaneció. Jake estaba allí. En la habitación con la mujer y su hijo. Con su trabajo.

La primera foto, clara, nítida, bien iluminada, mostraba las uñas de la mujer, esparcidas por la alfombra como un puñado de semillas de calabaza ensangrentadas, con jirones de carne negra colgando de ellas. Pasó las fotos hasta que encontró la que quería, un primer plano del ojo izquierdo de la mujer. Lo miraba fijamente a él como las fotografías por satélite del *Dylan* en la CNN, con la sola diferencia de que el ojo de la mujer carecía de vida y tenía el blanco destruido por oscuras líneas de sangre.

—Este tipo no pierde el tiempo —dijo, y dejó caer la foto en la mesa, saliendo al mismo tiempo de la escena del crimen que tenía en su mente.

—Parecía que estuviera en una especie de trance —comentó Hauser, con los ojos entrecerrados.

—Reconstruyo cosas en mi cabeza. Eso es lo que hago. —Percibió el olor del café y cambió de tema—: ¿Azúcar? ¿Leche?

—Dos de azúcar, sin leche.

Jake serpenteó por la amplia sala, y la facilidad y la familiaridad con que lo hizo le sorprendieron. Llevaba de vuelta menos de... ¿qué? Veinticuatro horas tal vez, y la casa ya era de nuevo su hogar. Con la excepción de las puertas cerradas con llave. Y el trozo de césped en la nevera. Y el hecho de que su padre había perdido su asidero en la mayoría de las partes tangibles de su psique.

Jake cogió dos tazas del escurrelatos que había al lado del fregadero y que ahora estaba lleno de platos y vasos que él había fregado, y sirvió el café. Añadió azúcar a las dos tazas y levantó la mirada para encontrar a Hauser frente al mostrador.

—Mi madre tenía Alzheimer. Sé lo duro que puede ser. —Su voz sonó acusadora.

—Lo que hay entre mi viejo y yo no va a afectar a mi rendimiento. Le ha llevado a su laboratorio —echó un vistazo a su reloj— nueve horas y cincuenta y un minutos llegar a procesar estos informes. —Hizo un gesto con la barbilla para señalar la mesita de centro—. ¿Quiere defectos? Pues tiene todos los que puede necesitar ahí mismo.

—No veo cómo va a poder ser usted objetivo en esto. No quiero que un cazafantasmas del FBI, excitado por la idea de venganza, eche a perder el caso por una rabieta. ¿Tiene un interés personal en el caso, un interés que ha ido guardando durante treinta y tres años?

Jake se quedó paralizado y miró a Hauser a los ojos:

—¿Quiere que le diga que esto no es personal? No miento, Mike, es una mala política.

—Necesito saber de qué tengo que preocuparme.

Jake volvió a señalar la mesita.

—Nueve horas, cincuenta y un minutos es un buen punto por el que comenzar. Dos detectives a tiempo completo deberían haberlo hecho en cinco horas como mucho. Y serían datos útiles y sólidos. Su falta de experiencia en esto es su mayor responsabilidad. En cuanto a mí, soy el tipo que va a hacer todo el trabajo duro.

Hauser se paró y giró la cabeza hacia Jake.

—¿Este tipo está loco?

—Por supuesto, está loco. Pero ¿va eso a ayudarlo a usted a dar con él? Probablemente, no. No está loco en su vida pública, al menos no la mayor parte del tiempo. Es cuando tiene un momento de tranquilidad para meterse en su propia cabeza, sentado en su garaje o en su despacho, o en el pequeño cobertizo en la parte trasera de su casa, cuando la locura sale a la superficie. Estos tipos están todos jodidamente locos, pero saben que lo que hacen está mal, Mike. Si no lo supieran, no lo esconderían. Todos son conscientes de que sus acciones tienen consecuencias. Por desgracia, es la única forma en la que la mayoría de ellos pueden alcanzar el orgasmo.

»No obstante, hay algo diferente en este tipo. La mayoría de los asesinos matan para darse placer a sí mismos, es una forma de masturbarse. No se trata de la víctima, sino de representar sus propias fantasías en un escenario, y el escenario por lo general incluye a la víctima como un actor secundario. Pero el centro de la acción siempre está en ellos mismos. Este... él... lo hace por ellos. Es como si estuviera... no sé... castigándolos. Los desolló y se marchó. No hay evidencias de ninguna clase de actuación o representación. Quería hacerles daño.

—Entonces, ¿los conoce?

Jake asintió, pero enseguida cambió el gesto por uno de negación, y ese movimiento fue inquietante.

—Cree que los conoce. Está actuando contra alguien. Las víctimas simplemente sufren la parte más dura de esa acción. Contra su madre, probablemente. Tal vez contra las mujeres en general. No lo sé. Todavía no.

—¿Va a seguir en el caso?

—Tengo que hacerlo. No quiero que esto ocurra otra vez.

Dio la impresión de que Hauser acabase de recibir la picadura de una avispa en la base de la columna vertebral.

—¿Cree que esto va a volver a pasar?

De repente Jake comprendió que la idea nunca había cruzado por la mente de Hauser. En su deseo de ver aquel caso lo más lejos posible, había barrido aquella idea bajo la alfombra de su psique que utilizaba para evitar enfrentarse a la desagradable verdad. Y una mujer y un niño desollados eran algo muy desagradable a lo que hacer frente.

—Se lo garantizo.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por qué? ¿Está seguro? No veo...

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Una mujer y su hijo han sido... —el sheriff tragó saliva— destrozados. Despellejados.

Jake asintió.

—¿Y eso qué le dice?

—Que nos estamos enfrentando a un demente hijo de puta.

Jake negó con la cabeza.

—No. Piense con frialdad, con objetividad. ¿Qué más le dice?

—Hace falta ser especial para hacer ese tipo de cosas. Para encontrar placer en ello.

Jake asintió.

—Y si le gustó, ¿cuál sería su siguiente paso en el organigrama?

Hauser permaneció un momento inmóvil mientras el mecanismo de su cabeza analizaba el proceso:

—Querrá más. —Levantó la mirada, y sus ojos volvieron a lucir aquella enfermiza opacidad que habían tenido en el laboratorio de la doctora Reagan—. Querrá mucho más.

Jake estudió a Hauser, sorprendido porque no le había preguntado si pensaba que el asesino era el mismo de tanto tiempo atrás.

Uno de los pocos buenos recuerdos que Jake tenía de su padre era su perro *Lewis*. Por supuesto, como todo lo demás que guardara relación con su padre, había sido destruido en un solo acto de cólera narcisista. Pero de vez en cuando se permitía a sí mismo pensar en la primera parte. La parte buena.

Su padre había llevado a *Lewis* a casa la mañana que su hijo cumplía once años. Jake no había pedido un perrito, nunca habría siquiera soñado con pedir uno, pero la aparición de aquel pequeño pastor alemán era algo en lo que pensaba con frecuencia. Un pequeño cachorrito beis con los cuartos traseros negros. Catorce semanas. Jake lo llamó *Lewis*.

Desde mayo en adelante, armado con un nuevo amigo inseparable, Jake comenzó a explorar el mundo más allá de la terraza vallada, la parcela de hierba que terminaba en el estudio y el espejeo de la playa al otro lado. Spencer, al que en esa época llamaba Spence porque quedaba mucho más guay, iba siempre a su lado. *Lewis* era más que una mascota que le acompañase, era su amigo. Un libro de la biblioteca y un poco de ayuda por parte de su madre fue todo lo que necesitó para convertir a *Lewis* en un perro relativamente bien educado. Y entonces Jake tuvo su guardaespaldas personal.

Para cuando llegó noviembre, *Lewis* se había transformado en un miembro en toda regla de la familia Coleridge. Jake lo había entrenado como en el ejército: el perro hacía cualquier cosa que Jake le pidiera. Se sentaba, acudía, se sacudía el pelo, daba la pata, se tumbaba o se revolcaba al chasquear los dedos. Pero Jake no conseguía enseñarle a hacer el muerto; había visto el truco en *El show de Dick Van Dyke* y quería que *Lewis* aprendiera a hacerlo. Lo había sobornado, menospreciado, provocado, mimado para que comprendiera la orden, pero nunca había funcionado.

Por las mañanas, cuando Jake estaba cansado, dejaba salir a *Lewis* por la puerta de atrás para que hiciera sus cosas. Por lo general el perro tardaba unos minutos en completar su ritual predesayuno y luego ladraba y arañaba la puerta. Para entonces, Jake solía comerse un bol de cereales y cuando dejaba entrar al perro le daba una lata grande de su maloliente comida.

Una mañana de finales de noviembre, Jake estaba profundamente dormido. El animal primero le dio con el hocico en la mano y luego en el cuello. De mala gana, Jake se puso su batín de *El planeta de los simios* y lo llevó abajo. En el exterior apenas había amanecido y pudo ver la luz encendida en el estudio de su padre. Cuando abrió la puerta, una corriente de aire helado entró aullando y el perro salió a la carrera. Jake volvió a su cuarto, se arrastró a la cama y se quedó otra vez dormido.

Cuando abrió los ojos, la luz inundaba la habitación y pudo sentir que era ya tarde. Se levantó de la cama, se vistió con ropa cálida y fue abajo para prepararse unos cereales y quizás unas galletas. Estaba en la escalera, encima de la sala de estar, cuando descubrió a

Lewis. Delante mismo de la puerta trasera, tirado en un gran rectángulo de sangre.

Soltó un gemido tan audible que hizo que su madre apareciese corriendo. Le ayudó a bajar las escaleras, le hizo sentarse en el sofá y abrió la puerta. A *Lewis* le habían cortado el cuello. Un solo corte, profundo, que le cruzaba la mancha blanca que iba desde la mandíbula hasta el pecho. Solo que ahora ya no era blanca.

Mia gritó. Le preguntó a Jake que había ocurrido. Jake permaneció sentado en el sofá de cuero, con sus piernas estiradas delante de sí, mirando fijamente a *Lewis*.

—Debe de haber estado ladrando o algo. Quizás estaba haciendo demasiado ruido. —Sus ojos fueron hacia el estudio, en el borde de la finca. Por la chimenea salía una columna de humo que el viento del océano arrastraba hacia el oeste.

Su madre siguió la dirección de su mirada. Hacia la caseta en el borde de la finca donde Jacob llevaba trabajando sin parar durante los últimos cuatro días. Le dio un beso a Jake, un abrazo, y le dijo que se quedase allí. Cubrió al perro con una manta gris y se encaminó hacia el estudio.

Jake nunca llegó a saber lo que hablaron; desde la casa no había forma de oír lo que se decían y estaba demasiado asustado para moverse del sofá. Así que permaneció allí. Con los ojos clavados en el bulto debajo de la manta. Esperando a que dejase de sentirse asustado.

Su madre había vuelto pálida y con los ojos enrojecidos, pero sin llorar. Le dijo a Jake que sentía lo de *Lewis* y luego se lo llevó a desayunar al Club Náutico. Tres tostadas francesas, una docena de tortitas, tres lonchas de bacón, tres salchichas, sirope de arce y zumo de manzana. Se obligó a sí mismo a tragarse parte del desayuno porque no quería malgastar el dinero de su madre. Hablaron muy poco. Después fueron al cine. Esa noche ella durmió en la habitación de invitados.

Con el tiempo (Jake no podía recordar cuánto, pero era menos de una semana) su madre regresó a la cama de matrimonio. Pero la relación de sus padres había cambiado. Incluso él podía notarlo. Y el cambio producido en su madre era algo palpable, como si le hubieran quitado un trozo. Después de aquello el niño siempre tuvo miedo de su padre, sobre todo porque su madre comenzó a comportarse como si estuviera viviendo un tiempo prestado.

La piscina, como el resto de la casa, había superado el punto de la indiferencia y estaba camino de desarrollar su propio ecosistema. La superficie tenía una capa de algas y nenúfares. Una pata rodeaba el borde seguida en fila por sus crías. Más allá de la hilera de aves estaba la barandilla combada de la terraza, la playa y el Atlántico extendiéndose hacia el fin del mundo.

Pero Jake Cole se había olvidado de todo eso, incluso de los sonidos, porque estaba sumido profundamente en su trabajo. Estaba instalado cómodamente en el sofá, con el café ya frío girando en una espiral que guardaba cierto parecido con el ojo del *Dylan*, que estaba todavía a día y medio de distancia. Su mente vagaba por las habitaciones de la casa donde se había cometido el crimen. Estaba solo, y se movía por la casa inerte sin preocuparse por lo que Hauser y su pin con la banderita pudieran pensar. Paseó por el tiempo, absorbiendo los detalles.

Sus ojos estaban clavados en la pantalla de su portátil mientras recorría apresuradamente las casi mil trescientas fotografías de alta resolución que Conway había tomado. El fotógrafo había hecho un buen trabajo. Las del propio Hauser estaban bien, pero no pasaban de ser simplemente aceptables, y Jake llevaba en esto el tiempo suficiente para haber desarrollado su manera propia y única de hacer las cosas. Estaba contento de que Conway hubiera entendido lo que quería.

Buena parte de su trabajo seguía los protocolos típicos del FBI. La agencia tenía un sistema forense sólido que cubría cualquier campo en el que pudiera pensarse. Todo, desde las evidencias genéticas acumuladas bajo el manto del CODIS hasta su Departamento de Ciencia del Comportamiento, operaba de acuerdo a buenos y sólidos principios. Pero lo que hacía Jake, el modo en que él trabajaba, era visto por mucha de la gente a la que ayudaba con más que escepticismo. Él entendía que las miradas de soslayo que recibía eran debidas a los sólidos resultados que conseguía. Lo que los otros no comprendían era qué sentidos empleaba. Y siempre que había intentado explicar lo que hacía, acababa confundiendo más el tema en lugar de aclararlo.

Jake no creía en ninguna paraciencia. No creía en médiums ni en psíquicos ni en ninguna de las estupideces no cuantificables que tanto gustaban a los del *Discovery Channel*. Jake no recibía visiones ni veía auras ni convocaba espíritus, aunque la gente que lo rodeaba le tratase como si sí que lo hiciera. No, el proceso que el agente especial Jake Cole empleaba era algo más que un truco de salón del siglo XIX.

Jake sabía que nunca se había demostrado una prueba cuantificable de un poder psíquico tangible. Ni una sola vez. La gente cree porque quiere creer. Algunos son embaucados, otros directamente engañados, pero lo cierto es que nunca se ha realizado un experimento controlado en el que un psíquico haya sido capaz de probar nada aparte de unas dotes de

observación extremadamente bien afinadas. Y de eso era de lo que Jake sacaba provecho. No hablaba con los muertos ni con el mundo espiritual. Observaba. Miraba. Veía. Y computaba. Los estafadores que se disfrazaban de psíquicos lo llaman «lectura en frío».

En términos sencillos, Jake resolvía enigmas. Era algo tan mundano como eso.

El elemento espiritual al que sus colegas recurrían era una simple confusión ante una agudeza mental que no podían entender. Igual que un erudito matemático o musical, Jake era capaz de acceder a algo a lo que los que le rodeaban no podían, y el resultado era que los demás se sentían incómodos a su lado. Algunos incluso se sentían asustados.

Jake no creaba esbozos del carácter de los asesinos. Su talento consistía en crear interpretaciones detalladas de la mecánica de un crimen. Era una ciencia sutil en la que matices muy leves equivalían a imágenes enormemente diferentes. Nunca cambiaba su opinión sobre un caso porque nunca emitía un juicio hasta que estaba seguro.

Jake apartó la mirada de la pantalla y se frotó los ojos. El factor que definía este caso era la ausencia de detalles. Los hombres como Hauser lo llamarían evidencias, pero Jake no pensaba en esos términos. Jake concebía cada detalle como un píxel de color en una pintura, y como en cualquier otro arte, cuando había suficientes píxeles presentes, se formaba una imagen. Pero cuando no los había, toda la gimnasia mental del mundo sería incapaz de terminar la imagen. En esta ocasión, sin embargo, la ausencia de detalles era un don del cielo. Sin una buena cantidad de evidencias físicas que examinar cuidadosamente, se había visto obligado a recurrir a esa parte de él que ni siquiera él mismo podía entender. Y a través de ese proceso computacional, de algún modo había reconocido el olor del asesino. Después de todo aquel tiempo. Después de toda la rabia y el odio y el miedo y la heroína y la bebida. Podía...

El teléfono lo sacó de golpe del escenario iluminado en el interior de su cabeza.

—Cole —dijo, con cansancio. Y con cautela.

—Soy la enfermera Rachael, del hospital. Es necesario que venga de inmediato.

—Mi padre... —Se quedó callado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Creo que debería venir al hospital.

Se oyó el golpe como de platillos de algo metálico rebotando contra el suelo. Cristales rotos. Palabrotas. Una bofetada.

—Por favor —dijo alguien—. Señor Coleridge. Por favor, pare. Todo va a estar bien.

Y entonces el ruido de fondo quedó enterrado bajo el gemido de un solitario y agudo chillido que retumbó en el auricular. Jake se alejó el teléfono del oído.

—Por favor. Está viniendo. Está viniendo. ¡No puedo quedarme aquí! Oh, Dios. Por favor. Déjenme ir. No le hablaré de ustedes, no lo haré. Pero si no me dejan marcharme, tendré que hacerlo y entonces... y entonces... —La voz de su padre era de pánico, de locura—. ¡Aparte de mí esa jeringuilla!

La enfermera Rachael volvió a hablar, jadeando:

—Por favor, señor Cole.

Jake abrió la puerta de un empujón y una señora mayor y de poca estatura con un cigarrillo sin encender aferrado entre los dientes y que llevaba consigo un soporte móvil de suero le ladró «¡Mira por dónde vas!» mientras esquivaba la hoja de la puerta y seguía su camino. Jake se dirigió a la carrera al puesto de enfermeras.

En la pausa después del almuerzo, dos enfermeras andaban liadas con varias tareas al mismo tiempo. Un hombre alto y rechoncho con gafas gruesas y una delgada mata de pelo gris lo miró, esbozó una sonrisa de anuncio y se acercó al mostrador.

—Señor Cole, soy el doctor Sobel, médico de su padre.

Jake buscó el nombre en los informes que le habían dado: Sobel era psiquiatra. Si una cosa había aprendido Jake en su profesión era a desconfiar de gente que decía que podía entender cómo funcionaba la mente.

Sobel le tendió la mano:

—Tengo unos minutos antes de una reunión, pero es importante que usted y yo hablemos. ¿Podríamos continuar mañana por la mañana?

—Una de las enfermeras de mi padre me ha llamado. Dijo...

Sobel hizo un gesto para quitarle importancia, como si Jake estuviera siendo melodramático.

—Rachael Macready. Sí, ha terminado su turno.

Jake reconoció el tono tranquilizante y las palabras balsámicas de un hombre entrenado para manipular.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Su padre ahora está bien. Lo hemos sedado. Otra vez. —Lo último lo dijo con cierta sequedad, como si Jake estuviera planeando irse sin pagar las facturas.

El psiquiatra fue a una pared de casilleros y sacó el gráfico de su padre, luego rodeó el mostrador y guió a Jake hacia una pequeña sala de conferencias. Entraron y cerró la puerta.

—Tengo dos minutos, así que vamos a aprovecharlos. Su padre está muy agitado. Sé que usted presencié uno de sus episodios anteriores, por lo que supongo que sabe lo que quiero decir. ¿Tiene alguna idea de qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que le hace exaltarse tanto?

Jake se sentó en el borde de la mesa.

—Soy la última persona que podría decirle algo sobre él.

Sobel apuntó algo en el gráfico.

—Me gustaría decirle que se trata de una fiebre causada por la luna llena o que ese huracán que viene lo está afectando, lo cual puede que sea cierto, pero hay algo más agitando a su padre. —El psiquiatra mantuvo su mirada en el informe mientras iba pasando las hojas.

Jake reprimió el impulso de poner los ojos en blanco.

—Se ha quemado las manos, doctor Sobel. Está en un entorno que no le es familiar. Le

han metido hasta arriba de morfina, lo cual probablemente no sea lo mejor para una persona de su edad. Seguramente usted preferiría un ansiolítico mezclado con un relajante muscular y un sedante. Alprazolam sería una buena elección. Pero mi padre es un alcohólico y su función renal entra en juego junto a su edad. Así que sigue con la morfina. Sé lo que está pasando.

Sobel dejó de pasar las hojas y levantó la vista hacia Jake.

—¿Es usted médico?

—No —dijo Jake, con una sonrisa que casi era una risa—. Pero sé algo de manejar personalidades difíciles, y usted no tiene muchas opciones con un viejo alcohólico que durante la mayor parte de su vida ha sido un beligerante hijo de puta. Tiene que mantenerlo, a él y a los que están a su alrededor, cómodos.

Sobel asintió y en su rostro se formó una media sonrisa.

—Su padre siempre ha sido un hombre interesante.

—¿Lo conoce usted? —preguntó Jake, sorprendido de que su voz sonase tan calmada.

Sobel movió su cabeza en un gesto que era tanto que sí como que no.

—Mi mujer y yo conocíamos a su madre. En el Club Náutico. Solía apuntarse cuando necesitábamos a una cuarta persona para jugar dobles. Su madre era una tenista magnífica.

Jake sonrió. Era un dato que no sabía.

—Pero ¿a mi padre no lo conocían?

—Tomamos alguna copa de vez en cuando —repuso Sobel, negando con la cabeza—. Pero no jugaba al tenis y sé que trabajaba mucho. —Estaba consiguiendo que Jake se sintiera cómodo—. Poseo un cuadro firmado por su padre. Lo compré en una subasta silenciosa en el Club, allá por el 67 o el 68. La mejor inversión que he hecho. —Se dio cuenta de que se le estaba acabando el tiempo y volvió a posar su mirada en los gráficos—. ¿Cómo estaba viviendo su padre?

En la mente de Jake apareció el trozo de césped dentro de la nevera. Los ojos rajados del retrato. La barricada en la puerta del dormitorio. Las navajas.

—Un tanto obsesivo.

—¿Algún indicio de paranoia?

No si a lo que se refería era a un desembarco de vikingos en la playa.

—¿Qué es lo que no me está diciendo, doctor Sobel?

El médico cerró la carpeta metálica.

—Tuve que darle a su padre cuatrocientos miligramos (es decir, casi medio gramo) de Clorpromazina y no ha sido suficiente para calmarlo. Y eso además de la morfina. No puedo administrarle más a un hombre de su edad. Qué diablos, un hombre de la edad que usted tiene no soportaría una dosis semejante.

Durante un instante, Jake pensó en discutir ese punto con Sobel.

—Su padre tiene una tolerancia a los narcóticos que he visto solo en otra ocasión en treinta años ejerciendo la medicina. Posee el metabolismo de un caballo de carreras. Eso, unido a su estado de excitación, es una fórmula que lleva directamente al desastre.

Temo que vaya a autolesionarse o, Dios no lo permita, a lesionar a otra persona. Creo que es necesario atarlo a la cama.

—¿Busca usted mi permiso o mi absolución?

—Ninguna de esas cosas, Jake —dijo Sobel—. Simplemente me gusta hablar con una persona antes de atar a su padre a la cama.

Jake abrió la boca para hablar, pero le interrumpió un aullido desgarrador que rompió en pedazos el silencio. Reconoció la voz y bajó de un salto de la mesa justo cuando un segundo grito hizo resonar todas las moléculas de la tercera planta. Salió corriendo de la sala.

En el fondo del pasillo se había agolpado una multitud vestida con los tonos pastel de hospital que estiraba el cuello para mirar hacia el interior de la habitación de Jacob Coleridge.

Jake llegó al muro de carne revestida de franela y algodón y se abrió paso, desembocando en un amplio semicírculo de rostros atemorizados que alguna fuerza invisible retenía más allá de la puerta de la habitación.

Dentro estaba Jacob Coleridge arrodillado ante la pared que la sombra de su silla atravesaba cada día, con las vendas arrancadas a mordiscos y los tallos pulposos de sus manos retorcidos y agrietados, rezumando pus y sangre y trozos de sutura que semejaban patas de araña. Tenía las piernas abiertas hacia ambos lados, como un niño, y contemplaba fijamente una pintura que había realizado con manchas y gotas y salpicaduras de color rojo que al secarse se oscurecía cada vez más.

Jake se quedó congelado en el umbral, con los ojos clavados en el cuadro sangriento de la pared.

Jacob Coleridge había utilizado sus muñones y sus dedos cubiertos de costras para dotar de profundidad y rigor a sus trazos, espesando o afinando una línea si aplicaba más o menos presión, y la imagen que había creado con su sangre resultaba aterradora, carente de la más ligera nota de elegancia. Era una pintura propia de la locura. Un retrato de cintura para arriba de un hombre.

Jacob había usado la perspectiva forzada para darle profundidad a la figura, de modo que parecía que estaba delante de la pared y no pintada en ella. Se trataba de la imagen sangrienta de un hombre con la cabeza ladeada hacia un lado como si estuviera examinando algo. Pero no poseía expresión porque no tenía rostro, solo una oscura mancha roja en el lugar donde sus facciones deberían estar.

Jacob Coleridge había mordisqueado sus vendajes y había roído la gasa y la cinta y los puntos de sutura para llegar a la carne y los huesos. Había extraído sangre de sus venas y arterias suturadas y cauterizadas, restregando, dando ligeros brochazos y pinceladas con la ferocidad que siempre había marcado su obra. Allí donde se requería sombra, la sangre era más espesa. Donde solo hacía falta un suave toque, había una delgada capa.

Jake avanzó poco a poco, con los ojos fijos en el hombre hecho de sangre. A medida que se movía, la figura cambiaba (un truco genial de perspectiva forzosa), y durante un segundo creyó que la había visto moverse, contrayéndose. olía igual que la casa de los Farmer la noche anterior.

Él, dijo la voz, y Jake sintió que su corazón latía en su pecho como si tartamudease.

Se deslizó al lado de su padre para acercarse a la pintura y observar los detalles. Al acercarse, el olor denso y metálico de la sangre se acentuó. En su trabajo había experimentado muchísimas veces la sensación que producía aquel olor en grados muy superiores, pero nunca le había molestado. De hecho, si le preguntaban, admitiría que en muy pocas ocasiones se había percatado del olor; era algo que bloqueaba automáticamente fuera de su conciencia. Pero ahora, mirando fijamente el oscuro retrato sin rostro garabateado en la pared, el olor lo trasladó de vuelta a la noche en la que su madre había sido brutalmente asesinada.

Levantó el brazo, con los dedos extendidos y separados, como un hombre que se dispusiera a empujar una puerta cristalera. Su mano contactó con la pared y presionó el retrato con la palma y los dedos, y sintió que de la figura manaba calor. Una oleada espesa y húmeda le mojó la piel. Retiró la mano sin que dejara ninguna marca, y fue solo entonces, al mirar su piel y ver la pálida sombra blanca que era su propia carne, cuando regresó al presente.

El doctor Sobel permanecía inmóvil en el umbral de la habitación.

—¡Cierre esa maldita puerta! —gritó Jake.

Sobel entró, cerró la puerta y puso el pestillo.

Al oír el sonido del cerrojo, Jacob levantó la mirada y el miedo atávico que había en sus ojos se suavizó.

—Necesita ayuda —dijo Jake, cogiendo el teléfono y tendiéndoselo al psiquiatra—. Llame a alguien. Ayúdele. Ahora.

Sobel tecleó una extensión y lanzó varias órdenes:

—Envíe al doctor Sloviak a la 312, ¡de inmediato! Prepare un quirófano, ahora. Avise al doctor Ramírez y dígame que es urgente.

Y tan solo porque pensó que aquello era lo que un hijo debería hacer, Jake puso la mano en el hombro de su padre. Jacob se balanceaba hacia delante y hacia atrás con la boca torcida en un quejido triste. Su cara, su pecho y su cuello estaban salpicados de sangre, saliva y vendas. De sus manos goteaba sangre al suelo. Tenía la mirada alzada, el rostro dirigido hacia la pared. Pero sus ojos ya no veían el retrato que había dibujado con sus propios huesos astillados ni la habitación en la que se encontraba. Lo que estaba mirando se hallaba más allá de la pared, más allá de la sangre y de la imagen sin rostro, más allá de todo lo que le rodeaba. Estaba mirando fijamente una imagen que parpadeaba enloquecidamente contra su materia gris, latiendo y golpeando y chillando en su cerebro, intentando salir al exterior.

—Está viniendo. —Su voz resonó desde una habitación de metal a trescientos metros del suelo—. Y ni siquiera puedo construir una barricada. —Cerró los ojos, enterró la cara en el pecho de su hijo y, por primera vez desde que Jake podía recordar, lloró.

El tiempo había llegado a un estado neutro que sería el último período de calma antes de que la Madre Naturaleza se soltase el pelo con su gran ópera triunfal. La marea lamía tranquilamente la orilla y el cielo no se había cubierto todavía de nubes. Ni siquiera en dirección este, en el horizonte que enmarcaba el Atlántico, se distinguía aún una sola nube. Pero el aire sí que era diferente, como si estuviera cargado de partículas eléctricas, y Jake podía sentir en sus dientes la tensión. Conducía con las ventanillas bajadas, y el aire salado y el débil zumbido de la atmósfera dotaban de colorido el ruido uniforme que palpitaba dentro de su cabeza.

Metió el coche en el sendero de entrada y vio una funda de violonchelo metida entre los arbustos que había al lado del garaje. El forro negro estaba cubierto de pegatinas de «Frágil» y etiquetas de aeropuerto. Junto a ella había una maleta vieja, la de Kay, y otra más pequeña de plástico, amarilla, con la forma de un autobús escolar. No la había esperado tan pronto, y por un momento deseó haber dejado una llave, pero recordó el desorden que había dentro de la casa y comprendió que era mejor que no la hubiera dejado. Rodeó la casa para buscarlos.

Las botas de motorista de Kay estaban en lo alto de la vieja escalera que llevaba a la playa y cuya barandilla era del mismo color que el hueso fosilizado de un dinosaurio. Al lado, como uno de esos juguetes que se suelen colgar del espejo del coche, estaban las pequeñas zapatillas con lengüetas de velcro de Jeremy. Los localizó a unos cien metros hacia el oeste: Jeremy iba cogido de la mano de Kay e iba dando saltitos con su sombrero chambergo, el que le habían comprado el invierno anterior en Florida.

Kay llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de *King Khan & The Shrines* con las mangas subidas, dejando a la vista líneas brillantes de tatuajes que le bajaban por sus delgados brazos. Al moverse, balanceaba los hombros de forma relajada con ese constante fluir de la música que brotaba en todo lo que hacía. Tenía la correa del bolso colocada diagonalmente en el pecho, seccionando sus senos, al estilo antirrobo. Era pequeña y se movía con la misma energía compacta de Jeremy; el viento le removía el pelo y Jake ya se estaba imaginando cómo olería cuando hundiera su rostro en ella. Kay levantó la mirada, lo vio y se agachó al lado de su hijo. Le dijo algo y la cabeza de Jeremy se movió a un lado y a otro, registrando la playa como un pájaro que buscara comida. Finalmente descubrió a Jake cuando Kay lo señaló y echó a correr hacia él.

—¡Papi! —gritó, y el agudo tintineo de su voz se alzó por encima del sonido de la marea.

En ese instante toda la herrumbre desapareció de la vida de Jake. De repente, su padre, la señora X y su hijo, Hauser y el doctor Sobel, los pelos rubios de caballo en la bolsa de pruebas y el despacho subterráneo de la doctora Reagan se desvanecieron. Corrió hacia su hijo, cogió al niño y lo levantó en vilo para abrazarlo un poco demasiado fuerte. Jeremy

comenzó a retorcerse y Jake lo bajó al suelo:

—Eh, Moriarty —le dijo, plantándole un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

Jeremy se rio y echó la cabeza hacia atrás:

—¡He encontrado una concha! ¡La tiene mami! Hemos venido en autobús.

—Papi está muy contento de que estés aquí.

—¡Tenemos galletas de chocolate! ¡Unas gigantes! —canturreó Jeremy con un entusiasmo que dejaba claro que aquellas galletas eran mejor que el dinero.

—¿En serio?

Kay casi se había sonrojado, y sus mejillas pecosas se habían elevado con aquella suave sonrisa suya.

—¿Te apetece una galleta? —preguntó, al tiempo que se lanzaba a sus brazos.

—¿Así es como lo llamáis los jóvenes hoy en día?

A Kay le faltaban unos pocos meses para cumplir los treinta, una fecha que a ella le espantaba y Jake deseaba que llegase con secreta ansia. Esperaba que la diferencia de quince años que había entre ellos resultase algo menos notable a partir de ese momento. Además, Kay parecía joven para su edad y Jake quería que tuviera por fin los treinta para no sentirse él tan viejo. Pero lo único en lo que pensó ahora fue en lo bien que ella olía.

—Te echaba de menos —dijo contra el pelo de ella, inhalando su aroma con avaricia. Era un olor a limpio con un toque de papaya.

—Yo a ti más.

Jake notó que los brazos de ella lo apretaban y sintió la presencia carnosa de sus pechos apretándose contra él.

—Me gusta sentirte cerca.

—Siempre dices eso.

—Porque siempre me gusta sentirte cerca. —La abrazó con un poco más de fuerza antes de separarse y dirigirse de regreso hacia la casa con las manos entrelazadas y Jeremy corriendo en círculos a su alrededor como un perrito faldero, entusiasmado con las galletas de chocolate, el viaje en autobús y el reencuentro con su papá.

—Te he traído algo de ropa. Cosas algo más... —rebuscó en su vocabulario—... formales.

Jake le dio un beso en la punta de la nariz y luego en los labios, y dijo:

—No podéis quedaros.

Kay se detuvo y lo miró a los ojos:

—Acabo de cargar con mi violonchelo en un autobús de línea que apestaba a orina mientras me las ingeniaba para mantener a Jeremy entretenido durante las tres horas de viaje y ahora me sueltas que no podemos quedarnos. Señor, tiene que estar usted realmente harto de tener sexo conmigo —dijo medio en serio.

Jake logró esbozar una pequeña sonrisa. Se inclinó hacia delante mientras caminaban y la besó en la coronilla, inhalando un poco más de su aroma a papaya.

—El *Dylan* se presentará aquí mañana por la noche. Yo estoy liado con mi padre. —Titubeó e hizo una pausa—. Y tengo un caso que va a llevarme...

—Eh, eh, espere usted, señor Nomeacuestocontigo. ¿Has dicho que tienes un caso? —Volvió a detenerse y apretó su mano con más fuerza. Jake también se paró, pues de lo contrario la habría arrastrado hacia delante.

—Ha sido casualidad.

—Siempre es así, Jake. Eso es lo que pasa. ¿No le has dicho a Carradine que vas a dejarlo?

—Esto ocurrió anoche. Mientras yo estaba aquí. —Quería contarle más, informarla de todas las cosas que tenía dando vueltas en su cabeza, pulsando interruptores y tirando los libros de las estanterías como un niño enfadado—. Es importante.

—Oh, Jesús, Jake, no me vengas con esas. Sé que es importante. Siempre lo es. Pero tenemos planes.

—Solo necesito terminar este asunto de mi padre y con el caso y ya está. Puedo encargarme de lo del cazador de cabezas de Utah desde casa. Si esto no fuese aquí, delante mismo de mis narices, habría dicho que no. Para empezar, ni siquiera Carradine me habría dejado encargarme del caso. Considéralo cabos sueltos.

Kay escuchó el timbre de su voz:

—Nos iremos cuando tú te vayas. Creo que es un acuerdo justo.

Jake dirigió su atención hacia el horizonte. En algún punto no muy lejos de allí, el infierno se había desatado con olas de veinticinco metros y vientos de trescientos kilómetros por hora.

—Podéis quedaros esta noche —dijo con voz suave, y la besó de nuevo en la coronilla—. Luego meteré tu culo en un autobús y volverás a la ciudad. —Ella abrió la boca para protestar cuando Jake añadió—: No quiero teneros a los dos aquí ahora. No con esta tormenta. No con mi trabajo. No necesito esa vulnerabilidad. —Algo en su tono la convenció.

—De acuerdo, Jake —dijo, apartando un mechón de pelo de su cara—. Lo que necesites. Dormiremos donde dormiste tú anoche.

—En el sofá.

—¡Dormir en el sofá! —exclamó Jeremy, y lanzó torpemente una piedra por encima de su cabeza. La piedra se desplomó al suelo delante de sus pies y la recogió para intentarlo de nuevo, y esta vez llegó hasta el borde mismo de la orilla. Asintió con admiración y se entregó de nuevo a la búsqueda de piedras adecuadas.

Kay permaneció en silencio durante unos segundos, ocupada en su manera calmada de procesar información. Jake sabía lo que estaba haciendo y lo valoraba como merecía. Era una de las cosas que le encantaban de ella: le escuchaba y creía en él. Tal vez fuera por todo lo que habían vivido juntos, pero ella confiaba en que Jake sabía cuidar de sí mismo. Y de ella y de Jeremy. Una vez más, sintió que la velocidad de su cerebro y de su cuerpo entero se ralentizaba mágicamente por la simple razón de estar junto a ella.

—Podemos acampar en el suelo si no queda otro remedio. No te preocupes por nosotros, Jake, estás hasta arriba. Sé que probablemente estarás agobiado... —Hizo una pausa y sonrió de nuevo—. Escúchame, ¿estás agobiado? ¿Cuándo has estado tú agobiado? —No lo dijo con crueldad, sino con total naturalidad. Aumentó la presión en su mano, y él esperó, consciente de que ella estaba a punto de formular una pregunta—: ¿Cómo está tu padre? —Las palabras eran vacilantes, pues ella sabía parte de lo que había ocurrido.

Jake pensó en la manera en que una vida que había parecido tan ordenada pocos días antes su hubiera liado tanto al recibir la llamada sobre su padre. ¿Qué podía decirle? Está bien. Excepto por lo del terror que veo en sus ojos cada vez que hablo con él. Y ahora está pintando con su propia sangre. Y no puedo olvidarme de mencionar que le han dado suficiente morfina para tranquilizar a un *Tyrannosaurus Rex* y sigue haciendo aún más ruido que todo un ejército de zombis hambrientos. Ni tampoco de las navajas multiusos. Sí, y una mierda va a estar bien ahora mismo.

—Podría estar mejor —contestó, a modo de solución intermedia.

Kay lo conocía lo bastante para leer entre líneas, así que se limitó a apretarle de nuevo la mano. Jeremy tiró otra piedra y ahora logró hacerla llegar hasta el agua, se puso a aplaudir con un fervor por el que Jake sintió envidia. Tiró de Kay hacia él, haciendo que la cadera de ella tocara contra el muslo de él, y sus pasos se acomodaron al mismo ritmo.

—¿Hay comida? —preguntó Kay.

—Claro. Un montón. Toneladas de comida. Atún, espagueti, sándwiches de mortadela y mostaza. Unos cuantos sobrecitos de azúcar. Estamos preparados.

Kay soltó una risita y apoyó la cabeza en el hombro de Jake.

—Pediremos una pizza.

Una pareja de mediana edad apareció paseando por la playa vestidos con pantalones de algodón y jerséis de punto trenzado a juego. Caminaban sin prisas, en silencio, sin hablar, apenas levantando la cabeza. Sus pisadas levantaban penachos de arena que el viento arrastraba consigo. Jeremy dejó de lanzar piedras y los saludó frenéticamente con la mano, porque había visto en televisión que en la playa todo el mundo era agradable y simpático. La pareja mantuvo la cabeza agachada y continuaron su camino a pesar de que tenían que haber visto al niño, puesto que estaba en su campo visual.

—Eso es una grosería —dijo Kay—. ¿Quién no saluda a un niño?

Jake no estaba mirando. Se encogió de hombros y siguió caminando.

—Vosotros dos no sois de aquí, ellos sí. Aquí la gente no saluda a los forasteros.

—Me estás tomando el pelo.

—Venga, salúdalos.

Kay lo hizo.

No hubo respuesta.

Repitió el gesto.

La pareja siguió sin responder.

—Salúdalos tú —le ordenó Kay a Jake.

—Yo soy de aquí. Probablemente lo sabrán de algún modo. —Levantó un brazo e hizo un gesto con la mano al más puro estilo Richard Nixon, y luego volvió a meterse la mano en el bolsillo.

Tanto el hombre como la mujer alzaron la mano, saludaron, asintieron, y después prosiguieron con su paseo.

—Es escalofriante —dijo Kay, disgustada—. Bienvenidos al Purgatorio.

—Para ellos —explicó Jake— ni siquiera existís.

—Espera a que le muestre al marido mis tetas. Entonces veremos quién no existe, si yo o esa momia con la que está casado.

Al oírla, Jake se dio cuenta de lo contento que estaba de que hubiera venido. La visión que Kay tenía del mundo iba a ser una gran ayuda, aunque solo fuera para animarlo.

Más adelante, Jeremy se había detenido frente a la casa de Jacob y estaba en cuclillas, excavando algo en la arena. Lo desenterró y lo sostuvo bajo la luz del sol, asintió en señal de aprobación una vez que su minúsculo CPU hubo calculado que poseía el tamaño perfecto para lanzarlo.

Durante un instante Jake vio cómo la luz incidía en el objeto, cómo brillaba en la mano de su hijo. Hubo una especie de palpitación, y una luz roja impactó en su ojo como si lo que sostenía Jeremy fuera un trozo de cristal del faro trasero de un coche. Luego lo lanzó.

Dibujó un arco sobre la línea de algas y espuma que bordeaba la orilla y cayó entre las olas.

—¡Papi! —chilló, emocionado por lo mucho que había mejorado su técnica. Se puso a bailar alrededor del agujero que había excavado, levantando a patadas la arena, que el viento llevaba consigo hacia la casa.

Jake se detuvo en el punto de donde el niño había extraído el objeto y se inclinó, removiendo la arena con los dedos. Justo por debajo de la superficie sintió un objeto áspero que, por el tacto, pensó que era una roca. Apartó la arena y vio un trozo de lo que parecía ser cristal rojo, el mismo tono del que Jeremy acababa de arrojar al océano. No era afilado, sino más o menos esférico, amorfo, un pedazo fundido de luz roja, recubierto con la textura propia del acné a causa de la arena que se había adherido a su superficie. Jake lo sostuvo en alto, entrecerrando los ojos para atisbar en su interior, sintiendo que había algo en aquel objeto que le pedía que lo investigase. Dentro, suspendida nítidamente en una nube de rojo translúcido, había algo pequeño con forma de media luna. Era ligero, mucho más ligero que el material en el que estaba incrustado, y por un segundo Jake pensó que estaba mirando una uña humana. ¿Era posible? ¿Qué podría... ?

Entonces Jeremy le quitó el objeto de la mano y lo lanzó al agua.

Hizo un precioso arco por el aire, una gota roja de luz que sobrevoló la orilla durante un instante y luego se hundió en el océano.

—Desapareció, papi —dijo, y subió por las desvencijadas escaleras hacia la casa.

Mientras Jake volvía a concentrarse en el caso, Kay se ocupó en limpiar parte de la basura para que al menos pudieran caminar desde la cocina a las escaleras sin tener que esquivar ningún obstáculo en el trayecto. Había abierto las cristaleras que daban a la playa y el aire fresco atravesaba la casa como un embudo, arrastrando motas de polvo antiquísimo y cenizas de cigarrillos por el suelo. Había querido colgar las alfombras persas en la barandilla de la terraza para airearlas, pero por alguna razón estaban claveteadas y grapadas al suelo y entre sí, otra muestra más de la obra de Jacob Coleridge.

Kay había cerrado con llave la puerta de la pequeña valla que circundaba la piscina y la aislaba del resto de la terraza, y ahora Jeremy estaba fuera, envuelto en una camisa blanca de manga larga, crema de protección solar y su pequeño sombrero chambergo, cantando una de las canciones alegres que había aprendido en la guardería. Se entretenía haciendo chocar repetidamente un camión de bomberos de plástico con un peluche de Elmo. Antes de lo que a Jake le gustaría, Jeremy cambiaría a Elmo por algún Transformer y empezaría, lentamente, a hacerse mayor.

Jake fue revisando los informes de las autopsias, superponiendo la información en estratos, de modo que cada nivel se apoyaba en el anterior. Volvió a ver rápidamente la enorme cantidad de fotografías, pues siempre aprendía más de una imagen que de las notas tomadas por otras personas. Examinó salpicaduras de sangre desde diferentes ángulos. Estudió las fotos realizadas en macro de manchas de huellas dactilares y dientes rotos. Lo peor era el niño pequeño, un bulto de músculos y tejido agrietado y cubierto de costras contraído en posición fetal, los ojos sin párpados, sus pequeños puños cerrados, convertidos en bolas de carne ensangrentada. En un momento dado, al darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración, Jake apartó la mirada y cogió una gran bocanada de oxígeno.

Había visto alrededor de un millar de escenas de crímenes y para él el único factor que tenían en común era el hedor del miedo. Estaba presente en diversos grados, dependiendo de lo que hubiera ocurrido, y al igual que el humo de un cigarrillo en una habitación, nunca desaparecía del todo. Echar un poco de desinfectante no servía de nada. El olor permanecía durante mucho tiempo. Durante años. Para siempre. Quizá más. Todo el mundo abandonaba una casa en la que algún ser querido había sido asesinado. Algunos la derribaban. Otros simplemente la quemaban hasta reducirla a cenizas. Pero todos se marchaban. Excepto los narcisistas empedernidos, esos continuaban con sus vidas, seguían adelante como si nada hubiera ocurrido. Se entregaban al trabajo. A la bebida. A la pintura.

Cuanto más miraba Jake las contorsiones que el *rigor mortis* había causado en el cuerpo de la madre, pegado a la alfombra con su propia sangre, más se daba cuenta de lo único que por ahora le resultaba obvio en aquel caso: estaba más allá de la experiencia de Hauser. Lo cual significaba que Jake trabajaría solo para dar con el asesino.

Cerró la tapa de su MacBook y se frotó los ojos con las palmas de las manos. Fuera, Jeremy continuaba cantando y jugando con sus coches. Jake mantuvo los ojos cerrados y escuchó a su hijo, las letras alegres de sus canciones contrarrestadas por el ruido quebradizo de coches de plástico chocando entre sí. En la otra parte de su cerebro, la parte que estaba ocupada con niños asesinados y bolsas de pruebas, estaba pensando en la casa de los Farmer. La casa en la que faltaban dos maletas. En la que no había juguetes. Ni camiones de bomberos de plástico ni peluches de Elmo ni muñecos Transformer. Los propietarios estaban ilocalizables. Y había otras trescientas cosas que, consideradas de forma independiente, no aportaban ninguna información. Sin embargo, con— 136 — sideradas como parte de un todo, adquirirían un gran parecido con un «que te jodan». Del tipo que terminaba con una mujer desollada por completo para dejar a la vista sus músculos.

Abrió los ojos y Kay estaba delante de él, mirando fijamente hacia abajo, evitando voluntariamente las fotografías esparcidas por la mesa. Una vez había cometido el error de mirar el trabajo de Jake y no pensaba repetirlo.

Le sonrió, con una cadera ligeramente ladeada, su pelo atado con un pañuelo negro, y la tinta que cubría sus brazos recorriendo su piel por las muñecas y terminando en sus nudillos, formando la palabra A-M-O-R en una y la palabra O-D-I-O en la otra. Se había cambiado y se había puesto unos pantalones cortos, y ahora las sirenas rojas y negras que tenía tatuadas en las caderas se asomaban a ambos lados de la tela desgastada, mientras sus colas se enroscaban en sus muslos por debajo de los bolsillos, que quedaban expuestos bajo la línea blanca donde había cortado los pantalones. La camiseta de *King Khan & The Shrines* marcaba su silueta, dibujando líneas tirantes entre sus senos.

—¿Puedes echarme una mano? —preguntó.

Jake regresó de golpe a la habitación soleada abierta al Atlántico, a Jeremy, que recreaba la destrucción de los ciudadanos imaginarios del Reino de la Fantasía, y bajó sus ojos a la mesita de centro, a las imágenes de muerte esparcidas por ella como naipes de una baraja. Se puso a recoger las fotos y los documentos y formó con ellos una pila.

—Lo siento, nena. —En la ciudad tenía un despacho y un mueble archivador en el que guardaba todo bajo llave cuando no estaba en casa para que ni Kay ni Jeremy entrasen y vieran su pornografía de los muertos. Colocó la alfombra marrón sobre los informes—. ¿Qué quieres que haga?

—Ayúdame a entrar en el dormitorio. Quiero adecentar un poco este lugar antes de poner a Jeremy a dormir.

Jake hizo una mueca. Siempre había odiado esa expresión, pensaba que sonaba horrible fuera del contexto de un veterinario.

Kay miró a su alrededor y añadió:

—Y esas botellas de alcohol tienen que desaparecer. Probablemente podríamos sacar lo suficiente para preparar un buen fuego, y prefiero no tener nada de whisky cerca ahora mismo. —Se mordió el labio inferior y dijo—: No puedo hablar por ti.

Jake pensó que había sido una buena forma de preguntárselo, y tiró de ella para que se sentase en su regazo.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. —Sonrió y se dio unos golpecitos en el bolsillo de su camisa de motorista—. Lo que sí que he hecho ha sido fumarme unos cuantos cigarrillos. Y creo que volveré a hacerlo.

—¿Tienes cigarrillos? —La cara de Kay se contrajo en la mueca de fingida sorpresa de una

muñeca hinchable, con la boca abierta y los ojos como platos.

—No me vengas con lo del cáncer —dijo Jake, sacando el paquete de Marlboro—. Me gusta demasiado tu música.

Kay sacó un cigarrillo y lo olfateó como si fuera un puro de calidad:

—Ummmm... huele bien. —Toqueteó el resto de los bolsillos de Jake hasta dar con el bulto duro del mechero. Lo encendió y dio una larga calada para soltar acto seguido una perfecta bocanada de humo—. Joder, es alucinante. Mantenlos lejos de mí. Te ofrezca lo que te ofrezca.

Las cejas de Jake se unieron en una mueca de indefensión:

—Claro. No hay problema. Pero nunca juegas justo, eso no va contigo. Te las sacarás —dijo, señalando sus pechos— y perderé. Juegas con demasiada ventaja. Declaro la neutralidad unilateral.

Kay dio otra calada y soltó el humo entre los dientes mientras se reía.

—Vale, ¿y ahora vas a ponerte serio y abrirme esa puerta para que pueda ver qué tenemos? Tenemos que asegurarnos de que hay suficientes sábanas, agua y municiones.

—¿La habitación de mi padre al fondo del pasillo?

—Ha montado una barricada como si fuera el protagonista de *Soy leyenda* —asintió ella.

—No he entrado —dijo Jake, encogiéndose de hombros—. No he tenido tiempo. Quizá deberíamos dejarlo. —Había un tono quebradizo en su voz, algo con lo que Kay no estaba familiarizada.

Se apretó contra él. Su cuerpo era cálido y olía tan bien como antes en la playa, el leve aroma a papaya se combinaba perfectamente con el limpiador de suelos y el humo de cigarrillo.

—¿Dejarlo para qué? —preguntó, y dio una nueva calada.

—Para mañana. Para la semana que viene. No sé. Hay mucho que hacer aquí.

Su cabeza giró para contemplar el vasto espacio de la sala de estar. Bajo el polvo y las botellas de alcohol estaban los restos de un lugar que había sido una vez hermoso, como un jardín dejado a merced del paso del tiempo, una cubierta de desidia que insinuaba el orden que había existido antes.

—Jake, nunca me has hablado de este lugar, de cómo fue crecer aquí. O sea, mira esto —y movió el brazo para abarcar toda la estancia—. Esto es una pasada.

Jake sabía a lo que se refería. Era imposible no enamorarse de aquel lugar. Y, sin embargo, de algún modo, él lo había logrado. No dijo nada, se limitó a tirar de ella más hacia sí y deslizó su mano por la curva de su cadera hasta posarla en su trasero.

—Tienes que tener algún buen recuerdo de esto. —Sus palabras eran en parte una afirmación, en parte una pregunta.

—Supongo.

—No me ignores. Lo digo en serio.

Jake recorrió con sus dedos mentales los archivos de su banco de memoria. Una de las carpetas desgastadas y viejas brilló y la sacó de su estante y la abrió. Sintió que su boca se curvaba en una sonrisa involuntaria y los dedos de Kay le acariciaron la nuca para animarlo a hablar.

—Una noche —empezó, con desgana—, supongo que yo tendría ocho años, eran... no sé, las dos o quizá las tres de la madrugada, y alguien llamó a la puerta. Mi padre estaba en su estudio y mi madre abre la puerta vestida con uno de sus camisones (todo plumas y seda,

como una estrella de cine). Andy Warhol está ahí con su metro noventa y cinco y un puñado de gente saliendo de una limusina como si fuera el coche de un payaso. Los habían echado de algún club de Manhattan y se habían metido en el coche como sardinas en lata para venir al único lugar en el que sabían que aún podían divertirse. Todo el mundo sabía que pese a lo mucho que se encerraba mi padre en su trabajo, nunca decía que no a una copa o a un poco de diversión. Yo me levanté de la cama y mi madre me puso un par de vaqueros suyos, y me pasé la noche pintando con Warhol mientras sus *groupies* fumaban hierba, y mi padre, el Gran Jefe Indio, ejercía de anfitrión y conversaba sobre arte y composición y la mierda de siempre con gente que no era capaz de entender de qué diablos estaba hablando.

»Pintamos una tarta con glaseado y Andy insistió que era arte porque yo lo había creado. No era una cuestión de mecánica, sino una cuestión de origen.

»Andy era un tipo decente y dulce, al menos conmigo. Mi padre lo llamaba "la puta", pero a mí me hizo sentir bien durante unas horas. —Hizo una pausa y sintió que su sonrisa se quebraba—. Mi padre dijo que mi tarta era «una porquería de arte». —Se encogió de hombros y añadió—: Lo cual era casi un cumplido viniendo de él.

—¿Lo ves, Jake? Es una historia muy chula. ¿Te acuerdas de lo que aprendimos en Alcohólicos Anónimos? Hay que sacar lo bueno de una situación, no lo malo. —Le besó en la nuca y luego giró para que su boca quedase a escasos centímetros de la de él—. ¿Tan difícil ha sido?

Y de repente Jake recordó por qué la amaba tanto: ella sacaba lo bueno que había en él, le ayudaba a buscar y encontrar aquello que él creía perdido para siempre.

—Deja de fastidiarme —dijo, y se echó a reír—. No, no lo ha sido. Joder. Gracias.

Kay también se rio y presionó sus pechos, formando un profundo pliegue en su camiseta.

—Toma, puedes echar una ojeada a mis melones. Sé que te da morbo. Adelante, preséntales tus respetos.

Jake vio a Jeremy con el rabillo del ojo, levantando su camión de bomberos por los aires como una máquina de destrucción de color rojo, y cuando estuvo seguro de que el niño no miraba, plantó un beso en cada uno de los pechos de Kay, emitiendo un sonoro «MUA» al hacerlo.

—Señorita, si tuviera un dólar por cada vez que le he presentado mis respetos a sus pechos, sería usted una mujer rica —dijo.

—Bueno, lo primero es que no era exactamente tus respetos lo que has puesto en ellos.

—De acuerdo... de acuerdo... señorita Lengua Sucia, no hay forma de ganar contigo.

—Eh, creía que dejar que pusieras tu... eh... tus respetos en mis melones era dejarte ganar. Está claro que he estado utilizando la filosofía equivocada. —Sonrió, se inclinó hacia él y le besó—. ¿Vas a ayudarme a desmontar esa barricada de arriba o tengo que llamar a algún equipo de demoliciones de Tucson?

Jake pensó en las preguntas del doctor Sobel en el hospital. «¿Algo fuera de lo corriente en casa de su padre, señor Cole?» Diablos, no. A excepción tal vez de aquella barricada copiada del Álamo. Ah, y de la basura amontonada hasta las vigas del techo. Aparte de eso, el lugar es tan normal como una novela de Seth Morgan.

—¿Por qué no? —empezó a empujarla para que se quitase de encima, pero ella buscó su rostro.

—¿Tu padre siempre bebía así? —preguntó, con el mismo gesto de antes para abarcar la habitación. Al extender su brazo, sus pechos se movieron hacia arriba.

—Más o menos. —Jake cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás en el respaldo del sofá—. Cuando era un niño, me parecía que era combustible para su trabajo. Bebía y ponía música y la gente se movía al ritmo y él trabajaba y los cuadros parecían simplemente salir por arte de magia de su estudio. A veces dormía ahí fuera. A veces entraba en su estudio a la hora de irme a la cama para darle las buenas noches y él estaba empezando un cuadro, solo unas líneas y puede que un esbozo a lápiz en un lienzo. Al día siguiente, cuando entraba para darle los buenos días, ya lo tenía terminado, una gran tragedia alegórica, solo que la tragedia resultó ser él, y los cuadros eran tan solo algo secundario.

—No digas eso —dijo Kay, pegándole en el brazo—. No conozco a tu padre, Jake. Apenas me has hablado de él, pero me dio lo mejor que tengo en la vida. —Se inclinó, plantó sus labios húmedos en su frente y le besó—. No tienes que hacernos de canguro, ¿sabes? Si necesitas ir a la comisaría, creo que podemos apañarnos. ¿Qué clase de problema podemos encontrar Jeremy y yo en una casa en la playa?

—Solo te voy a tener aquí durante un día más y quiero aprovecharlo. —Al decir eso, su sexto sentido empezó a emitir un zumbido y se giró hacia la terraza—. ¿Dónde está Jeremy?

Kay se volvió también hacia allí, percibiendo la preocupación en la voz de Jake:

—Está ahí mis...

Pero no estaba.

Ya no estaba.

Jake se puso en pie de un salto, empujando a Kay a un lado.

—¿Dónde coño está?

Salió corriendo a la terraza.

Mientras cruzaba la terraza, su cabeza giró automáticamente hacia la piscina. Las algas permanecían quietas, sin que nada las hubiera disturbado, y la línea de suciedad que marcaba las paredes seguía siendo recta por todo el perímetro.

Localizó a Jeremy desde lo alto de las escaleras que bajaban a la playa. Estaba en la orilla, mirando fijamente hacia el océano. Su cuerpo estaba inmóvil y tenía los brazos cruzados a la altura del pecho como si meditase sobre una cuestión moral importante.

Jake bajó los combados peldaños y atravesó corriendo la franja de arena. Cogió a Jeremy y lo levantó en brazos.

—¿Qué haces aquí, Moriarty? —Intentó no sonar enfadado, pero lo que de verdad quería mantener bajo control era el pánico.

Jeremy se retorció para tratar de librarse del abrazo de Jake con gruñidos guturales que reservaba para ocasiones en las que el lenguaje era demasiado civilizado para las cosas que necesitaba decir.

—¿Qué pasa? —preguntó Jake, girando con su hijo—. Se supone que no puedes alejarte de nosotros. Lo sabes, pequeño.

Kay bajó las escaleras y corrió hacia ellos:

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

Jake se encogió de hombros.

—Está haciendo el indio. Pregúntale tú.

Jeremy dio un último tirón y luego se quedó quieto. Cuando pareció recuperar el control de sí mismo, Jake lo bajó al suelo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Kay, poniéndose en cuclillas para estar a su altura.

Jeremy señaló a lo lejos, hacia el horizonte, hacia el borde mismo del mundo.

—¿Qué? —insistió Kay.

Jake se volvió hacia allí y recorrió el horizonte con la mirada. Luego miró otra vez a Jeremy, buscando alguna pista en su rostro. Y de nuevo miró otra vez al océano.

—¿Qué es?

—¡Elmo! —chilló Jeremy, con la voz cargada de rabia.

Y entonces Jake lo vio. Balanceándose lentamente con el oleaje estaba la figura roja y naranja de Elmo, boca abajo, con las extremidades extendidas en el agua. La marea estaba subiendo, no retirándose, y Elmo estaba a unos cuarenta metros de la orilla. Jake levantó la mano y sintió la brisa firme que soplaba tierra adentro.

Contemplando a Elmo girar empujado por la corriente, Kay preguntó:

—¿Cómo diablos...? —Dejó la pregunta inacabada, porque comprendió que no había respuesta posible.

La criatura de *Barrio Sésamo* se movió entre las olas durante unos pocos segundos como

alguien que se estuviese ahogando. Se acercó un poco a la orilla, pero necesitaría mucho tiempo para recorrer la distancia total y tendría suerte si las olas rompientes no lo hundían. No era necesario ser físico para entender que Jeremy no podía haberlo lanzado hasta allí; Jake sabía que ni siquiera él podía lanzarlo tan lejos, aunque fuera contando con la ayuda del viento.

—¿Cómo ha llegado Elmo hasta ahí, Moriarty?

Jeremy fingió durante unos segundos no oírle. Luego comprendió que sus padres eran lo bastante inteligentes para saber que Elmo no había nadado hasta allí.

—Él lo cogió. —El niño estaba de puntillas y sus ojos buscaban a su diminuto amiguito—. Lo metió en el agua, papi.

Jake sintió que la piel se le erizaba.

—¿Quién, cariño?

—El hombre —dijo Jeremy, levantando la mirada y sonriendo ampliamente—. Tu amigo.

Jake observó el rostro de su hijo, buscando... ¿qué?

—¿Mi amigo? ¿Qué amigo?

Jeremy pareció darse cuenta de que podría tener problemas. Miró a Kay en busca de alguna señal. Su madre asintió:

—Tranquilo, cariño. Cuéntaselo a papi.

—Dijo que era amigo tuyo, papi. Dijo que jugaba contigo y con tu mamá cuando eras pequeño. Y ahora quiere jugar conmigo. También quiere ser amigo mío.

El rostro de Kay palideció, su semblante parecía a punto de quebrarse.

—¿De qué está hablando?

Jake permanecía inmóvil. Trató de encogerse de hombros, de mover la cabeza, pero lo único que logró hacer fue formular una sola frase:

—¿Cómo se llama?

Jeremy miró fijamente a Elmo, que seguía balanceándose en las olas como un trozo de alfombra naranja, más allá de lo que cualquier hombre podría haberlo tirado.

—El hombre. Vive en el suelo. —Mantenía los ojos clavados en Elmo, esperando a que el peluche regresase de su baño. Se encogió de hombros y su pequeña camiseta se subió dejando a la vista un ombligo grande y blanco con la forma perfecta de un botón, como un fruto maduro y albino—. Ya sabes, el hombre del suelo... es tu amiguito. Él me lo dijo. Dijo que era tu amiguito.

Jake miró a su esposa y vio que su labio inferior temblaba.

—Jeremy —dijo Kay, quizá con algo de brusquedad. El niño reconoció el tono de su madre y la miró—. No vas a ninguna parte sin mami o papi, ¿de acuerdo? Lo hemos hablado. Hay gente mala. Gente ruin por ahí.

Jeremy hizo un gesto de negación.

—El hombre del suelo no. Él es amigo de papi. Me lo dijo. —Señaló hacia el océano—. Quería enseñar a Elmo a nadar.

Jake volvió a girarse hacia el agua. A lo lejos, Elmo todavía giraba boca abajo en la corriente, ahora con algún trozo de alga adherido a su cuerpo peludo. No daba la impresión de estar nadando. Daba la impresión de estar muerto.

—La próxima vez que venga a jugar, llamas a papi —dijo Kay.

En la lejanía, una ola rompió y Elmo fue empujado a las profundidades negras del Atlántico.

De camino de vuelta del despacho de la médico forense, Hauser se detuvo ante la mesa de su secretaria, que estaba ocupada metiendo artículos de oficina en bolsas de plástico con cierre de cremallera (esa era su idea de prepararse para la tormenta).

—Necesito que contactes por teléfono con la oficina del FBI con la que hablamos ayer por la noche, la que nos dio el número de Jake Cole. Quiero hablar con el supervisor del hechicero, o con su jefe o con como quiera que se llame su superior. Lo quiero al teléfono y lo quiero en los próximos tres minutos.

Para cuando se sentó detrás de su inmensa mesa de roble el teléfono ya estaba sonando.

—Aquí Hauser.

—Sheriff, soy Matthew Carradine, director de Operaciones de Campo, representante de Jake Cole. ¿Qué puedo hacer por usted?

¿Representante? ¿Qué clase de palabra era esa? Entonces Hauser recordó el truco de Jake con la escena del crimen en tres dimensiones y decidió que quizás estaba ante una actuación de circo.

No empezó por decirle a Carradine que se alegraba de que hubiera atendido a su llamada, pues eso sería un modo zafio de comenzar una conversación:

—¿Quién es Jake Cole?

—No entiendo la pregunta, sheriff Hauser.

Podría haber mencionado los tatuajes o la ropa o el espectáculo espeluznante de la escena del crimen, pero todo eso era secundario.

—Jake Cole me da escalofríos.

Carradine soltó un carraspeo que sonó como si llevase flema. Era un sonido de irritación y aburrimiento que pretendía decir «piérdase». Tal vez funcionase con gente que no hubiera visto a un niño «desepitelializado», pensó Hauser con amargura.

—¿Puede ser más específico, sheriff? —preguntó Carradine, aunque lo que su tono decía en realidad era «no es asunto suyo».

—Sí, Carradine, puedo ser más específico. ¿Qué es lo que hace Cole, específicamente? Y con eso me refiero a algo más que recorrer la escena de un crimen con esa expresión vidriosa en la cara y darme instrucciones de cómo preparar un plan para atender a los medios de comunicación.

—El FBI no tiene por costumbre facilitar detalles privados sobre su personal.

—Señor Carradine, no soy un estúpido sheriff de un agujero perdido en ninguna parte que no puedo encontrar mi polla ni con las dos manos. Si voy a intentar resolver un doble homicidio con un hombre, necesito saber algo acerca de él.

Carradine permaneció en silencio, y Hauser comprendió que probablemente estaba pensando en lo que acababa de oír. Tardó diez segundos en empezar a hablar:

—Lo primero, si quiere saber algo sobre Jake Cole, tendrá que preguntárselo a él. Pero le diré una cosa, sheriff Hauser, voy a compartir con usted un poco de información porque no puede permitirse el lujo de la desconfianza. No dispone usted de tiempo para eso. De todos los departamentos de policía de los Estados Unidos investigando en estos momentos un homicidio, el suyo es el más afortunado. Si el padre de Cole no estuviera pasando lo que está pasando, yo habría sacado a Jake fuera de su condado tan rápido que usted creería que tan solo había soñado con él. Con esto no estoy infravalorando su situación, he leído el informe y tiene usted un verdadero problema entre manos, pero Jake tiene otros casos que son mucho más urgentes que el suyo.

—¿Qué es más urgente que una madre y su hijo despellejados vivos? —preguntó Hauser, recordándose a sí mismo en voz alta qué era lo importante de todo aquel asunto.

—¿Le vale nueve niños pequeños que han desaparecido durante el último mes y cuyos padres han estado recibiendo por correo sus cabezas unos días más tarde? Con clavos clavados en ellas. Pre mórtém.

—¡Jesús!

—Sí, Jesús. Mire, entiendo que Jake Cole no encaja en el perfil de la agencia que nosotros mismos hemos establecido y le estaría mintiendo si le dijera que usted es el primer oficial de policía que hace una llamada como esta. Resulta obvio para todas las partes que Jake se sitúa a la izquierda del centro de nuestro fenotipo. Trabaja autónomamente para nosotros y para nosotros es un privilegio contar con él, usted tiene el privilegio de contar con él. —Volvió a hacer una pausa, como si estuviera decidiendo hasta dónde compartir su información con Hauser—. Jake posee una rara habilidad.

—¿Es alguna especie de psíquico?

Le sorprendió oír a Carradine riéndose, una carcajada auténtica que se alargó durante unos segundos.

—Sheriff, somos buenos en lo que hacemos gracias a la ciencia. Gracias a los protocolos que hemos desarrollado. Gracias a que entendemos que los datos sirven para apoyar otros datos y que el resultado final ha de ser una solución. No gracias a algún ojo mágico. De nuevo, le mentiría si le dijera que usted es la primera persona que me lo ha preguntado, pero como hombre de ley usted debería saber mejor que eso. No hay médiums. Ni psíquicos. Ni gente que hable con los muertos. Todo eso son ilusiones no científicas y no corroboradas.

»En términos sencillos, Jake es la persona más pragmática para resolver casos que he visto nunca. Para empezar, posee una memoria eidética. Me refiero a una memoria completamente fotográfica. Puede entrar una sola vez en una habitación y es capaz de recordar el detalle más nimio, como si tuviera una grabadora digital en su cabeza. Resulta un tanto desconcertante porque es muy poco común. También es extraordinario. Jake sería el primero en hablarle de ello si usted se tomara la molestia de preguntarle.

Hauser cambió su percepción de Jake como una especie de fenómeno de feria a poco más que un estúpido truco humano.

—¿No se trata de una de esas cosas raras del tipo «veo gente muerta»?

Carradine soltó otra risita.

—No, sheriff, solo es un poder de observación muy afinado. Y si su tranquilidad le saca de quicio, por favor recuerde que él ve lo peor de la humanidad todo el tiempo. Hace falta mucho para ponerle nervioso.

Hauser recordó a Jake en la sala subterránea de la médico forense, acariciando el pie sin

piel de la señora X.

—¿He respondido a sus preguntas? —El tono le indicó a Hauser que sus cinco minutos habían terminado.

El sheriff se dio cuenta de que en cierto modo ahora sabía menos acerca de Jake Cole que antes de realizar la llamada.

—Supongo que sí —dijo, y luego, con voz cansada, añadió—: Gracias. —Y colgó.

Jake se agachó delante de la puerta corredera de la habitación principal. Había conseguido abrirla unos pocos centímetros más y ahora la abertura era casi lo suficientemente grande para que Kay pasara su pequeño cuerpo a través. Estaba delante de él, con el brazo y el hombro ya dentro del dormitorio. En la posición en que estaba Jake, tenía la entrepierna de ella a la altura de su cara y se descubrió a sí mismo mirando la estrecha V que marcaban sus pantalones cortos en lugar de concentrarse en lograr abrir la puerta.

—¿Puedes apartarme eso de la cara? —dijo, mientras apretaba los dientes y daba un nuevo tirón a la puerta. Se movió lentamente hacia la hendidura de la pared, como si esta estuviera llena de arena.

—¿Qué?

—Eso —insistió Jake, haciendo un gesto con la cabeza hacia su entrepierna.

—¿Mi vagina?

—No puedo abrir esta puerta y mirar tu pata de camello al mismo tiempo. Me distrae demasiado.

—¿Pata de camello? ¿Yo tengo una pata de camello? ¿Desde cuándo utilizas esa expresión?

—Desde que te pones esos pantalones cortos —dijo Jake, poniendo los ojos en blanco—. Y ahora quítamelo de ahí.

—Ah, de acuerdo. —Se puso en cuclillas a su lado, apoyando la parte del trasero que le salía de los pantalones en los talones de sus botas—. ¿Así mejor? —Dobló el cuello con teatralidad para ver si algo quedaba a la vista—. Nada de pelo.

—Jesús, ¿dónde te encontré a ti? —preguntó Jake retóricamente, sacudiendo la cabeza con tristeza.

—En Alcohólicos Anónimos. Las chicas que merecemos la pena vamos a las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Vamos a conocer a tíos guays. A tíos que no tienen trabajo, ni amigos ni autoestima. Y si tienen trabajo, es un trabajo realmente asqueroso que no los hace felices. —De eso hacía ahora algo más de seis años. «Antes», en su vocabulario íntimo. «Antes» de enamorarse o de tener a Jeremy o de encontrar la sensación de seguridad que ninguno había experimentado pero que ambos supieron reconocer a simple vista—. Y a cambio esos tíos consiguen a chicas que tocan música y no tienen trabajo ni autoestima, pero sí grandes y jugosas patas de camello. —Se inclinó hacia delante y le besó—. Ahora abre esta maldita puerta, Houdini. Necesitamos un lugar donde dormir y si tenemos que hacerlo en la sala de estar, no vas a poder poner nada en mis partes calientes. —Frunció su rostro pecoso y lo miró—: ¿Está claro?

—Estoy en ello, ¿vale?

Un tirón más y se abrió lo bastante para que Kay pasase por completo.

—Qué suerte has tenido —dijo—. Vas a conseguir algo de mimos más tarde.

Jake se incorporó sin molestarse en sacudirse el polvo que se había adherido a los pantalones. Mantenía dentro de su visión periférica a Jeremy, que continuaba maquinando la muerte de más motoristas imaginarios de cinco centímetros de altura.

—Me alegro de que no preste atención a tu lenguaje.

Kay logró escurrirse por la abertura poniendo las manos por encima de la cabeza y deslizándose de lado. Sus pechos produjeron un sonido de roce contra la madera al pasar al otro lado. Pulsó un interruptor y una lámpara que estaba en el suelo en un rincón parpadeó para emitir una luz tenue y amarillenta.

—Eh, mira. Por esto era por lo que no podías mover la puerta.

Se oyó un suave clac y Kay deslizó la puerta hacia atrás, mostrando un destornillador de sesenta centímetros de largo en la mano.

—Tu padre había atravesado la pared con esto y lo había clavado a la puerta.

Jake tiró de la puerta para cerrarla otra vez y vio el tosco agujero que había en ella.

—¿Y cómo pudo salir?

Kay miró el hueco de la puerta, el agujero en la pared, el destornillador, y realizó un rápido cálculo.

—Pudo estirar el brazo y bloquearla desde fuera. Haría falta saber dónde estaba esto para alcanzarlo, pero si tienes los brazos largos...

Había una cómoda pesada bloqueando la entrada y Jake tuvo que pasar por encima. La habitación, al igual que el resto de la casa, estaba atestada, aunque esta daba más la impresión de ser una guarida. La cama no parecía sucia, pero las sábanas estaban arrugadas y hechas un lío encima del colchón, dibujando la forma de un nido humano. Por todas partes había ropa tirada, la mayor parte prendas que conformaban el traje de faena habitual de su padre, vaqueros y camisetas blancas. Había botellas de whisky vacías, cajas de galletas saladas y latas de anchoas. Y, por supuesto, varias docenas de navajas multiusos de plástico amarillo.

—Esto no está bien —dijo Kay en un susurro prolongado.

—Vamos a forzar las cerraduras de mi antigua habitación y del despacho de mi madre.

El despacho era una foto estática de lo que había sido tantos años atrás, exactamente idéntica a como estaba cuando Jake se marchó de allí, y exactamente idéntica a como había estado durante los cinco años previos a eso. Había más de treinta años de aire estancado y polvo y tristeza. Su propia habitación estaba desnuda, como si nadie hubiera vivido nunca en ella.

Kay se sacudió las manos en los muslos.

—Voy a buscar bolsas de basura. Dormiremos en la habitación de tu padre.

Jake la observó mientras recorría el pasillo en dirección hacia las escaleras. Al pasar junto a Jeremy la vio levantar su pie con cautela por encima de la multitud contra la que el niño estaba lanzando su coche. Cuando desapareció escaleras abajo, giró su cabeza de nuevo hacia el dormitorio al fondo del pasillo. En su cabeza daba vueltas una única pregunta: ¿Por qué había bloqueado su padre la puerta con una barricada?

Hauser se sentó en un taburete frente al mostrador que separaba la cocina de la estancia diáfana que ocupaba la mayor parte de la planta baja y el vestíbulo que se extendía por encima. Estaba recostado hacia atrás, con su sombrero en la rodilla mientras pasaba un dedo estoicamente por el borde de su taza de café. Después de hablar con Carradine se sentía mejor con respecto a Jake, más cómodo. Tenían un caso que resolver. Pero primero Hauser sentía la necesidad de disculparse.

Jake estaba detrás del mostrador, apoyado contra los cajones que escondían más cuadros siniestros. Kay y Jeremy estaban arriba, en el baño, aseándose. El sonido del grifo quedaba casi acallado por una radio que emitía a todo volumen melodías de *Barrio Sésamo* (el intento de Jake por compensar el misterioso ahogamiento de Elmo).

—He llamado a Carradine —dijo Hauser, levantando la mirada y dejando de acariciar el borde de la taza hecha a mano.

Jake dio un sorbo de su propio café y mantuvo la taza justo debajo de su barbilla.

—¿Qué le dijo él que usted piense que yo no le habría dicho?

Hauser se relajó un poco:

—Lo lamento, Jake. No estoy acostumbrado a trabajar con forasteros. Fue un error.

—Provoco un efecto predecible en la gente —dijo Jake, encogiéndose de hombros—. Estoy seguro de que Carradine le dijo que esto es algo más que una especie de fantasía freudiana para encontrar al asesino de mi madre.

Hauser se movió en su asiento, incómodo, y levantó la mano:

—Yo no dije...

—Yo sí —le cortó Jake, muy calmado—. Esto no es ninguna búsqueda subconsciente para recuperar el orden en el universo y poder devolver la paz al niño pequeño y asustado que aún vive dentro de mí.

—Eso suena a jerga de terapia.

—Lo es. He pasado mucho de mi tiempo en despachos de gente que se dedican a escuchar los problemas de otros. Tenía que hacerlo. Malgasté una parte demasiado larga de mi vida estando enfadado y automedicándome.

—¿Bebida?

—Cuando estaba desmadrado —se rio Jake—, la bebida era el menor de mis vicios. —Algo en los ojos de Jake se apagó y la luz que entraba por los ventanales dejó de reflejarse en sus pupilas—. La bebida era mi manera de presionar, mi forma de medicarme en público. Mi problema es que heredé el metabolismo de mi padre. Tengo una TR que está en el sótano, lo cual significa que tengo muy poca reacción al alcohol, y lo mismo vale para cualquier cosa que me meta en el cuerpo. —Hizo un gesto de negación y continuó—: Y metí todo lo que pueda usted imaginar en la máquina. Tengo un marcapasos en el pecho,

Mike. Consumí tanta heroína que los médicos no están seguros de que mi corazón pueda latir sin ayuda. Solía meterme chutes de coca y heroína para desayunar.

El sheriff volvió a moverse en el asiento. Estaba acostumbrado a que la gente tratase de esconderle sus secretos.

—Cuando el ritmo de mi corazón sube hasta cierto punto, o baja hasta cierto punto, la cajita plástica que me conectaron al esternón me cambia de canal. —Se encogió de hombros, como si en realidad no le importase—. En muchos sentidos, es una droga en sí mismo, la droga del hazme-saber-que-todavía-no-estoy-muerto.

Hauser terminó su café de un largo trago y deslizó la taza por el mostrador, rechazando con un gesto de la cabeza la oferta de Jake de servirle de nuevo.

—Pensaba que era una especie de bicho raro paranormal.

—No hay psíquicos —dijo Jake, sin sonreír—. Se llama «lectura en frío». ¿Recuerda esa novela de Sherlock Holmes, *El signo de los cuatro*?

—Me van más las películas.

Jake sonrió.

—Watson le entrega a Holmes un reloj y le pregunta qué puede deducirse por medio de la observación. Watson cree que, puesto que es un objeto producido en masa, no revela nada acerca del propietario. Holmes examina el reloj, se lo devuelve y suelta una letanía de detalles sobre el dueño anterior, al que identifica con el hermano de Watson. El tipo era un borracho, había estado a menudo sin blanca, y sigue y sigue, al estilo del engreído bastardo que todos sabemos que era Holmes. Watson se enfurece y acusa a Holmes de haber contactado con su familia para averiguar la historia de su pobre hermano. —Se detuvo para dar un trago de café—. Las deducciones eran simples. Holmes vio las iniciales y supo que había pertenecido al padre de Watson, después de lo cual pasó al hijo mayor, como era costumbre. En el reloj había rayados unos números de empeño que indicaban que el hermano había sufrido altibajos económicos, pues de lo contrario no habría ni empeñado el reloj ni habría sido capaz de recuperarlo. El enganche presentaba arañazos y Holmes adivinó que ningún hombre sobrio sería tan torpe tantas veces como saltaba a la vista. Para Holmes era obvio. Watson creyó que era cosa de hechicería.

»No existen los contactos con el "otro lado". Es una estupidez como la lectura de las cartas del tarot y la quiromancia y las hojas del té y la curación por la fe. Como Sagan indicó con buenas palabras, *no existen datos*. No hay psíquicos, Hauser. Y cualquiera que crea en ellos está mal informado o es estúpido. —Había repetido aquel monólogo tantas veces que lo tenía pulido a la perfección.

—Me quedaré con lo de mal informado —dijo Hauser, y Jake pudo ver que la maquinaria de su cabeza se ponía en funcionamiento.

Sonrió.

—Un amplio segmento de la población cree en la estupidez. A John Edward, ese tipo que embauca a la gente haciéndoles creer que está hablando con sus seres queridos fallecidos, deberían cortarles la cabeza en directo en televisión.

—Un poco riguroso.

—Simple verdad. No hay vida después de la vida. No hay duendes, ni visiones religiosas, ni visitantes extraterrestres. Solo hay rupturas psicóticas de la realidad, alucinaciones provocadas por sustancias químicas, y las jodidas mentiras de siempre, que es lo que veo más que nada.

Fue a las grandes puertas que se abrían a la playa, movió los pestillos y las abrió en acordeón. El aire en la casa cambió de golpe y todo olió de repente más fresco, más nuevo.

Hauser continuaba recostado contra el mostrador.

—¿Cree en el Diablo?

Jake se llevó las manos a las caderas y contempló al sheriff durante un minuto entero.

—Todas las culturas tienen un nombre para el hombre del saco, y cuando ves algo como eso —dijo, señalando la carpeta que había sobre la mesa de centro—, entiendo por qué.

—No ha respondido a la pregunta.

Jake clavó de nuevo los ojos en él:

—Tipos como Francis Collins piensan que Dios tiene que haber tenido algo que ver con nuestro diseño porque existe la moral. Miro a nuestra raza humana y no puedo entender de qué coño está hablando Collins. La historia de este mundo, en especial la historia religiosa, es un baño de sangre enorme y desagradable. —Hizo un gesto de negación para secundar sus palabras—. Así que no, no creo en el Diablo. No necesito hacerlo, porque el hombre ya ha hecho suficientes cosas horribles para impresionarme. De a los seres humanos la oportunidad de ser monstruos y nunca se sentirá decepcionado. —Terminado su alegato, se giró hacia el horizonte y preguntó—: ¿Qué noticias tenemos de la tormenta?

Hauser se volvió hacia el mismo punto, manteniendo el trasero en el asiento.

—Tocará tierra justo por aquí.

—Joder.

—Sí, bueno, esa es una forma de decirlo. —Se levantó del ta— 156 —

burete, se acercó al ventanal y puso las manos en sus caderas (la derecha descansó automáticamente sobre la empuñadura de su arma, y la funda de cuero crujió bajo el contacto)—. Esta mañana hablé con el Servicio Climatológico y con el Centro Nacional de Huracanes. El *Dylan* tiene categoría cinco y lo más probable es que se mantenga así. No sé una mierda sobre huracanes y aún menos de categorías en particular, pero lo he mirado y la categoría cinco es algo malo, peor que el de 1938, y aquel borró la autopista y la vía del ferrocarril, destruyó la mitad de las casas que había aquí, el mar se tragó edificios enteros, partió los postes de energía eléctrica como si estuvieran hechos de paja y mató a setenta personas en la zona. La línea de costa cambió como un cartón de huevos recibiendo golpes con una pala. —Frunció los labios durante un instante y meneó la cabeza—. Y es eléctrico.

—No puede ser —dijo Jake.

—Necesita nuevos datos —dijo, imitando a Dennison, el del Centro de Huracanes—. Esa cosa lanzará rayos por todas partes como en una película de ciencia ficción. Podríamos ser las últimas personas en pisar este lugar, Jake. Puede que dentro de unos días esto se lo haya tragado el océano.

—Puede que dentro de unos días estemos muertos —dijo Jake, llevando la idea un paso más allá—. O el planeta podría haber desaparecido.

Hauser movió la mano que tenía sobre su pistola.

—Es usted un siniestro hijo de puta, ¿lo sabe?

Jake meneó la cabeza con tristeza:

—Cada vez que veo a una persona destrozada y tirada en un prado, o en la ribera de un río, me digo a mí mismo que ya está, que es la última. Que al día siguiente me despertaré y las personas ya no se harán esas cosas unas a otras. Pero continúan haciéndolo.

—¿Se trata de eso? ¿El trabajo? Quiero decir, ¿se ha acostumbrado tanto a ver... —hizo

una pausa al recordar los cuerpos desollados— cosas como la de anoche que cree que todo el mundo es malo?

—Es como si estuviéramos tan solo ocupando en algo el tiempo hasta que todo el hormiguero arda en llamas.

—¿Qué hay de su hijo? —Como padre, sabía que los niños podían traer mucho bien a quienes los rodeaban, pero también sabía que podían traer mucha tristeza al mundo. Su propio hijo había muerto por culpa de un conductor borracho.

Jake salió al exterior, a la terraza manchada y carcomida por el salitre.

—Jeremy es lo mejor. Pero tiene tres años y hay un trecho muy largo de carretera entre el ahora y el final de su vida. Nunca se convertirá en uno de esos monstruos a los que persigo, eso lo sé con total certeza. —En el fondo de su mente, oculto detrás de unos cuantos arcones de malos recuerdos, sintió que algo se movía nerviosamente en la oscuridad—. Pero no puedo garantizar que vaya a ser feliz. O a tener una buena autoestima. O a casarse con alguien que le quiera tanto como yo lo quiero. Por supuesto, ahora mismo, y digo «ahora mismo» todo brilla y reluce. —Recordó a Jeremy en la playa esa mañana, todavía entusiasmado por el viaje en autobús, pensando que no había nada en el mundo como las galletas de chocolate. Sería genial que las cosas pudieran ser siempre así. Pero ¿qué ocurriría de aquí a treinta años?

Hauserladeó ligeramente la cabeza, como un perro buscando el origen de un ruido que creyera haber oído.

—Una de esas personas que ven el vaso medio lleno.

Jake negó con la cabeza.

—En absoluto. El vaso está como está.

—Tiene usted una manera particular de ver las cosas.

En el horizonte, las nubes se habían espesado. Aún no resultaban amenazadoras, pero había algo en ellas que sugería que eran solo las avanzadillas de reconocimiento de un gran ejército.

—No llegará hasta mañana por la noche, pero el tipo del Centro Nacional de Huracanes dijo que lo veremos a finales de esta misma tarde. El viento aumentará y empezará a llover. Para mañana después del mediodía la situación ya será incómoda. Y para cuando caiga la noche, el infierno se habrá desatado sobre la ciudad.

Jake pensó otra vez en la mujer y el niño de la casa de la playa. Desollados. Pensó en su padre, atiborrado de sedantes y arañando retratos en las paredes del hospital con sus huesos y su carne chamuscada. Recordó los gritos del viejo. Y cómo había sido asesinada su madre. Recordó todo lo malo que había ocurrido en aquel lugar.

—El infierno ya está aquí —dijo, y volvió a entrar en la casa.

Hauser se había marchado, y Kay y Jeremy estaban terminando el almuerzo. La cara de Jeremy estaba seccionada por una línea de mermelada de frambuesa que le hacía parecerse al Joker. Las nubes se habían ido acumulando en el horizonte y el océano parecía hincharse y oscurecerse. El viento había aumentado, pero aún solo era poco más que una brisa otoñal, un leve silbido que pronto empezaría a cambiar y transformarse en una bestia malvada. Jake estaba delante del estudio, otro miembro más del club del cuarto de siglo, y se preguntaba qué encontraría dentro de aquel edificio de Pandora. Sentía que estaba utilizando a su padre para huir del caso, aunque en realidad había poco que pudiera hacer ahora mismo. Había visto la escena del crimen, había hablado con la médico forense y había recibido los informes de Hauser. No había mucho que pudiera hacer aparte de tamizar lo que tenía y darle a Hauser toda la información que pudiera reunir. Así que se mantuvo ocupado intentando dar con la forma de entrar en el estudio de su padre.

Rodeó el edificio varias veces en busca de una entrada. No había excesiva seguridad: las ventanas consistían en un único panel de cristal, sostenido con masilla vieja y quebradiza; la puerta tenía una cerradura decente, pero la mitad superior era de cristal, con lo que lo único que tenía que hacer era romperlo y meter la mano. Lo extraño, si acaso podía considerarlo así después de todo lo demás que había visto en la casa, era que todas las ventanas estaban pintadas por dentro. Daba igual por cuál de ellas intentase mirar el interior, todo lo que veía era un espejo negro reflejando su propia imagen.

—Mierda —dijo en voz alta, y se dispuso a romper con el codo uno de los paneles, pero entonces la voz (la voz que poseía una memoria perfecta) le recordó el juego de llaves que había visto en la nevera.

Corrió adentro, las cogió y volvió afuera. Intentó con unas cuantas llaves hasta que encontró la correcta, abrió la puerta y entró.

Cerró la puerta detrás de él, puso el pestillo y avanzó lentamente hacia la oscuridad.

Encendió la luz y miró a su alrededor. Al igual que la casa, la estancia consistía en una amplia planta principal y otra por encima. La cuarta parte de la planta baja estaba ocupada por el garaje, y tenía una única puerta en el centro de la pared como vía de acceso. El resto del lugar había sido el estudio de Jacob Coleridge, pero, al contrario que la casa, que no había cambiado, el estudio sí que lo había hecho. Mucho. Jake miró en derredor e inhaló una gran bocanada de aire que le arañó la garganta.

Jacob había pintado de negro mate todas las superficies existentes, incluyendo el suelo y el techo. Luego había decorado ese espacio negativo con docenas de retratos del mismo hombre sangriento de la pared del hospital, llenando aquel espacio oscuro con estudios anatómicos sacados del infierno de Hieronymus Bosch. Estaban hábilmente ejecutados y poseían multitud de detalles, eran anatómicamente perfectos. Con la excepción de que no

poseían rostro. No se podía ignorar la sensación de amenaza que transmitían.

Jake caminó hasta el centro del estudio y giró sobre sus talones en un intento de absorber la obra. Cada figura estaba siniestramente ejecutada, su carne respiraba, la sangre fluía. Daba igual a qué figura mirase, daba la impresión de devolverle la mirada con malicia pero sin rostro.

El techo quedaba a seis metros del suelo de cemento, oculto tras una nube de sombra y pintura negra sin costuras. Al moverse por debajo de las vigas, las figuras pintadas en lo alto parecían arrastrarse en la oscuridad, siguiéndole. Cuando dejó de moverse, la ilusión cesó y las figuras sangrientas quedaron inmóviles.

Pero lo extraño (la parte que de algún modo eclipsaba la Capilla Sixtina de demonios enloquecidos que era el estudio de Jacob) eran los lienzos apilados por todas partes, las mismas imágenes sin sentido que había por toda la casa. Había cientos de ellos, quizás incluso miles, ocupando todos los espacios posibles, amontonados como mercancía carente de valor alguno. Jake miró a su alrededor con pavor, pensando en el viejo refrán: ¿cuántos cuadros locos podría pintar un pintor loco si un pintor loco pudiera pintar cuadros locos?

La respuesta, por supuesto, era: un cargamento entero.

Cogió uno y examinó la composición. Era como los que había visto en el cajón de la cocina, o el pasillo de la planta de arriba, o debajo del piano, una forma sin vida y casi sin color. Echó un vistazo a varios. Algunos eran grises, otros negros, unos del color de tumores putrefactos. Más cuadros de nada. Espacio negativo. Manchas muertas. Pero la cantidad los dotaba de una voz común que le decía que había un sentido en ellos. ¿Cuánto tiempo le había llevado a su padre pintarlos? ¿Un año? ¿Dos? ¿Diez? Devolvió el lienzo a su sitio y paseó la mirada por el estudio.

Las figuras sin cara que había entre las vigas todavía le seguían. Su padre nunca se había considerado a sí mismo un clasicista, pero las representaciones en tres dimensiones de fuera lo que fuera lo que ahora estaba Jake mirando estaban más allá del naturalismo. Eran sorprendentes. Efigies atormentadas, horribles, que representaban... que representaban... Jake recorrió con la mirada el telón negro del techo, contemplando los detalles del mismo hombre que Jacob había pintado en la pared de su habitación del hospital, pero ¿qué era lo que representaban?

Desollados, susurraron las figuras al unísono.

Eran un mensaje. Una señal. Había una razón detrás de las figuras. Jake podía sentir la señal pero no podía aislar el significado. Y eso le fastidiaba. Aquellos lienzos sin vida decían algo. Igual que el hombre sin rostro de la pared del hospital. Igual que el retrato de Chuck Close al que le faltaban los ojos. Igual que las pilas de cuadros. ¿Podía ser solo locura? ¿Alzheimer? ¿Paranoia? ¿Todo lo anterior?

En algún lugar dentro de la manzana podrida que era la mente de su padre había un gusano al que Jacob escuchaba. Había serpenteado por su cerebro enviándole instrucciones enfermizas que él había descifrado a su manera. ¿Cuánto de ello aparecía en lo que Jacob había intentado decir con aquellas figuras? No podía ser algo aleatorio, había en ello una planificación y una ejecución que se alargaban demasiado en el tiempo. Alguien que sufriera de Alzheimer se habría salido del camino trazado hacía mucho. Así que, ¿qué era lo que estaba intentando decir?

Giró sin moverse del sitio, registrando con los ojos las paredes, tratando de ver a través de las columnas de lienzos amontonados como cajas de pizza. Desde una perspectiva de

trampantojo, era una proeza de la ingeniería. No importaba dónde se pusiera, las figuras sin rostro lo observaban.

Estaban tratando de decirle algo.

Como en el habla de los muertos que descifraba, le hacía falta el código. El lenguaje común. Ese modo secreto en el que funcionaba la mente de su padre. Que muy bien podría estar escrito en glifos de la isla de Pascua.

Lo que él hacía, lo que se le daba bien, era adivinar cómo pensaban los asesinos. Y los asesinos a los que daba caza eran artistas. Desde un punto de vista social, se trataba de un arte demente y sádico, pero eso era ignorar lo obvio. Para «ellos» era arte. Y siempre era expresado con una única voz, el lenguaje del gusano que lanzaba llamaradas de código dentro de la manzana podrida. El don de Jake siempre había sido adivinar el lenguaje específicamente artístico de los asesinos que perseguía, adivinar su propio simbolismo personal y su subtexto. Si podía ver la escena de un crimen a través de los ojos del psicótico, ¿cuánto le costaría ver aquel espacio a través de los ojos de un hombre con el que tenía algo en común? Era un lenguaje diferente, el lenguaje del loco, pero seguía siendo un lenguaje. Lo que significaba que podía descifrarse. ¿Qué era...?

... Y hubo una sacudida de electricidad que llegó hasta él de repente, estremeciendo todo el espacio bajo sus costillas. Tuvo tiempo de agarrarse el pecho antes de que se produjese otro chisporroteo en el circuito.

Cayó de rodillas.

Luego sobre su estómago.

El suelo se expandió hacia la oscuridad en un ángulo recto por todo su campo de visión, y multitud de motas de polvo danzaron delante de su cara al ritmo de su respiración.

«¿Cuántos cuadros locos pintaría un pintor loco?», oyó que repetía una voz a lo lejos.

Después todo desapareció, incluido el telón de miradas sin rostro.

Durante un segundo sintió el dolor ardiente de un puño que le apretase la cabeza desde dentro, pero con la misma rapidez con la que apareció, casi se disipó transformándose en un martilleo distante contra la membrana de su mente. Kay estaba en un rectángulo de luz, con el cabello perfilado por un resplandor fosforescente, corriendo hacia él y moviendo la boca. Un empaste destelló entre sus muelas.

— ¡Jesús! ¡Joder! ¡Jake!

Jake se incorporó con esfuerzo hasta quedar de rodillas, con las manos sobre el pecho.

— Yo prefiero *See spot run*, pero si a ti te gusta más... —dejó la frase inacabada.

Kay le ayudó a ponerse en pie.

— Lo siento, nena. La gramola se ha atascado. Supongo que me excité demasiado. — Temblaba y se masajeaba el pecho.

— Gracias por darme un susto de muerte —dijo ella, dándole un puñetazo en el brazo—. Normalmente solo te da una punzada y ya estás bien. —Kay se preguntó qué era lo que había acelerado tanto el ritmo del corazón de Jake.

Él se apartó de ella y se giró hacia las imágenes que cubrían las paredes y el techo.

— ¿Qué te parece? —preguntó, haciendo un gesto hacia la oscuridad.

Kay siguió la dirección del gesto y su boca se torció en una mueca incómoda, todo dientes pero sin labios.

— Esto es Gustave Doré estando de baja psicotrópica.

— Buena comparación —asintió Jake.

Kay recorrió la estancia con parsimonia.

Igual que a Jake, le impresionó más la cantidad infinita de pequeños lienzos que los hombres sangrantes en el cielo negro que tenía sobre su cabeza, aunque, por la manera en que no dejaba de alzar la vista hacia ellos, resultaba obvio que también ella sentía que la seguían. Zigzagueó entre las columnas de cuadros, intentando entender el sentido de todo aquello.

— Tiene que haber unos tres mil.

Jake hizo un cálculo aproximado:

— Más bien cinco.

— También hay un puñado en la casa. —Kay se detuvo y cogió uno de los lienzos—. ¿Son todos de una forma diferente?

— Eso parece —dijo Jake, encogiéndose de hombros—. Se tardaría un año solo para enmarcarlos. Luego, para preparar la capa base de los lienzos y pintarlos... —dejó que la frase muriera inacabada—. Es una locura propia de —miró a su alrededor y una oleada de tristeza se adueñó de él— un pintor. ¿Estás segura de querer pasar el resto de tu vida con un tipo como yo? Esto —dijo, abarcando con un gesto de sus brazos las columnas de lienzos—

es hereditario. Solo que conmigo serán fotografías de gente muerta. —Se sentó en el borde de la mesa, una de las pocas superficies no atestadas de cosas.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Kay, señalando la puerta del garaje.

Jake, sacado de golpe del oscuro paseo que había estado dando por el universo de demonios pintado por su padre, miró hacia dónde le indicaba:

—El garaje.

—¿Puedo?

—Sírvete tú misma.

Kay giró el pomo y para sorpresa de ambos la puerta se abrió sin dificultad alguna. Pulsó el interruptor que había al lado y las luces se encendieron con un ligero zumbido. La estancia, en claro contraste con el estudio, estaba pintada de un azul claro brillante. En mitad de la habitación había un coche, y Jake se balanceó hacia delante, sin darse cuenta de que había vuelto a dejar de respirar.

Se acercó a la puerta y la visión del vehículo comenzó a ampliarse. Su superficie quedaba oscurecida por una gruesa capa de polvo que no se había limpiado durante años. El cristal del parabrisas era opaco y el coche entero daba la impresión de llevar allí desde siempre sin que nadie hubiera reparado en él. Jake conocía aquel vehículo, conocía su aspecto bajo la costra de abandono, y le recordaba la noche en la que todo se había roto en pedazos. Su vida. La vida de su padre. Todo se había impregnado de suciedad con un golpe brutal del destino. Era el coche de su madre, un Mercedes W113 de 1966, en color crema de fábrica y los interiores de cuero rojo. Recordó la mañana en que lo habían traído en una grúa después del asesinato. Jacob estaba borracho y se había quedado en la casa. Jake había ayudado a los operarios a entrar marcha atrás y cuando bajaron el coche, rozó contra el panel que había bajo la ventana. Cerraron la puerta y eso pareció ser el final. El sellado de la tumba de la reina.

En la parte delantera del garaje había un sillón de cuero agrietado. No había polvo en él y estaba rodeado por un bosque de botellas de whisky, y el suelo a sus pies estaba desgastado. Jake vio el sillón, las botellas, y en su cabeza surgió la imagen de un organigrama. ¿Con qué frecuencia había entrado su padre allí? ¿Una vez al año? ¿Una vez al mes? ¿Una vez a la semana? Contemplando el bosque de botellas y el círculo de suelo desgastado frente al sillón, Jake supuso que lo había hecho a menudo. Tal vez cada noche. Sentado en su sillón de mando, como el capitán Kirk, una botella de rabia en la mano, pensando en su esposa muerta. Quizá nunca había cogido el coche. ¿Durante cuánto tiempo había permanecido allí? Treinta y tres años.

Avanzó con lentitud pegado a la pared y echó un vistazo al maletero. Continuaba tocando el panel contra el que había ido a detenerse tantos años atrás, causando una lágrima fibrosa en la madera, que aún estaba astillada, pero cubierta ahora por el polvo y las telarañas.

Resultaba obvio que no lo habían movido desde la mañana siguiente al asesinato de su madre.

Los últimos en tocarlo habían sido probablemente los tipos de la grúa. Y antes de ellos, la policía. Y antes, el asesino de su madre.

—No toques nada —dijo, levantando las manos a modo de ejemplo.

—¿Por qué?

Jake no le respondió. Sacó su teléfono móvil y marcó un número.

—Sí, Smolcheck, soy Jake Cole. ¿Tienes tiempo para revisar un coche para mí? Claro. Sí.

No. Un Mercedes descapotable de 1966. Dos asientos.

Pausa.

—Fue parte de una escena de crimen hace treinta y tres años.

Pausa.

—Eso creo. La policía local lo registró.

Pausa.

—Se devolvió a la familia a las veinticuatro horas del crimen.

Pausa.

—Guardado sin cubrir. Sin calefacción, pero a resguardo de los elementos.

Pausa.

—No, no ha circulado. Nadie lo ha tocado. Sí. Sí. Eso creo. Sí.

Una pausa más larga.

—De acuerdo, yo reservaré desde aquí el almacenaje. Haré lo que pueda. Polietileno y cinta adhesiva. Entendido. Claro.

Pausa.

—Gracias, Smolcheck. Te lo agradezco. Es antiguo pero me va a ayudar con un caso lateral. Me aseguraré de informar a Carradine. No te preocupes, habrán dado el visto bueno para cuando te llegue allí.

Colgó y centró su atención en una nota pegada a una de las botellas de whisky: «TU NOMBRE ES JACOB COLERIDGE. SIGUE PINTANDO.»

Oh, seguiste pintando, viejo loco del demonio, pensó Jake. ¿Y qué estabas intentando decir?

Levantó la mirada y Kay ya no estaba, había vuelto a la casa con Jeremy. ¿Durante cuánto tiempo había estado en otro de sus trances?

Se llevó la mano al pecho y notó los latidos de su corazón. Todo estaba bien. En forma como un jodido violín. Al pensar en ello, le pareció sorprendente lo que una persona podía soportar. Nietzsche tenía razón. Después de matarte a ti mismo tres veces con una mezcla de heroína muy pura, no quedaba apenas nada en todo el planeta a lo que pudieras tenerle miedo. Excepto, tal vez, el pasado.

Jake se sentó sobre una vieja caja de herramientas abollada y llena de pinceles, paletas y todos los utensilios propios del oficio de su padre. Era un modelo viejo, cubierto de huellas de pintura, pinceladas y manchas aleatorias. En el suelo había una botella de Coca-Cola abierta pero aún sin tocar, emitiendo un anillo de condensación que se filtraba entre el polvo. Jake tenía una bota en el borde de la caja y con los brazos rodeaba su rodilla, con la mirada fija en la oscuridad decorada como *El triunfo de la Muerte* de Brueghel. No entraba ninguna luz del exterior, solo las bombillas iluminaban la estancia.

Al principio creyó que se trataba del viento. Un sonido oblongo que el océano proyectaba de alguna manera. Luego lo oyó una segunda vez, la cadencia característica de las vocales humanas. Alguien estaba gritando. Un grito tímido, pero un grito al fin y al cabo.

—¿Hola? ¿Hola?

Reconoció la voz y el acento. Se levantó de la caja de herramientas y salió del garaje.

Un hombre vestido de traje estaba en la terraza, inclinado hacia delante y atisbando hacia la sala de estar. Su postura, su pelo, las manos suavemente rosadas entrelazadas a su espalda, el traje hecho a medida, nada en él había cambiado en veintiocho años. Jake recorrió en silencio la distancia que le separaba del hombre, se inclinó hacia él y, con voz muy baja, dijo:

—Hola, David.

David Finch se sobresaltó, se dio con la cabeza contra el parteluz y transformó su gesto de sorpresa en una mano rápidamente extendida a modo de saludo:

—Hola.

Jake permaneció inmóvil durante un segundo, evaluando al tipo.

—Soy yo, Jake.

Los ojos de Finch se entrecerraron y examinó a Jake mirándolo exageradamente de arriba abajo:

—¿Jakey? —Observó su rostro y empezó a esbozar su sonrisa amplia y perfecta—. Aún te pareces a Charles Bronson.

David Finch era uno de los mayores galeristas de Nueva York y Jacob Coleridge había sido uno de sus primeros descubrimientos. Esos dos hechos no eran mutuamente excluyentes.

—Y tú pareces un parásito que venga a alimentarse de un producto rentable que todavía no está del todo muerto.

—No sabía que tu padre y tú estuvierais tan unidos, Jakey.

—Que te jodan.

—¿Sigues ganando dinero con esa boquita tuya? —preguntó Finch.

Jake dio un paso hacia él y le mostró los dientes con una sonrisa desagradable.

—¿Qué quieres ?

—Envié unas flores. ¿Las recibió tu padre?

Jake recordó el jarrón roto contra el suelo.

—Mi padre ya no recibe nada más.

Finch buscó algo con la mirada. ¿Qué? Ayuda, tal vez.

—Jakey, ¿podemos hablar?

Jake pensó en la última vez que había visto a aquel tipo. Cuando le había pedido treinta y un dólares. Cuando él se los había negado. Pensó en las cosas que había tenido que hacer para poder comer por su culpa.

—No, David. No creo que podamos. —Además, Kay y Jeremy estaban dentro de la casa y no quería que se contaminasen con nada más de su vida anterior.

—Necesito hablarte sobre la obra de tu padre.

Ahora Jake pensó en el retrato sangriento de la pared del hospital.

—Mi padre no está haciendo nada que tenga sentido, David, a ningún nivel. El antiguo Jacob Coleridge está de vacaciones permanentes.

Finch señaló a través de la ventana el retrato sin ojos de Chuck Close:

—Jacob Coleridge nunca le haría eso a un Close. Quizás a un Cy Twombly, quizá. ¿Pero a un Close? Roma podría estar ardiendo y él sería el que defendería el museo con un hacha.

—Es Alzheimer, David, no una ópera alemana. Jacob Coleridge no va a volver.

La cabeza de Finch giró en una sacudida enrabiada:

—Sé que tu padre y tú no os habéis llevado precisamente bien, Jake, pero yo conozco a tu padre, hemos sido amigos desde hace casi cincuenta años. Nos hemos mantenido unidos cuando las cosas se ponían feas y los dos tuvimos muchas oportunidades en las que deberíamos haber aceptado otras ofertas pensando en el interés de nuestras respectivas carreras. Pero no lo hicimos porque formábamos un buen equipo. Y eso solo ocurre cuando conoces a alguien. Cuando lo conoces íntimamente. Y Jacob Coleridge podría estar borracho y sufriendo un ataque de sífilis y tener que utilizar el hígado de otra persona porque el suyo estuviera siendo lavado a conciencia y aún así nunca pondría un dedo sobre un cuadro de Chuck Close. Le tenía demasiado respeto. Demasiada admiración profesional. Nunca. Jamás. Ni hablar —dijo, volviéndose hacia el cuadro.

Jake siguió su mirada y luego miró más allá del cuadro, hacia la cocina. Kay y Jeremy se habían ido. Tal vez a dar un paseo por la playa. Vio que su propio reflejo le devolvía la mirada.

—Si tú lo dices.

—¿Tiene tu padre algún cuadro en el estudio? —preguntó el galerista, con el inconfundible tono de avaricia en la voz.

—Está vacío. Estaba lleno de basura y la mayor parte la he tirado. —Era mentira, pero a Jake no le apetecía discutir con Finch. Si por aquel estúpido fuese, arrancarían el suelo salpicado de pintura del estudio y lo vendería por metros cuadrados en Sotheby's durante la campaña de primavera de arte americano.

—Jake —dijo Finch, mirándolo fijamente a la cara durante un instante—, sabes que soy el único representante de tu padre. Tenemos un contrato de por vida y más allá.

—¿Qué coño significa eso? —A Jake se le estaba acabando la paciencia. Su padre se había abrasado las manos y aquel parásito se presentaba allí para intentar conseguir una comisión.

—Eso significa que tengo derechos de propiedad sobre sus cuadros en referencia a las

ventas. Nadie, y eso te incluye también a ti, puede vender un Jacob Coleridge.

Jake cruzó el espacio que se había abierto entre ellos con una amplia zancada que habría hecho que Hauser se sintiera orgulloso.

—David, mi padre y tú podéis haber sido amigos, pero por lo que a mí respecta, eres un asqueroso chupasangre que haría cualquier cosa por su cartera. ¿Te acuerdas de la noche que me presenté en tu casa cuando me fui de aquí?

Finch pareció encogerse y agachó la cabeza. No dijo nada.

—Tenía diecisiete años, David, y estaba solo en las calles de Nueva York. Fui a ti porque eras la única persona que conocía en la ciudad. La única. ¿Y te acuerdas de lo que te pedí?

Finch negó con la cabeza, pero su expresión revelaba que sí que lo recordaba.

—Te pedí algo de comida, David. Te pedí comida y treinta y un dólares. No pedí mucho porque no quería poner en riesgo tu relación con mi padre, sabía que él rompería contigo si me ayudabas. Así que te pedí muy poca cosa. —Las manos de Jake colgaban sueltas a ambos lados de su cuerpo y Finch mantenía los ojos en ellas. Algo en aquella forma de colgar resultaba más amenazante que si estuvieran cerradas—. Dijiste que no. ¿Sabes lo que tuve que hacer para comer? ¿Lo sabes, David?

Finch negó lentamente, con los ojos fijos en las manos de Jake.

—Tuve que chupársela a algún tipo, Dave. Sé que eso te gusta a ti, pero a mí no. Tenía diecisiete años y estaba solo y tuve que chuparle la polla a un desconocido para poder comer. Bonito, ¿eh? Así que si estás pensando en amenazar a alguien, has escogido al tío equivocado. No solo no vas a ver ni un cuadro más de mi padre, sino que quizá me decida a quemarlos.

El galerista jadeó como si hubiera recibido una patada en las costillas.

—Puedo utilizarlos como diana para practicar mi puntería. —Sacó su revólver y apuntó a la cabeza de Finch—. ¿Sabes cómo me gano la vida, David? —Suponía que Finch lo habría averiguado antes de ir hasta allí, era el tipo de persona que le gustaba cubrir todas las opciones. Finch asintió en un gesto lleno de terror y nerviosismo—. Entonces sabes que no siento aprensión por nada. —Jake retiró el percutor de la pistola y presionó la punta del cañón contra la sien del otro, hundiéndolo en su piel—. Podría volarte la cabeza y derramar tus sesos por esta terraza por haber entrado sin permiso y a nadie se le ocurriría presentar cargos contra mí. Así que no me amences, pequeño saco de mierda, porque hace más de diez años que nada me importa una mierda y ahora estoy cómodamente instalado en el «que te jodan». ¿Lo tienes claro?

—¿Y qué pasa con tu esposa? ¿Con tu hijo? —preguntó Finch, con la voz al borde de la histeria.

—¿Es eso una amenaza, David? —La mano libre de Jake se movió y se cerró en torno a la laringe de Finch—. Porque si lo es, eres hombre muerto.

Finch negó con la cabeza y tosió, subiendo las manos a aquella especie de torno tatuado que se cerraba sobre su garganta.

—No. No. No pretendía... Yo... Yo. ¡Suéltame...!

Jake apartó la mano y Finch cayó hacia atrás, contra la barandilla, que crujió en señal de protesta.

—Me parece que es mejor que te vayas, David. Antes de que empiece a enfadarme.

Finch abrió la boca para quejarse pero su mandíbula permaneció inmóvil. Hubo un instante de indecisión mientras realizaba los cálculos que consideró oportunos y luego se

dio la vuelta y se alejó.

Jake lo siguió más allá de la terraza, rodeando la casa y lo observó abrir la puerta de su enorme y plateado Bentley GT Continental. Finch se detuvo entonces otra vez, se giró para mirar a Jake y dijo:

—No es que vaya a suponer una diferencia, Jakey, pero lo siento. Siempre lo hice. Por todo. El gusto por la bebida de tu padre. El asesinato de tu madre. Todo.

—Nunca vuelvas a ponerte en contacto conmigo, David. Por lo que a mí concierne, estás muerto.

Finch entró en el coche, cerró la puerta y recorrió el sendero hacia la autopista de Montauk. Jake contempló el Bentley hasta que quedó fuera de la vista, entonces se giró y regresó hacia el estudio.

El viento había aumentado considerablemente durante las últimas horas y el océano estaba cubierto por unas nubes azuladas y bajas y por el baile de la espuma en la cresta de las olas, cada vez más grandes. Llevaba unos minutos apoyado contra la barandilla, consciente de que algo faltaba pero sin ser capaz de localizarlo. Algo resultaba extraño, inquietante. Entonces se dio cuenta de que las aves siempre presentes en la orilla habían desaparecido, no había chorlitos, lavanderas ni gaviotas picoteando por la playa ni planeando en las corrientes de aire que soplaban tierra adentro. ¿Qué saben las aves que yo no sé? se preguntó Jake.

Permaneció en la terraza, bebiendo la que debía de ser su taza de café número cien del día, observando al camión que se detenía delante del garaje y emitía unos pitidos propios de un reloj despertador gigantesco. Uno de los dos hombres que habían llegado con el camión se apeó para situarse a un lado y dirigir al conductor con los gestos vagos de quien confía en la persona que lleva el volante. Iba vestido con un mono gris de faena con el bulto revelador de un arma bajo la tela que resultaba visible cada vez que levantaba el brazo.

Jake abandonó la plataforma de madera desvencijada y se dirigió hacia el vehículo. La grúa cubierta de siete metros era uno de los camiones «limpios» de la agencia, un furgón cerrado que protegía los vehículos con evidencias de los elementos y de la contaminación periférica. El conductor solo era un conductor, pero el segundo hombre, el que había dirigido la maniobra con sus gestos, era un técnico enviado allí para asegurarse de que se perdieran las menos pruebas posibles.

El técnico se encontró con Jake al borde del sendero de grava. Igual que la mayoría de los de su gremio, fue directo al grano:

—¿Agente especial Cole? —dijo, tendiéndole la mano. Jake asintió y se la estrechó—. Miles Rafferty. —Con la excepción del arma abultando la tela de su mono de trabajo, Rafferty parecía un tipo al que hubieran contratado para pintar el garaje—. Me han dicho que las evidencias que está usted buscando en el vehículo son de hace veintiocho años.

—Treinta y tres, en realidad —asintió Jake.

La expresión de Rafferty no varió.

—El viento es bastante fuerte, así que lo que me gustaría es embolsar el coche antes de subirlo a la grúa.

—Las ruedas están deshinchadas y no estoy seguro...

Rafferty hizo un gesto para dar a entender que ese era un dato irrelevante:

—Tengo un grupo de gatos hidráulicos que se ocuparán de eso. ¿Puedo ver el vehículo?

Jake le pidió que esperase fuera mientras cruzaba el estudio; no quería que nadie viera la locura que su padre había pintado por toda la estancia. Entró en el garaje y levantó la puerta aproximadamente un metro para que Rafferty pudiera agacharse por debajo y entrar.

Rodeó el coche para examinarlo con un escrutinio profesional. Alumbró el vehículo con una linterna, aproximándose de vez en cuando para mirar de cerca algo que había llamado su atención o agachándose en el suelo, manteniendo el equilibrio sobre sus manos enguantadas y las puntas de sus botas, para echar un vistazo a la parte inferior. Tardó cinco minutos en rodear el coche. Cuando terminó, se incorporó, volvió afuera pasando por debajo de la puerta entreabierta y entró otra vez con una bolsa sellada del tamaño de una almohada grande.

Sacó de ella dos monos aislantes y le tendió uno a Jake.

—Póngase esto sobre la ropa. No se manchará ni contaminará el coche. Utilice la capucha, no hace mucho calor aquí dentro, así que no sudaremos demasiado.

Él se puso el suyo, balanceándose sobre un pie cada vez mientras metía el otro en una pernera que parecía diseñada para alguien mucho más pequeño y pesado. Jake también se puso el suyo, y, cuando cerró los ojos, el olor era igual que el de la cortina de baño.

Rafferty sacó el resto del contenido de la bolsa, una pieza plegada de polietileno. La extendieron sobre el Mercedes y Rafferty colocó cinta adhesiva en las esquinas. Cuando el coche quedó cubierto con el plástico, el agente puso una segunda pieza por debajo para proteger la parte inferior.

Jake sabía que el plástico evitaría que el vehículo se contaminase y se perdiesen evidencias en su traslado a la grúa.

El teléfono de Jake comenzó a sonar.

—Puedo encargarme solo —dijo Rafferty sin que le preguntara. Acto seguido, abrió la puerta del garaje.

—Jake Cole.

—Jake, soy Hauser. Dos cosas: no he podido contactar con los Farmer, pero he hablado con su hija. Vive en Portland. Dice que sus padres le alquilaron la casa a «unas personas agradables» que habían conocido a través de una agencia *online* de alquiler de propiedades. No había ordenador en la casa y los Farmer viven en Boston. He solicitado una orden para acceder a sus cuentas de *e-mail* pero no la tendremos hasta mañana por la mañana, porque lo único con que contamos es con la palabra de la hija y no parece que los Farmer estén involucrados de ningún modo en el crimen. No obstante, sí he conseguido acceder a sus cuentas bancarias.

»Alquilan la casa por cuatro mil al mes. No es mucho para un lugar como ese. Las reservas se hacían en forma de giros postales. Se compraban con efectivo. He hecho que les sigan el rastro y cuando lo tengamos podremos comprobarlo con la sucursal que los vendió. Por desgracia, nadie mantiene un registro de esos giros. No puedes comprarlos con una tarjeta de crédito, y cuando pagas en efectivo nadie hace preguntas a menos que compres por valor de diez mil dólares. Nos llevará tres días y probablemente sea un callejón sin salida. —La voz de Hauser denotaba frustración—. Así que cada paso nos lleva más y más lejos.

—Por «personas agradables» se entiende más que una madre y su hijo, ¿no le parece? — Jake regresó al estudio y cerró la puerta tras él. Allí, en aquella oscuridad similar a la del útero, había un suave silencio.

—Una de las vecinas, que no estaba en casa la noche de los asesinatos, pasó junto a la casa de los Farmer el martes después del mediodía y cree haber visto a una mujer y a un niño paseando por la playa. No pudo dar ninguna clase de descripción aparte de que la mujer

parecía delgada y el niño tenía un montón de energía. Estaban demasiado lejos de ella como para distinguir detalles sólidos. Los vio dos veces. Pero a ningún marido. Ni novio.

—Podría ser que el hombre trabajara mucho. o que la mujer tuviera novia —sugirió Jake—. Si la vecina vio a la mujer más de una vez en la playa y no pudo identificarla, tal vez fueran dos mujeres diferentes.

Se produjo una pausa mientras Hauser digería aquella posibilidad.

—No lo había pensado.

—¿Durante cuánto tiempo habían alquilado la casa?

—Desde hacía dos semanas. Parece ser un alquiler de fin de temporada. La hija dice que sus padres se habían alegrado de encontrar a alguien que quisiera la casa para el otoño. Fue un alquiler de última hora.

—¿Por qué venir aquí en otoño y a última hora? —Jake paseó por el estudio, pintando los píxeles de información de la maqueta en tres dimensiones que había formado en su mente la noche anterior—. ¿Cuándo se formalizó el primer pago?

—El trece de agosto.

—Reservaron con antelación. Han estado aquí más de dos semanas. Alguien los ha visto. Garantizado.

Hauser resopló:

—El problema es que la mayoría de los vecinos han recogido sus cosas y se han marchado. Jake recordó la proximidad de la tormenta.

—¿Cuánto falta para que sea demasiado tarde para marcharse?

—El viento empeorará esta noche. También la lluvia, que por la mañana será un serio problema. A la hora de la cena la situación será intensa. Diría que salir a las dos de la tarde es arriesgarse demasiado. Por si acaso algo sale mal, y siempre sale algo mal. —Hizo una pausa—. ¿Está pensando en su esposa y su hijo?

—Estoy pensando en todos nosotros.

—¿Cuándo piensa ponerse en marcha?

Jake pensó en la posibilidad de mentir, pero no era algo que se le diera bien:

—Yo me quedo.

—Jake, el hospital de Southampton es un edificio sólido que resistirá el oleaje y el vendaval de la tormenta. Fue diseñado para soportar un huracán. Diablos, todos los edificios municipales construidos después del huracán de 1938 se diseñaron para soportar un ataque con misiles. —Otra pausa—. Yo personalmente vigilaré que su padre esté bien. No tiene que preocuparse por él.

¿Qué podía responder ante eso? ¿En realidad no me importa una mierda? Porque lo cierto es que es todo lo demás lo que me pone de los nervios. Es la mujer y su hijo. Es el estudio con los hombres sangrientos en el cielo negro. Son esos lienzos que mi viejo se ha pasado años pintando, esos asquerosos meandros de un subconsciente enfermo. Es el coche de mi madre, aparcado ahí durante el último cuarto de siglo como un sepulcro de arte pop, es mi padre sentado en su sillón de *Star Trek*, engullendo whisky y ¿haciendo qué? ¿Llorando? ¿Riendo? ¿Gritando hasta quedarse sin voz? Demasiados cabos sueltos para marcharme.

Se limitó a decir:

—No es solo mi padre. Es todo lo demás. El caso. Todo. ¿Qué era lo otro que quería decirme?

—El equipo forense acaba de terminar de registrar la casa. Si quiere volver a echar un

vistazo, ahora es el momento. Podemos ir juntos antes de que las cosas se pongan feas con la tormenta. Y después de la tormenta puede que ya no haya escena del crimen.

Jake apartó los ojos del océano, luego volvió hacia la casa y se dirigió al interior.

—¿Cuándo puede recogerme?

—Estaré ahí en quince minutos.

A casi un kilómetro de distancia, el coche de Hauser sonaba como un tanque alemán, su motor rugía al avanzar por la autopista 27. Era imponente, pero Jake veía el coche bajo la misma luz con la que veía gran parte de la industria americana: un refrito más en un campo que había sido innovador en el pasado y que ahora se había visto reducido a copiar sus días de gloria. Tuvo que retroceder unos pasos cuando el sheriff salió de la carretera y se detuvo en el arcén de gravilla. El sabor a electricidad que tenía en la boca quedó sustituido por el sabor a polvo y humo del tubo de escape. Subió al asiento del pasajero.

—¿Alguien ha perdido alguna vez una carrera contra este coche? —preguntó Jake mientras se ajustaba el cinturón.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

Jake se dio cuenta de que aquella era la primera vez que veía a Hauser con la sensación de estar remotamente cómodo a su lado. Probablemente era la ventaja de jugar en casa.

—Un imbécil de ciudad trató de adelantarme con su Ferrari y chocó contra la esquina del colmado de Reese cuando iba a casi trescientos por hora. Se cayó por el precipicio y se desintegró. Para cuando terminamos de recoger todas las piezas ya estábamos en otra estación del año.

—En este trabajo vemos lo mejor de la gente —comentó Jake—, no hay duda.

Los ojos de Hauser se posaron un instante en Jake. Tragó saliva y su apacible lenguaje corporal de hacía unos segundos desapareció.

—¿Cómo acabó haciendo lo que hace?

Jake se llevó la mano al bolsillo para sacar un cigarrillo, pero pensó que Hauser no quería que el olor a nuevo de su coche se echase a perder por culpa de su Marlboro. Soltó el paquete y descansó la mano sobre el muslo.

—Mala suerte, supongo.

Hauser le lanzó otra mirada de soslayo.

—Usted y sus gafas para verlo todo color de rosa. Necesita practicar yoga o tai chi. ¿Lo ha probado alguna vez?

—Me relajó fumando.

Se sumieron en un silencio que duró hasta que el himno nacional brotó del teléfono móvil de Hauser.

—¿Sí? —respondió el sheriff en el auricular de sus manos libres.

Escuchó durante unos segundos, luego miró por el espejo, conectó la sirena y las luces y quitó el freno. Giró el volante y pisó el acelerador, sacando un chirrido de las ruedas traseras. Con un gran estruendo, el coche dibujó un giro de ciento ochenta grados sobre el asfalto y partió entre una nube de humo de goma, en la misma dirección de la que acababa

de llegar.

Hauser gritó:

—Sí. Sí. Sí. Seis minutos. —Y arrojó el auricular al salpicadero. Se volvió hacia Jake, con la boca curvada como el filo de un cuchillo de caza. Pisó a fondo el acelerador y el motor llevó el vehículo hacia el futuro—. Su desollador acaba de atacar a una mujer en Southampton —dijo.

Era un vecindario pulcro de casas construidas después de la guerra, con garajes individuales, jardines bien cuidados y sillas de jardín montadas en pequeños porches. La gente estaba cargando sus coches para la evacuación. Algunos estaban aparcados sobre la hierba delante de las escaleras, otros en los senderos de entrada, con los maleteros y las puertas abiertas. Había cestas de mascotas y televisiones esperando su turno. Algunas de las casas ya estaban vacías y los postigos de las ventanas estaban cerrados (unos eran de madera contrachapada y se ajustaban perfectamente, otros consistían en planchas de madera vieja y carcomida). Una de las casas tenía las ventanas cubiertas de manera descuidada con cinta adhesiva. Jake observó los movimientos nerviosos y apresurados de la gente para abandonar sus casas y se preguntó cuándo exactamente el lema de los americanos se había convertido en «Te daré mi televisión cuando me la quites de las manos frías y muertas».

Desde un extremo de la manzana, vio el coche patrulla aparcado sobre la acera, con las luces parpadeando y varias líneas de cinta amarilla formando lo que parecía la tela de una araña gigante de alguna película de los años cincuenta. Había un agente de policía en el jardín, justo al borde del perímetro, de espaldas a un grupo de chiquillos que curioseaban a su alrededor. Jake reconoció la postura y los gestos de un hombre que intentaba aparentar estar a cargo de la situación. Unos metros más adelante se dio cuenta de que era el agente Spencer.

Hauser subió su coche a la acera y los dos se apearon, el sheriff vestido con su uniforme caqui y Jake con unos vaqueros y una camiseta negra. Mientras avanzaban hacia la cinta que delimitaba el perímetro, los niños dirigieron su atención un instante a Hauser pero enseguida la cambiaron a Jake, y abrieron los ojos como platos al ver la tinta que le cubría los brazos y asomaba por el cuello de la camiseta. Varios de ellos retrocedieron unos pasos. Spencer levantó la cinta para que Hauser y Jake pasaran por debajo.

El manto de nubes había perdido algo de su translucidez y la hierba se había oscurecido. La casa cambiaba de color bajo la cobertura de nubes, y Hauser y Jake llevaron a Spencer a un punto alejado de los chiquillos que esperaban junto a la cinta como un contingente de los paparazzi más pequeños del mundo.

Hauser miró hacia la casa, tensó su mandíbula y habló entre dientes:

—Por favor, dime qué es lo que está pasando.

Spencer tenía el mismo aspecto que había tenido la noche anterior en la casa de la playa, su piel pálida se teñía de azul y rojo bajo las luces del coche patrulla aparcado a unos metros. Esa tarde su semblante presentaba también una notable conmoción y una buena dosis de repulsión. Respiró varias veces profundamente y comenzó a hablar, manteniendo los ojos fijos en la punta de su bota, que hundía una y otra vez en la hierba:

—Una vecina nos dio el aviso, dijo que llamó a la puerta y no hubo respuesta, lo que le

pareció extraño porque el coche estaba en la entrada —acompañó las últimas palabras con un gesto del pulgar para señalar por encima de su hombro un Toyota Prius—. Se suponía que la víctima estaba en casa. La vecina pensó que quizás estuviera en la ducha y volvió una hora más tarde. Siguió sin recibir respuesta. Echó un vistazo por la ventana y vio sangre en el suelo de la cocina. Nos llamó. Di una vuelta alrededor de la casa. Miré por algunas de las ventanas y entré por la puerta de atrás.

—¿Y?

Spencer tragó saliva antes de contestar:

—Y la vecina tenía razón.

—¿Encontraste algo de sangre en el suelo?

Spencer levantó la mirada y sus ojos se habían convertido en dos diminutos agujeros en la tela de su rostro.

—¿Algo? No, Mike, no hay algo de sangre. Hay muchísima sangre.

—¿Has avisado al departamento forense? —preguntó Hauser con voz distante.

—Justo después de llamarte a ti —dijo Spencer, pasándose la lengua por los dientes. Jake supo que se le había adherido el gusto cobrizo de la sangre.

Dio un paso hacia él:

—¿Qué hay dentro, Billy?

—Otra más —dijo el oficial, con los ojos nerviosamente esquivos.

—¿Otra qué?

La piel azul y blanca de Spencer pareció tensarse sobre su cuerpo. Frunció los labios.

—Desollada como un trofeo de caza, Jake. Hay litros y litros de sangre por todas partes.

—Se dio la vuelta y escupió sobre la hierba.

—No hagas eso. Si tienes que escupir o vomitar o contaminar la escena del crimen de algún modo, ve a hacerlo al otro lado de la calle. No te pongas en ridículo y no jodas la escena del crimen.

El semblante de Spencer se volvió rojo:

—¿Ponerme en ridículo? Ahí dentro lo que hay es una película de miedo, Jake, ¿y me sueltas que no me ponga en ridículo? ¿A ti qué coño te pasa? ¿No tienes sentimientos?

Jake contestó señalando a su espalda:

—¿Quieres parecer un poli paleta en los informativos nacionales?

Una furgoneta de un canal de noticias apareció al final de la calle y aceleró al ver las cintas amarillas de la policía.

—Intenta aparentar profesionalidad —gruñó Jake, apretando los labios.

—Creía que los periodistas eran amigos nuestros —dijo Hauser, volviéndose hacia él—. «Dejemos que nos ayuden» y todo eso que me soltó ayer. —Su voz iba cargada con un velo de sarcasmo. El aullido lejano de una sirena de policía se fue aproximando mientras la furgoneta se detenía en la acera y sus tripulantes bajaban—. Todos los reporteros del país se nos van a presentar aquí si creen que tenemos un asesino en serie. —Se giró hacia Spencer y le dijo—: No dejes que pasen de la cinta.

—¿Y si lo intentan? —preguntó su subordinado, dándose unos golpecitos en el arma tal y como había hecho la noche anterior en la entrada de la casa de los Farmer.

—Adviértelos dos veces en voz alta. Luego dispara al aire y adviértelos una última vez. Avísales que dispararás si no desisten. Después pégame un tiro a uno en la pierna. —Hauser miró a los periodistas que se acercaban a ellos—. Son órdenes específicas.

Spencer sonrió y su rostro recuperó un poco de color ante la perspectiva de sentirse capaz de manejar una situación que le resultaba familiar.

Mientras el equipo de informativos avanzaba, cargado con focos, cámaras y micrófonos, Jake se inclinó hacia el sheriff y le susurró al oído:

—Díales que se trata de un crimen no relacionado con el anterior y que aún no ha sido catalogado. Si preguntan si es un asesinato, diga que no puede hacer comentarios que podrían poner en peligro la investigación. —Se giró hacia Spencer. En aquel preciso instante desearía estar trabajando con un auténtico equipo de la agencia—. Spencer, asegúrate de que no hablen con la vecina que encontró a la víctima. Dile que si habla con los periodistas podría enfrentarse a una denuncia por inmiscuirse en una investigación de asesinato. Dile que eso podría hacerle parecer sospechosa. Asústala pero consigue que no hable. Asígnale a algún agente para asegurarnos de que no la acosan. —Volvió a girarse hacia Hauser, que ya había empezado a respirar como un animal acorralado e intentaba sonreír a las cámaras—. Díales que realizará un comunicado tan pronto como pueda y que les agradecería que permanecieran al otro lado de la calle para dejar el paso libre a los vehículos de emergencia.

Un coche patrulla dobló la esquina y Jake reconoció la figura enorme de Scopes al volante. Hauser pareció algo más relajado al ver llegar a Scopes. Caminó hasta la cinta y se situó bajo la mirada de los periodistas.

—No tengo ningún comentario que hacer en este momento. Si esperan en el otro lado de la calle, prometo facilitarles un comunicado en cuanto dispongamos de información pertinente. —Frente a él, Danny Scopes se apeó de su vehículo—. El agente Scopes les acompañará al otro lado, y allí me esperarán. —Le dio la espalda al equipo de noticias, ahora contrariado, y le dirigió un gesto de asentimiento a Jake—. Gerónimo.

Dejaron a Spencer junto a la barrera de cinta amarilla.

Fuera de la vista de los periodistas, ambos se pusieron guantes de látex en las manos.

La puerta mosquitera chirrió al abrirse y Hauser la sostuvo abierta con la punta de la bota. La puerta interior estaba ligeramente abierta, el sheriff extendió el brazo y la empujó. Cedió sin hacer ruido y el olor cálido a sangre, heces y comida quemada les golpeó la nariz.

En la cocina daba la impresión de que el infierno había rezumado de las paredes y se había vertido en el suelo. La sangre estaba esparcida en grandes ráfagas que habían formado charcos en las depresiones del linóleo, dejando grabado un símbolo simétrico de muerte. El suelo no estaba nivelado, así que una buena cantidad de sangre se había reunido en un rincón, bajo los cajones, en un triángulo agrietado y oscuro en cuya parte superior se había formado una capa arrugada como la de un pudín. Había entrado desde el pasillo, una sopa espesa del color del Ganges en primavera, color de barro y sedimentos y basura y óxido. Desde algún lugar más allá de la puerta de la cocina llegaba el zumbido de un aparato eléctrico encendido, con el motor silbando ruidosamente.

Hauser se deslizó por delante del mostrador, pisando con extremo cuidado sobre la negra topografía del linóleo. Jake permaneció al lado de la puerta, examinando la estancia y almacenando los detalles en los bancos de memoria de su CPU. Se concentró en el gran triángulo isósceles de sangre, siguió el camino que había recorrido por la baldosa, que en tiempos había sido amarilla, hacia su punto de partida, algún lugar en el pasillo. Hauser asomó la cabeza hacia allí, se puso rígido, retrocedió rápidamente hacia el fregadero y vomitó.

Soltó una violenta arcada de vómito, tosió, escupió y luego miró a Jake:

—Lo siento —dijo, con una baba amarillenta colgando de su labio inferior.

Jake miró el fregadero, que habitualmente era la fuente principal de pruebas en cualquier asesinato turbio, y volvió a desear tener allí a sus compañeros de la agencia. Había visto a algunos agentes ya curtidos vomitar en sus propias camisetas solo para no contaminar la escena de un crimen.

Jake avanzó despacio, como una araña. Llegó a la puerta que daba al pasillo y vio la razón por la que Hauser había echado todo lo que había comido.

Había una mujer tirada en el suelo. O, mejor dicho, algo que solía ser una mujer. Igual que la señora y el pequeño X, el cuerpo carecía de piel y de vida. Yacía sobre la moqueta como el *Hombre de Vitrubio* de Da Vinci, con los brazos y las piernas extendidos, unida al suelo mediante líneas de sangre y fluidos que se habían secado. No había ningún aparato eléctrico encendido, Jake se había equivocado, el sonido procedía de la masa negra y retorcida de moscas que revoloteaba sobre el cuerpo como un solo insecto carroñero. ¿De dónde demonios habían salido?

Jake traspasó el umbral y se adentró en el pasillo esquivando las manchas de sangre con movimientos ágiles que eran consecuencia de la experiencia. Hauser continuaba aclarándose la garganta en el fregadero. Jake evitó la zona donde yacía la mujer, cubierta con una gruesa capa de su propia sangre. Podía oír a Hauser en la cocina, escupiendo en el fregadero como si tuviera una pluma pegada en la pared de su garganta. Jake pasó junto a la mujer, más allá

de una mancha de sangre en forma de abanico en el papel de la pared, y continuó hacia el interior.

La casa era una construcción típica y Jake supo cuál era la distribución sin necesidad de que nadie se la explicase: cocina al fondo, sala de estar y comedor delante, dos pequeños dormitorios y un baño (todos con las paredes inclinadas) en la segunda planta. Un sótano. Garaje independiente.

Entró en el salón para asegurarse de que no había más víctimas, aunque la vocecita de su cabeza le decía que la mujer era la única habitante de la casa. El aire inconfundible de un solo habitante llenaba el lugar y era incluso más espeso que el olor de la sangre y el zumbido de las moscas.

Había un viejo piano recto, un sofá grande, un par de sillones reclinables, una mesa de centro de cristal cubierta de ejemplares de *People* y *Us*, y una pequeña televisión con una novela de bolsillo encima. Había una chimenea eléctrica con unas cuantas fotos colocadas sobre la cubierta de plástico: manchas brillantes de color que sonreían desde el fondo de la habitación. Aparte de los escasos muebles y de las revistas y el libro, la estancia estaba vacía, y Jake supo que la mujer que vivía allí trabajaba mucho.

Jake avanzó hacia las fotografías, levantando mucho los pies para evitar crear energía estática que pudiera recoger pruebas. No había sido consciente de que su corazón estaba latiendo hasta que dio el primer paso y sintió el mareo que le indicaba que su ritmo cardíaco aumentaba de volumen. Respiró hondo, tal y como le había enseñado Kay que debía hacer cuando necesitase oxigenar su sangre, y el olor vitriólico de la muerte le agujereó la cabeza como un proyectil de acero. Se quedó inmóvil durante un segundo, concentrado en su respiración. Cuando su pecho dejó de vibrar como si tuviera un animal vivo en su interior, continuó adelante, respirando profundamente y percibiendo el olor de la mujer desollada tirada sobre la moqueta a su espalda. Las fotos habían pasado de ser resplandores confusos de color a borrosos rostros cortados por sonrisas blancas. Un paso más y las imágenes borrosas se volvieron más claras.

Extendió el brazo hacia una de las fotos enmarcadas, y el gesto extrajo toda la sangre de su sistema, como si el brazo fuera una bomba hidráulica. Sus dedos tocaron el marco y sus ojos se fijaron en el rostro que le sonreía. Una mujer (y Jake supo que era la misma mujer que estaba tirada en el suelo, con las extremidades extendidas como la asistente de un lanzador de cuchillos atada a una rueda giratoria de madera) sentada en la borda de un velero en algún punto frente a Montauk Point, con el faro visible tras ella quizás a kilómetro y medio de distancia. Jake levantó la fotografía sosteniéndola con cuidado por las esquinas con sus dedos enguantados.

Miró el rostro sonriente sin darse cuenta de que el aliento se le escapaba entre los dientes en jadeos irregulares.

Desollada.

La mujer le sonreía. Con dientes blancos y relucientes. Parecía muy viva. Completamente feliz.

Ahora estaba cubierta de moscas sobre la moqueta del pasillo.

Jake sintió que se le tensaba el pecho y que su corazón empezaba a martillear al recibir una descarga descomunal de adrenalina. El pecho se le quedó de repente entumecido, frío.

La foto resbaló entre sus dedos y cayó con un ruido sordo sobre la alfombra.

«No hay coincidencias», resonó la voz de Spencer en el interior de su cabeza.

Luego todo se desvaneció como si cayera por el abismo del final del mundo y le invadió el frío al golpearse contra el suelo.
Jake la conocía.

—¿Jake? ¿Jake? —La voz de Hauser irrumpió en el ruido de interferencias que envolvía su sistema de circuitos y la cara del sheriff se materializó encima de él. El aliento le olía a vómito y su mirada distante había sido sustituida por otra de preocupación—. ¿Jake?

Jake se apoyó en los codos para incorporarse y emitió un gruñido:

—Lo lamento.

—¿Se ha desmayado? —preguntó Hauser, observándolo con suspicacia.

Jake negó con la cabeza.

—No se trata de drogas ni bebida ni nada que usted podría entender. —Se puso en pie, evitando a conciencia tocar nada.

—Póngame a prueba.

Jake permaneció inmóvil, mirando fijamente la fotografía que había dejado caer.

—Llevo un aparato, un CRT-D.

—Tenía razón, no lo entiendo.

—Es un desfibrilador de sincronización cardíaca —explicó Jake, sin apartar los ojos de la fotografía del suelo—. Un marcapasos.

—¿Problemas de corazón?

No, pensó Jake, mi corazón funciona perfectamente, por eso llevo un aparato para asegurarme de que siga latiendo.

—No me cuidé como debería haber hecho y eso se convirtió en una cardiomiopatía —dijo, todavía con los ojos en la imagen—. Cuando el ritmo de mi corazón se atasca, el aparato se supone que pone las cosas en orden. —La mujer le sonreía, sin saber que en el plazo de un año (¿o eran dos? ¿tres?) se transformaría en una pesadilla para la gente del vecindario—. Imagino que será por la tormenta que se nos viene encima. Cualquier campo magnético fuerte puede afectar al marcapasos. —Levantó la cabeza y añadió—: Pero esto no debería ocurrir.

—Haremos que le vea un cardiólogo.

Jake negó con la cabeza:

—El aparato hace estas cosas de vez en cuando —mintió.

—Este no es el mejor tipo de trabajo para una persona con problemas de corazón, Jake.

—El trabajo no afecta al ritmo de mi corazón. No suele hacerlo. —Se inclinó y recogió la fotografía—. La conozco —dijo, y volvió a colocarla sobre la falsa chimenea.

—¿La... conoce? —preguntó el sheriff, indicando con el pulgar el cuerpo tirado en el suelo, que quedaba detrás de él en un ángulo similar al del faro en la imagen, que ahora estaba en su sitio original esperando a que llegasen los familiares para recogerlo todo.

—Es la enfermera de mi padre en el hospital. Rachael no-sé-qué. —Miró la foto, la cara sonriente y viva que le devolvía la mirada. Incluso en el retrato resultaba difícil pasar por

alto el parecido con su madre.

El sonido de coches que frenaban en el exterior era salpicado por el ruido de las puertas que se cerraban.

Hauser tensó la mandíbula y sus ojos volvieron a ser los de un policía.

—Empiezo a tener la sensación de que alguien está jodiéndole, Jake. —Se dio la vuelta y miró a través de la ventana. El personal del departamento forense estaba fuera con su convoy blanco y con un nuevo coche patrulla. Al otro lado de la calle, de puntillas y estirando el cuello, los periodistas parecían un grupo de alpacas en un zoo.

—Vamos a hablar con esos idiotas —refunfuñó, y se dirigió hacia la puerta.

Pero los ojos de Jake se habían posado en la mujer que yacía en el suelo. Se había parecido a su madre. Ahora quizás incluso más.

Jake dedicó una hora a analizar el hogar de Rachael Macready, de cuarenta y cuatro años de edad, en el 2134 de Whistler Road, Southampton, Nueva York. En esta ocasión Conway no hizo ninguna pregunta, solo escuchó e hizo lo que se le decía. Los miembros del departamento forense sentían un recién inaugurado respeto por Jake. Mientras que la noche anterior lo veían como a un intruso forastero, ahora lo consideraban un profesional llegado de fuera. Unas pocas llamadas a la secretaria de Hauser habían servido para obtener detalles sobre el comportamiento de Jake esa mañana en la morgue, y los rumores habían modelado su propia versión de la verdad. La noche anterior sus tatuajes y su ropa lo habían diferenciado de los demás, ahora eran elevados a la condición de alguna especie de armadura espiritual.

Jake estaba ahora apoyado contra el coche de Hauser, fumando un Marlboro, cuando el sheriff salió por la puerta principal. Su semblante volvía a ser del mismo verde manzana que había tenido la víspera en presencia de la señora X. Se acercó y se apoyó también en el coche al lado de Jake. Extendió la mano hacia él y le preguntó:

—¿Le importa si le gorroneo uno?

En el otro lado de la calle, los periodistas estaban haciendo un buen trabajo divirtiéndose unos a otros con un espectáculo de sonrisas fijas y pelo engominado, el baile del entretenimiento organizado por gente que carecía de verdadero talento. Jake y Hauser los ignoraron.

—¿Usted fuma?

—Lo hago cuando tengo el sabor del vómito metido en las narices —dijo Hauser, avergonzado—. Ha sido algo muy profesional por mi parte —añadió.

Jake le tendió el paquete y Hauser cogió uno con algo de torpeza y lo encendió con el Zippo plateado de Jake, que estaba decorado con esqueletos que bailaban la danza de los muertos. Jake soltó el humo por la nariz, como los dragones:

—Cualquiera que vea algo como eso y no sienta nada es un monstruo.

Hauser inhaló una bocanada de humo, luego se quitó un trozo de tabaco de la lengua y se giró hacia Jake.

—A usted no parece afectarle. —Las palabras brotaron en una nubecilla de humo.

—Me limito a bloquearlo fuera —repuso Jake, dando una nueva calada—. Tengo que hacerlo, de lo contrario perdería el control. Pero creo que he llegado al punto límite. Voy a dejarlo. Ya he tenido suficiente de los muertos para... —se interrumpió, buscando las palabras adecuadas.

—¿El resto de su vida?

Jake hizo un gesto a modo de agradecimiento:

—El resto de mi vida. Sí. Perfecto. Gracias. Parece que me estoy quedando sin frases

hechas. Es la primera señal del estrés.

—Su corazón, ¿cómo está de mal? —preguntó Hauser, y escupió al suelo.

Jake se encogió de hombros. Era una pregunta académica.

—Lo bastante mal para que me hayan puesto un desfibrilador para que no se me pare — dijo, con los ojos fijos en sus propias botas—. En los días en los que me dediqué a recorrer el Valle de la Muerte, me metía heroína para desayunar y luego pasaba a la coca, después seguía la marcha hasta que me quedaba sin, por lo general después de empalmar tres días de dolores de cabeza, boca seca, diarrea y algún que otro fallo cardíaco. Vi a la muerte cara a cara tres veces. —Dio una calada larga, sosteniendo el cigarrillo entre el índice y el corazón—. Empecé a sentirme como una parodia de mí mismo.

—¿Encontró a Dios? —inquirió Hauser.

No era la primera vez que le hacían esa pregunta, pero era una cuestión que no se aplicaba a Jake. Nunca había entendido por qué los drogadictos y los perdedores parecían encontrar repentinamente a Dios.

—Me desperté una mañana y decidí que ya estaba bien de odiarme a mí mismo. Tomé la decisión de mantenerme sobrio el tiempo suficiente para localizar a mi tío y pedirle ayuda. Él me ingresó en un hospital psiquiátrico. Pasé tres días en el infierno sangrando veneno, seguidos de meses de tratamiento psicológico. Después, años de reuniones de Narcóticos Anónimos y Alcohólicos Anónimos. No importa lo mucho que piense que mi vida es una mierda, en Alcohólicos Anónimos siempre hay algún pobre desgraciado que me hace darme cuenta de que me ha tocado la lotería de la buena suerte.

—Nos motiva tanto lo bueno como lo malo.

—Suenas como si fuera Yoda.

—Si quiere, dejo de entrometerme.

—A los polis no suele gustarles hablar conmigo —dijo Jake, negando con la cabeza.

Hauser recordó su desconfianza anterior hacia Jake y sintió que se sonrojaba.

—¿Por qué?

—Dígame usted —repuso Jake, con un gesto de indiferencia mientras sacaba otro cigarrillo del paquete.

Hauser dejó caer el suyo al suelo y lo aplastó contra el asfalto. Tan solo unas pocas horas antes no confiaba en Jake, pero su desvanecimiento en la casa lo había transformado de adversario distante a un tipo normal con problemas propios.

—Usted parece del bando enemigo.

Jake levantó una mano y las líneas oscuras del texto tatuado en sus metacarpos resultaron visibles.

—¿No le parece la vida ya lo suficientemente estimulante sin tatuarse por todo el cuerpo una historia italiana de terror?

A Jake le sorprendió que Hauser se hubiera percatado de lo que ponía en sus tatuajes.

—No fue una decisión consciente. Me desperté con esto una mañana después de una borrachera de cuatro meses de los que no recuerdo nada. —Giró la mano y el texto se enroscó en su palma—. El tipo de letra es «Courier», a medio camino entre el tamaño quince y el dieciséis. Hice que lo analizaran en el laboratorio de la agencia, con la esperanza de que tal vez podrían ayudarme a recordar esos cuatro meses. —Se encendió otro cigarrillo y continuó—: Un tatuaje como este supone un trabajo de unas quinientas horas. Las letras son complicadas de hacer. Y en las miles de palabras que hay en mi piel no hay ni un solo

fallo ortográfico ni ninguna errata. Todas las letras son perfectas. Y no lo hicieron en ninguna tienda de tatuajes de la ciudad. Alguien se pasó quinientas horas tatuándome el cuerpo y no sé por qué. No sé su nombre. Y no sé cómo pagué por ello.

Hauser miró el texto que rodeaba el cuello de Jake. La expresión de su cara mostraba que no comprendía cómo aquello era posible.

—Jake, lo que usted hace asusta a la gente. —Hizo una pausa para reorganizar sus pensamientos y prosiguió—: Es simplemente... no sé... incompreensión. Los polis se entrenan toda su vida para ser capaces de leer adecuadamente la escena de un crimen. Usted entra con esa cara de muñeco de los que utilizan en las pruebas de accidentes y es como si no sintiera ninguna de las emociones que asociamos con los buenos de la película.

Jake dio una nueva calada antes de contestar:

—Usted debería entender que eso es parte de este trabajo. Cada vez que les dices a unos padres que los sesos de su hijo están esparcidos por el arcén por culpa de un conductor borracho, o que su hijo conducía bajo los efectos de las drogas y ha matado a alguien, activas el modo de combate. Es algo defensivo. Autoprotección. De lo contrario, nos pasaríamos el día llorando.

Durante un segundo, Hauser recordó a su hijo, Aaron, muerto por el brusco cambio de dirección de un coche cuando tenía solo diez años.

—O vomitando por toda la escena del crimen —dijo.

Jake sonrió.

—Y eso, sí.

Hauser se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Qué está pasando aquí, Jake? No sé qué hacer. Siempre hay crímenes en mi jurisdicción. Demonios, algunas de las personas más ricas de América viven aquí, no tiene usted idea de cuánta delincuencia atrae eso. Pero ¿tres personas desolladas?

Los ojos de Jake bajaron hacia el pavimento y su voz sonó pausada, lenta:

—Ella le abrió la puerta. Probablemente acababa de llegar a casa. Ocurrió después de su turno; el doctor Sobel la envió a casa temprano y el equipo forense marcará la hora de su muerte en la media hora siguiente a su salida del trabajo. Ella le invitó a entrar. Quizás algún vecino lo haya visto, pero yo no contaría con ello.

Tras escuchar algunas de sus frases, Hauser cayó en la cuenta de que las palabras de Jake procedían en realidad de algún otro lugar. Tal vez Jake no se viera a sí mismo como a un psíquico. Quizá Carradine no creyera en la canalización. Pero Hauser sabía lo que estaba escuchando, y desde luego no era a Jake Cole hablando.

El cigarrillo se fue consumiendo entre los dedos de Jake y el humo fue arrastrado por el viento, que había aumentado de intensidad y estaba cargado de electricidad de la tormenta que se avecinaba.

—Ella le dio la espalda y se dirigió a la cocina. Supongo que le ofrecería algo de beber. Té, no café. Él la siguió por el pasillo, y mientras lo hacía, sacó el cuchillo. El mismo, un cuchillo de caza de hoja grande y punta curvada. Ella se volvió. Él le dio una patada en el estómago. Tiene varias costillas rotas.

»Cuando ella se dobló por la cintura, él fue a por su cabeza. Ella intentaba respirar, pero él le tiró con fuerza hacia atrás. Le rajó la frente, hay salpicaduras de sangre en el papel de las paredes al lado de las escaleras. La tiró al suelo, le puso un pie sobre la espalda para sujetarla y le tiró del pelo para arrancarle el cuero cabelludo. Ella no pudo gritar porque ni siquiera

podía respirar. Nadie pudo oír nada.

Hauser levantó una mano para preguntar, logrando casi que no le temblase.

—¿Cómo sabe todo eso?

¿Qué podía decir Jake? ¿Que había tomado una foto mental del cuerpo y de las salpicaduras y de la posición del cadáver y para él todo formaba una imagen perfecta? ¿Que no había otra manera de que hubiera ocurrido? ¿Que podía hacer un análisis de la escena e interpretarlo todo, incluyendo el tiempo que el monstruo había tardado en desollarla, con un porcentaje del cien por cien de acierto? Hauser no lo comprendería.

—Lo sé —se limitó a decir. Su cigarrillo, olvidado entre sus dedos, aún humeaba, convertido en una columna de ceniza larga y curvada—. Le arrancó la cabellera antes de que ella pudiera siquiera empezar a entender qué era lo que estaba pasando. Le dio la vuelta y la golpeó con una rodilla en el estómago, un poco más arriba esta vez, y le rompió dos costillas. Saltó sobre ella para sacarle todo el aire de los pulmones. Después se concentró en despellejarla a conciencia.

El semblante de Hauser volvió a teñirse del verde pálido que Jake asociaba con él.

—¿Le hizo eso mientras ella aún estaba viva?

Jake se encogió de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—Esta clase de gente, ¿de dónde sale? Quiero decir, no pueden proceder de un hogar con padres cariñosos que se preocupan por ellos, ¿o sí? Alguien que entiende lo que es el amor no puede hacer algo como esto.

Jake dirigió su mirada hacia la casa, que se iba oscureciendo bajo la luz plomiza que lo estaba impregnando todo lentamente. Tiró el cigarrillo al suelo.

—Hay familias que funcionan a base de amor, otras que lo hacen a base de rabia y locura, y otras a base de cosas aún peores.

—Pensé que nunca tendría un asesino en serie en mi ciudad.

Jake aplastó la colilla en el asfalto.

—Es más que un asesino en serie.

—¿De qué está hablando? —la voz de Hauser tembló al formular la pregunta.

Jake repitió la definición que figuraba en los manuales de la agencia:

—Un asesino en serie es alguien que mata a tres o más personas con un intervalo de calma entre cada uno de los asesinatos. El intervalo de tiempo entre la señora y el pequeño X y la señora Macready fue su pausa de calma. Y los años transcurridos desde la muerte de mi madre constituyen desde luego una pausa de calma. —Recordó la noche en la que ella había ido al supermercado a comprar cigarrillos y galletas—. Este asesino no busca víctimas aleatorias, sino víctimas específicas. Víctimas que tienen alguna conexión con mi padre, y, por extensión, con... —se interrumpió y se apartó del coche—... conmigo.

—¿Se encuentra bien?

Jake negó con la cabeza.

—Mi esposa y mi hijo están solos en casa.

El coche de Hauser devoraba la carretera a ciento noventa kilómetros por hora y vibraba tanto que daba la impresión de que estaban a punto de romper la barrera del sonido. El sheriff tenía el pedal del acelerador hundido a fondo mientras zigzagueaba entre el tráfico, llevando las casi dos toneladas de metal de Detroit con un motor Hemi al arcén cuando los vehículos que tenían delante no se apartaban con la suficiente rapidez. Desde el interior la sirena apenas resultaba audible por encima del rugido del motor.

Hauser había dado aviso, pero no había ningún coche patrulla en las proximidades de Sumter Point. Jake llevaba la BlackBerry del sheriff pegada al oído para intentar oír los tonos de llamada en el teléfono de Kay. Era la tercera llamada que realizaba y no había respuesta.

—¡Joder! —gruñó, y lanzó el móvil contra el salpicadero, que rebotó y salió disparado por la ventanilla—. ¡Hijo de puta!

Hauser mantenía la atención en la carretera y las manos en el volante.

—Unos dos minutos —dijo, con voz inexpresiva.

Jake se retorció ante los horrores que se esparcían por el lienzo de su mente. Deseó estar en su propio coche y no en la bestia de Hauser. El sheriff tenía la desventaja de la precaución, mientras que Jake le habría dado la vuelta al pedal del acelerador. Tenía que llegar a la casa ya. Si ese monstruo atacaba a Kay y a Jeremy...

Apartó a un lado ese pensamiento e intentó colocarse su armadura mental, pero las piezas no querían encajar. Su mente seguía una y otra vez volviendo a Kay, al pensamiento de que alguien le arrancaba la cabellera con un trozo de acero afilado.

La punzada de adrenalina causada por el miedo le había invadido el cuerpo y el corazón le palpitaba como una serpiente venenosa en la caja torácica. El marcapasos cosido a su pecho dio un par de sacudidas, pero nada comparado con la pirotecnia que lo había tumbado ya dos veces ese día.

Ella está bien.

Desollada.

Jeremy está bien.

Despellejado.

¿Por qué el asesino atacó a la enfermera?

Venganza.

¿De qué?

No estás mirando con atención.

Es una coincidencia.

¡No hay coincidencias, ingenuo hijo de puta!

Doblaron el suave y amplio arco que era la última curva en la carretera antes de Sumter

Point, pero a casi doscientos kilómetros por hora no era ni suave ni amplia. Hauser contrarrestó la curva con el giro del volante y deslizó el pesado vehículo en una explosión de ruido y gravilla.

Después de la curva, Jake se quitó el cinturón de seguridad y se llevó la mano a la empuñadura de su pistola. Hauser recorrió el último medio kilómetro con un acelerón final del motor y pisó a fondo el freno en el último segundo, internándose por el sendero de entrada con un derrape que levantó una ráfaga de piedras y polvo. Jake saltó del coche y entró por la puerta principal antes de que el sheriff hubiera apagado el motor.

Hauser salió a toda prisa del coche y corrió hacia la parte trasera con la pistola desenfundada, el seguro quitado, una bala en la recámara y su dedo sobre el gatillo curvado. No sabía cómo enfrentarse a un cuerpo humano desollado pero sí a un adversario de carne y hueso. Su pragmatismo le había acarreado un breve éxito en los campos de fútbol americano.

Llegó a la terraza justo en el momento en que una de las correderas de cristal se abría. Levantó el arma, se plantó ante la abertura y apuntó al pecho del hombre que salía.

La figura se materializó en Jake, que sostenía una nota de papel.

—Están en Montauk. —Jake salió a la terraza y se sentó en los peldaños de la escalera que parecía reírse de la playa con su dentadura de madera gris, como el rictus de un maniquí de feria—. De compras. —Miró la nota durante un segundo, luego hizo una bola con el papel y se la metió en el bolsillo. Aún tenía la pistola en el bolsillo, y cuando Hauser puso el seguro de la suya y la devolvió a la funda, él la guardó también.

Con la amenaza desaparecida, la adrenalina de Hauser se disipó y se dejó caer en las escaleras, apoyando los codos en las rodillas.

—Quizá lo mejor sería que ellos no estuvieran aquí, Jake.

Jake soltó un largo suspiro, se echó hacia atrás y se estiró.

—Se van a casa. No quiero que estén aquí durante la tormenta. No los quiero aquí para el desollador. No los quiero cerca de mí ni en zona de peligro.

Hauser volvió a pensar en la casa de Southampton en la que Rachael Macready había sido reducida a tiempo verbal pasado.

—Jake, ¿qué hago con este tipo?

Jake sacó el paquete de cigarrillos de su bolsillo, le ofreció uno a Hauser, que lo rechazó, y se encendió uno con el Zippo. Observó cómo el océano se oscurecía a medida que el sol iniciaba su descenso a su espalda, por el borde occidental de la isla. Se preguntó hasta qué punto el océano tendría un aspecto diferente a la mañana siguiente, con la tormenta unos ochocientos kilómetros más cerca. ¿Y cuál sería su aspecto cuando llegase la noche? ¿Lo arrasaría todo y lo arrastraría hasta Kansas?

—Hubo dos asesinatos anoche. Otro esta tarde. Eso es un intervalo muy corto. Incluso para un maníaco extremo. Con esa rapidez uno comete errores, toma malas decisiones. Es como si hubiera un tiempo límite.

—La tormenta se acerca —dijo Hauser, señalando el océano.

Jake negó con la cabeza e inhaló el humo de su cigarrillo.

—No es eso. Hay un propósito detrás de lo que el asesino está haciendo. Trabaja con prisa porque tiene que hacerlo. Nosotros... yo... tengo que adivinar por qué. Con el «por qué» tendremos una posibilidad mayor de descubrir el «quién». —Dio una fuerte calada y el papel se agrietó y crepitó.

—En la casa dijo que parecía una venganza. ¿Por qué?

—A estos tipos les gusta lo que hacen. Sienten placer al hacerlo. Lo atesoran y lo mantienen y lo alargan. Este no. Este entra y sale. O al menos eso es lo que hizo con la señora Macready. Se presenta enfurecido, inflige su castigo y se marcha. ¿Por qué?

—¿Por qué se lleva con él diez o doce kilos de piel y pelo? ¿Está haciéndose trajes en el sótano de su casa? ¿Pantallas para las lámparas? ¿Carteras? Jesús, ¿qué estoy diciendo?

Jake volvió a negar con la cabeza y soltó una nube de humo que el viento procedente del mar arrastró consigo.

—No me da esa impresión. Si está castigando a sus víctimas por algo, es para hacerles pagar. Eso significa que se trata de un motivo personal.

Hauser levantó las manos:

—¿Está diciendo que el asesino conoce a las víctimas?

—No lo sé.

—Si yo fuera quien dirige esta investigación...

—Usted es quien dirige esta investigación —dijo Jake, señalándole con el dedo.

—Ya sabe a lo que me refiero. Lo único que puedo decir con toda seguridad es que este hijo de puta me da miedo. Me da muchísimo miedo.

El rostro de Jake no varió, mantuvo una expresión de calma.

—A mí también —dijo.

—¿Es cierto que estos tíos quieren que los cojan?

Jake sonrió y negó de nuevo:

—No que yo lo haya notado.

—Entonces, ¿por qué coño escribe un asesino cartas a la policía o abandona los cuerpos en el mismo lugar? Eso es contraproducente.

—No es que quieran que los cojan, creen que no pueden cogerles. Tiene que recordar que esas personas (si podemos llamarlos personas) presentan severos desórdenes de personalidad. No existe un asesino en serie que sea un ser humano normal. Todo gira en torno a ellos. Cometer un asesinato y que no te pillen genera confianza. Cometer un segundo asesinato genera aún más. De repente el tipo se considera un genio criminal. Es engreimiento. Los asesinos en serie por lo general presentan los mismos parámetros de inteligencia que el resto de la población y utilizan tácticas que van desde lo meramente funcional a lo más agudo. Pero la norma que siempre se cumple es que son perdedores disfuncionales.

Hauser estudió el rostro de Jake durante unos segundos, intentando ver a través de su piel.

—Me alegro de que diga eso.

—¿Por qué?

—La forma en que habla de esos tipos, la forma con que parece comprenderlos, da la impresión de que siente un profundo respeto hacia ellos.

Por primera vez desde que Jake podía recordar, algo le cogió por sorpresa.

—Esto no es un ejemplo de caza mayor en la que me siento identificado con el animal. No siento ningún respeto por esos monstruos, y créame, eso es lo único que son. Inadaptados sociales y gente rota. Los que los ven desde una perspectiva romántica y los consideran otra cosa son también perdedores, en un grado inferior, pero perdedores. ¡Cristo, yo odio con toda mi alma a esos tipos! —Desvió de nuevo la mirada hacia el océano y vio que el cielo se

oscurecía para ir a juego con lo que estaba ocurriendo en tierra firme. Tal vez tenía razón, tal vez aquello era una especie de ópera alemana.

—Yo también —dijo Hauser. Se incorporó y se sacudió la arena de los pantalones—. Estaré en la casa de Macready. Contácteme a través de la comisaría, porque me he quedado sin teléfono móvil.

Jake esbozó una sonrisa incómoda:

—Lo siento.

—Si yo creyera que alguien iba a por mi familia... —Hauser dejó la frase inacabada y se detuvo un momento en lo alto de las escaleras, con la mirada fija en el océano—. Ordenaré que venga un coche patrulla para montar guardia.

—Ahora mismo no puede permitirse reducir su número de agentes disponibles.

—Y usted no puede permitirse que le ocurra algo a su familia. Sáquelos de aquí por la mañana, Jake. Y usted también debería irse.

—No puedo —repuso, encogiéndose de hombros—. No lo haré, viene a ser lo mismo. Mi padre. El asesino. —Quiso mencionar los extraños cuadros que había en el estudio, el hombre sin rostro pintado con sangre—. Tengo que estar aquí. —Hizo un gesto para señalar el Atlántico cubierto de espuma, donde las nubes habían formado un manto gris que se alzaba desde el océano. Las olas golpeaban contra la costa y al retirarse dejaban una galería de restos en la orilla—. ¿Adónde se han ido las aves?

Hauser miró hacia el cielo.

—Si yo tuviera opción, ¿cree que todavía estaría aquí? —Se giró y se alejó.

Jake continuaba sentado en las escaleras mirando cómo el océano reunía ánimos para su gran actuación del día siguiente cuando Kay salió a la terraza con Jeremy dando saltos a su lado. Jake contemplaba la superficie del mar hinchándose con grandes olas coronadas de blanco que se deslizaban hasta la mitad de la playa siseando y burbujeando cuando Jeremy llegó hasta él y se sentó en su regazo.

—Papi, hay un policía en la entrada.

—Va a cuidar la casa mientras papi no esté. —La fatiga se disipó y por un instante sintió que todo estaba bien en el universo.

Kay se agachó a su lado y le dio un beso.

—¿Cómo te ha ido la tarde? —preguntó.

¿Cómo podía siquiera pensar en una respuesta para eso? Genial. Excepto quizá por el detalle de la pobre mujer a la que habían desollado y le habían arrancado la cabellera. Tal vez por la sola razón de que había tenido la mala fortuna de ser la enfermera de mi padre. Ah, y por la mujer y el niño despellejados que había en la morgue, no puedo olvidarme de ellos.

—Bien —dijo, ocultándole su trabajo una vez más. Otro motivo por el que había decidido retirarse.

Kay llevaba puestos unos Levi's y una camiseta ajustada que tenía estampado el rostro sonriente de David Hasselhoff y, grabadas a lo largo de su busto, las palabras «Don't Hassel the Hoff». No metas la pata.

—¿De dónde has sacado esa camiseta? —preguntó Jake, riéndose.

—Bonita, ¿eh? —Kay le apuntó con sus senos como si fueran cañones—. Llama la atención, ¿a que sí?

—El hombre de la tienda dijo que mami echaba humo —comentó Jeremy, alegremente. Jake soltó una carcajada que le hizo sentirse bien.

—Un hombre listo.

Kay le dedicó una sonrisa.

—Tendría unos quince años. No creo que nunca hubiera visto unas tetas tan de cerca. —Bajó la mirada hacia la camiseta y añadió—: Dijo que mis tatuajes la parecían chulos.

—¿Chulos, eh?

—Cuando eres semipubescente y estás mirando las tetas de una chica, tienes que decir algo.

—Humo —repitió Jeremy—. ¿Es que mami se está quemando?

Jake abrazó con fuerza a su hijo.

—No, tu mami es hermosa.

Los ojos de Kay se cubrieron de una fina capa de niebla y dijo:

—¿Por qué eres tú el único hombre que me ha llamado hermosa?
Jake se encogió de hombros y pensó que aquel era un gesto que hacía mucho últimamente.

—Porque lo eres. Y porque solías pasar el tiempo con imbéciles. —Kay se había presentado en su primera reunión de Narcóticos Anónimos con un brazo escayolado. Su último novio le había dado una paliza mientras ella estaba dormida. Le había roto la muñeca con la que tocaba.

—¡Ahora tengo un marido resplandeciente y feliz!

—Y yo tengo una mujer irreal.

Ella le golpeó en el brazo.

—Tengo hambre.

—Pues ve y prepara algo de comer.

El talento de Kay en la cocina se había convertido en una vieja broma entre los dos. Cuando Jake no estaba trabajando, él se encargaba de la cocina. El resto del tiempo, una buena parte de sus ingresos se iba en restaurantes. A Jeremy le encantaba la pizza con anchoas, los sándwiches tostados con carne, chucrut y queso y la sopa agridulce con albóndigas del restaurante chino *kosher* que había a una manzana de su apartamento.

Jake se levantó con su hijo y lo volteó para colocárselo como haría un chimpancé con su bebé.

—¿Qué tal una pizza, Moriarty?

Jeremy le rodeó el cuello con los brazos:

—¿Y zumo de manzana?

Jake recordó el folleto del Palacio de la Pizza Angelo's que había visto entre el correo apilado en la puerta principal.

—Creo que podremos conseguirte ese zumo.

La cena llegó media hora más tarde. Lo primero que llamó la atención de Jake fue que el chico de reparto solamente llevaba una caja.

—¿Qué te debo?

El chico debía de tener unos veinte años, su barba parecía un barboquejo para sujetar su gorra de los Yankees.

—Son doce con treinta, señor —dijo, añadiendo la última palabra con cierto titubeo.

—¿Por tres pizzas, dos Coca-Colas y un zumo de manzana? —Jake se llevó la mano al bolsillo y sacó unos cuantos billetes arrugados y húmedos.

La cara del chaval pasó del aburrimiento a la preocupación y comprobó el recibo.

—Ehh... No, solo hay una pizza y una Coca-Cola.

Jake sintió que un día malo iba a terminar convirtiéndose en algo mucho peor.

—No, tío, pedí tres pizzas pequeñas, dos Coca-Colas y un zumo de manzana.

El chico se encogió de hombros.

—Si tuviera dos pizzas extra en el coche se las daría. Esto es lo único que me han dado. —Barboquejo mostró la caja y por un segundo la luz en la puerta se oscureció como uno de los pequeños y aberrantes lienzos de Jacob Coleridge.

Jake seguía con los billetes en la mano, intentando decidir quién había metido la pata. Entonces la lucecita de su cabeza se encendió:

—Una pizza, claro que sí. ¿Te importa entrar mientras llamo al restaurante?

El chaval negó con la cabeza y cruzó el umbral. Jake cerró la puerta y fue al teléfono mientras el chico permanecía en el vestíbulo, contemplando aquella cápsula de tiempo que le transportaba hacia la era del polímero.

—Guay —dijo, asintiendo en señal de aprobación mientras miraba a su alrededor.

Al coger el teléfono, Jake se preguntó si alguno de sus amigos habría sido el que le había vendido a Kay la camiseta. Pulsó el botón de rellamada y contestó una chica:

—Pizza Angelo's. —En su voz había un lejano toque metálico que no había percibido cuando había llamado por primera vez.

—Sí, hola, estoy en Sumter Point y acabo de recibir mi pedido.

—Oh, sí, claro. ¿Todo bien? —Su tono indicaba que no esperaba que hubiera problemas con la comida. Al fin y al cabo, ¿cómo podía un restaurante llamado Angelo's hacer mal una pizza?

—Parece que nos faltan dos tercios del pedido.

—No... creo... que... eso... sea... posible —dijo la chica, y se oyó el ruido que hacía al pasar unos papeles—. Aquí lo tengo. Una pizza pequeña de *pepperoni* con anchoas y una Coca-Cola. Doce dólares con treinta. ¿Qué es lo que no ha recibido?

—No. Pedí tres pizzas, dos Coca-Colas y un zumo de manzana.

—Una pizza y una Coca-Cola. Hace treinta y dos minutos.

Jake pensó en Jeremy, que estaba arriba poniéndose el pijama entusiasmado con la idea de cenar pizza antes de irse a la cama. Y probablemente Kay no habría comido nada en todo el día. ¿Quería malgastar el tiempo discutiendo con una adolescente por teléfono? Apartó su enfado a un lado y se concentró en la bombilla que brillaba en el centro de su mente:

—¿Guardáis las direcciones de todos los que os hacen algún pedido?

—Sí, señor, guardamos copias de todos los pedidos. Eso suele incluir el número de teléfono y la dirección. Se lo estoy diciendo, estoy mirando su pedido, señor.

Pero Jake no estaba pensando en su pedido. Estaba pensando en la señora y el pequeño X. Quizás hubieran pedido alguna pizza.

—Gracias —dijo, y colgó.

Volvió a la puerta, le dio al chaval veinte dólares y le dijo que le devolviera solo dos antes de despedirse de él. Regresó a continuación con la caja de pizza a la mesa y llamó a gritos a Kay y a Jeremy:

—Tendréis que compartir esto.

Su esposa y su hijo aparecieron en lo alto de las escaleras. Jake sonrió al verlos y se dio cuenta de que no estaba tan hambriento después del día que había tenido.

—No hay zumo de manzana, Moriarty. Se les habían agotado. ¿Qué te parece un buen vaso de leche?

Jeremy asintió satisfecho mientras bajaba con su pijama de cuerpo entero.

—Me gusta la leche. ¿Tenemos anchoas en la pizza, papi?

Jake agradeció en silencio que su metedura de pata no tuviera mayores consecuencias.

—Sí, tenemos anchoas. Montones de anchoas.

—Entonces todo está genial —dijo el niño.

Kay y Jeremy se sentaron a la mesa de la cocina para empezar a dar cuenta de la pizza y Jake fue a llamar a Hauser. Tal vez la señora y el pequeño X hubieran recibido el folleto de Angelo's en el correo. Quizás habían pedido una pizza en algún momento de las últimas

dos semanas. O hamburguesas con queso. Pollo asado. Comida china.
Alguien tenía que saber sus nombres.

Jack había superado el estado de cansancio y se hallaba inmerso en el más puro agotamiento. Las últimas veinticuatro horas habían sido una sesión de tratamiento de choque emocional y el sueño era lo único que regeneraría sus chamuscadas terminaciones nerviosas. Pero ya tenía experiencia con ese tipo de fatiga y sabía que la necesidad de sueño no era lo mismo que ser capaz de dormir. Después de la cena había vuelto a la casa de la señora Macready para una segunda visita. Pero a diferencia de otros profesionales de la policía, Jake realizaba la mayor parte de su trabajo en su cabeza, no en un laboratorio, un despacho, un coche patrulla o en la escena de un crimen. Tras la visita a la casa de Macready, paró en el hospital. Ahora se encontraba a los pies de la cama de su padre, respirando el olor a sudor y productos de limpieza.

La habitación estaba a oscuras, la única luz era una franja delgada que los fluorescentes del pasillo proyectaban de mala gana en el suelo. Las luces del hospital habían reducido su intensidad a la mitad, como en la cabina de un avión en un vuelo nocturno, y Jake tuvo que reprimir la tentación de encender las luces del techo. No paraba de mirar hacia atrás por encima de su hombro, en busca del magnetismo de la pintura sangrienta, pero no había ninguna figura sin rostro surgiendo de la oscuridad, pues a su padre lo habían trasladado a otra habitación.

Cuando había entrado, una de las enfermeras (la sustituta de Rachael Macready) había sacado la carpeta con los informes de su padre y había chasqueado la lengua con repetidos gestos de asentimiento mientras pasaba las hojas. Le había entregado luego la tarjeta del doctor Sobel con una cita para las siete de la mañana garabateada por la parte de atrás con una letra desaliñada. Jake había doblado la tarjeta y se la había metido en el bolsillo, resistiendo las ganas repentinas de decirle a la enfermera que su perfume olía igual que el vodka.

Al día siguiente, Sobel formularía el gran interrogante: ¿Qué hacemos con papá? Lo único que les interesaba era que se pagasen las facturas y poder deshacerse de un paciente que necesitaría cuidados crónicos para ocupar su cama con una persona que pudiera realmente beneficiarse de una estancia en el hospital. En realidad, la cuestión tenía muy poco que ver con la economía y mucho que ver con el sentido común: al fin y al cabo, Jacob no podía permanecer indefinidamente en el hospital.

Pero Jake no veía que hubiera mucho sobre lo que discutir. Le seguiría la corriente a Sobel, fingiría estar interesado. Sobel diría «Podemos utilizar la cama. Y realmente no hay nada más que podamos hacer por su padre. Con el accidente, va a necesitar supervisión constante». Jake le escucharía, aceptaría unos cuantos folletos de lugares que Sobel le prometería que cuidarían bien de él. No tenía ni idea de cuánto dinero había ahorrado su padre, si es que había ahorrado algo. Si resultaba necesario, vendería la casa y entregaría el

dinero al nuevo carcelero de su padre. No quería nada de la venta para sí mismo. Hacía veintiocho años que había dejado de considerarse un Coleridge y, por lo que a él le concernía, podían deshacerse de todo el dinero y todos aquellos siniestros cuadros en una gran explosión que acabase con la casa y con los lienzos. Siempre quedaba la opción del hospital para veteranos; Jacob había servido a su país en Corea y tenía derecho a ello.

Solo que Jake no podía hacer eso, no era lo que su madre hubiera querido. A pesar del hombre en el que Jacob Coleridge se había convertido, ella hubiera querido que alguien cuidase de él. Y habría esperado que Jake hiciera lo correcto. Así que allí estaba él, a los pies de una cama que costaba dos mil setecientos dólares la noche, preguntándose por qué no sentía ni una pizca de amor hacia su viejo. No es que lo odiase, lo que una vez había sido una emoción real se había consumido para dar paso a las cenizas de la indiferencia.

Pensó que tal vez, después de todo aquel tiempo, debería sentir algo. Emociones reales como la rabia, el remordimiento o la decepción, cualquier cosa menos el vacío de la apatía que no podía transformarse en ninguna clase de afecto. Jake había realizado un trabajo estelar arrastrando sus emociones detrás de un falso garaje donde las había ejecutado, el mismo garaje donde escondía su colección de hologramas pornográficos de los muertos, lejos de su vida normal. Había imágenes, decenas de miles de ellas, de todas las almas mutiladas que había visto alguna vez; sus fetiches enfermizos que mantenía cerrados con llave. Junto a lo que una vez había sentido por el hombre al que ahora contemplaba.

Dio un trago del café que había comprado en la máquina. Ya estaba frío, lo que le hizo preguntarse cuánto tiempo llevaba allí, perdido en su laberinto de antiguas posibilidades y de muertos.

Se apartó de la cama y salió al pasillo. La habitación que su padre había ocupado anteriormente estaba tres puertas más allá, pasillo abajo, y Jake quiso comprobar si habían terminado de pintar la pared. Por alguna razón, necesitaba ver que el rastro de aquel retrato sangriento desaparecía de la historia.

Hacía mucho que habían terminado las horas de visita, pero Jake, inmerso en una investigación de homicidio, había recibido autorización para entrar al hospital cuando quisiera. Estaban en esa pausa de calma después de que los pacientes hubieran tomado sus medicinas y antes de que el personal del turno de noche realizara la primera ronda, y la planta daba la impresión de estar vacía. No había señoras mayores paseando en bata y arrastrando el soporte del suero como la vara de un zahorí hacia la sección de fumadores. Los únicos ruidos aparte del sonido de sus pisadas sobre el suelo de linóleo eran una melodía distante de música clásica y unos ronquidos aflautados y bastante más próximos. Una máquina de hielo zumbaba en un pequeño pasillo que llevaba a un ascensor de servicio. Por lo demás, reinaba el silencio.

Jake empujó la puerta de la habitación y la abrió, preocupado momentáneamente por la posibilidad de que ya hubieran destinado a otro paciente allí. La franja de luz que se coló desde el pasillo mostró una cama vacía. Había esperado que le recibiera el olor a pintura fresca y desinfectante, pero en cuanto entró reconoció el aroma metálico de la sangre. Cerró la puerta, puso el pestillo y pulsó el interruptor de la luz.

El retrato sangriento continuaba adherido a la pared, el pigmento se había oscurecido.

Jake se quedó un segundo contemplándolo fijamente, preguntándose por qué no lo habían cubierto con una capa de pintura. Miró, hipnotizado, aquel rostro sin rasgos. Pero algo había cambiado: el retrato estaba ahora rodeado por una cinta de dos centímetros y medio

de ancho. Se acercó un poco y distinguió unas anotaciones en la cinta. Había flechas marcadas con lápiz, apuntando hacia arriba, con las palabras CORTEN POR EL EXTERIOR DE LA CINTA escritas en una letra que a Jake le resultó familiar.

Dio un paso hacia atrás, pero antes de completarlo se dio cuenta de que la letra era de David Finch. El galerista iba a llevarse el retrato.

Pensó en aquel maldito mercenario pagando al hospital para poder llevarse el cuadro. Entonces su mente se concentró en Finch, vestido con su traje hecho a medida, erguido con aire de importancia bajo un foco en el suelo restaurado de su galería del Soho. Permanecería perfectamente sereno mientras la última obra del gran Jacob Coleridge era izada a su lugar de exposición por dos operarios con la ayuda de un elevador. Pensó en el modo en que Finch colocaría la pieza, dejando unos cuantos fragmentos colgando, extendiéndose más allá de la piel de yeso como huesos desnudos. Es tan crudo, diría. Tan primario. La mejor obra que Coleridge ha pintado jamás. Y la última, también.

¿Precio?

Movería la cabeza con tristeza, la mirada abatida como si le avergonzase tener que discutir algo tan grosero como el dinero.

¡Pero tiene que tener una idea del precio!

Finch pondría cara de sentirse insultado, como si el cliente potencial no hubiera comprendido lo que había dicho. Luego dejaría que una mueca pensativa apareciese lentamente en sus facciones, como si la idea de separarse de la pieza nunca hubiera cruzado por su mente pero ahora estuviese empezando a pensar en ella. Por supuesto, era un galerista, pero también era un aman— 215 — te del arte. Y a algunas obras resultaba imposible ponerles un precio. Pero lo más sincero que diría, mientras colocaba su mano con gesto de conspiración sobre el brazo del posible cliente, sería que no existe precio para la amistad. Y Jacob Coleridge era, había sido, su amigo.

Olvídese de Damien Hirst, de Jasper Johns y de Willem de Kooning (con la mano colocada en actitud de reverencia sobre su pecho). ¿Alguna vez pintaron con su propia sangre? No lo creo. Eran/son grandes. Pero no eran/no son Jacob Coleridge. La obra de Coleridge era conocida por su «verdad». Y, después de todo, ¿qué podía ser más verdadero que sacrificarse uno mismo por su arte? Sangrar por su arte.

Entonces volvería a mirar el cuadro y diría que quizá la obra debería salir al mundo con alguien que la apreciase. Quizá la obra merecía tener un hogar. Luego levantaría la mano, balbucearía durante un segundo, en el precipicio de la indecisión, y después volvería a guardarla en su bolsillo, sacudiría la cabeza y diría: No, no puedo. Era un amigo.

¿Cuánto?

¡Un amigo! repetiría Finch, con orgullo fraternal en su voz. Se limpiaría una lágrima furtiva del extremo del ojo.

Y, después de una pausa perfectamente medida, diría: Cincuenta millones de dólares.

Después de todo, no llegabas a la cumbre de un campo tan lleno de egocentrismo como el arte moderno sin poseer una gran capacidad tanto de hacer teatro como de decir sandeces. Una licenciatura en besar culos no venía mal.

La punta de la bota de Jake se hundió en la pintura de la pared y se detuvo en el yeso que había tras ella, extrayendo una nube blanca de polvo. El muro se estremeció y una loseta acústica se soltó y cayó al suelo. La segunda patada, un poco más arriba y a la derecha, atravesó el yeso y creó un agujero cuadrado. Un nuevo azulejo del techo cayó como una

hoja seca.

Con la tercera patada se oyeron pisadas en el pasillo. Pasaron de largo, buscando el origen del ruido.

Con la cuarta, las pisadas retrocedieron.

Jake se agachó y sacó de su bota el cuchillo que siempre había llevado allí desde que era un adolescente. En lugar de la navaja de muelle difícil de manejar que había usado en su juventud, su mano cogió ahora un cuchillo con armazón de titanio, el habitual del personal del FBI.

Alguien trató de abrir la puerta y tiró varias veces del pomo.

—¡Largo! —rugió Jake, y hundió la hoja del cuchillo medio centímetro en la pared, en la esquina superior de la cinta colocada por Finch. Rajó hacia abajo, el acero se deslizó a través de la cubierta de pintura amarilla y la pared sangró polvo blanco. Llevó el cuchillo hasta abajo, luego lateralmente y hacia arriba por el otro lado.

—Voy a buscar una llave —dijo una voz desde el pasillo.

Jake arrastró la cama hasta la puerta para bloquearla y le puso los topes a las ruedas; no detendría a un hombre decidido pero sí ralentizaría a una enfermera. Volvió a concentrarse en la sangre de su padre, extrajo el cuchillo de la pared y lo devolvió a su bota.

Dio sendas patadas en las esquinas inferiores, introdujo sus dedos bajo la piel deshilachada y polvorienta que colgaba en jirones alrededor de los agujeros, y arrancó un trozo enorme de pared de un tirón seco que le hizo pasar de estar agachado a ponerse en pie y con los brazos extendidos hacia arriba. Desprendió el retrato en cinco pedazos irregulares, y a su alrededor se formó una pequeña nube compuesta de trozos de sangre y polvo blanco. Unos pocos fragmentos de pintura y sangre quedaron en la pared, así que los destrozó a patadas y puñetazos.

Plegó los cinco trozos de látex y sangre para formar con ellos una bola, apartó la cama de la puerta y abrió el pestillo.

Fuera, en la insegura luz del pasillo, una enfermera se dirigía a toda prisa hacia él con un manojo de llaves tintineando en su mano. Frenó y le gritó:

—¿Qué estaba haciendo ahí dentro? —La mujer se detuvo a unos pasos de distancia, como si acabase de caer en la cuenta de que estaba sola en un pasillo en penumbras con un hombre enloquecido de metro ochenta y ocho que destrozaba habitaciones de hospital en mitad de la noche.

Jake le mostró la bola que había hecho con el retrato.

—Me habían dicho que esto iba a cubrirse con una capa de pintura. No que fuera a venderse. No que fueran a sacarlo de la pared. ¡Que iban a pintar encima!

—Es un desperdicio médico. El hospital puede hacer lo que quiera con ello. Me dijeron...

—Jake dio un paso hacia ella y la enfermera se calló y retrocedió con rapidez.

Jake extendió su brazo y la apuntó a la cabeza con un dedo.

—Me importa una mierda lo que le hayan dicho o lo que usted crea que tiene derecho a hacer, señorita. Esto va a ser destruido. ¿Te enteras, cariño?

El rostro de la enfermera varió durante unos segundos de una emoción a otra antes de que la elasticidad diera paso a una mirada rígida. Se echó a un lado y Jake se alejó por el pasillo con el retrato de uno de los demonios de su padre bajo el brazo, mientras sus botas dejaban un rastro polvoriento.

Detrás de él, los pacientes que se habían despertado a causa de los ruidos comenzaron a

parlotear como insectos.

Jake se adentró por el sendero circular que llevaba a la casa y los faros de su vehículo iluminaron el coche patrulla aparcado en el arcén con el morro en dirección oeste por la autopista 27. El policía que estaba sentado al volante era un tipo enorme que se cubrió los ojos ante el resplandor de los faros. Jake detuvo el coche debajo del árbol, se apeó y se acercó al patrulla. Cuando estaba a unos metros distinguió a Scopes haciendo una mueca y un gesto de saludo.

Cuando llegó hasta él, el agente bajó la ventanilla.

—Agente especial Cole —dijo, y su voz parecía sincera.

—¿Sacó usted el palo más corto?

—Sí —asintió Scopes. Titubeó un instante y levantó la mirada hacia Jake. Su rostro quedaba medio oculto por una serie de sombras en aquella noche sin luna—. Siento lo de anoche. Normalmente no soy un imbécil. Estaba intentando hacer que todos se sintieran un poco menos... no sé. Infelices, supongo.

Jake hizo un gesto para restarle importancia y miró hacia la casa:

—¿Ha ocurrido algo?

—Las luces están encendidas en el rincón nordeste de la casa —dijo, señalando el dormitorio principal—. Pero no se ha encendido ni apagado ninguna otra desde que estoy aquí.

—Gracias.

—Para compensar por lo de ayer.

Jake le dio la espalda y volvió a su coche para recoger del asiento del pasajero la bola en la que había convertido el retrato. Era húmedo y pesado, como si fuera piel humana; resultaba sorprendente cómo el aire salado de aquel lugar lo penetraba todo y llenaba los poros con moléculas de agua que hacían aumentar su peso.

Las luces estaban apagadas en la planta baja, por lo que supo que Kay y Jeremy estaban durmiendo arriba, los dos con minúsculas camisetas y con un aroma a una vida tan hermosa que no le quedó más remedio que preguntarse cómo se las había ingeniado para conseguirla. Al punto, la pintura que cargaba bajo el brazo se le hizo menos pesada. E infinitamente menos importante.

Había empezado a preguntarse a sí mismo por qué había regresado allí. Los sentimientos hacia su padre no hacían acto de presencia, y ahora se daba cuenta de que en realidad le importaba un rábano lo que le pudiera ocurrir en un sentido o en otro. Así que, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Por qué había siquiera hablado con el médico que le había llamado a su casa en Nueva York? Ante la primera mención de su padre debería haberle soltado «gracias, pero no me interesa» y colgar el teléfono. Pero no lo había hecho. Y la única razón que se le ocurría para ello era que su madre habría querido que alguien cuidase de su padre y, puesto

que no había nadie más, esa tarea había recaído en Jake, el que siempre asumía tareas que nadie más quería. Como la de descifrar los momentos finales de la vida de la gente.

Lo que no podía quitarse de la cabeza, la idea que se le estaba metiendo bajo la piel («les arranca la piel», susurró la vocecita en su cabeza, y sacudió la cabeza para hacerla callar) era que el odio que había sentido hacia su padre, el sabor a aguarrás del disgusto y la rabia había desaparecido hacía mucho tiempo. Y sin la rabia se sentía mucho más ligero, mucho más flexible, lo cual, si pensaba en ello, venía a ser lo mismo que sentirse mejor. ¿Y acaso el sueño americano no consistía en sentirse mejor? Todo el mundo quería perdonar a sus padres, pasar página y joder su propia vida por sí mismo. Así era cómo se hacían las cosas. Amén y a otra cosa. Así que, ¿qué era esa negrura que presentía entre las sombras? ¿Por qué no se sentía feliz y contento por haberlo dejado todo atrás? En pocas palabras, porque todavía seguía sintiendo que algo iba mal.

La geometría del estudio se alzaba del terreno por encima de la playa y su silueta parecía la de una de las cajas que Kay había amontonado en la acera esa tarde: asimétrica, inclinada hacia un lado y llena de botellas de alcohol. Detrás del edificio, más allá del horizonte que marcaba el fin del mundo, se había abierto un pequeño claro entre las nubes y la luna despedía un único haz de luz tenue.

Jake pasó junto al estudio y se colocó en el borde de la zona de hierba, donde el terreno se interrumpía en una caída de cinco metros hasta la playa. El viento era ahora constante y el océano se alzaba en olas de tres metros que llegaban a la orilla como manos húmedas que arrastraban ruidosamente arena y restos. Distráido, Jake paseó la mirada por la orilla por si el cadáver de Elmo había quedado varado allí. Pero desde su atalaya lo único que veía era negrura.

En toda la playa no había signos de vida. Desde donde estaba, podía ver tres o cuatro docenas de casas y no había ni una sola luz en ninguna de ellas. Durante un breve momento sintió que se le encogía el corazón ante la idea de que era el único hombre que quedaba con vida, como el personaje de una de esas novelas sobre el fin del mundo al que solo le queda la posibilidad de hacerse ilusiones. No había barcos en el mar, ni luces de aviones parpadeando en el cielo, ni señales visibles de vida en ninguna parte excepto por el haz del faro en el este. Se giró y fue hacia el estudio.

La visión de los hombres tridimensionales, sangrientos y sin rasgos, pintados en las paredes y en el techo parecían el telón de fondo ideal para un truco de magia, y ahora que era de noche había algo en ellos que resultaba más amenazador. Cuando dejó la bola de yeso sobre la mesa de su padre se alzaron varias nubecillas de polvo. Se quedó mirando fijamente la bola, preguntándose qué era aquella pintura, qué significaba y cómo diablos se suponía que debía resolver la situación de su padre con el espectro de todo aquel drama extra pisándole los talones como una sombra borracha e infestada de horror. La vieja nevera en la que su padre solía guardar suficiente comida y alcohol para que la pintura continuase fluyendo sin tener que ir hasta la casa emitía el zumbido de un robot que estuviera tratando de realizar algún cálculo matemático muy complicado. Jake la abrió para coger algo que beber. Sus ojos vieron la Coca-Cola y detrás tres grandes bolsas de papel que contenían trozos de pintura a base de plomo; su padre pertenecía a la vieja escuela: en su lista de intereses, el medio ambiente ocupaba un puesto justo detrás de una misión tripulada a la superficie del sol.

Abrió una botella de Coca-Cola contra la tapa de la caja de herramientas y el tapón cayó

al suelo y rebotó hacia un rincón. Se sentó sobre la superficie salpicada de manchas y vació la mitad de la botella en un par de tragos. Estaba dulce y llena de gas, lo que hizo que apareciesen lágrimas en sus ojos y un eructo en su garganta que soltó con una explosión. Miró a su alrededor para comprobar si había atraído la atención de alguno de los hombres sangrientos que había pintados en la estancia.

Vació el resto de la Coca-Cola, tiró la botella dentro de una caja de cartón cubierta de polvo y se puso en pie. La bola del retrato continuaba sobre la mesa, plegada en capas superpuestas de amarillo hospitalario, blanco de yeso y gotas del pigmento más valioso de Jacob Coleridge. Jake rodeó la mesa varias veces, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin que sus ojos se apartasen en ningún momento del bulto situado bajo la lámpara como si fuera un coche bomba esperando a cumplir con su destino.

Con el sabor de la Coca-Cola aún fresco en la boca, comenzó a desplegar el retrato como si se tratase de una col, capa a capa, aunque había trozos adheridos a otros. Los fue extendiendo, alisándolos uno tras otro, y por un efímero segundo supo que, de algún modo retorcido, Finch tenía razón: aquello era arte.

Cuando el retrato estuvo formado, dio un paso atrás para tomar perspectiva y creyó oír a las figuras de las paredes y el techo jadeando su aprobación. Incluso ellas tenían que admitir que aquel retrato era hermoso.

Jake lo contempló fijamente. Puede que no tuviera el talento de su padre en cuanto a mecánica, pero sabía de composición, perspectiva y técnica. Siempre había prestado atención y lo mínimo que uno podía decir sobre él era que tenía el cincuenta por ciento de su padre. Y lo que ahora estaba contemplando era asombroso.

Parte de la culpa la tenía el hecho de que estaba pintado con la sangre de un hombre medio loco. Otra parte se debía a que ese hombre se había arrancado a mordiscos las vendas y había utilizado sus dedos chamuscados y carentes de nervios como pinceles y espátulas, de forma que los huesos y los cartílagos medio quemados de cada uno de sus dedos había prestado una función diferente en su disminuido arsenal. Había perdido tres dedos (y probablemente perdería alguno más), y Jake podía distinguir al menos siete trazos distintos en la pintura. Sabía que la habilidad natural de su padre aparecía cuando no pensaba, sin premonición alguna, surgía de la más cruda de las maneras, en su instinto.

El retrato no era desaliñado ni torpe como el que podría realizar un niño con sus dedos, sino controlado, dirigido. No hacía falta tener una titulación en Historia del Arte para ver la consumada destreza que había en la obra. Poseía un poder crudo y sincero que resultaba imposible ignorar. Pero la destreza era algo secundario, la importancia residía en el significado.

Fue de nuevo a la nevera para coger otra Coca-Cola y pensó en ello.

No había duda de que su padre estaba intentando decir algo, incluso aunque fuese desde detrás del velo brumoso de la demencia. Pequeños fragmentos que casi contenían significado le llegaban desde el otro lado y el resultado era... era...

¿Qué?

La gran interrogante, por supuesto, era «¿Qué diferencia supondría, si es que acaso suponía alguna, averiguar qué era lo que el viejo intentaba decir?». Como a la hora de descifrar *Finnegan's Wake*, llega un momento en el que el detective tiene que preguntarse a sí mismo: ¿qué sentido tiene esto?

¿Era aquel hombre, el hombre sin rostro, la manifestación de un episodio psicótico? Los

esquizofrénicos a menudo tienen visiones religiosas, así que ¿por qué no también su padre? Porque el viejo nunca había creído en Dios. Jamás había creído en ninguna clase de poder superior aparte del azar o el accidente. Aquellos cuadros no tenían nada que ver con la idea de Iglesia, ni con la de Dios o Satán. Los dibujos de aquel hombre del saco eran algo más inmediato, más amenazador que cualquier estupidez inventada. Jake no podía explicar cómo lo sabía, solo lo sabía.

Él era un experto en examinar evidencias desde el punto de vista de otros. Pero al introducir en el bote de mezclas toda la historia freudiana de los hombres de la familia Coleridge había perdido cualquier atisbo de objetividad, y era consciente de que la objetividad era donde la observación imparcial y no contaminada podía funcionar. Si permitía que interfiriese la dinámica padre-hijo, en especial una tan envenenada como la suya, tendría la garantía total de que cualquier resultado sería sesgado.

¿Qué significaba el retrato en sangre del hombre? ¿Qué significaban los repetidos estudios que había en las paredes? ¿Por qué no tenía rostro?

¿Y qué había de los lienzos apilados en columnas por toda la estancia? La más alta debía de tener algo menos de tres metros de altura y ninguna de ellas medía menos de dos metros. Caminó entre ellas, moviendo algunos de los lienzos, cogiéndolos, examinándolos y volviendo a dejarlos. Sabía que si su padre los había pintado, tenían un propósito. No quería ni podía creer que fueran tan solo el resultado de una vida gastada frente al caballete, sin más objetivo que ocupar el tiempo. Ni hablar. Para nada. Si Jacob Coleridge había creído lo bastante como para coger un pincel y llevarlo al lienzo era porque significaban algo.

No eran una porquería, sino producto del genio.

Lanzó la botella de Coca-Cola y, al impactar contra una de las paredes, rebotó y se estrelló contra el suelo, desperdigando fragmentos de cristal por el suelo. Jake odiaba aquello. El estar allí, el tener que enfrentarse a la situación de su padre, al hombre con el cuchillo de caza y a su destreza fantasmagórica.

Y todo ello estaba conectado. Todo estaba unido por un hilo tan fino que ni tan siquiera la luz incidía en él.

Encontrar ese hilo era imposible, a menos que tropezases con él. Y cuando lo hicieras, lo más probable es que lo tuvieras a la altura de tu cuello, y quizá sentirías un ligero pinchazo, luego oirías cómo tu cabeza golpeaba contra el suelo y verías muy brevemente que tu cuerpo se desplomaba hacia delante y chocaba contra algo y tus extremidades se retorcerían porque ya no disponían del *software* que podía decirles que se quedasen quietas y las luces se apagarían y...

—¡Ya vale! —gritó Jake, y las palabras brotaron igual que el vómito negro y caliente de sus días de heroína. Se obligó a respirar hondo varias veces hasta sentir el aire en su vientre, donde más bien podía hacerle.

Está ahí.

Búscalos.

Lo estoy buscando.

No, no lo haces.

¡Déjalo de una puta vez!

Claro. En cuanto lo descubras. ¿Hechicero? Y una mierda.

Siempre he dicho eso.

Eso era cuando se te daba bien ver cosas.
Puedo hacerlo. Me llevará un poco de tiempo.
No tienes tiempo. Él ya viene.

¿Quién?

Él.

¿Él, quién?

Él.

Jake se pellizcó el puente de la nariz y decidió que era hora de irse a la cama. Eran casi las dos de la madrugada. No solía dormir mucho, nunca lo había hecho, pero ese día, con el desfibrilador fallando como una bomba de gasolina embrujada, necesitaba dar a su viejo cuerpo un poco de reposo. Principalmente porque el día siguiente prometía ser otro día de perros. Apagó las luces y cerró la puerta.

Fuera, el viento era más fuerte y las olas rompían antes de llegar a la orilla, cuchilladas blancas contra el océano negro, como ampollas que se reventasen. La luna había quedado aplastada detrás del banco de nubes y por primera vez Jake se dio cuenta de lo rápido que estaba cambiando el tiempo ahora, como si estuviera contemplando una fotografía en lapso de tiempo.

Entró por la puerta principal y encendió unas cuantas luces. La mesa Nakashima se iluminó y el pequeño foco de luz incidió sobre la escultura de la esfera («un poliedro», le había gritado en una ocasión su padre) de forma nítida. Su viejo lo había construido... No, «construir» era una palabra errónea, «ingeniado» era mucho más exacto. Una noche en el estudio con más de un centenar de fragmentos de acero inoxidable con forma puntiaguda y totalmente decidido a aprender a utilizar el soldador. Miles de minúsculos cruceros que terminaban en triángulos que se conectaban formando una esfera perfecta. Parecía una maqueta de la NASA, olvidada bajo aquel solitario foco de luz, un sepulcro para el único experimento que su padre había hecho de arte tridimensional. Jake pasó el dedo sobre la figura y levantó una capa de polvo grasiento y vellosa. La escultura casi vibró bajo su tacto; había estado sola demasiado tiempo.

Kay había realizado un gran trabajo en la casa, había llegado incluso a poner unos posavasos en la mesita de centro. Jake se rio al verlo, pues la superficie de la mesa estaba picada por quemaduras de cigarrillo y marcas circulares dejadas por los vasos, que parecían las cuencas vacías de unos ojos. El gran retrato de Chuck Close con los ojos rajados estaba apoyado contra el piano de su madre, como una especie de advertencia edípica.

Algo en ese cuadro agujereó a Jake, y odió la sensación de no poder distinguir con precisión de qué se trataba. Quería achacarlo al estrés, pero su incapacidad de relacionar cosas se estaba volviendo últimamente algo demasiado habitual y le preocupaba que fuera alguna clase de obstáculo permanente. Odiaba no ser capaz de ver. Lo único que se le ocurría que podría equipararse con eso era que Kay perdiera su oído y no le quedase más remedio que contemplar su violonchelo sin poder tocarlo. Fijó la mirada en el lienzo destrozado.

Chuck Close se había visto obligado a reinventar su relación con la pintura después de que un desafortunado guiño genético le dejase con las capacidades motoras disminuidas. Reemplazó su técnica realista anterior con retratos pixelados que pintaba con pequeños bloques de color. Literalmente, se había reinventado a sí mismo escribiendo un código nuevo.

Jacob Coleridge consideraba a Chuck Close uno de los pintores más auténticos de la historia de América. Y eso, viniendo de un hombre conocido por su odio hacia todo, incluso a su propia familia, significaba algo.

Y, sin embargo, había rajado los ojos del retrato.

Eso no podía considerarse defender el museo con un hacha.

Jake apagó las luces y se dirigió a la planta de arriba a través de la silenciosa oscuridad.

Pisó con sigilo por el pasillo, pasando de puntillas frente a su antigua habitación, que ahora ocupaba Jeremy, para llegar al dormitorio principal. La puerta estaba abierta y Kay estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama y con un atlas enorme en su regazo.

—Hola, cariño —dijo ella, levantando la mirada del libro.

—Se suponía que estabas durmiendo —repuso Jake, y entrecerró la puerta.

—Sí, claro —dijo Kay, con una risita—. Un poli aparcado en la puerta y un huracán de camino hacia aquí como una especie de juicio final y esperas que me olvide de todo y me duerma.

—Pues sí —sonrió él.

Kay cerró el atlas y lo dejó con cuidado en el suelo al lado de la cama.

—Si lo que dice la radio es verdad, no puedes hacerte una idea de lo grande que es el *Dylan*. —Señaló el libro y añadió—: Siete centímetros. Eso es más que la mayoría de países, colega. —Apagó la luz y la estancia se quedó rápidamente sumida en una penumbra gris.

La luz del pasillo proyectaba un leve resplandor hacia el interior de la habitación y los ojos de Jake se ajustaron enseguida a la semioscuridad. Se sentó en el colchón y empezó a quitarse las botas.

Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Kay había quitado la barricada y había trazado un sendero hasta la cama. Incluso a través de la oscuridad, pudo ver que había recogido las ropas viejas y los envoltorios de comida. Las sábanas de la cama no presentaban arrugas y olían a suavizante. La habitación entera olía a productos de limpieza. Kay había hecho un montón de trabajo sin él, por lo que Jake experimentó una ligera punzada de culpabilidad y deseó no haberle permitido ir hasta allí.

—Siento haber venido tan tarde.

—¿Ha terminado bien el día?

¿Qué podía responder a eso? Claro, hasta que me lié a patadas con una pared. Como mínimo me tocará pagar cuatro mil dólares para la reparación, y quizás hasta me denuncien por vandalismo y destrucción de la propiedad privada.

—Sin problemas. En realidad no. —Su bota produjo un sonido sordo al caer sobre la alfombra—. ¿Qué habéis hecho vosotros?

Kay soltó una risita:

—Esta noche ha sido de risa. Me ha tocado explicar adónde va el pan cuando lo metes en la tostadora y de dónde viene la tostada. Jeremy no podía entenderlo. Ha sido buenísimo.

Jake se echó a reír mientras su otra bota caía también al suelo.

—Sé cómo se siente.

—¿Jake?

Sabía de qué tema quería hablar:

—¿El hombre del suelo?

—No me gusta.

Jake quería decirle que estaba de acuerdo con ella, que también a él le inquietaba, como una mala comida dándole vueltas en el estómago. Pero no lo hizo.

—¿Ha vuelto?

—Antes, cuando lo he puesto a dormir... —Jake puso los ojos en blanco. ¿Por qué tenía que usar esa expresión?— me ha preguntado si el hombre del suelo iba a venir a visitarlo mientras dormía.

Jake sintió que la piel se le tensaba y se concentró en prepararse para una sacudida en su sala de máquinas. Toda la humedad había desaparecido de su cuerpo como si la hubieran aspirado, y sus huesos raspaban contra la gamuza del interior de su pellejo. Se giró hacia la sombra de Kay, que ahora era visible en la oscuridad.

—Dijo que el hombre del suelo estaba decepcionado con nosotros. —Tragó saliva—. Me ha jurado que el hombre del suelo no es un amigo imaginario. Tengo miedo de que esté chalado.

Jake detectó una acusación sorda en su tono de voz. Al fin y al cabo, la enfermedad mental parecía estar firmemente atrincherada en su lado del ADN. Se levantó y se acercó a la ventana. El débil brillo de la luna había desaparecido por completo y el océano se estaba poniendo sus pinturas de guerra. Las olas habían superado el estatus de advertencia.

—¿Decepcionado? No es una palabra que utilice un niño de tres años. Está probando. No está chalado. Tal vez sea algún tipo de mecanismo para enfrentarse a las cosas que no entiende.

—¿Un mecanismo para enfrentarse a qué cosas? ¿Qué hay de malo en la vida de Jeremy? Tú trabajas mucho, pero ¿y qué? También lo hacen otros padres. Mis horarios son extraños. Pero Jeremy pasa tiempo con los dos. Tiempo de calidad. Se porta bien, e incluso aunque los demás padres de la guardería crean que somos unos bichos raros, somos padres cariñosos y decentes que estamos haciendo un trabajo jodidamente bueno criando a nuestro hijo. —El tono de acusación había sido sustituido por otro defensivo—. Hemos construido algo genial.

Las ventanas retumbaron un poco, apenas unos crujidos suaves y casi imperceptibles.

—No sé, nena, puede que necesite más amigos.

—¿Más amigos? Tuve que cancelar tres citas con compañeros de la guardería para jugar y una fiesta de cumpleaños para poder venir a pasar dos días aquí. No necesita más amigos.

—Tal vez esté cansado. Sé cómo me pongo yo cuando estoy cansado. —Jake reveló un dato que nunca antes había compartido con Kay—: Después de que mi madre fuera asesinada, solía venir a visitarme. Sabes que no creo en fantasmas ni en la vida después de la muerte ni en ninguna de esas chorradas religiosas. Así que sé que no era ninguna de esas cosas, sé que no era realmente ella, pero venía a visitarme. Hablábamos en la playa, a veces nos sentábamos en mi cuarto, y ella me hablaba, escuchaba lo que yo tenía que decir. Me respondía, me ayudaba con mis problemas. Estaba ahí cuando pasé lo que pasé con mi padre. Ella es la razón por la que estoy aquí, fingiendo que me importa dónde acabe mi viejo. Pero no era ella de verdad. Era mi mente la que la formaba. La reconstruí con los pedazos que quedaron. —Jake se volvió hacia la cama y sintió que la piel se le estiraba sobre los músculos y el armazón de los huesos—. Pero parecía tan real que parecía que podía alargar el brazo y tocarla. Su vestido hacía ruido cuando se movía, y olía a cigarrillos. Podía

incluso ver su lápiz de ojos.

Kay se incorporó y se apoyó en los codos.

—Construyes cosas con tu cabeza. Con tu memoria. Por eso haces lo que haces. —Hizo una pausa para calibrar sus palabras—: No quiero que estés aquí. Vas hacia atrás. Puedo verlo en la forma en que te mueves, en la manera de hablar, en el modo en que estás reaccionado ante todo esto. Es como si los circuitos se estuvieran quemando con toda la mierda a la que tienes que enfrentarte.

Otro punto contra el que no podía discutir.

—Tú y Jeremy os volvéis a la ciudad y yo lo haré tan pronto como pueda. Quizá pueda terminar mañana por la mañana, o quizá no. Pero estoy cansado. Estoy tan jodidamente cansado de hacer esto que ya no quiero seguir haciéndolo más. Pero tengo que cerrar este caso.

La voz de Kay brotó de la oscuridad:

—No quiero que estés aquí cuando llegue el huracán, Jake. Tu marcapasos ya está fallando demasiado. ¿Qué pasa si te da una mala descarga?

Me muero, quiso decir.

—Cucarachas y Keith Richards y Jake Cole. —Era una vieja broma entre los dos—. Antes de que puedas decir «amigo invisible» estaremos de vuelta en casa escuchando a los MC5 y Jeremy estará durmiendo en su propia cama.

Ahora podía verla con claridad, sentada en la cama con las piernas cruzadas en la penumbra, tenía la camiseta anudada bajo los pechos, dejando a la vista su vientre. Tenía el pelo recogido en coletas y estaba sonriendo.

—¿Por qué sonríes?

—Siempre me haces sentir a salvo. —Se echó hacia atrás y se quitó las bragas, enrollándolas y haciendo un nudo con ellas. Curvó su pierna tatuada, enganchó la prenda en los dedos de sus pies y la apuntó hacia Jake. Abrió las piernas y las bragas salieron disparadas.

Un par de pistolas de tinta se cruzaban por encima de su vagina con las palabras Amor Duro escritas debajo. El segundo tatuaje favorito de Jake en el cuerpo de Kay.

—Ahora ven aquí, porque me pones muy caliente.

Jake se quitó la camiseta y la tinta se sumó a la profunda sombra grabada al aguafuerte en su cuerpo carente de grasa. Al moverse, una parte de él desapareció y se transformó en fondo. Kay se levantó apoyándose sobre los codos, se plegó hacia delante como una gata y soltó la hebilla de plata y turquesa del cinturón de Jake, que serpenteó por las presillas de sus Levi's mientras él se los desabotonaba. Se quedó desnudo ante ella y Kay le sonrió.

Kay estiró los brazos entre los pesados radios de la cabecera y Jake le colocó sus esposas en las muñecas. Las cerró (un brillante par de ojos plateados) y comenzó.

Ella se alzó hacia él, sus ojos clavados en los de Jake, que extendió el brazo por el borde lateral de la cama y encontró su cinturón. Lo recogió y los ojos de Kay se contrajeron un instante al oír el tintineo de la hebilla. Intentó girar la cabeza para verlo, pero Jake la retuvo por la mandíbula y mantuvo sus ojos en los de ella a través de la negrura. La sombra que cubría sus cuencas se amplió cuando él le enrolló el cinturón alrededor del cuello.

El cuero negro cayó entre sus pechos y su extremo se curvó sobre las pistolas cruzadas. Kay apretó los dientes y continuó mirando a los ojos de su marido.

Su respiración brotó áspera, con esos pequeños silbidos que hacía antes de que los

circuitos sexuales de su cabeza se pusieran al rojo vivo. El cinturón se estiraba y se retorció alrededor de su cuello mientras ella lanzaba sus caderas contra él, y Jake notó el hueso pélvico de Kay bajo la carne, golpeando contra el suyo.

Ella se deslizaba hacia delante y hacia atrás debajo de él. Gruñía.

Jake extendió el brazo y enrolló el extremo del cinturón alrededor de su mano, y entonces empezó a apretar. El nudo negro se estrechó en torno al cuello y la hebilla se alzó contra su barbilla, formando un pequeño pliego en la piel con su borde floral.

Ella pronunció la palabra «ahora» con un gemido, pero brotó en cuatro sílabas desentonadas.

Jake apretó aún más el nudo y el rostro de Kay palideció bruscamente. Luego se puso rojo. Abrió la boca, para respirar, para gritar, pero no podía siquiera coger aire.

Dio una vuelta más con la mano y sus dedos se entumecieron.

Kay abrió más la boca, como un pez varado en la playa boqueando. Sus ojos se abrieron como platos, emitiendo un destello desde la profundidad de sus cuencas. Se le abombaron. Las venas de su cuello sobresalieron bajo la piel como dedos que tratasen de atravesarla y se produjo una conexión momentánea entre sus ojos, tras la cual ella arqueó su espalda con violencia y se estremeció.

Después permaneció tumbada, completamente quieta, con sus ojos desenfocados dirigidos hacia la oscuridad.

Mike Hauser iba a estar en casa solo unos minutos; muy posiblemente sería su última visita hasta que la tormenta hubiera pasado. Quizás incluso sería su última visita a aquella casa. Esa idea no era cargar las tintas, sino un análisis honesto de una situación con tantas consecuencias que las posibilidades podían mantener ocupada a una supercomputadora durante un año entero. La mano de Dios se acercaba, avanzando en una tempestad que podría borrar la comunidad de Hauser de la faz de la tierra, y así era exactamente cómo el sheriff concebía aquel pequeño pedazo de tierra: su comunidad. Y por desgracia eso incluía al invisible hijo de puta del cuchillo de caza. Y también a Jake Cole, un hombre que atraía a la muerte como un imán. En aquel momento el reino de Hauser tenía más de una sombra cerniéndose sobre él. La clave sería conseguir sobrevivir a esas sombras.

Eran las dos y doce minutos de la madrugada y el sheriff entró en la cocina completamente vestido, incluyendo el cinturón de lona con su pistola y los diferentes avíos de su uniforme. Se sirvió un vaso de cerveza de jengibre de una botella de plástico del tamaño de un torpedo, dio un trago y le dio asco que se hubiera quedado sin gas, así que lo vertió en el fregadero. De todas las cosas con las que el progreso había terminado en nombre de la mejora, lo que él más lamentaba era la desaparición de las botellas de cristal. Se conformó con agua del grifo, vació el vaso en tres grandes tragos y luego lo metió en el lavavajillas.

Stephanie estaba fuera de la ciudad, pero de pronto Hauser deseó que estuviera allí para que le diera una de sus charlas, y quizás un beso y golpecito cariñoso en el brazo. La había enviado tierra adentro, a casa de su hermano, donde estaría más segura. Solo que el concepto que Hauser tenía de la seguridad había cambiado mucho en los últimos días. De manera irrevocable.

De todas las imágenes que el caso traía consigo, la que no paraba de asomar por detrás de los arbustos era la de la mujer y el niño de la casa de la playa, a los que todavía se les denominaba señora y pequeño X. Más de dos giros completos de la manecilla horaria después y ni todos sus sistemas forenses y digitales habían podido dar respuesta a la sencilla pregunta de su identidad. Era como investigar el asesinato de dos personas que en realidad nunca habían existido.

Bajó a tuestas las escaleras que llevaban al sótano, escuchando la nueva voz de su casa ante la proximidad del huracán. Cuando llegó abajo, pulsó los dos interruptores centrales y las vitrinas que ocupaban las paredes desde el suelo hasta el techo cobraron vida con un zumbido, como una hilera de congeladores en un supermercado.

Una pared estaba ocupada por su colección de escopetas, la siguiente por sus pistolas y sus rifles, la tercera por su biblioteca de referencia, y la última por sus cuchillos.

Hauser contempló su reflejo en el cristal. Había organizado lo sucedido hasta el punto en

que las imágenes de la Señora X y su hijo ya no se le aparecían al azar, pero nunca quedaban demasiado lejos, se agazapaban en su memoria y continuamente tenía que apartarse de ellas cuando hacían acto de presencia. Se suponía que cosas como aquella no tenían que ocurrir allí. Pero Hauser sabía que no funcionaba así; si lo pensaba lo suficiente, la deducción obvia era que se suponía que cosas como aquella no tenían que ocurrir en ninguna parte.

Pero lo hacían. Todo el tiempo. Lo único que tenía que hacer era asomarte al dormitorio de la casa calle arriba. Al fin y al cabo, ¿por qué aquel lugar había de ser especial?

El único descanso que estaban teniendo en la investigación, la única tregua, era referente a los medios de comunicación: con la inmediata llegada del huracán *Dylan*, los periodistas no estaban consiguiendo entrevistas. Normalmente, Hauser se preocuparía de que alguno de sus hombres fuera arrinconado con unas cervezas en algún bar después del trabajo, o de que alguno de los vecinos de la señora Macready apareciese de pronto en la Fox. Pero con la tormenta aproximándose, nadie tenía tiempo de hablar con esa gente, estaban demasiado ocupados poniendo a salvo sus ordenadores y sus colecciones de monedas antiguas. La parte buena de aquello era que los informativos estaban más interesados en el tiempo que en tres cadáveres. Por supuesto, Jake le había asegurado que esa situación no duraría mucho. No una vez que aquellos parásitos unieran las palabras «en serie» a la de «asesino».

Entonces todo el mundo, desde el verdulero hasta el dependiente de la gasolinera aparecería en el Canal 7 analizando las pruebas, hablando con pretendido conocimiento de causa sobre ADN, CSI y todos los demás acrónimos que habían aprendido viendo la tele. Lo peor, le había asegurado Jake, sería ver a las cabezas parlantes, a aquellos que se autodefinían como expertos, despotricando, sugiriendo perfiles de la personalidad del asesino y sus probables motivos cuando no disponían de pruebas muy importantes, ni, sobre todo, de hechos.

Hauser había ido a casa para recoger unos pocos artículos personales, el primero de los cuales era el cuchillo de combate que su bisabuelo había utilizado en 1918. Si la casa y todo lo demás desaparecían, aquello era lo único que quería salvar, además de su anillo de boda y el trofeo deportivo de su hijo Aaron. El resto de la porquería podía perderse y no le importaría. En absoluto.

Abrió la vitrina y cogió el arma. No tenía recuerdos de su bisabuelo, pero aquel cuchillo había significado mucho para su abuelo primero y luego para su padre, y por extensión, también para él. Había deseado que algún día llegase a significar mucho para Aaron, una pequeña pieza de honor pasada de mano en mano entre los hombres de la familia, pero todo eso se lo había tragado un borracho con una furgoneta. Sin embargo, eso no significaba que Hauser fuera a consentir que se quedase allí a merced de la tormenta.

El tacto ceroso del metal dio paso a otro grasiento cuando el aceite protector del cuchillo se calentó bajo su mano. Hauser examinó la pieza durante unos minutos, con la esperanza de que le revelase algunos de sus secretos. ¿Qué veía Jake cuando miraba un cuchillo? Algo le decía a Hauser que un hombre como ese no veía simplemente otra herramienta en la historia de la evolución humana; para un hombre como Jake, un cuchillo era una fuente potencial de horror.

El sheriff recorrió la habitación con la mirada, examinando las vitrinas que contenían sus instrumentos de caza. De repente comprendió por qué para un hombre como Jake Cole el mundo parecía un accidente esperando a suceder.

Hauser deslizó el cuchillo en su gastada funda de cuero, cerró el broche y la sujetó a su

cinturón. Después apagó las luces y se dirigió a su coche.

Kay permanecía quieta, esposada a la cabecera, mientras Jake reposaba sólidamente sobre ella. Ahora el cinturón que tenía alrededor del cuello colgaba suelto, pero había dejado marcadas las líneas de presión en su garganta. En su ojo izquierdo se le había producido el derrame de un vaso sanguíneo, que se había reventado como una preciosa flor roja.

Jake contempló durante unos minutos su rostro, reducido a una serie de sombras geométricas inmóviles en la oscuridad. Yacía quieta, sin apenas respirar. La miró fijamente, intentando concentrarse en disfrutar del momento presente y no divagar a otro tiempo y lugar. Se preguntó cómo había aprendido a dividir en compartimentos su vida de manera tan completa y total que podía visitar el horror durante el día entero y aún así regresar a casa para gozar de tanta felicidad. Y mientras se sumergía en tales pensamientos, comprendió que realmente había llegado el momento de dejar su trabajo. De renunciar. De seguir adelante con su vida y transformarse en un hombre entero, un hombre sin fracturas.

—¿Cómo di contigo? —preguntó Kay.

Estaba hermosa allí tumbada, pero Jake sabía que detrás de ella, en la profundidad de su mente, las cosas no eran brillantes ni felices ni estaban a salvo. Sus ojos eran cautivadores, hipnotizantes, pero había algo que faltaba, algo que se percibía en la forma en que se movían, como si un poco de su felicidad se hubiera perdido por el camino. Una vez, después de que empezaran a sospechar que lo que tenían podría ser algo especial, ella le dijo que siempre había amado a hombres malos. Había algo en el peligro, en el no saber qué vendría después, que resultaba tan adictivo como siempre había sido el alcohol. Dijo que todavía se odiaba a sí misma por ello.

Jake sospechaba que a veces él también lo hacía.

La boca de Kay comenzó a esbozar una sonrisa, y el vaso sanguíneo reventado en su ojo izquierdo tintó la mueca con un aire de extrañeza.

—Me encanta que me folles —dijo.

—Eso es porque eres una romántica empedernida.

El tintineo de la risa se transformó en una sonora carcajada que sacudió todo su cuerpo e hizo brotar un repique de la hebilla, una débil nota metálica que sonó igual que cuando Hauser había abierto la puerta de la casa de la señora Macready.

Jake se puso rígido.

—Os quiero a los dos en el autobús del mediodía.

La risa de Kay cesó de inmediato y Jake sintió que también ella se ponía rígida debajo de él.

—Ni hablar, Amapola. No he traído mi pequeño culo hasta aquí para un polvo rápido. No me iré sin mi marido.

—Ya lo hablaremos —dijo Jake, pero sabía que ella abandonaría Long Island a mediodía

por mucho que se enfadase, aunque tuviera que dispararles dardos tranquilizantes a ella y a Jeremy en el trasero y enviarlos a casa en un par de cajas de FedEx.

Ladeó la cabeza y se asomó a los ojos de ella. Su rostro poseía una expresión pacífica que él sabía que tenía suerte de poder ver. La besó.

—¿Otro? —preguntó Kay.

Por la cabeza de Jake pasaron los acontecimientos del día a cámara rápida, desde el retrato sangriento a Rachael Macready desangrada y abandonada sobre la alfombra. Pensó en el faro visible detrás del hombro de la enfermera, en Hauser recorriendo la morgue, en el coche patrulla a casi doscientos kilómetros por hora y en el sonido que había hecho la botella de Coca-Cola al reventarse contra el suelo del estudio. Quiso decir que estaba demasiado cansado, que necesitaba unas horas de sueño, pero habría sido mentira.

Abrió su boca y la pegó a la de ella.

Ella gimió, separó más las piernas y se deslizó debajo de él. La hebilla del cinturón tintineó.

Luego Jake enrolló el extremo alrededor de su mano. Y comenzó a dejarla sin oxígeno.

Día Tres
Sumter Point

— ¡Jake!

Aquella única palabra estaba llena de tal pánico, tal injusticia, que Jake llegó al pasillo con la pistola en la mano antes de despertarse del todo.

Se detuvo en lo alto de las escaleras y miró hacia abajo. Jeremy estaba en el salón, de espaldas a la escalera, su cabeza girada en un ángulo extraño, como si alguno de los resortes hidráulicos que le permitían mover el cuello se hubiera roto. Jake no podía ver su cara, pero el lenguaje corporal del niño era desconocido, anormal, y esa comprensión vino acompañada de un poco más del miedo que había escuchado en la voz de Kay.

Ella estaba de rodillas delante del niño, manteniéndolo a la distancia de sus brazos extendidos, y en su rostro estaba esculpida una expresión de estupor.

Jake bajó las escaleras con el revólver aún aferrado entre sus dedos. Estaba desnudo.

Kay no levantó la mirada. No hizo señal alguna de percibir siquiera su existencia. Miraba fijamente a Jeremy con los mismos ojos que había tenido la noche anterior al llegar al clímax, ojos abultados y vidriosos. Ahora había derrames en los dos, el del ojo derecho era una tormenta de sangre que cercaba su pupila. Sostenía a Jeremy y temblaba, sus temblores recorrían sus brazos y se transmitían al pequeño cuerpo del niño, que vibraba como si alguno más de sus resortes hidráulicos fuera también a romperse.

Jake se movió lentamente.

— ¿Nena?

Kay solo miraba la cara del niño, y un brillante cerco de lágrimas se formó en sus pestañas bajo la hemorragia, y dio la impresión de que sus ojos estuvieran sangrando.

El pie de Jake pisó el último peldaño y esa proximidad pulsó un interruptor en la cabeza de Jeremy, porque se soltó de su madre y se giró.

Las cuencas de sus ojos, sus pómulos y la curvada línea de su mandíbula estaban subrayadas por marcas rojizas de dedos. Los puntos de la boca eran amplios, y le recorrían el rostro en gruesas líneas verticales que estaban torcidas. La cara del niño estaba pintada como una calavera. Todo poseía un aire de locura, como si su rostro fuera el atrezo de una feria. No hizo falta que nadie le dijera a Jake que la pintura era sangre; pudo olerlo.

El labio inferior de Jeremy temblaba y el chiquillo lloraba lágrimas rojas que le resbalaban por las mejillas y caían en el cuello de su camiseta, volviéndose poco a poco rosáceas. Jake se dio cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria.

Lo levantó en brazos, cubriendo la parte de atrás de su cabeza con la mano, y lo abrazó.

— Moriarty, ¿qué ha pasado?

Miró a Kay por encima de la cabeza del niño. Ella meneaba la cabeza mientras de sus ojos enrojecidos brotaba un torrente de lágrimas. La puerta de la terraza estaba ligeramente entreabierta.

—Estábamos aquí solos, Jake. Abrí la puerta para que entrase algo de aire fresco porque olía muy... mal. Le di la espalda un minuto. Puede que menos. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Estaba haciendo café... solo haciendo café cuando Jeremy ladró, literalmente ladró, como un perro y vine corriendo y él estaba... estaba... así... Yo... no... ehh —Se estremeció y por un momento pareció que iba a vomitar.

Jake miró hacia la puerta abierta.

—¿Moriarty?

Jeremy le apretó. Todo su pequeño cuerpo temblaba.

—¿Qué ha pasado? —Su voz sonó un poco demasiado fuerte y tuvo que añadir—: No pasa nada, hijo —para que Jeremy supiera que no estaba enfadado, pues esa era la suposición normal de alguien que todavía no había desarrollado toda su capacidad emocional.

—Fue él, papi.

Jake apartó ligeramente la cabeza de su hijo del hueco que formaba su propio cuello. La pequeña calavera sangrienta y llorosa de Jeremy lo miró lascivamente, con los dientes remarcados, las cuencas de los ojos oscurecidas, como el logo para la portada de un disco.

—Dijo que quería jugar contigo, papi.

Jake sintió otra vez que su pecho se tensaba y se sentó en el sofá con el niño agarrado a él como un lémur.

—Después me tocó —dijo el chiquillo—. Tocó mi cara. Y ahora me huele asqueroso. Dijo que empezó a jugar contigo cuando eras pequeño y que le gusta mucho jugar contigo. Dijo que tú no te asustas. ¿Es verdad eso, papi? ¿Tú no te asustas? Porque yo estoy asustado. Tengo mucho miedo y quiero irme a casa y no quiero jugar otra vez con él. No es simpático. Es malo y feo y huele mal y... —Las palabras cesaron y Jeremy miró a su alrededor, como si la estancia estuviera llena de micrófonos ocultos.

—No pasa nada, hijo —repitió Jake.

Los ojos de Jeremy se abrieron mucho, dos esferas dentro de unas cuencas negras y rojas.

—¿Te acuerdas aquella vez en el parque cuando me encontré aquel pájaro, papi? ¿Te acuerdas? Dije que olía asqueroso y tú dijiste que era porque estaba muerto. ¿Te acuerdas? Y me explicaste que a veces los pájaros y los animales tienen accidentes o se ponen malitos y entonces se quedan muertos y eso hace que huelan mal. ¿Te acuerdas, papi? ¿Te acuerdas? —Había un toque febril, fuera de sí, en su voz.

Jake miró a Kay. Estaba de espaldas a la cristalera con los brazos entrecruzados sobre el pecho y lloraba un torrente brillante de lágrimas que bajaban por sus mejillas. Ella no lo veía a él. Ni tampoco a Jeremy. Estaba en el escenario dentro de sus propios ojos, observando una carta de ajuste.

—Me acuerdo, hijo.

—El hombre del suelo huele igual que el pájaro del parque, huele mal, a enfermo y a muerto. Y ya no es simpático. No juegues con él. Por favor prométeme que no jugarás con él.

Jake atrajo a Jeremy hacia sí, acunando la cabeza del niño en su clavícula. Se movió hacia delante y cogió a Kay, y el tacto de otro ser humano pareció sacarla del lugar al que se había

retirado. Se sorbió la nariz, levantó los ojos y los clavó en él.

—¿Estás bien? —preguntó Jake.

—¿Te parece que estoy bien? —repuso ella. Se limpió la nariz con el dobladillo de la camiseta—. No quiero que te quedes aquí. No me importa de qué va esto. No me importa si el océano se traga todo este jodido lugar. Te vienes a casa con nosotros.

Jake asintió.

—No dejarán que se suba al bus sin pantalones, mami.

Kay dirigió la mirada al cuerpo desnudo de su marido.

—Puede que ahí tengas razón, amigo mío —dijo Jake, y cogió el teléfono para llamar a Hauser.

Jake respiró aliviado al comprobar que la médico forense estaba con uno de los microscopios Olympus en un rincón del laboratorio y no dirigiéndose hacia el oeste en el éxodo provocado por el huracán que se avecinaba sobre Long Island. Resultaba obvio que llevaba allí toda la noche. Estaba encorvada, con el rostro contraído y arrugado en esa expresión común a todos los que miran por un microscopio. Jake dejó caer sobre una mesa una bolsa con cierre hermético que contenía la camiseta ensangrentada de Jeremy y el ruido sacó a la doctora de su miopía científica.

—Agente especial Cole —murmuró a forma de saludo.

Jake se alegró de que la gente dejase de hacer referencias a Charles Bronson siempre que lo veía. Era algo que odiaba.

—Doctora Reagan.

La mujer le ofreció su versión propia de una sonrisa, la misma mueca prieta que había mostrado la otra noche en casa de la señora y el pequeño X.

—¿A qué debo este placer? —Hubo algo en la última palabra que sonó a falso.

Jake puso su cara de simpático, como la llamaba Kay.

—¿Podría analizar la sangre que hay en esta prenda, por favor?

La doctora cogió la bolsa y la examinó. La camiseta se aplastó contra el polietileno, roja como un uniforme de batalla.

—¿Qué es?

—Una camiseta. Puede haber algunos contaminantes como moco y salino de otra fuente, pero lo que quiero que analice es la sangre.

—¿ADN?

—Primero compruebe el tipo con referencia a los tres cuerpos. Los de la señora y el pequeño X y la señora Macready. —¿De dónde la ha sacado? —preguntó Reagan. —Algo manchó con eso la cara de mi hijo. —Quiere decir alguien.

—No. —La voz de Jake sonó como si estuviera a un millón de kilómetros de allí, incluso a él—. No quiero decir eso.

La sala de espera del doctor Sobel se parecía a todas las otras en las que había estado, las sillas estaban demasiado desgastadas para resultar presentables y las paredes estaban adornadas con la poco imaginativa combinación de los carteles de salud pública y el arte horrible de una habitación de hotel.

Jake estaba sentado con la cabeza en las manos y sentía que tenía el cerebro lleno de hormigas. Estaba concentrado en el maquillaje al estilo de los Misfits de Jeremy, intentando descubrir de dónde había salido. El policía de la entrada no había visto nada; nadie había venido por la carretera, y con la situación de la casa dentro de la finca, habría visto si alguien se acercaba por tres de sus lados. Lo cual dejaba la playa como la única ruta viable.

Pero al afrontar la cuestión de esa manera, se estaba olvidando de formular la pregunta más importante de todas: ¿Quién era el hombre del suelo y qué quería?

Jake levantó la cabeza y se recostó en la silla de vinilo, dejando que sus pensamientos derivasen hacia la idea de recoger el campamento y volver a la ciudad. Pero sabía que no podía irse; incluso el simple hecho de pensar en ello a nivel abstracto le parecía una traición. Permanecería en Montauk hasta que todo estuviera atado y bien atado. Y como en el viejo dicho sobre cómo comerse un elefante, Jake sabía que la siguiente etapa del proceso empezaba allí, en el despacho del psiquiatra.

La secretaria de Sobel, una mujer de veinticinco años con el infeliz rostro de una persona con tendencias depresivas, se mantenía ocupada detrás de su mesa. Una madre y su hija estaban sentadas en un rincón de la sala. La chica tendría unos doce años y tenía el aspecto de quien está conectado a un universo sensorial diferente. Jake supuso que era autista. Estaba jugando con un cuenco lleno de caramelos de colores. Su madre leía un libro grueso en cuya portada aparecía un hombre atractivo con un pelo precioso abrazando a una mujer atractiva con un pelo precioso, y los dos vestían ropas hermosas, y tras ellos, en la distancia, por encima de sus hombros...

... como aquel maldito faro por encima del hombro de Rachael Macready...

... desollada...

... había una hermosa casa llena de su hermosa vida. El libro tenía por título *Los sangre azul de Connecticut* y Jake supo que en la historia aparecían caballos. Caballos con colas largas y acicaladas. Y probablemente un jet privado. Y besos y abrazos llenos de músculos. Auténtica porquería.

La chica miraba fijamente a lo lejos, como si viese una película detrás de sus ojos. Había deslizado el enorme cuenco de cristal con los caramelos desde el centro hacia un extremo de la mesa y había formado con las revistas una pila perfecta. Mientras su madre leía sobre las apasionadas hazañas de los atractivos personajes de la finca de Connecticut, Jake contempló cómo la chica iba sacando mecánicamente los caramelos del cuenco, uno a uno, y luego los

colocaba sobre la mesa. Estaba sentada en el suelo, su mano se hundía en el cuenco y después ponía el caramelo en la mesa. Y a continuación repetía el proceso. La mesa estaba cubierta de caramelos sin ningún orden aparente; la mayoría no se tocaban entre sí. Su madre estaba demasiado absorta en las páginas de su novela para darse cuenta de que su hija estaba montando un desastre.

—Señor Cole —dijo la secretaria, con las comisuras de su boca curvadas hacia abajo—. Entre, por favor.

Jake se levantó y rodeó la mesa. Ni la mujer ni su hija parecieron percatarse.

El doctor Sobel se incorporó desde detrás de su mesa y estrechó la mano de Jake.

—Lamento lo de ayer, Jake. Si hubiera pensado que su padre suponía un peligro para sí mismo, hubiera ordenado que lo atasen antes.

Jake se acomodó en la silla típica de un catálogo por correo y examinó a Sobel en busca de cualquier cosa que pudiera serle útil. El rostro del psiquiatra era una lámina de piel carente de expresión, y Jake reconoció el entrenamiento clínico de un hombre que trataba de estudiarlo en busca de... bueno, cualquier cosa que pudiera serle útil. Jake puso sus manos en los bordes de los reposabrazos de su silla, cruzó un pie sobre la otra rodilla y esperó. Una vez que los ojos de Sobel terminaron de estudiarlo, el médico respiró profundamente y abrió las manos como si estuviera intentando venderle a Jake un seguro para mascotas.

—Sé lo duro que puede ser esto —dijo Sobel, logrando que su voz sonase sincera.

—No estoy manteniendo esta conversación... No estoy aquí para que me haga un examen psicológico.

Sobel pareció reflexionar sobre eso durante unos segundos.

—¿Qué está pasando con mi padre? ¿Cómo puedo cubrir sus necesidades ahora mismo, en el futuro inmediato y a largo plazo?

El médico abrió una gran carpeta que tenía en la mesa y Jake reconoció las páginas de colores y los postits de la tablilla sujetapapeles que había visto el día anterior.

—Para un hombre de ochenta años, los órganos vitales y el riego sanguíneo de su padre funcionan de forma espectacular. Obviamente se ha cuidado.

Jake resopló:

—No que yo sepa.

A Sobel se le torció la boca al oír que le contradecían.

¿Cómo decirlo sin sonar como un imbécil? No había ninguna forma fácil de hacerlo.

—Mi padre ha sido un alcohólico empedernido desde que fue capaz de levantar el brazo. Comía porquería. Nunca hizo ejercicio. Se convirtió en un andrajoso. A veces se mantenía despierto durante una semana entera, alimentándose solo de alcohol e ira. No, no creo que sus pruebas hayan dibujado una imagen muy exacta.

Sobel anotó algo a lápiz en la hoja.

—¿Cómo es la vida doméstica de su padre?

Jake sintió en su cabeza el frío fogonazo del tiempo perdido inútilmente.

—Doctor Sobel, creía que había realizado usted una evaluación sobre mi padre. Ya debería saber todas esas cosas. Si ni siquiera sabe quién era, ¿cómo puede compararlo con quien es ahora?

Sobel dejó de asentir y cruzó los brazos sobre su pecho.

—También estoy intentando saber un poco acerca de usted, y de lo que está dispuesto a hacer por él, señor Cole. Esto no afecta solo a su padre. Necesito ver de cuánto está usted

dispuesto a hacerse cargo. De cuánto puede usted hacerse cargo. Sus impresiones sobre su padre también me ofrecen una visión de usted mismo.

—Está de broma.

Sobel negó con la cabeza.

Jake se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera de cuero negro. Lo abrió para que se viese su placa y su tarjeta de identificación, se inclinó hacia delante y la deslizó por encima de la mesa hacia el psiquiatra.

—Doctor Sobel, no estoy abierto a que me haga un análisis. No estoy interesado en un análisis. Tengo más secretos oscuros encerrados con llave en mi cabeza de los que usted jamás llegará a conocer. Pero, puesto que me lo pregunta, le voy a facilitar una pequeña percepción de esta situación clásicamente freudiana.

»Mi padre y yo no nos hemos hablado en cerca de treinta años. No me gusta y, si realmente quiere llegar al fondo de la cuestión, durante mucho tiempo le odié. En eso no hay ninguna sorpresa. El bueno de Sigmund trató esto en su autojustificante clase vigésimo primera de *Introducción general al psicoanálisis*. Estoy seguro de que la ha leído, aunque sea una completa chorrada.

»Yo puedo pensar que el modo en que mi padre me crio, o más bien no me crio, fue una mierda, pero su obra es algo totalmente distinto. No creo que el dinero suponga ningún problema, pero no he hablado con su abogado. En el peor de los casos, vendo la casa y eso debería darle suficiente para diez años en el lugar que necesite. Lo que quiero que usted me diga es qué lugar debería ser ese.

Sobel cerró la cartera de Jake y se la devolvió.

—¿Quiere estar usted involucrado en la situación?<7p>

—Creo que nos estamos adelantando un poco, pero la respuesta, en pocas palabras, es no. Necesito saber exactamente qué le pasa a mi padre para poder empezar a hacer los preparativos necesarios para su futuro. Un futuro en el que no tengo intención de involucrarme. —Jake supo que sonaba como un auténtico imbécil, pero no le importó.

Sobel activó su expresión pensativa y asintió.

—Ahora mismo su padre todavía sufre los efectos del shock, un ligero desorden por estrés posttraumático, y ha estado tomando analgésicos. Todo ello combinado no me da un sujeto muy estable con el que empezar a trabajar, y si añadimos los signos clásicos del Alzheimer, las cosas se complican exponencialmente. Está confundido e irritable y es agresivo.

Jake levantó la mano para interrumpirlo:

—Doctor Sobel, mi padre ha estado irritable y ha sido agresivo desde que tengo memoria.

Sobel hizo un gesto para indicar que esperaba que le permitiera finalizar su exposición:

—Esa pintura en la pared de su habitación... —hizo una pausa y su voz se suavizó, como si estuviera hablando consigo mismo— demuestra que no hay degeneración en su habilidad motora, lo cual es algo que debería ver en un hombre en esta etapa de la enfermedad del Alzheimer. Esa obra demuestra que su padre es más que capaz de pensar en abstracto, el mero hecho de que fuera capaz de realizar una conexión entre su sangre y la pintura es ya suficientemente abstracto, pero cuando añadimos a eso el tipo de cuadro que pintó, resulta claro que puede pensar en términos abstractos. —El psiquiatra se concentró de nuevo en sus notas y pasó unas cuantas páginas—. Su vocabulario no muestra ninguna degeneración que pueda apreciarse. Como he dicho, no poseo una evaluación anterior al accidente, pero su padre habla muy bien, si acaso es un tanto testarudo. —Levantó la mirada de la carpeta y se

recostó en su silla. Entrelazó las manos sobre la cabeza y prosiguió—: Sintomáticamente hablando, se encuentra en algún punto entre la demencia temprana y la moderada, etapas dos y tres respectivamente. Hay signos de demencia moderada y sin embargo ciertos signos reveladores de la demencia temprana no están presentes, y viceversa. Esta enfermedad es diferente en cada individuo, pero hay ciertos síntomas que se dan, o deberían darse, en todos los supuestos. —Se produjo un cambio en su voz que le indicó a Jake que había algo que no le estaba diciendo.

—¿Está diciendo que podría no tener Alzheimer?

—Sé que ya ha hablado con su médico de cabecera sobre ello, pero yo estoy trabajando en el vacío. —Sobel encogió los hombros, y al tener las manos enlazadas sobre la cabeza dio la impresión de que estaba haciendo algún tipo de ejercicio—. No dispongo de mucha historia colateral por parte de familiares o amigos, y esa es una de las piedras angulares a la hora de diagnosticar Alzheimer. Su padre pasó mucho tiempo solo y eso no me ayuda. Además es un artista y los artistas son excéntricos de por sí. Necesito saber ciertas cosas que, en este momento, desconozco.

—¿Qué es de lo que no estamos hablando, doctor Sobel?

—¿Perdón?

Jake sonrió.

—Sé cuándo me ocultan cosas.

—Jake, no sé con exactitud qué le ocurre a su padre. Lo que sí sé es que sus neurotransmisores no traducen el mundo real en términos que él puede siempre comprender. Por lo general empiezo a atender a un paciente mucho antes de que comiencen incluso los accidentes más nimios. Su padre se prendió fuego y atravesó una cristallera. Me cuesta creer que llegase a ese punto y continuase viviendo solo. Debería haber estado aquí mucho antes de llegar a eso. Un año, tal vez. Puede que más.

—Encontré césped y llaves y periódicos en la nevera. No sé cómo demonios se las arregló para vivir así, no pienso sentarme aquí y ofrecerle excusas que a usted de todos modos no le interesan, pero digamos que llevo fuera de la lista de felicitaciones navideñas de mi padre desde hace mucho tiempo.

Sobel volvió a asentir.

—No sufre malnutrición. No sufre deficiencias. Y su higiene, aunque no es perfecta, era mucho mejor de lo que me esperaba. —Hizo una pausa—. No me gustan sus pesadillas, combinadas con el cuadro que pintó en la pared... —¿Sabía Sobel que Jake había arrancado la mitad de aquella pared?—. Ese retrato procede de algún lugar en lo profundo de su mente. Algo le da miedo y ese algo se manifiesta en sus sueños y en las cosas que dice y lo está sacando a la superficie para intentar mostrárselo al mundo. Todo eso que dice sobre el hombre de sangre que vive en el suelo me tiene con...

Jake se levantó sobresaltado.

—¿Qué?

Sobel se quedó perplejo, como si hubiera dicho algo equivocado.

—Esto sucede mucho. Esa pintura es una manifestación de algo a lo que su padre teme, y al mostrarlo, su padre está intentando decirnos...

—Olvídese del diagnóstico clínico. Quiero saber lo que mi padre ha dicho, exactamente.

—Extendió el brazo por encima de la mesa y arrancó la carpeta de las manos de Sobel.

El doctor echó su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Jake, no le permito...

—Siéntese o llame a seguridad —dijo Jake con rotundidad, mientras revisaba las notas—. Aquí —indicó, señalando un punto en el texto—. Lea esto. —Le tendió de vuelta la carpeta y mantuvo el dedo sobre la página, como un instructor de salto mostrándole a un cadete la zona donde debía lanzarse.

Sobel se inclinó hacia delante y se centró en el texto:

—«Durante unos quince minutos esta mañana el paciente parecía lúcido y era consciente de que se hallaba en el hospital. Su presión sanguínea y el ritmo cardíaco eran estables y corresponden a un hombre de su edad y estado de salud. Los únicos signos de comienzo de la demencia fueron varios comentarios que el paciente realizó en relación a alguien a quien llamaba "el hombre de sangre". Cuando se le pidió que se explicase, el paciente se puso nervioso y pidió disculpas. Su ritmo cardíaco y su presión sanguínea comenzaron a subir y su respiración se volvió superficial, asustada. El paciente pidió a la enfermera que comprobase el aseo y el armario. Y, particularmente, el suelo». —Sobel levantó la mirada—: ¿Sabe usted de qué está hablando?

Jake sintió que su corazón dejaba de latir un instante. Luego lo sintió una segunda vez. Jeremy tenía un ex amigo que vivía en el suelo. El suelo de la casa de su padre. Jake pensó un momento en la posibilidad de contárselo a Sobel, pero un psiquiatra no iba a ayudarlo a resolver el problema. No ahora. No en un día. Para eso iban a hacer falta un estómago fuerte y recursos federales. Lo que necesitaba de Sobel era información.

—¿Sabe mi padre lo que ha ocurrido con la enfermera que se parecía a mi madre? —Era una pregunta adecuada. Quizá su padre hubiera oído a las demás enfermeras hablando sobre el tema.

Sobel arqueó una ceja.

—Se parecía realmente a su madre, ¿verdad?

—Un poco —asintió Jake.

El psiquiatra se encogió de hombros:

—Sé que nadie del personal se lo diría. Y no he oído a nadie murmurando sobre ello. Esta mañana vinieron dos periodistas, pero los de seguridad los sacaron del edificio con bastante rapidez. Así que no creo que su padre lo sepa. ¿Cómo podría saberlo?

Jake se sintió agradecido por ello, al menos.

—Ayer no me reconoció en ningún momento en las tres veces que estuve aquí. Su mente está fallando un poco. Quizás ese hombre de sangre no sea más que el modo de expresarse de un viejo que ha cometido muchos errores en su vida. Ese hombre de sangre podría ser...

—Se interrumpió y repasó lo ocurrido en los últimos días. Hombre de sangre. Sangre. Hombre. Hombre Sangre. Un niño de tres años con un amigo invisible que le pintaba la cara con sangre.

Hombre de sangre.

Hijo de puta.

El semblante de Sobel cambió.

—Hay algo dentro de su padre, Jake. Algo que una parte de él quiere verbalizar y otra quiere desesperadamente mantener oculto. Tiene emociones opuestas con respecto a ese hombre de sangre, sea lo que sea.

Jake pensó en el texto que cubría su piel, el Canto, y en los hombres de sangre que Dante había descrito. Los violentos, los viscosos, los peligrosos. Encerrados en un lago de fuego y

sangre donde sus gritos retumbaban y sus almas eran torturadas. ¿Estaba su padre hablando de ellos?

—Lo único que parece estar usted diciéndome es que mi padre puede encontrarse en algún punto entre la etapa temprana e intermedia del Alzheimer o puede que no...

Sobel negó con la cabeza y levantó la mano:

—Si las referencias que su padre hace al hombre de sangre son solo una manera de referirse a algo, o a alguien, que le da miedo, podría ser que haya dividido su vida en compartimentos estancos para no tener que hacer frente a lo que sea que le asusta. Y créame que está asustado, Jake. El hombre que tiene dentro se está escondiendo de algo.

—Se ha estado escondiendo desde que mi madre murió. —«Desollada», siseó la vocecita.

—Eso fue en el verano del setenta y ocho, ¿verdad?

—El seis de junio —asintió Jake.

Sobel tomó nota en la carpeta.

—¡Jesús, cómo vuela el tiempo! Siento lo de su madre, Jake. Aparte de que poseía un revés espectacular, era muy divertida. Y elegante. Todas las mujeres del club tenían celos de ella.

—Me acuerdo de eso. Vivir con ella era como vivir con Jackie Kennedy. Podía hacer que un sándwich de ensalada de huevo y una Coca-Cola parecieran algo elegante.

—¿Podría ser que esto tuviera algo que ver con su madre? Su... accidente no llegó nunca a resolverse, ¿verdad?

Jake negó con la cabeza.

—Entonces, ¿podría ser que estuviera relacionado?

Jake repitió el gesto de negación y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—No lo sé. Tal vez. Sí. No. Todo lo anterior. Lo averiguaré.

—Si todo esto está enlazado de algún modo, quizá su padre tenga miedo de algo referente a su pasado. Tal vez solo se trate de un *flashback* a la muerte de su madre. Malos recuerdos que vuelven a aparecer.

—No lo creo. Después de que mi madre falleciera, mi padre nunca habló de ello. Nunca pareció reaccionar. —Mentiroso. Se sentaba delante de su coche todas las noches con una botella y lloraba hasta quedarse dormido.

—La memoria es un lugar muy peculiar, Jake. Funciona bajo principios básicos diferentes al resto de la mente. Tal vez su padre esté atormentado por fantasmas de los que usted no sabe nada.

Jake pensó en la cara sangrienta y sin rostro que su padre había trazado en la pared de la habitación del hospital y se dio cuenta de que Sobel tenía que estar en lo cierto, al menos en parte.

—Tal vez su padre haya sufrido una auténtica lucha —añadió el psiquiatra—. Quizá su accidente no fuera en absoluto un accidente.

—¿Está diciendo que se quemó las manos a propósito?

Sobel movió la cabeza de lado a lado, pero la mueca que mostraban sus facciones se negó a disolverse.

—«A propósito» es un poco fuerte. A veces hacemos cosas por razones de las que no somos conscientes. Quizá su padre quisiera dejar su casa. Quizás una parte de él supiera que no era un lugar seguro para él por exactamente los mismos motivos que usted ha citado: abrió la nevera y vio un trozo de césped y unas llaves y no pudo comprender por qué estaban allí. La parte racional de su cerebro entendió que el entorno no era bueno para él.

Tal vez sufrió un accidente para poder irse de la casa. Y quizás el hombre de sangre solo sea su manera de agrupar sus sentimientos de inseguridad en un único paquete. Creo que hay algo que a su padre le da mucho miedo. Algo a lo que él llama el hombre de sangre.

La secretaria estaba encasquillada en su silla, con el ceño fruncido mientras tachaba con un rotulador rojo unas citas en la agenda y con el teléfono presionando su oído.

—Sí, así es, señor O'Shaunnesy, tenemos que reorganizarnos por la tormenta. No sé cuándo estaremos de nuevo en marcha, pero usted estará al principio de la lista. Por supuesto. Por supuesto. Al menos cuatro días...

Jake le dedicó un gesto de agradecimiento al pasar junto a su mesa.

La niña continuaba en la posición de loto bajo la mesa y ahora la superficie de metro y medio por medio metro estaba cubierta por una capa de caramelos dispuestos en un mosaico de vivos colores. Desde su posición a un lado de la mesa de la secretaria, Jake vio los envoltorios en ángulo, una plataforma de color. La chica miraba fijamente al frente y su mano iba al cuenco como un metrónomo contando el tiempo y sin fallar un segundo. Como antes, un caramelo sería colocado en un hueco vacío en el extremo superior izquierdo de la mesa, el siguiente en algún punto del centro, como si la niña tuviera un diseño organizado en su cabeza y se estuviera limitando a hacerlo visible para su madre, pero la mujer seguía enfrascada en su libro de mierda.

Jake giró la cabeza al pasar al lado de la chica para examinar el diseño que había creado en la mesa. La madre no levantó sus ojos de la novela y la niña continuó introduciendo la mano en el cuenco y colocando los caramelos como píxeles en una imagen digital.

Jake estaba casi a su altura cuando se detuvo.

La chica había creado una copia (una copia casi exacta, limitada por el tamaño de la superficie en la que tenía que trabajar y por los colores que tenía a su disposición) de la cubierta del libro de su madre. Jake se quedó inmóvil a mitad de dar un paso. Dos personas atractivas abrazándose hechas de caramelo, una mansión cubista de fondo, una línea de árboles más allá. *Los sangre azul de Connecticut* escrito en cursiva con caramelos.

Cada caramelo era un componente.

Una pequeña mancha de color.

Un único píxel.

Como la obra de Chuck Close.

—Lo hace todo el tiempo —dijo su madre, con claro acento de Long Island.

Jake levantó la vista y vio el libro sobre su regazo.

—Es precioso —dijo.

La madre se encogió de hombros.

—Supongo. Trato de no enfadarme, pero a veces es difícil. Lo hace con cualquier cosa. Con cartas. Con trozos de papel. Con hojas secas. Con chinchetas, aunque intento mantenerla alejada de ellas. Incluso lo hace con trozos de comida. No puedo darle cereales ni nada que tenga color o se pondrá a hacer cuadros de caras y cosas así. Cuando tienes que quitar uvas pasas del asiento del coche por quinta vez en la misma semana, te acabas hartando.

Jake trataba de escucharla, pero la imagen del retrato de Chuck Close en la casa no se lo permitía. Vio sus ojos rajados, la imagen pixelada del rostro de su padre mirando desde el

enorme lienzo. Pensó en los pequeños cuadros amontonados en el estudio, representaciones aleatorias de la nada que parecían carentes de significado e incompletas. Pensó en que a menudo el todo era mayor que la suma de sus partes.

Y de repente supo qué eran los lienzos amontonados en el estudio.

Intentó que Jeremy le explicase lo del hombre del suelo, que lo describiese de algún modo concreto, quizás incluso que lo convocase. Pero cuando le insistió, cuando de verdad presionó al niño, Jeremy echó a correr hasta el centro de la sala de estar y se puso a saltar y a gritar:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! —Una y otra vez hasta que finalmente Jake lo cogió en brazos y le dijo que lo olvidase. Y por alguna razón eso hizo que Jeremy se sintiese más frustrado y más enfadado, como si dar botes en el centro de la sala fuese la solución.

Jake y Kay pasaron la mañana grabando los cuadros que había en el estudio. Kay empuñó la cámara digital y Jake fue cogiendo los cuadros, levantándolos uno a uno, solo lo justo para que la cámara los fuera capturando, y entonces pasaba al siguiente. Jake sabía que cuando vieran el vídeo, parecería el homenaje de un adicto a la metadona al *Subterranean Homesick Blues* de Dylan. Pero había hablado con el laboratorio de Quantico y le habían dicho que disponían de un *software* que podía aislar cada lienzo individual y colocarlo en el lugar que le correspondía en un diseño global.

Trabajaron rápido, había minutos en los que grababan hasta cuarenta lienzos mientras en otros apenas llegaban a diez. Después de una hora de trabajo habían catalogado mil ciento seis lienzos. Durante la segunda hora hicieron lo mismo con otros ochocientos noventa y siete, lo cual suponía una buena parte del total.

—Necesito un sándwich —dijo Kay, con el brazo levantado sosteniendo la cámara y la muñeca doblada de forma que se podía leer la palabra A-M-O-R tatuada en sus nudillos.

—Y una Coca-Cola —añadió Jake.

Jake no quería que Jeremy estuviera en el estudio propiamente dicho, donde los retratos de los hombres de sangre sin rostro miraban desde todas partes, así que el pequeño había quedado relegado a la entrada, donde estaba entreteniéndose bastante bien con un nuevo caos destructor de coches de juguete. Kay había encontrado un disco de Patti Smith en una caja debajo de la vieja cadena de música del tamaño de un congelador y Jeremy estaba aprovechando la banda sonora, de manera que las víctimas imaginarias de sus accidentes de coche se encontraban con su hacedor al ritmo de la canción *Redondo Beach*.

—¿Te apetece un café, Moriarty? —preguntó Jake por encima de la música, y se asomó a la entrada—: ¿Un café grande?

—No me gusta el café, papi —se rio Jeremy—. Me gusta la leche y el zumo de manzana.

Mirando ahora a su hijo, echado sobre las baldosas del suelo de la entrada del estudio con sus coches brillantes como insectos metálicos, podía ver las maquinaciones que realizaba la mente del niño para olvidar lo que había ocurrido esa mañana. Lo que asustaba a Jake era el hecho de que su hijo se negaba a hablar de ello. ¿De qué tenía miedo? ¿Se trataba del mismo hombre del suelo que tenía aterrorizado a su padre? ¿Era una alucinación común o era algo

más tangible? La respuesta era fácil: una alucinación no podía pintar con los dedos una calavera de sangre en la cara de su hijo.

—Entonces vamos a por el almuerzo —dijo Jake, y recibió el aplauso de Jeremy y Kay—. ¡Chicos, vosotros dos sois muy fáciles de contentar!

—¡Así somos, muy fáciles!

—Bueno, señora Fácil —dijo, guiñándole un ojo a Kay— y señor Fácil, ¿qué tal unos sándwiches de atún?

Jake echó un vistazo a su reloj y vio que les quedaba más o menos una hora antes de que Kay y Jeremy volvieran a la ciudad, y quería grabar el máximo posible de cuadros. Se dirigieron al interior de la casa, Jake cargando con Jeremy en brazos, y Kay con la cámara y el trípode sobre su hombro como si fuera una lanza. Ella iba la última y apagó las luces del estudio.

El borde exterior de la tormenta había tocado tierra y el cielo había desaparecido tras una masa blanca y gris que nublaba la costa con una lluvia compacta. La hierba ya estaba saturada y el agua que caía era empujada por el viento, que ahora arreciaba, y grababa dibujos cambiantes sobre la superficie agitada del océano. Jeremy se rio mientras Jake corría a través de la cortina de lluvia, maldiciendo con un lenguaje infantil que lo hacía sonar como un personaje enfadado de dibujos animados.

Sostuvo la puerta abierta para Kay al tiempo que con su mano cubría la parte de atrás de la cabeza de Jeremy. El viento se coló en la casa y provocó varios torbellinos en miniatura de papeles y polvo. Jake entró de un salto detrás de Kay y la puerta se cerró con un portazo.

—No quiero estar aquí cuando Dylan llegue, Jake —dijo Kay, mientras quitaba la cámara del trípode.

Jake puso a Jeremy en el suelo de la cocina y le secó el pelo con un puñado de toallas de papel.

—Yo digo que nos comamos unos sándwiches y luego nos pongamos en marcha. ¿Quién está conmigo?

Jeremy se apresuró a levantar el brazo en una suerte de voto fascista y Kay asintió, sonriendo abiertamente.

—¿Y qué pasa con el caso? —preguntó.

—Que le den al caso —dijo—. Nos vamos.

La camiseta de Kay estaba mojada y se le adhería al cuerpo, de forma que sus pezones se marcaban y atraían la mirada de Jake.

—Después de una siesta rápida, me refiero —añadió—. De acuerdo, ¿café, Moriarty?

—¡He dicho que no bebo café! —gritó Jeremy.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Perdón. Debo de estar pensando en algún otro niño que conozco. —Se inclinó y besó a su hijo, y luego lo mandó fuera de la cocina con una palmada cariñosa en el culete—. Ve a jugar con tus coches y yo prepararé el almuerzo.

Jeremy fue corriendo a la sala de estar y se arrojó sobre el tapiz multicolor de alfombras entrelazadas. Pescó en sus bolsillos y después tiró sus coches al suelo como si fueran un puñado de dados. En cuestión de segundos, las víctimas se amontonaban entre rugidos de un dinosaurio de tres años de edad.

Jake se lavó las manos y sacó el paquete de pan de molde que había comprado en el supermercado. Pensó en galletas. Y en lo que le había ocurrido a su madre hacía tres cuartas partes de su vida. Pensó en su padre, aterrorizado hasta el borde de la histeria, gritando

cosas sobre el hombre de sangre, atado al somier de la cama para que no pudiera abrir su caja de utensilios de pintor y hacer nuevos retratos producto de la demencia. En Sobel, que había sonado demasiado parecido a Vincent Price cuando hablaba acerca de los terrores de su padre, y su gesticulación académica otorgándole a los miedos del viejo un peso mayor del que Jake quería admitir. Estaban también la señora y el pequeño X, la enfermera Macready, Hauser y su improvisado pelotón para hacer frente al huracán. El Mercedes Benz de su madre, que ya estaba en el laboratorio científico de Quantico, con su honor comprometido a manos de las mejores técnicas de investigación forense moderna, que lo forzarían a revelar su secreto después de un tercio de siglo. Pensó en el maldito faro visible por encima del hombro de la enfermera Macready en la foto y en el charco isósceles de sangre negra en el rincón de su cocina. En la gente atractiva de Connecticut, representada en caramelos por obra de una chica autista en el despacho de un psiquiatra. Pensó en el huracán que se acercaba y en el escalofriante nuevo amigo de Jeremy, el hombre del suelo, de quien el niño no quería hablar. Y, apilados en el estudio, estaban los alrededor de cinco mil lienzos (el premio gordo de un obsesivo compulsivo). Pensó en el violonchelo de su esposa y en los coches de juguete de Jeremy. Y supo que quería largarse de allí. Irse lejos y rápido y no mirar atrás, ni regresar, ni tan siquiera pensar en aquel hediondo lugar mientras viviera.

Pero tenía un hijo al que alimentar y se concentró en eso, en el simple acto de mezclar un poco de atún con mahonesa y añadirle una pizca de sal y pimienta. Le hubiera gustado añadir cebolla y algo de apio, pero, tal y como decía a menudo su padre, uno solo puede comer lo que uno caza. Así que iban a ser aburridos sándwiches de atún, un vaso de leche, dos Coca-Colas, una siesta rápida y se largarían de vuelta a la ciudad en un coche antiguo con...

—¿Kay? —dijo, mientras ponía un pegote de ensalada de atún en una rebanada de pan de molde—. No tenemos sitio para tu violonchelo. No cabe en el coche, y si lo atamos a la baca, se empapará.

—Que le den al violonchelo, Jake —dijo ella—. Solo quiero que nos larguemos de aquí. —Estaba al otro lado del mostrador, con la camiseta pegada a su pequeña silueta. Bajo el algodón blanco la caligrafía de su piel se movía como si fuera una criatura independiente. Jake sabía qué sentía ella hacia el instrumento (era el único objeto material que le importaba), y si estaba tan fácilmente dispuesta a deshacerse de él era porque realmente quería marcharse de allí.

—Se supone que es hermético, ¿no? Sellaré las juntas con cinta aislante, puede que eso ayude. Es uno para todos...

—¡Y todos para uno! —gritó Jeremy desde la sala.

—Así es, Moriarty. Hora del almuerzo. Ven a lavarte las manos.

Media hora más tarde, habían acostado a Jeremy para que durmiera una pequeña siesta y Kay y Jake habían empaquetado todo lo que iban a llevarse. Disponían de un poco de tiempo libre antes de que tuvieran que despertar al niño para el viaje de vuelta.

Kay se había puesto una camisa seca en la que *Motorhead* aparecía en el pecho pintado con *spray*. No llevaba sujetador, y sus pechos se deslizaban bajo la tela cada vez que se movía. Miró a Jake y le preguntó:

—¿Sería insensible por mi parte pedir un polvete antes de que nos pongamos en marcha?

—Y empezó a desprenderse de la ropa.

Veinte minutos después los dos estaban soldados en un lío de extremidades entre las sábanas húmedas. El olor a feromonas y a sexo los envolvía y el aire estaba electrizado con el traqueteo de la lluvia contra la ventana.

A Kay se le había reventado otro vaso sanguíneo en el ojo izquierdo, así que Jake supo que durante los días siguientes llevaría gafas de sol a los ensayos; eso se había convertido en un efecto colateral de su vida sexual que ambos aceptaban, y con la gente que más los conocía lo disfrazaban de una especial condición ocular de Kay. De vez en cuando también tenía que ocultar un moratón o las marcas de ligaduras en su garganta con jerséis de cuello alto o con collares de gran tamaño. La cuestión era que el sexo activaba las endorfinas en su cerebro como ninguna otra cosa había conseguido hacerlo desde sus días de drogas y alcohol. Ella se daba cuenta (los dos lo hacían) de que con su determinación de dejar atrás sus adicciones habían ido a tropezar con otra nueva. Una en la que no tenían cabida agujas ni pastillas ni alcohol ni productos químicos; un subidón natural producido por la antigua máquina sexual que funcionaba con sangre como combustible y que estaba situada entre sus oídos. Su vida sexual se había convertido en un sustituto de sus viejas adicciones.

Kay estaba boca abajo, extendida en la cama como *Supergirl*, con las manos esposadas a través de los barrotes de la cabecera.

—Gracias, cariño, lo necesitaba. —Sus esposas emitieron un tintineo, y mientras Jake la besaba en la parte de atrás de la cabeza, ella levantó las nalgas contra él—. Ahora suéltame para que podamos largarnos de una vez de aquí.

Se oyó un estrépito en alguna parte de la casa.

—¡Papi! —La voz de Jeremy sonó con un chillido de pánico.

Jake se apartó de Kay y saltó de la cama, cogió su pistola de la mesita de noche y corrió al pasillo. Abrió la puerta del cuarto de Jeremy de un empujón.

Jeremy no estaba.

Se produjo un breve instante de completo y absoluto silencio dentro de su cabeza, como si los circuitos de su sistema interior se hubieran paralizado. Miró fijamente la cama vacía de Jeremy, intentando hacer que su hijo apareciera en ella. Hubo una oleada de tensión en la atmósfera, como si la casa hubiese recibido el impacto de un rayo, y Jake sintió el martillazo del miedo golpeándole en el pecho. Se oyó un pequeño estallido, producido por el golpetazo caliente de su aparato de sincronización cardíaca sobrecargando su corazón. Y entonces el silencio lo cubrió como una manta de arena húmeda.

Hauser había metido en el garaje su coche y ahora utilizaba el todoterreno oficial del departamento. Con la tormenta ya llegando, el 4 x4 resultaba mucho más práctico. La tracción del vehículo suponía un alivio comparado con su coche, que él mismo reconocía como un elemento de sustitución en la batalla por su juventud desaparecida (el resto de esos elementos eran su barco, su colección de escopetas y las nuevas tetas de plástico de su esposa, elementos todos ellos con los que se entretenía tan a menudo como le era posible).

Conducía despacio, recorriendo la carretera con lentitud, corrigiendo el volante continuamente a causa de la tracción que sentía con cada ráfaga de viento que se metía debajo del todoterreno. Aún faltaban horas para que anocheciera, pero el *Dylan* había pintado el cielo con un tono metálico a medio camino entre el gris y el negro. A su espalda se extendía una larga hilera de faros de automóvil, los ojos brillantes de la evacuación, y durante una minúscula fracción de segundo pensó en la posibilidad de no dar la vuelta. De no detenerse. De no quedarse más tiempo allí. Pero respiró hondo, y, cuando soltó el aire, aquel pensamiento había desaparecido de su mente. Tentaciones, la peor pesadilla de un policía.

El océano había comenzado su descenso hacia la locura y ahora el Atlántico se estaba arrojando contra la autopista. El agua cubría las ventanillas y los limpiaparabrisas zumbaban monótonamente. La avanzadilla del huracán había llegado a tierra hacía unas horas y Hauser sabía que durante las próximas veinticuatro viviría con su impermeable puesto, menos durante el breve paso del ojo del huracán: unas pocas horas de silencio antes de que el espectáculo comenzase de nuevo.

Vio que el coche que tenía delante pisaba el freno durante más tiempo del debido, culeaba y recuperaba a duras penas la dirección oeste. Hizo un gesto de negación con la cabeza y deseó que aquel tipo lograra marcharse de allí antes de que los paramédicos tuvieran que quitarle con pinzas trozos de cristal de su parabrisas de las cuencas de los ojos. Hauser sabía a la perfección lo que una mala conducción podía hacerle al cuerpo humano, tanto profesional como personalmente. Como cualquier agente de la autoridad de una población acostumbrada a recibir a forasteros de vacaciones, había tenido que recoger un buen número de víctimas del asfalto. A un nivel más personal, quince años atrás había perdido a su hijo por culpa de un conductor borracho, cuando el niño tenía diez años y medio. Había sido uno de esos accidentes espectaculares que hacía que todo el mundo menease la cabeza preguntándose qué había estado pensando el tipo que iba al volante: un simple viraje al arcén y el espejo retrovisor de su coche había golpeado a Aaron, que volvía en su bici hacia la ciudad, en la parte de atrás de su cabeza. Muerte instantánea. El conductor, para crédito y beneficio de todos los conductores borrachos a los que Hauser les había dado el alto de allí en adelante, había parado, se había bajado de su vehículo y había dado el aviso.

Ya no cargaba con la pesada losa de miseria con la que había vivido durante demasiado tiempo. En algún momento durante el sexto año después del suceso, había comenzado a desvanecerse y la agonía de la pérdida había dado paso a una sensación de acidez que de vez en cuando le daba un respiro cuando estaba haciendo algo con lo que disfrutaba o en lo que tenía que concentrarse. Milagrosamente, Stephanie y él habían logrado usar los doce años que ya llevaban a cuestas como una especie de bote salvavidas cuando las aguas torrenciales de la pena y la acusación podrían haber causado daños irreparables, y habían conseguido continuar casados. Se habían concentrado en criar a su hija. En pasar página.

Hauser echaba de menos a su hijo todos y cada uno de los días, y una relación distante como la que compartían Jake Cole y su padre era algo que él, simplemente, no podía asimilar. Las familias arreglaban las cosas, las hablaban, incluso peleaban. Pero se mantenían unidas. Fin de la discusión.

Los ojos rojos del conductor adicto al freno que iba delante de él se volvieron a encender y el coche dio un peligroso viraje a la derecha, rozó el arcén y luego regresó al asfalto cubierto de agua dando un bandazo. Hauser cambió de posición en su asiento y el impermeable, al rozar contra el cuero, produjo un ruido similar a una ventosidad. Podía encender la sirena, hacer pararse a aquel idiota y darle una buena charla, pero ¿de qué serviría eso? Si el tipo no sabía conducir, un curso de tres minutos impartido por un poli enfadado en mitad de una tormenta no cambiaría las cosas, desde luego que no. Y con aquella larga caravana detrás de él, Hauser no quería arriesgarse a que alguno de los otros coches chocase contra él. El desvío hacia la playa de Mann le dio la solución. Puso el intermitente y abandonó la autopista.

El infierno se acercaba, algo sacado del mismísimo Antiguo Testamento si el tipo del Centro Nacional de Huracanes tenía algo de razón, y Hauser creía que sí la tenía. Al fin y al cabo, esos tipos contaban con más satélites, ciencias y mierdas de toda clase de lo que uno podía imaginarse. Se detuvo frente a la verja que bloqueaba el acceso de los turistas a la península. Estaba abierta.

La playa de Mann era uno de los pocos lugares que por lo general eran frecuentados solo por la gente local; la verja solía mantener a los turistas lejos, excepto a los enjambres de pescadores de lubinas rayadas que aparecían todas las primaveras y otoños (esos idiotas nadarían en lava ante la oportunidad de pescar una buena lubina). Scopes le había llamado y le había dicho que fuese a aquella playa lo más rápido posible. Le había pedido que llevase consigo a Cole, pero Hauser había ido solo. Quería ver aquello con sus propios ojos, sentirlo con sus propios instintos, sin la dicción experta de Cole convirtiéndolo en un ejercicio académico.

Además, los próximos dos días serían un maratón de emergencias y más emergencias, las menos de las cuales serían accidentes de coches, ahogamientos, casas destruidas y postes eléctricos derribados. Hauser era consciente de ello, como sheriff había reservado una gran parte de sus energías para hacer frente a lo que la tormenta quisiera echarle encima, pero todo ese tipo de emergencias ocupaba mucho menos espacio en su mente de lo que antes habría considerado posible. Lo que realmente ocupaba toda su atención era el hombre con el cuchillo.

Hauser encendió los focos del techo y el fragmento de carretera de playa delante del coche se tiñó de blanco. Avanzó despacio bajo la lluvia, satisfecho y al mismo tiempo enfadado consigo mismo por haber enviado a Scopes allí. El morro del todoterreno rodeó una masa

de matorrales y un lujoso sedán se iluminó con el resplandor de los focos. Scopes estaba junto al vehículo, mirándolo fijamente.

Hauser se apeó dejando el motor encendido y el golpeteo de los limpiaparabrisas quedó ahogado por el viento. Cogió su linterna y la encendió. Scopes no se apartó del coche ni realizó el menor gesto de haberse percatado de la llegada de su superior. Permaneció petrificado, con la lluvia restallando contra el poncho de su uniforme como un ejército de termitas furiosas y el haz de su linterna proyectando un estrecho y ya débil óvalo amarillo sobre la arena ensangrentada que había a sus pies. La bombilla parpadeaba de manera intermitente, como si el agua le provocase un cortocircuito.

Hauser pasó junto a Scopes e iluminó el coche con el haz de la linterna. Era un Bentley, uno de los modelos nuevos, de color plateado o canela (era difícil discernirlo bajo la luz amarillenta de la linterna). El interior estaba a oscuras y no había conductor al volante. Las ventanillas estaban cerradas, y cuando Hauser se acercó un poco más pudo ver su propio reflejo brillando en el cristal, reluciendo tras la cortina de agua. El haz provocó unos destellos en el interior. Una especie de rojo fuerte. Pero las ventanillas estaban salpicadas de algo, como una delgada capa de suciedad, y el efecto le hizo a Hauser pensar en un terrario. Un ecosistema en miniatura diferente del mundo en el que se hallaba.

Apoyó el foco de la linterna contra el cristal y el haz se hizo más intenso. No era suciedad lo que había en las ventanillas. Era sangre. Sangre seca y ennegrecida. Hauser apretó el rostro contra el cristal y puso una de sus manos enguantadas a modo de visera.

Movió el haz por el interior del coche y volvió a pensar en la comparación con un terrario: un espacio cerrado donde habitaban monstruos.

Cuando se giró de nuevo hacia Scopes, vio que el semblante de su compañero carecía de expresión, y le recordó el modo en que Jake Cole miraba a los muertos. La definición que acudió a su mente fue la de «desconectado». Solo que aquel no era Jake Cole, era Danny Scopes, y a Scopes se suponía que todavía le afectaban las cosas.

—¿Has llamado a alguien más?

Scopes asintió. Fue un gesto lento que requirió un gran esfuerzo.

—Murphy viene con el furgón. Ya he fotografiado la arena, pero la lluvia ha borrado las huellas y todo lo demás.

Hauser bajó la mirada hacia la mancha roja.

—Excepto la sangre.

El otro volvió a asentir, esta vez más despacio aún.

—Excepto eso, sí.

—¿Has comprobado el coche?

Scopes dirigió de nuevo su campo de visión hacia el Bentley, cuya superficie estaba cubierta de ondas de agua producidas por la lluvia que rebotaba contra ella.

—Sí.

—¿Y?

—Y creo que Jake podría ser gafe. —Se dio la vuelta y escupió al suelo.

Hauser asintió y apagó la linterna. Bajó la mirada. La linterna de Scopes se había agotado del todo, pero aún colgaba de su mano.

—¿Es alguien a quien él conocía?

Scopes asintió una vez más:

—El tipo vendía las obras de su padre. Su nombre es David Finch.

—No podemos dejar esto aquí, la tormenta se lo llevaría. Saca todas las fotos que puedas del interior, abre la puerta delantera que da a sotavento, y luego haz que Murphy se lo lleve al garaje. Usa el que está más arriba de Jarvis. Asegúrate de que lo cubre. Cuando hayas terminado, ve a casa de Cole. Y trae las fotos.

—Fotos —asintió Scopes con aire solemne, y se llevó la mano al bolsillo en busca de la cámara—. Claro. Bien. ¿Quién puede hacer algo así, Mike?

Hauser miró hacia el océano enrabiado que golpeaba la playa, luego otra vez al coche, que continuaba emitiendo un destello rojizo bajo el haz de su linterna. La apagó y el rojo pasó a ser negro.

—Algún tipo —dijo.

Y al oírse a sí mismo, se dio cuenta de que estaba comenzando a acostumbrarse.

Jake estaba...
 ... inconsciente...
 Después...
 ... no lo estaba...

No se produjo esa lucha a través de tupidas capas asociada al proceso intermedio entre el sueño y el despertar. Había estado inconsciente. Ahora estaba de vuelta.

Se levantó, desnudo y sudoroso, con la pistola aún aferrada entre sus dedos. Sintió durante un solo segundo una sensación de gratitud por estar despierto antes de que el miedo regresase con la potencia de un camión de diez toneladas que lo apabulló.

—¿Moriarty?

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Miró hacia la ventana y tomó una fotografía mental del cielo, ahora oscuro y opaco. La lluvia empañaba el cristal y los nubarrones grises brillaban con luz trémula.

—¿Moriarty?

Corrió fuera de la habitación y bajó las escaleras. Encendió las luces. Cruzó apresuradamente la sala de estar.

—¡Moriarty!

¿Dónde está?

—¡Moriarty!

Y aquel horrible susurró dio comienzo:

Desollado, decía.

Jake recorrió la casa desnudo, tirando sillas, lámparas, gritando el nombre de su hijo.

¿Dónde estaba?

Se detuvo frente a la puerta principal, al lado de la mesa Nakashima. ¿Dónde estaba su hijo? ¿Qué le había ocurrido a Jeremy?

Entonces recordó que Kay seguía esposada a la cama en el piso de arriba.

Subió las escaleras de tres en tres y corrió por el pasillo.

La puerta estaba entrecerrada y la abrió con todas sus fuerzas, produciendo un estruendo al introducirse la hoja en la pared. Pulsó el interruptor de la luz y las sábanas blancas del lecho aparecieron ante él.

Las esposas colgaban de la cabecera, inmóviles y vacías.

Jake permaneció a los pies de la cama con un nido de culebras retorciéndose en su cabeza y el sonido que producían sus escamas al rozar contra su cráneo ahogaba el estruendo de la tempestad en el exterior. La pistola le colgaba de la mano mientras contemplaba fijamente la cama vacía; las líneas negras de tinta que cubrían la mayor parte de su cuerpo relucían con el sudor del pánico que había reemplazado al anterior sudor del sexo.

A ellos no.

Cualquier cosa menos ellos.

Por favor.

Corrió escaleras abajo, saltando la mayoría de los peldaños.

—¡Kay! —gritó.

La arena y la lluvia se estrellaban contra las cristaleras y contra la plancha de madera contrachapada. En el exterior, algo golpeaba contra un lateral de la casa. Jake se abalanzó por el vestíbulo hacia la puerta principal.

La abrió, estampándola contra la pared. El pomo se incrustó en el yeso, levantando una nube de polvo que cayó al suelo.

Salió fuera.

—¡Kay!

Corrió hacia la carretera, dirigiendo sus ojos hacia un lado y otro de la autopista vacía. La lluvia caía en oleadas, las gotas se estremecían sobre el asfalto como insectos vivos.

El coche patrulla continuaba aparcado en el arcén. Jake fue hacia él, vio una silueta en el asiento delantero, con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta. No era Scopes, no era nadie a quien

Jake reconociera. Tiró de la puerta para abrirla y sacó al tipo, bajo la lluvia y el viento.

—¿Dónde coño está mi mujer? ¿Y mi hijo?

El policía pareció confundido:

—Yo... yo... no... —Sus ojos se fijaron en el cuerpo desnudo de Jake y su expresión se relajó, como si comprendiera lo que estaba pasando—. ¿Ha estado usted... ?

—¡No estoy borracho ni colocado, maldito imbécil! —Sacudió al hombre—. Mi mujer y mi hijo han desaparecido.

El agente trató de soltarse.

—Yo no he visto...

—Estabas aquí fuera durmiendo. —Jake le dio un empujón y clavó sus ojos en él durante unos segundos—. ¿Sabes lo que ha pasado?

El poli le devolvió la mirada:

—Estoy seguro de...

Jake arremetió contra él con la pistola y la empuñadura del revólver impactó en el puente

de su nariz. Se produjo un crujido lo bastante alto como para que pudiera oírse por encima del viento y la lluvia, y las piernas del tipo cedieron con un quejido y cayó al suelo delante del coche.

Jake rodeó la casa corriendo, atravesó el jardín y fue al edificio que se alzaba en el borde de la finca.

Se abalanzó al interior y encendió las luces, iluminando el ejército de hombres sin rostro que escalaban por las paredes. Registró el estudio, el garaje, e incluso los pequeños cajones donde sabía que Jeremy podría esconderse.

Nada.

Vacíos.

Desaparecidos.

¿Dónde?

Despellejados, siseó la voz en su cabeza.

Mi familia no. Cualquier cosa menos mi familia.

Por favor

¡POR FAVOR!

Entonces, ¿dónde están?, preguntó la voz antigua.

Corrió sobre la extensión de hierba y saltó por las escaleras que daban a la playa. Las olas habían rebasado la orilla hacía horas, y sus pies chapotearon entre espuma, arena punzante y trozos de algas. Giraba la cabeza en todas direcciones como un perro rastreando un olor. Primero hacia el norte, luego al sur.

La playa estaba viva, las masas negras de algas enmarañadas arrastradas por el oleaje parecían cuerpos abandonados por la marea. Las más pequeñas, Jeremy. Las que eran algo más grandes, Kay. Algunas se movían con el viento. Otras eran empujadas por las olas. Corrió hacia una y arremetió contra ella con sus manos. Era fría, húmeda, carente de vida. Luego otra. Esperanzado. Más nada.

Habían desaparecido, podía sentirlo.

Saberlo era la peor parte.

¿Dónde?

Desollados, canturreó de nuevo la horrible vocecita, arrastrando las eles, y Jake le gritó que se callase de una maldita vez.

No. No. No no no no no.

Jake se plantó en la orilla, mientras la lluvia y la arena y el viento le aguijoneaban la piel. Miró hacia la casa, cuyas ventanas estaban iluminadas como un borracho encolerizado. Grandes recuadros de blanco en medio de la oscura arquitectura.

Algo se movió en el interior.

Movimiento.

Movimiento significaba vida.

¿Jeremy?

¿Kay?

Pero incluso a través de la lluvia, Jake pudo distinguir que se trataba de un hombre. Alguien más.

Él, ¿quién?

ÉL.

Subió a la carrera las escaleras hacia la casa y cruzó la terraza. Abrió la puerta del patio y

saltó adentro. La puerta crujió contra su marco, zarandeada bajo la fuerza del viento. Había un hombre en el centro de la sala de estar. Empezó a girarse.

Jake levantó su arma. Retiró el percutor. Corrió hacia delante, con la sangre y el terror y la furia en su mente.

El hombre se volvió hacia él.

Jake bajó la pistola.

Y miró fijamente a los ojos de su padre.

Hauser bajó las escaleras con los labios apretados, sellándole la boca. Llegó a las alfombras superpuestas y se giró hacia Jake y negó con la cabeza. Otro policía (el que había recibido el golpe de Jake en el exterior de la casa) se encontraba en la cocina, con la nariz rota, que rápidamente pasaba del rosado al morado. Muy pronto se extendería bajo sus ojos como guadañas negras. Por encima del labio tenía una mancha de sangre reseca que parecía un horrible mostacho a lo Chaplin. Su nombre era Whittaker. Probablemente presentaría cargos contra él, pero a Jake esa posibilidad le importaba bien poco.

Jake estaba apoyado contra el piano, con los brazos cruzados sobre el pecho, vestido únicamente con un par de pantalones Levi's, con el cañón de su enorme revólver asomando entre los brazos como la cabeza de una serpiente de acero. Había otro hombre en la terraza, en el lado exterior de la piscina, recortada su silueta por el océano negro más allá de la playa. Tenía puesta una chaqueta impermeable y estaba de espaldas al viento, y cada vez que daba una calada de su cigarrillo el resplandor de la ceniza le iluminaba la cara con una luz anaranjada y escalofriante. No hacía ningún movimiento, y de no ser por el brillo intermitente del cigarrillo, nadie se habría percatado de su presencia allí.

Hauser caminó despacio hacia Jake y estiró su brazo para tocarlo. Por primera vez vio hasta dónde se extendía la tinta que cubría a Jake, el texto negro y sin fin que envolvía su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos, enfatizando los contornos de su musculatura. Le puso una mano sobre el hombro y sintió que la piel fría y húmeda se estremecía bajo su tacto.

El sheriff habló alzando la voz (no por rabia, sino por necesidad: desde hacía un rato, la tormenta había desarrollado cuerdas vocales y el constante zumbido del viento había traído al mundo el nuevo elemento del ruido uniforme):

—No podemos encontrar nada, Jake. No hay señales de lucha. Ninguna entrada ha sido forzada. No hay huellas ni marcas de ruedas ni ninguna evidencia física. Es como si simplemente se hubieran...

—Evaporado —terminó Jake la frase. Sus ojos eran ahora bolas negras que parecían no moverse en absoluto.

Jake había registrado la casa tres veces mientras Frank, el hermano gemelo de su padre, llamaba a Hauser. Había abierto las puertas de todos los armarios, arrancando las bisagras de tres de ellas; había volcado las camas; había revuelto pilas de ropa amontonada; había vaciado los cajones. Había tumbado el sofá y había arrancado la cortina de la bañera, esparciendo las anillas con forma de lágrimas por el suelo. Solo se había puesto los pantalones cuando su tío le había obligado a coger un par de vaqueros.

Jake se había trasladado a algún lugar en lo profundo de sí mismo, un lugar lejano. Un lugar diabólico lleno de ira y violencia que había cerrado con llave años atrás. Pero la puerta

estaba ahora abierta y las cosas horribles que habían habitado en la oscuridad durante tanto tiempo habían comenzado a escabullirse. No sabía si sería capaz de controlarlas.

—Voy a encontrarlo, Mike. —Los ojos de Jake estaban fijos en las olas que rompían más allá de la terraza, pero Hauser podía percibir que su mente estaba en realidad en otro lugar —. Voy a encontrarlo y voy a destrozarlo en pedazos.

La puerta principal se abrió y alguien entró en la casa.

Hauser sintió de nuevo que la piel de Jake se contraía.

—Jake —empezó, pero enseguida se interrumpió al recordar cómo se había sentido él cuando Aaron había fallecido. Su mano permaneció sobre el hombro de Jake, un hombre tratando de calmar a un caballo asustado mediante la transmisión de energía, un caballo con un abrigo de porcelana fría y suave.

—Nos íbamos a ir en cuestión de minutos, en cuestión de segundos —dijo Jake con ese tono extraño que Hauser había oído delante de la casa de la enfermera Macready.

Con el rabillo del ojo, Hauser vio entrar a Spencer, detenerse en el borde del entramado de alfombras persas y menear la cabeza: tampoco había señales de Kay ni de Jeremy en el estudio. Igual que Hauser, llevaba una linterna en una mano y su arma en la otra.

—He metido el coche de Jake en el garaje. Por si acaso.

En la terraza, Frank terminó su cigarrillo y entró. Cuando lo hizo, Hauser se sorprendió por su parecido con el padre de Jake, un hombre al que nunca había conocido pero que poseía los suficientes puntos como celebridad local para ser un rostro reconocible. Después de todos aquellos años, Frank seguía poseyendo la fama que se había granjeado en el Club Náutico: Frank Coleridge con sus mujeres jóvenes e inteligentes. Frank era una copia digital de su hermano, hasta en la mirada de mal humor que había en sus ojos. Cuando se quitó la chaqueta y la colgó en una silla, Hauser vio que llevaba puestos unos pantalones de algodón desgastados, botas y una camisa de franela con la insignia de Remington bordada en el pecho. Incluso aunque hubiera estado desnudo, Hauser se habría dado cuenta de que Frank Coleridge era un hombre amante de la naturaleza; el sheriff podía oír un lenguaje mudo en sus movimientos que hablaba más alto que el emblema de su camisa: todo en él, desde la mirada calmada hasta los gestos seguros de sus manos, decía que Frank Coleridge era un hombre que se dedicaba a la caza.

Cuando habían llegado, Hauser había visto el Hummer de Frank aparcado en el sendero de entrada, escorado en la pendiente de la gravilla como un rinoceronte dormido. Era gigantesco y, sin duda, un excedente del ejército; Hauser había visto suficientes malcriados de ciudad conduciendo uno de esos monstruos para reconocer un utilitario cuando lo veía; además, mientras registraba el recinto en busca de Kay y Jeremy, había dirigido el haz de su linterna al interior y había reconocido el interior austero y metálico de un vehículo de faena que uno limpiaba con una manguera, no con productos caros. Tenía matrícula de Tennessee, y el sheriff se preguntó cuántos ciervos de cola blanca habrían sido atados al capó de aquella bestia, con la lengua fuera, la garganta rajada, destripados, un solo impacto de un rifle de caza de calibre medio (seguramente un .223 o un .227) les habría destrozado el corazón.

Frank sacó otro cigarrillo del paquete y lo colocó entre los labios de Jake, que lo aceptó mecánicamente, sin apartar los ojos de las olas que rompían en la playa. Luego Frank se lo encendió con un viejo Zippo del cuerpo de Marines. En aquel pequeño gesto quedó patente el amor entre miembros de una misma familia, y Hauser se alegró de que Frank estuviera

allí.

—Jake, necesito fotografías de su esposa y su hijo. —El sheriff bajó la mirada y añadió—: Los pondremos en el registro de personas desaparecidas. Con la proximidad de la tormenta, y con el tráfico que hay en la autopista, no podemos organizar un control. Ralentizaría la evacuación. —Lo que en realidad estaba diciendo era que un control de carreteras podría suponer la pérdida de más vidas.

Jake se irguió, desenroscando su cuerpo hasta alzarse en toda su altura, y Hauser supuso que iba a decir que no le importaba, que quería que encontrasen a su esposa y a su hijo.

Lo único que hizo fue encogerse de hombros. Fue a recoger su cartera y sacó de ella una fotografía. Kay y Jeremy aparecían sonrientes, con Alicia y el Sombrero Loco detrás de ellos; una imagen tomada en Central Park antes de que el tiempo se hubiera detenido.

Por primera vez desde que lo había conocido, Hauser se dio cuenta de que tenía miedo de Jake Cole. En un principio le había llamado la atención su ropa y los tatuajes, y ese escalofriante modo con el que se mostraba indiferente ante todo, como si el horror fuese una parte inevitable de la vida. Pero ahora, viéndolo enfrentarse a la desaparición de su familia con la misma lúgubre falta de esperanza con la que se enfrentaba a todo lo demás, comprendió que Jake era uno de esos hombres que viven sin nada que perder porque ya les han arrebatado todo tiempo atrás.

Hauser había leído los informes sobre el asesinato de su madre, y sabía que el impacto producido por un acontecimiento como ese no podía medirse. Un impacto así sobrepasaba a Freud y se adentraba directamente en el territorio de Hitchcock. Además de tenerle miedo, Hauser había llegado a respetar y apreciar a Jake, y eso era extraño, porque el sheriff mantenía conscientemente una distancia profesional con respecto a toda la gente con la que trabajaba, lo cual le ayudaba a conservar su capacidad de juicio. Pero tras ese atípico cariño había un espectro silencioso de miedo, aglomerado en una criatura cubierta de tinta con la voz plana y unas pupilas frías y muertas.

Los ojos de Jake se habían transformado en túneles negros que penetraban en el interior de su cráneo. Levantó un brazo y señaló al agente de la nariz rota y la actitud avergonzada.

—Ese hijo de puta se quedó dormido mientras vigilaba. —Giró la cabeza para desviar su mirada de Hauser al agente, que ahora parecía un tanto asustado—. Si descubro que tú podrías haber evitado esto, tendrás que esconderte en el fondo del océano. No es una amenaza, es simplemente la verdad. —Escupió al suelo y añadió—: ¡Ahora quítate de mi vista!

Hauser levantó la mano:

—Jake, está enfadado. Y preocupado. No está pensando con claridad. Necesito que se calme.

Jake volvió a girar su cabeza y posó sus ojos sobre Hauser:

—¿Sueno calmado?

El sheriff se dio cuenta de que sí. Se volvió hacia Whittaker y le hizo un gesto en dirección a la puerta:

—Haz que alguno de los del servicio médico de la comisaría te vea esa nariz.

El poli abrió la boca para decir algo, pero Jake le clavó de nuevo su mirada encolerizada, así que la cerró y se fue.

Jake dejó su revólver sobre el piano.

—Todo esto tiene algo que ver con mi padre.

Spencer miró a Hauser con una mueca interrogante. El sheriff desvió la mirada para que Jake no percibiera su diálogo mudo. Fue un movimiento sutil y furtivo, pero el radar de Jake lo captó al instante.

—¿Qué? —preguntó.

Spencer se miró los pies y Hauser miró a Jake.

—¿Conoce a un hombre llamado David Finch?

—Mi padre vende en su galería. Pasó por aquí ayer. Un mierda.

—¿A usted no le gusta mucha gente, verdad?

Jake encogió los hombros:

—¿Qué tiene eso que ver con David?

Hauser se sentó en el taburete del piano antes de contestar:

—Lo hemos encontrado en la playa de Mann.

—¿Encontrado?

—En su coche. Igual que a la señora Macready.

—¿Cuándo pensaba decírmelo? —inquirió Jake, entrecerrando los ojos.

Hauser hizo un gesto con el brazo extendido en el aire:

—Como he dicho, usted tiene las manos llenas. El coche no podía quedarse donde estaba con el huracán a punto de llegar, así que ordené que lo llevaran a un garaje. Fotografiamos el interior lo mejor que pudimos...

—¿Ordenó que lo hiciera Conway? —preguntó Jake.

—No. Lo hizo Scopes con su cámara.

—¿Scopes? —dijo Jake, meneando la cabeza—. Había que filmar el coche en el lugar donde había aparecido. Un viaje en grúa lo sacudirá como una coctelera.

—No podía dejarlo en la playa —se defendió Hauser.

—No, pero podría haber grabado la escena del crimen con fidelidad. ¿Acaso Scopes es algún fotógrafo genial y yo no me había enterado?

Hauser se quedó callado.

—¿Cuándo fue asesinado David? —preguntó Jake.

—No lo sé. La doctora Reagan está ahora con el cuerpo.

—¿Realizó una lectura de temperatura en la escena del crimen?

—¿Una lectura de temperatura? —preguntó Spencer.

Jake negó con la cabeza como si estuviera a cargo de una convención de paletos de pueblo:

—Un cuerpo pierde calor a un ritmo que puede calcularse. Midiendo la temperatura se puede fijar la hora de la muerte.

Spencer palideció un poco.

—¿Cómo tomas la temperatura?

—¿Qué es esto? ¿Una guardería? —dijo Jake, poniendo los ojos en blanco—. Utilizas un termómetro rectal. Claro está, sin una capa de piel, el ritmo de enfriamiento sería diferente, pero aún así se necesita esa lectura. Como mínimo, necesitamos la línea temporal de este tipo, los intervalos entre sus actuaciones. ¿Quién lo encontró?

—Scopes —respondió Hauser.

Después del trabajo, Jake y Spencer solían pasar el rato de vez en cuando en la playa de Mann. Era un lugar ideal para llevar a chicas, porque nunca había nadie. Estaba vallada y situada en un pequeño istmo de roca que podría muy bien haber sido la cara oculta de la luna.

—¿Qué hacía Scopes en esa playa?

—Con la cercanía de la tormenta —dijo Hauser, mirando fijamente a Jake y señalando con el pulgar el temporal que había en el exterior—, di orden de comprobar todas las playas. No quería que ninguno de esos lerdos cazadores de tormentas muriera mientras acampaba en una tienda de campaña y grababa el huracán con una cámara Sony.

La muerte de Finch no produjo ningún efecto en Jake. Estaba demasiado ocupado intentando conectar los puntos:

—Y ahora Finch. ¿Por qué ese tío la tiene tomada con mi padre?

Frank inclinó la cabeza hacia un lado, y si Jake hubiera estado prestando más atención habría detectado uno de los gestos de su padre reflejado en los genes.

—¿Por qué crees que esto tiene algo que ver con tu padre, Jakey? —preguntó. Su voz, como la de Hauser, era casi un grito.

Jake volvió a encogerse de hombros:

—He estado buscando a ese tipo durante treinta y tres años, Frank. No lo sabía, pero lo hacía. Mató a mi madre. Mató a una mujer y a su hijo en una casa en la playa. Mató a la enfermera de mi padre. Ha matado a David. Y ahora... —dejó que la frase se desvaneciese. Giró el cuello y clavó en Hauser los remaches negros que solían ser sus ojos—. Me gustaría decir que la señora y el pequeño X fueron una práctica. Me gustaría creer eso. Pero no puedo. No es la forma de trabajar de este tío. —Incluso aunque hablaba en un tono muy alto, su voz volvía a tener un carácter distante—. Mi padre tenía algo que ver con la señora y el pequeño X. De algún modo, todo esto tiene relación con él. —Por detrás de la conmoción que ardía en los grasientos bucles de sus tripas, Jake percibió algo más retorciéndose. Pensó en Sobel y en el hombre de sangre y en Jeremy y en el hombre del suelo.

Hauser asintió con gesto fatalista:

—Tenemos a alguien en el hospital. —Con el huracán, eso suponía un enorme sacrificio en cuanto a recursos—. Cuidaremos de su viejo. No se preocupe.

—¿Le parece que estoy preocupado por él? —preguntó Jake, levantando la mirada.

—Necesito saber qué es lo que hay dentro de su cabeza ahora mismo. ¿Qué está viendo, o no viendo que podría ayudarme con todo esto? ¿Dónde están los puntos frágiles? ¿Los puntos débiles?

—¿Puntos débiles, Mike? —Jake le tendió la foto de su esposa y su hijo a Hauser—: Estos son los puntos débiles.

Hauser cogió la foto y contempló a Kay y a Jeremy sonriendo embobados mientras Alicia y sus locos amigos aparecían en el fondo de la imagen.

—¿Qué va a hacer?

Jake cogió una camiseta que había encima del piano y se la puso, luego se sujetó la funda de la pistola al cinturón. La pistola de gran calibre con la empuñadura negra de combate era casi invisible contra la tela negra, aunque emitía un destello intermitente. Metió los pies desnudos en las botas y señaló a Spencer:

—Lo necesito durante tres horas. Utilice al que vigila a mi padre en el hospital si necesita un refuerzo.

—¿Para qué quiere a Spencer?

Jake volvió a pensar en Sobel y en el hombre de sangre.

—Creo que mi padre sabe quién está haciendo esto. Creo que está demasiado asustado

para decirlo con palabras, pero no mediante su pintura. Se ha pasado años llenando ese estudio de ahí fuera con alrededor de cinco mil extraños lienzos. Es un puzle. Y significa algo. Creo que es un retrato de la persona que está haciendo esto. El hombre de sangre. Necesito fotografiar esos cuadros y necesito que los analicen con un programa de reconocimiento de patrón. Si los lienzos cuadran juntos de algún modo, el programa lo verá.

Hauser miró a Jake durante unos segundos.

—Y luego ¿qué?

—Luego sabré a quién voy a matar.

Frank dejó su enorme Humvee en un extremo del aparcamiento, desde donde podría atravesar la valla y alcanzar la calle si la zona se inundaba. El cielo se precipitaba con un caudal constante y el aparcamiento estaba cubierto por la lluvia, que superaba los treinta centímetros de profundidad en algunos puntos. Una taza de café con el logo de Starbucks pasó ante él, arrastrada por el agua y seguida por un ejército de basura. Frank se bajó del todoterreno y una bolsa de plástico de Walmart pasó flotando a su lado, como si fuera un participante en una carrera de medusas patrocinada por la cadena de supermercados. Se dirigió hacia el edificio del hospital con paso firme, mientras sus botas chapoteaban en los charcos.

Frank Coleridge no reconoció la destrozada sombra de un hombre que solía ser su hermano, dormido bajo el rectángulo amarillo de luz que proyectaba el tubo fluorescente que colgaba por encima de la cabecera como la lápida de una tumba. Su rostro se antojaba el reflejo proyectado por un espejo deformado y arrasado por el fuego. Su hermano y él habían nacido siendo gemelos idénticos, pero una vida entera de caminos y direcciones individuales les había granjeado a cada uno distintas cicatrices. Ahora, después del fuego y el accidente, el parecido no pasaba de ser periférico. A Frank lo dejó perplejo el hecho de que dos cuerpos contruidos a partir de los mismos bloques de construcción moleculares pudieran acabar siendo tan diferentes.

La destrucción del envoltorio terrestre de su hermano había sido enorme: su barba y sus cejas habían desaparecido bajo el fuego, y una cicatriz de veinte centímetros (allí donde un trozo mellado de cristal le había seccionado la ceja y la mejilla izquierdas) brillaba ahora con las grapas y el ungüento antiséptico. Jake le había dicho lo de las manos, pero ver en persona aquellos bastones vendados en los extremos de sus brazos le hizo comprender que los días de pintor de su hermano habían llegado a su fin, a pesar de aquel retrato sangriento que había sido capaz de hacer. Y todos aquellos problemas físicos, para los que había estado más o menos preparado, resultaban insignificantes si se comparaban al deterioro de su mente.

El hecho de que el brillante Jacob Coleridge estuviera perdiendo el motor principal de su cabeza era lo que más le costaba a Frank asimilar. Jacob había sido un elemento fijo en su vida desde el día en que su célula se había dividido, ya antes de que se hubiera convertido en marido o en padre o en pintor, y la constante en todas las etapas de sus vidas había sido la genialidad de Jacob. Técnicamente, Frank sabía que, célula a célula, ambos poseían la misma materia gris, pero había vivido lo suficiente como para saber que los detalles técnicos no importaban un rábano en la vida práctica. En un documental del *Discovery Channel* había visto que unos ingenieros de la NASA habían demostrado de manera matemática que, técnicamente hablando, los abejorros no podían volar. Así pues, por algún juego de manos

genético, Jacob había recibido una porción mayor de esa cualidad indefinible llamada talento. Pero Frank nunca había sentido celos del don de su hermano en ningún aspecto, excepto en lo que hacía referencia a Mia.

Mia.

Su nombre aún le producía un dolor sordo en el pecho. Jamás se lo había contado a Jacob. Ni a Mia. De hecho, había creído que aquel era el único secreto que había logrado mantener ante su hermano. Pero una noche, unos años después de que ella hubiera sido asesinada, Jacob, en una de sus encolerizadas diatribas, se lo había echado en cara como un tumor venenoso que le estuviese pudriendo el estómago, y Frank se había visto obligado a hacer frente a su hermano. Había mentido, gesticulado, negado, negado, negado. Pero Jacob había insistido de manera despiadada y había perdido el control, lanzando su puño contra la mesa primero, luego contra la pared y después contra el rostro de Frank. Aquello había sido el final de su relación.

Frank contempló a su hermano gemelo, atado a la cama, medicado, pequeño, dormido, y se preguntó por qué se estaba llevando a cabo aquella ópera.

—¿Qué les digo?

La única respuesta fue la respiración áspera de Jacob y el zumbido del tubo fluorescente.

Su voz sonó seria y solemne allí dentro. Extendió el brazo y tocó el pie de su hermano a través de la manta. Durante un efímero segundo, deseó que los buenos deseos y las mejores intenciones pudieran transmitirse a través de la tela esponjosa. Apretó el pie de Jacob, que era cálido y rígido bajo aquella mortaja amarilla, y luego retiró la mano. Jacob movió la cabeza en la almohada e intentó levantar uno de sus brazos. El cierre de la cincha tintineó. Y sus ojos se abrieron de golpe, con un destello enfermizo bajo la luz amarillenta que caía de la lámpara.

Jacob se lamió los labios y sus ojos recorrieron la mitad de la habitación, desde la ventana hacia la que había estado inclinada su cara hasta su hermano, situado a los pies de la cama. Sus miradas se encontraron y Frank se dio cuenta de que sus vidas se habían consumido, de que la mayoría de los granos habían caído ya a la parte inferior del reloj de arena.

—¿Frank? —preguntó Jacob con voz dudosa, como si no se fiase de lo que estaba viendo.

—Sí, Jacob, soy yo.

Jacob contempló la habitación como un borracho que se hubiera despertado en un callejón sin saber cómo había llegado hasta allí.

—Frank —volvió a decir, y trató de mover el brazo. Las cinchas que lo mantenían atado se tensaron y giró la cabeza para ver qué ocurría. Entonces miró aquella especie de tela de araña de nailon que lo sujetaba a la cama—. Frank, ¿qué coño está pasando?

En el rostro de Frank surgió una amplia sonrisa al comprender que su hermano estaba lúcido.

—Hospital, colega.

—¿Has venido para ayudarme a escapar? —Sus ojos se fijaron en los muñones en que terminaban sus muñecas. En su cara apareció una expresión de confusión, luego de enfado, como un personaje de una película de ciencia ficción que despierta en un laboratorio para encontrar que sus manos han sido reemplazadas por gigantescas pinzas de langosta—. ¡¿Y qué coño...?! —La frase quedó inacabada y Jacob inhaló una gran bocanada de aire—: Oh, Dios. El fuego. La ventana. —Intentó mover la pierna, luego el otro brazo—. Frank, ¿puedes soltar alguna de estas cinchas?

—La última vez que no estuviste atado te arrancaste las vendas a mordiscos y pintaste un cuadro en la pared utilizando tu propia sangre. Si te suelto, tienes que estarte quieto.

Jacob se sonrojó, pero, bajo la luz amarilla, su piel pareció en realidad teñirse de un rosado enfermizo.

—¡Me cago en la hostia puta, Frank! Suéltame o corta estas malditas cinchas o lárgate de aquí.

En cualquier otro momento y lugar, si no hubiera escuchado todo lo que Jake le había contado en la casa, habría sacado su cuchillo y habría cortado las cintas que ataban a su hermano. Pero con todo lo que ahora sabía, con todas las advertencias que había recibido, tardó unos segundos en tomar una decisión:

—De acuerdo. Pero compórtate.

—¿O?

—O volverá a venir la enfermera y te inyectará tantos tranquilizantes en el culo que podrán quitarte el cerebro con una aspiradora y ni siquiera lo notarás. ¿Lo tienes claro?

Jacob le dirigió una mirada feroz con los dos trozos de sílex que estaba utilizando como ojos.

Frank soltó las cinchas que sujetaban los pies y las muñecas de su hermano, pero dejó la que tenía alrededor de la cintura, para que no pudiera levantarse de la cama. Los muñones del tamaño de piñas con que terminaban sus brazos no le permitían soltarse por sí mismo.

Jacob se estiró, se llevó una de sus antiguas manos a la cara y se frotó la ceja y la mejilla como un oso que se rascase contra el tronco de un árbol. Las grapas que sobresalían de la pomada antibiótica produjeron un sonido áspero al rozar contra la venda.

—¿Mis manos están muy mal? —Su voz sonó clara, aunque arrastró ligeramente las palabras, sin duda como consecuencia de los analgésicos que penetraban en su cuerpo gota a gota.

—¿Quieres que avise al doctor?

—Si quisiera que avisases al doctor, te lo habría pedido —repuso Jacob, con un bufido de irritación—. Lo que quiero es que me digas cómo están mis jodidas manos.

—No están bien, Jacob. La mayor parte de la carne se ha chamuscado y la musculatura y los nervios han desaparecido. Necesitarás unas prótesis, pero es probable que no te las pongan porque apenas te mantienes lúcido y te has comportado agresivamente.

Los ojos de Jacob agujerearon a Frank y apretó la mandíbula, tensándola como si fuera un puño.

—Desde luego, eres un tipo muy alegre.

Frank pensó un momento en el retrato sangriento y en los gritos, el ataque de pánico y el miedo.

—Los médicos piensan que es Alzheimer —dijo de plano.

Durante un segundo se produjo un destello eléctrico en la oscuridad de los ojos de Jacob.

—¿Ah, sí? Bueno, hasta los lumbreras con diplomas se equivocan, hermanito. —La corriente eléctrica alcanzó las comisuras de su boca, que temblaron repetidamente y luego se quedaron inmóviles.

—Jacob, mira, no sé durante cuánto tiempo vas a... —hizo una pausa, rebuscó en su cabeza la expresión correcta y luego prosiguió—: a ser tú mismo. Y tenemos problemas. Necesito algunas respuestas.

—¿Tenemos? —preguntó Jacob, entrecerrando los ojos—. Nosotros, ¿quiénes?

Frank conocía la historia de los dos Jacobs desde el principio. Había sido un espectador de la gran saga de los Coleridge hasta que recogió sus cosas y se marchó de Montauk. Había desaparecido, sin decirle a nadie dónde estaba, y no había recibido noticias de nadie hasta que años más tarde su sobrino lo había llamado para decirle que necesitaba ayuda para dejar las drogas. Aún le costaba identificar al niño que había conocido con el hombre duro y protegido con armadura que había visto esa misma noche.

—Jakey ha vuelto.

El rostro de Jacob mostró toda una serie de expresiones diferentes de tristeza antes de quedar inmóvil, como carente de vida.

—Debería haberse mantenido fuera de esto.

—Eres su padre. No podía dejarte a merced de los buitres.

—No quiero que esté aquí —dijo Jacob, tensando los labios—. Haz que se vaya. Que se largue. No puede quedarse, Frank. No puede permanecer en Montauk. —Se percibía un temblor en su voz, un pequeño estremecimiento que era tan sutil que tal vez fuera producto de la imaginación.

—¿Por qué no, Jacob?

—Porque vendrá en su busca.

Frank dio un paso hacia su hermano y puso la mano sobre su pierna.

—¿Estás hablando de la tormenta?

La voz de Jacob brotó con un alarido, como si alguien le hubiera metido un anzuelo en los tímpanos:

—¡No, idiota! Estoy hablando de él. Si Jakey ha vuelto, él lo sabrá.

Frank aumentó la presión de su mano sobre el pie de Jacob, tratando de calmarlo.

—Todo está bien, estoy aquí. Yo cuidaré de Jakey.

Jacob se echó a reír y su risa fue un bufido de burla. Apartó su rostro:

—Tú ya estás muerto. Eres demasiado estúpido para darte cuenta.

En poco más de dos horas habían grabado casi mil ochocientos lienzos más. Jake sostenía un cuadro en alto, Spencer le sacaba una foto y Jake lo tiraba a un lado. Había una montaña de lienzos que parecían la preparación para una hoguera. El estudio no era tan sólido como la casa, y las paredes retumbaban empujadas por el viento. Cada dos por tres una parte del tejado era arrancado con un feroz crujido.

—Necesito dos minutos para echar una meada y beber algo —dijo Spencer, retirándose del trípode de la cámara. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del viento.

Jake miró la camisa empapada de sudor de Spencer y su expresión agotada:

—Aquí no queda Coca-Cola. Vamos a la casa. Necesito un cigarrillo.

Dejaron la cámara y corrieron hacia la casa, acribillados por el desafío de lluvia y viento procedente del océano. Saltaron al interior por la puerta que daba a la terraza.

En cualquier otro momento habrían maldecido el temporal, pero en las presentes circunstancias, Jake se limitó a ir a la nevera y Spencer estiró sus músculos.

El mundo era de un gris profundo que latía con puñaladas blancas de relámpagos, y el océano se aproximaba vomitando grandes olas rompientes que estaban muy cerca de ser las peores que Jake había visto jamás. Se detuvo un momento a medio camino de la cocina e intentó ver el oscuro perfil de la playa a través de la lluvia. La piscina se estremecía y agitaba a merced de la tormenta, y los nenúfares se habían agolpado contra la pared más próxima a la casa, muchos de ellos habían rebasado el borde y estaban estampados contra la cristalera. Y eso era solo el principio.

—Jake, ¿puedo preguntarte algo? —dijo Spencer, apoyado contra el piano, debajo del cuadro de Marilyn. A su izquierda, tapando la gran chimenea de pizarra que se extendía bajo las vigas como un árbol fosilizado, estaba el edípico retrato de Chuck Close con los ojos acuchillados. Spencer miró el cuadro durante un instante, parpadeó como un búho y trató de concentrarse en el lienzo maltratado.

Jake abrió la nevera y sacó dos botellines de cristal de CocaCola. La biblioteca había desaparecido; lo único que quedaba era la pizza fría de la cena de la noche anterior, media rebanada de pan de molde y un bol de ensalada de atún intacta.

Spencer apartó la mirada del cuadro y preguntó:

—¿Qué te pasó ahí fuera?

Jake destapó las botellas con un abridor con mango de cuerno de ciervo y le tendió una.

—Ahí ¿dónde?

—Dónde fuera que te fuiste.

Jake dio un trago largo de la botella, y por alguna razón, el refresco sabía bien y eso le sorprendió.

—Pasábamos el rato en el Club Náutico, fumábamos hierba y los fines de semana

ligábamos con chicas de la ciudad. —La voz de Spencer se transformó al viajar en el tiempo—. Quiero decir, a mí me parecía que todo iba bien. Un día eras mi mejor amigo, al siguiente te habías ido. Tío, había rumores por ahí de que tu padre te había matado y te había enterrado en ese jodido garaje. Treinta años después vuelves convertido en una especie de experto paranormal en los asesinos en serie del mundo y con la pinta de ser el estilista de un zombi.

Jake interrumpió un trago a medias y se apartó la botella de los labios. Sintió que se acercaba un dolor de cabeza y pensó en tomarse varios analgésicos.

—Pensaba que mi pinta era más bien la de un tipo atractivo y misterioso. —Y entonces sintió la descarga, otra vez. De la mano de una imagen de su esposa y su hijo llegó una sacudida en su pecho que indicaba un fallo en el marcapasos. Puso las manos en el borde del mostrador, con las muñecas vueltas hacia arriba y los dedos aferrando la desgastada superficie de formica que en cualquier otro momento habría notado fría. Ahora vibraba con un zumbido de baja frecuencia que le hizo castañetear los dientes y se transmitió por todos los huesos de su cuerpo. Enterrado bajo ese zumbido se hallaba el sonido de la voz de Kay, sus risas. Y justo debajo de ella, se oía a Jeremy imitando el rugido de un dinosaurio. Se produjo una interferencia y su antena dejó de captar la señal y sus voces comenzaron a tartamudear con una especie de chapoteo. Luego un siseo. Y finalmente el silencio.

Levantó la mirada para ver a Spencer mirándolo fijamente con una gran dosis de perplejidad en los ojos.

—Jake, ¿qué?

Jake meneó la cabeza con un gesto terminante que decía que no iba hablar de ello. Si lo hacía, se vendría abajo. Ni siquiera podía pensar en Kay, y hasta ahora lo había logrado bastante bien. Más o menos. El truco consistía en no recurrir a ella de ninguna manera. Y esa era la parte más difícil.

Volvió a concentrarse en la conversación:

—¿Dónde estábamos? Ah, sí. El gran «¿por qué?». Si pudiera volver atrás, tomaría decisiones diferentes, pero marcharme no sería una de ellas. —Registró la cocina y encontró los analgésicos en una de las bolsas de la farmacia que contenía las medicinas más importantes. Abrió la tapa, vertió tres pastillas en la palma de la mano y se las tragó con un sorbo de Coca-Cola—. ¿Regresar a casa? —Dejó que la pregunta quedase flotando en el aire. ¿Qué más podía decirse?

En el exterior, la lluvia venía directamente desde el océano y martilleaba las ventanas y hacía retumbar la plancha de madera contrachapada que sustituía la cristalera rota. El agua se filtraba por huecos invisibles y se acumulaba en el suelo formando un charco que iba aumentando lentamente.

Jake se terminó el refresco y se adentró en el salón. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que absorber el agua o al menos evitar que continuara extendiéndose. A puntapiés, tiró algunos de los periódicos al charco, como sacos de arena impresos de noticias para frenar el avance de la inundación. Rápidamente se volvieron grises. De camino a la cocina se detuvo en el centro de la zona que acababa de limpiar de basura, y se quedó paralizado.

Spencer percibió cómo se activaba el mecanismo de su cabeza:

—¿Qué?

Jake permaneció inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, tomando fotografías mentales del diseño que veía entre el desorden.

—Hijo de puta —dijo, pero el sonido de su voz se perdió en el fragor de la tormenta. Se puso a limpiar la habitación.

Apartó periódicos a patadas, movió las sillas hacia los rincones, volcó la mesita de centro y la lanzó por los aires. Cogió el extremo del sofá de cuero y acero, lo levantó y lo arrastró por el suelo. Las alfombras no se movían porque su padre las había clavado, cosido y grapado al suelo.

—¡Vamos! —le ordenó a Spencer.

El aludido, todavía sin comprender, levantó el otro extremo del sofá.

—¿Adónde lo llevamos?

Jake hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y, como si fuera una obviedad, gritó:

—Afuera.

Jake giró su extremo del mueble, lo aguantó sobre su rodilla, cogió el pomo de la puerta y la abrió. No se había preparado para el viento, que empujó la puerta con tanta fuerza que estuvo a punto de arrancar las bisagras. Pasaron el sofá por el hueco y Jake dejó caer su lado sobre la plataforma de la terraza. Spencer perdió su agarre y el mueble cayó y se volcó sobre el respaldo. Luego los dos corrieron al interior.

—¡Vamos! —Jake arrojó un escabel contra un busto de bronce de Rodin, haciéndolo caer. Escarbó como un perro, apartando cosas de las alfombras y volcando los cuadros. Un jarrón explotó en fragmentos afilados de mil colores al chocar contra una estantería.

Jake empujó el piano hacia un lado y el instrumento produjo un estrépito propio de un elefante herido. En unos minutos habían limpiado el centro de la sala de estar y habían dejado expuesta la obra salpicada de manchas de pintura hecha a base de alfombras.

Jake corrió escaleras arriba y se giró para contemplar la imagen que había en el suelo. Sus ojos se clavaron en la zona excavada entre la basura y los muebles. Se sentó.

Spencer subió para reunirse con él, se volvió y se dejó caer a su lado.

—¡Joder! —exclamó.

De cerca era solo un revoltijo de color, de alfombras superpuestas y manchas de pintura. Pero desde la escalera, con ayuda de la distancia y la perspectiva, una imagen inconfundible resultaba visible en el centro de la estancia, como la imagen de rayos X de un ataúd. Era un retrato del mismo rostro sin ojos que Jacob Coleridge había pintado en la pared de su habitación del hospital.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Spencer.

Jake recordó a Jeremy saltando una y otra vez en el centro de la sala de estar cuando le había pedido que describiese a su amigo.

—El hombre del suelo.

Ahora Frank entendió de qué había estado Jake hablando cuando le llamó el día anterior por teléfono: Jacob estaba asustado.

—¿De qué estás hablando?

Jacob se frotó la cara con una de las pinzas de insecto envueltas en vendas. El gesto no fue consciente, sino algo salvaje.

—De agosto de 1969, Frank.

Frank cogió una silla que había cerca de la ventana y el plástico de las patas produjo un sonido de arañazo contra el linóleo. Se sentó, un poco más allá del alcance de Jacob, y enlazó sus manos en la nuca. No es que su hermano pudiera hacer gran cosa con aquellos muñones blandos, pero Frank era un hombre cauto, una cualidad que los años de caza mayor habían afinado hasta otorgarle el estatus de una segunda naturaleza.

—Jacob, sea lo que sea lo que vas a decir, sea lo que sea lo que te asusta, no es cierto. ¿De acuerdo? Es conmigo con quien estás hablando. Sea lo que sea con lo que quieres que me enfrente, lo haré. ¿Vale? No sé de cuánto tiempo dispones, o disponemos, y no quiero malgastarlo con estupideces. Hay cosas que quiero decirte y...

—¡Cállate! —Las hebillas que colgaban produjeron un sonoro tintineo al chocar contra el somier de la cama.

Frank se echó hacia atrás y miró los feroces agujeros negros en que se habían convertido los ojos de su hermano. ¿Era de eso de lo que había estado hablando Jake? ¿Esa cháchara de terror, una especie de mensaje subliminal escondido tras el tono de su voz?

—Jacob, ¿de qué estás hablando?

Jacob balanceaba su cuerpo hacia un lado y otro, y algo en esa actitud resultaba perturbador.

—Tú estabas allí. Sabes lo que pasó. Mia fue la primera en verlo. Y después murió. Y después Jake... empezó a distanciarse. Lo perdí a él también, Frank. Prometí no contárselo a nadie. Lo prometí y mantuve mi palabra. Pero no puedo guardar un secreto como este para siempre. No eternamente. Da igual lo mucho que quiera hacerlo. —Sus palabras se derramaron como aceite sucio de motor, salpicadas con trozos de su cerebro averiado, y Frank se preguntó si Jacob ya no estaba en aquella habitación—. El está aquí, Frank. —Los puntos negros de sus pupilas ya no parecían enfocados, ni tan siquiera parecían humanos. Su mirada se había desvanecido y ahora contemplaba imágenes en el interior de su cabeza.

—¿Quién?

—¡El!

—Jacob, esto no tiene nada que ver con el barco. Sé racional. ¿Cómo podría tener algo que ver con eso?

Los ojos de Jacob volvieron a enfocar, como si alguien hubiera puesto pilas nuevas en el

compartimento posterior de su cabeza.

—Tú nunca subiste a bordo. No viste lo que había pasado. —Los viejos fantasmas volvían a salir de la oscuridad, poniendo en marcha la máquina del miedo.

—Jacob, ¿de qué coño hablas?

Los ojos de su hermano rastrearon la habitación y se detuvieron en su rostro.

Frank quiso creer que quien hablaba era el Alzheimer, no un ser humano racional, pero la voz de su hermano sonaba calmada y equilibrada:

—Jacob, escúchame. Tienes que dejar de decir estas chorradas, ¿de acuerdo? Los dos sabemos de lo que estás hablando. No hicimos nada malo, tú no hiciste nada malo. No hubo nada que pudieras haber hecho de manera diferente.

—Podríamos haberlo dejado allí.

Debajo de las marcas de quemaduras y las grapas y el ungüento antibiótico, Jacob Coleridge parecía asustado. Frank movió la cabeza a ambos lados.

—Era solo un niño pequeño, Jacob. Si lo hubiéramos dejado allí, habría muerto.

—Mejor él que todos nosotros.

Era fácil darse cuenta de que solo faltaban unas pocas horas para el espectáculo principal; el mundo exterior parecía haber sido escrito para una película de desastres. Para cuando Frank aparcó su todoterreno en el sendero de entrada, el coche de Spencer ya no estaba allí. Corrió desde su Humvee hacia la casa y la lluvia martilleó su capucha como si las gotas fueran pelotas. Al girar el pomo, el viento empujó la puerta y la abrió con estruendo, arrastrando por los aires una pila de cartas que se adentraron en la casa como pájaros asustados.

Jake estaba vistiéndose en el vestíbulo. Detrás de él, sobre la mesa Nakashima (una amplia tabla de nogal desnudo) la extraña escultura esférica hecha de fragmentos de acero soldado zumbaba con la electricidad de la tormenta, como un diapasón. En el suelo, un poco a la izquierda, se hallaba la funda del violonchelo de Kay, cubierta de tarjetas de líneas aéreas.

—Jake, tengo que hablar contigo.

Jake hizo un gesto hacia la puerta. O hacia el mundo que había fuera. O quizás hacia la nada, resultaba difícil saberlo.

—Tengo que reunirme con Hauser. Podemos hablar en tu coche.

Frank se subió hasta la barbilla la enorme cremallera de latón de su impermeable.

—En marcha, chico. —Y salieron a la tormenta con la cabeza agachada.

El único indicio de que existía vida en algún otro lugar aparte del interior de la gigantesca bestia de metal que los llevaba hacia el oeste era el torrente constante de desperdicios hechos por el hombre que cruzaba la autopista vacía y el intermitente parpadeo de luces en algunas de las casas que flanqueaban la carretera. Si Jake hubiera estado prestando atención a esas cosas, le habría sorprendido que alguien hubiera decidido permanecer allí. En las presentes circunstancias, era incapaz de reunir el suficiente interés como para percatarse. Los más inteligentes se habían marchado. Los demás se habían quedado. Hasta ahí fue hasta dónde llegó en la ecuación.

El viento y la lluvia golpeaban con una trayectoria horizontal y Frank tenía que luchar continuamente para mantener su inmenso vehículo en la carretera. El interior olía a gasoil, a cartuchos de escopeta, a sangre y a lápices húmedos. Sin ser consciente de que lo hacía, Jake aferró la manivela de la puerta mientras su cabeza rebobinaba lentamente los acontecimientos de los últimos días.

—Esto es importante, Jake. —Frank tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido combinado de la tormenta y del motor diésel.

Jake regresó al presente, al mundo en el exterior del vehículo, que latía con la tempestad, y parpadeó como alguien que estuviera probándose un nuevo par de ojos por primera vez.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes que no creo en la astrología ni en Dios ni en ninguna de esas otras estupideces

con las que la gente se miente a sí misma porque así consiguen que vivir con miedo sea un poco más fácil de sobrellevar. Puede que sea el tipo equivocado para esto. Quizá necesites a alguien que crea en ese tipo de cosas.

Una mesa de plástico de jardín cruzó la carretera por delante de ellos como si fuera una araña. Cuando chocó contra el arcén de gravilla se volcó y desapareció en la oscuridad. Frank estiró el brazo hacia el salpicadero y encendió los focos atornillados al techo, y la autopista se iluminó con tonos submarinos.

Una ráfaga de viento golpeó el lateral del Hummer y Frank tuvo que girar el volante hacia la izquierda para evitar el arcén y la cuneta que había más allá.

Bajo la luz verde y azulada del salpicadero, la cara de Frank palideció visiblemente.

—Soy un hombre viejo, Jake. He visto cómo el mundo pasaba de ser asombroso a ser un lugar lleno de mierda durante el transcurso de mi insignificante vida. Y he tenido parte de culpa en algo de ello. —Su semblante se tensó un poco más, sacó un paquete de cigarrillos, Camel sin filtro, y le ofreció uno a su sobrino. Después de dárselo, cogió otro para él, devolvió el paquete a su bolsillo y encendió su Zippo. Pasó la punta del cigarrillo a través de la llama y luego se lo pasó a Jake. La llama dibujó un rastro blanco ante los ojos de Jake, y el pesado olor del líquido del mechero hizo que el cigarrillo supiera mal y mejor al mismo tiempo. Dio una larga calada y aguantó el humo durante un momento.

Jake ignoró el estruendo de la lluvia en el exterior, el raspeo de los enormes limpiaparabrisas en los cristales frontales, el rugido del motor y el olor a pólvora y cedro. Simplemente contempló a su tío, deseando que las imágenes de Kay y Jeremy lo dejaran en paz durante un rato, lo suficiente para que pudiera comprender todo aquello.

Frank señaló con un gesto de la cabeza el ordenador portátil que Jake llevaba en su regazo.

—Le pregunté por los cuadros, Jake, por esas piezas de puzle. —Jake, el eterno estudiante del comportamiento, reconoció el rumor del miedo en la voz de Frank. ¿O era tan solo el sabor residual de la primera llamada que había recibido desde el hospital dos noches y un puñado de vidas atrás? Dejó de tamborilear con sus dedos sobre la tapa del ordenador—. Dijo que tú lo averiguarías. Que tú sabrías qué hacer. —Frank chupó su cigarrillo y la punta se encendió con una luz anaranjada—. Estaba soltando lastre, Jakey. Creo que esos cuadros son una especie de regalo para ti. Alguna clase de... —hizo una pausa y el crujido de los limpia-parabrisas llenó el silencio— ... disculpa.

—No creo que Jacob Coleridge sepa lo que es una disculpa.

Frank se aclaró la garganta y dos tiras de humo escaparon por sus fosas nasales. Era la acción de un hombre que intentaba controlar sus nervios.

—Parte de esta historia es cierta, Jakey. Lo sé porque yo estuve allí. —Volvió a hacer una pausa, como si su mecanismo se hubiera atascado—. ¡Jesús, si hay algo en esto que pueda ayudarte a encontrar a tu mujer y a tu niño, entonces no me importa romper una promesa!

—Déjate de melodramas.

—Juré que nunca te lo contaría.

—¿Se lo juraste a quién? —Jake casi gritó para hacerse oír por encima de los rugidos del mundo exterior—. A mi padre ya no puede importarle, Frank.

—Se lo prometí a tu madre, Jakey. Quiero decir que se lo prometí de verdad. Se lo juré por mi vida, una de esas promesas. Y no sé hasta qué punto te acuerdas de cómo era tu madre...

—La recuerdo perfectamente —dijo Jake, interrumpiéndole.

—Entonces sabrás que ella se enfadaría mucho si te lo contase. Ella creía que tú no deberías saber esto. Todos pensábamos igual.

—Frank, ese cabrón tiene a mi mujer. Y a mi hijo. Si sabes algo que podría ayudarme a dar con él, será mejor que no me entere cuando ya sea tarde. —Durante un instante le cegó la imagen de Kay y Jeremy caminando por la playa, Jeremy saludando a la gente con la que se cruzaban—. No soy de los que perdonan.

—Ya lo he notado. —Frank dio una nueva calada y asintió mientras el humo salía entre sus dientes blancos—. ¡Qué diablos! Todos hemos de morir, ¿no es cierto?

Y entonces comenzó a romper una promesa de cuarenta y dos años de antigüedad.

Agosto, 1969
220 kilómetros hacia el este de
las Islas Vírgenes Británicas

Se dirigían hacia el norte en su relajado regreso a aguas nacionales de Estados Unidos después de un verano que habían pasado de isla en isla. El viaje había durado un poco más de doce semanas y el retiro sibarita les había sentado bien. Jacob se había sumergido en su trabajo, probando con las acuarelas y realizando algunos buenos estudios de la frondosa vegetación isleña y de las aguas cristalinas; Mia había aprendido a hacer submarinismo y a pescar y había perfeccionado su destreza con la barbacoa; Frank había cuidado una vez más de su corazón roto hasta hacerlo regresar de entre los muertos. Todos estaban bronceados por el sol y disfrutando de la sensación de bienestar de finales de agosto, producto de un verano bien empleado.

Aquellas eran las terceras vacaciones que realizaban como un trío, pero doce semanas encerrado en un barco con su hermano y su esposa estaban poniendo tenso a Jacob; al menos, eso era lo que él había pensado en aquel entonces. No sería hasta más tarde, con la claridad que ofrecía la perspectiva, cuando comprendería que algo malo les esperaba en el borde mismo del horizonte.

Mia estaba en la cubierta de proa, tumbada al sol y leyendo un libro de bolsillo. Jacob llevaba el timón, vestido solo con unas bermudas desgastadas, echándole un ojo a la brújula y trasegando una botella de Johnnie Walker (su alternativa de emergencia al Laphroaig que no había podido encontrar en ninguna isla aparte de en Bermuda). Frank estaba abajo, en uno de los camarotes, durmiendo la mona tras otro fallido intento de aguantarle el ritmo la noche anterior a su hermano mayor, el campeón del momento.

Jacob observó a Mia, cuyo biquini ocultaba una porción muy pequeña de su cuerpo. Adoraba su piel, su suavidad, y disfrutaba enormemente retratándola siempre que ella consentía en permanecer sentada el tiempo suficiente para que él plasmase su visión en un lienzo. Dio un trago de la botella y recorrió su silueta con la mirada, asimilando sus proporciones y su musculatura. Llevaban ya unos cuantos años juntos, y Jacob podía percibir pequeños signos de envejecimiento que comenzaban a aparecer. Mia era más joven que él. Se habían conocido en una taberna de Nueva York cuando la cita de Mia se había retrasado y Jacob se había fijado en ella. Había ido apresuradamente a la barra para pedir una botella de whisky y había insistido en que la hermosa mujer que se sentaba a su izquierda probase un poco de Laphroaig antes de que él se la acabase entera. Enseguida saltó a la vista que estaban hechos el uno para el otro. En el plazo de una semana, Jacob la estaba retratando. Y en el plazo de dos, ella se mudó a vivir con él.

El tiempo era apacible y navegaban con un buen ritmo. Un viento del sur los empujaba hacia casa como una mano invisible, y con la sola excepción de unas pocas manchas de sargazos que habían podido esquivar, no había nada que frenase su avance. Mia no dejaba de mirar hacia estribor, siguiendo a una pareja de delfines de nariz de botella que parecían disfrutar en su compañía. Se estaba ajustando los tirantes del biquini cuando algo captó su atención hacia el este. No era gran cosa, poco más que un destello de luz, pero fue lo suficiente para que cogiese los prismáticos.

—Jacob. —En el lenguaje de las parejas casadas, esa única palabra era una frase entera.

Él levantó la vista y siguió la indicación de su brazo hacia el este. Pasaba un poco de la una de la tarde y el sol estaba en su cenit. Jacob entrecerró los ojos para mirar hacia donde ella señalaba, luego se quitó las gafas de sol. Era un pequeño triángulo blanco en el océano, a casi dos millas, tal vez algo más. No sabía cómo Mia había podido verlo, pues era la típica cosa que si uno no sabía que estaba allí, era fácil no verla.

—Pásame los prismáticos.

Mia entró en la cabina, le pasó los prismáticos y regresó a cubierta y rodeó hasta el coronamiento. Se apoyó en la travesa y puso una mano a modo de visera.

—Es un barco —dijo.

Jacob levantó los prismáticos y realizó un rastreo por la superficie del mar en dirección este. Mia tenía razón, era un barco, un monocasco de buen tamaño que sobresalía del agua en un ángulo poco halagüeño. Jacob no disponía de un punto de referencia, pero mirando el carril del arco y siguiendo su silueta hacia atrás y viendo el tercio superior del mástil asomando del agua a una buena distancia por detrás, supuso que la embarcación tenía como mínimo trece metros de eslora, tal vez más, y tres cuartas partes del total estaban sumergidas.

—Avisa a Frank —dijo. Aflojó la driza e hizo girar el timón. El barco se inclinó hacia babor y dio la vuelta en un ángulo muy cerrado.

Un momento después Frank apareció en cubierta, con cara de sueño y mojado aún por el agua fría con que se había lavado el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Jacob le pasó los prismáticos.

—Allí enfrente hay un barco con problemas. Justo delante. A una milla o milla y media.

Frank se subió al techo de la cabina, puso el pie sobre la base del mástil y miró a través de los prismáticos. La nave era blanca y azul y poseía las líneas impecables de los nuevos yates de fibra de vidrio holandeses. La proa se alzaba en un ángulo extraño, como un misil que apuntase hacia el horizonte. Unos nueve metros más atrás el mástil salía del agua, y por el ángulo con que lo hacía, Frank supo que el barco se había inclinado unos cuarenta y cinco grados. A su alrededor flotaba toda clase de restos, pero a aquella distancia resultaba imposible identificarlos. No es que el barco tuviera problemas, es que estaba hundiéndose.

—¡Jesús! —dijo, al tiempo que bajaba los prismáticos.

—Coge la Thompson —dijo Jacob.

Cualquier otra persona habría discutido, pero Frank y Jacob operaban en esa frecuencia que muchos hermanos comparten, los gemelos más que la mayoría. Además, Frank sabía que aquellas aguas eran peligrosas, lo cual era el motivo por el que habían decidido llevar consigo la metralleta.

—Y una máscara.

Mientras Frank estaba abajo, Jacob mantuvo sus ojos fijos en el triángulo blanco del barco que se hundía. Mia se había pasado a la proa y estaba de pie en el bauprés, mirando fijamente hacia el frente. Jacob no podía explicarlo, y siempre se preguntaría a sí mismo sobre ello después, pero mientras se aproximaban sintió el deseo de que Mia nunca hubiera visto aquella embarcación. Años más tarde, cuando al fin se había visto obligado a reflexionar sobre el incidente, achacó el hecho de que Mia lo hubiese visto a la mala suerte, e incluso en ocasiones al destino. Pero en aquel momento la única sensación que tenía era la de que se trataba de un error y de que, si eran afortunados, el barco se iría a pique antes de que lo alcanzasen.

Buscó debajo de su asiento y sacó su revólver, un viejo Colt 1911 azulado envuelto en hule y bien sujeto con bramante. Tiró de uno de los extremos de la tela deshilachada, la dejó caer al suelo e introdujo la pistola en su bolsillo.

Tardaron diez minutos en llegar hasta el barco. Para cuando se hallaban a unos cien metros, daba la impresión de que había caído del cielo: estaba rodeado por prendas de ropa, botellas de plástico, un chaleco salvavidas y un montón de libros que habrían bastado para llenar una biblioteca entera. Un tiburón tigre de doce metros nadaba entre los restos, golpeando algunos de ellos por pura curiosidad.

Los tres observaron al tiburón durante unos segundos, atravesando la nube de desperdicios desperdigados mientras su aleta triangular cortaba el agua azul. Le dio un topetazo al chaleco salvavidas y lanzó un mordisco tentativo contra la cubierta, luego se sumergió y desapareció.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó Mia. Se puso la camisa de Jacob encima del biquini, que le cubrió hasta media altura de sus muslos.

—Algo malo —respondió Frank en voz baja.

—Voy a subir a bordo —dijo Jacob—. Si veis algún otro barco en el horizonte, disparad al aire.

Colocaron su barco, una nave de dieciocho metros de eslora a la que Jacob había llamado *El Falsificador*, junto a la embarcación desconocida. Desde debajo de la línea de flotación ascendían burbujas y se escuchaba un suave borboteo que parecía proceder de todas partes. Ataron una cuerda a una abrazadera del otro barco y Jacob pasó por encima de la baranda de borda. Cuando puso el pie en el otro navío, se volvió hacia Frank:

—Si esto empieza a hundirse, espera hasta que la cuerda se tense para cortarla.

—¿Y qué pasa si aún estás a bordo?

Jacob miró más allá de Frank, a Mia, y sonrió:

—Si tengo que salir nadando, ten la ametralladora preparada y cárgate a ese tiburón cabrón si vuelve a aparecer.

—Entra por la escotilla de proa —dijo Mia.

—No puedo —negó Jacob—. Ahí es donde está el aire atrapado. Si la abro, el océano penetrará en el barco y se lo llevará hasta el fondo. Quiero ver si hay alguien a bordo.

Mia le dirigió una mirada que significaba «Ten cuidado».

Jacob se irguió sobre la cubierta inclinada, colocando el pie contra el ventanal de la cabina para mantener el equilibrio. Sumergió la máscara en el agua, la vació y luego frotó un poco de saliva por el cristal para que no se empañase. Todavía llevaba las bermudas, y el bulto de la pistola en el bolsillo creaba la impresión de que su pierna estuviera atornillada al cuerpo con unos tornillos enormes. Con el cuchillo en el cinto, la máscara en la cabeza, de pie sobre

la proa del derrelicto, parecía un superviviente de un naufragio. Se deslizó cubierta abajo y se sumergió en el agua.

Avanzó por la cubierta hacia la escotilla de la cabina, utilizando cualquier cosa que le salía al paso para agarrarse. Se concentró en el punto al que se dirigía, pero se mantuvo atento a los detalles en su visión periférica por si acaso regresaba el tiburón. La entrada a la cabina se hallaba bajo el agua, y Jacob tendría que ascender en un ángulo de cuarenta y cinco grados para penetrar en ella. Tomó nota mental de ello para no desorientarse cuando estuviera en el interior y ahogarse antes de encontrar una bolsa de aire. Se movió hacia abajo, a través de una maraña de cuerdas, y se introdujo bajo el borde inferior de la entrada de la cabina.

La puerta había sido arrancada del marco. Había más restos flotando alrededor del portal. Jacob pasó al interior.

Mapas, prendas de ropa y trozos de madera flotaban en la gravedad cero de la cabina. Se dirigió hacia arriba, hacia la proa, hacia la bolsa de aire que mantenía el barco a flote.

Se abrió paso y subió por la escala, lo cual se le antojaba extraño y equivocado. Arriba encontró una pequeña reserva de aire y respiró varias veces, luego llenó sus pulmones y se internó hacia las profundidades del barco.

Desde el interior, el sonido de borboteo era más alto, más íntimo.

Papeles, libros, botellas, cuerdas y ropa flotaban a su alrededor y le bloqueaban la visión, desorientándolo. Avanzó a través de la cocina y dejó atrás dos camarotes que estaban vacíos, a excepción de los restos que flotaban por todas partes. Llegó al último camarote y la puerta estaba cerrada. Tiró de ella, pero estaba cerrada con llave.

Jacob introdujo la hoja de su viejo cuchillo del ejército por la rendija y golpeó la empuñadura con la palma de la mano, metiendo del todo la hoja entre la puerta y la jamba. Tiró del cuchillo hacia un lado y la puerta se abrió con un sonoro crujido que pareció sacudir el barco entero. Nadó a través del umbral y penetró en el camarote principal, su cabeza surgió en la superficie, en la burbuja de aire que mantenía la nave a flote.

Un cuerpo yacía en una de las literas, ensangrentado y muerto. Era el cuerpo de una mujer. Ahora, con la boca abierta en un último grito, los ojos en blanco, los dedos encogidos en puños sangrientos, era una escultura de horror. Le habían abierto la garganta con un violento corte en zigzag que iba desde una clavícula hasta la otra. Jacob había pasado veintiún meses en Corea y la muerte no le resultaba algo desconocido, pero algo en aquello que tenía delante le afectó en las entrañas y abrió un pequeño pedazo de infierno. Apartó la cara.

Entonces vio un segundo cuerpo, este de un hombre.

Estaba de pie contra una pared, colgando como un abrigo de invierno, sostenido por un arpón de acero inoxidable clavado en el muro. Estaba enterrado en su pecho, y si no le había atravesado el corazón, estaba muy cerca. De la herida brotaba sangre, y el agua que se arremolinaba a su alrededor era negra y espesa. Estaba allí colgado, con la cabeza caída hacia delante, y la luz que tenía encima de la cabeza proyectaba una sombra alargada que casi le cubría todo el cuerpo. A su lado, un cuchillo manchado de sangre sobresalía de la pared. Probablemente era el mismo cuchillo que se había utilizado para rajarle la garganta a la mujer muerta.

—¡Jesús! —murmuró Jacob.

Y entonces fue cuando el pequeño fragmento de infierno que había en su interior se quebró y se abrió un portal que conectaba a otro lugar (un lugar malvado) y Jacob pudo oír

un ruidito vacilante.

En un primer momento pensó que el barco se estaba partiendo en dos, que una parte de su estructura estaba cediendo, pero solo fue capaz de engañarse a sí mismo durante unos segundos antes de admitir que el sonido era humano. O casi humano. Un gemido. Apenas audible y teñido de dolor.

El hombre clavado a la pared levantó la cabeza y la luz iluminó sus facciones. Sacó la lengua y se lamió los labios. Tosió una vez y brotó sangre de su nariz. Trató de hablar, pero el único sonido que pudo emitir fue el del aire que escapaba de su cuerpo, como si tuviera algún otro lugar al que ir.

Jacob se aferró a la litera para ascender hacia el hombre. Resbaló y cayó de lado, chapoteando en el agua. Se agarró a un pasamanos para recuperar el equilibrio y volvió a ascender con esfuerzo.

La piel del hombre era de un azul etéreo y el agua que lo rodeaba se oscurecía cada vez más con la sangre que había perdido.

No era de extrañar que aquel tiburón estuviese por allí.

Jacob llegó hasta el hombre, estiró el brazo y le tocó el rostro. Los párpados se abrieron con un temblor. No quedaba nada de blanco en los ojos, solo un profundo tono escarlata con un punto negro aterrorizado en el centro.

—*M... m... mio...*

Jacob reconoció el idioma italiano por el año que había pasado en Florencia.

—¿*Si?* —dijo en voz baja, y allí dentro su voz sonó como un siseo.

El hombre volvió a toser sangre e hizo una mueca de dolor.

—*Mi... mi... mio figlio* —dijo, casi en un susurro. Mi hijo.

Y Jacob repasó su vocabulario italiano:

—¿*Che cosa?* ¿Qué?

El tipo se puso rígido y su pecho se hinchó una vez, violentamente, y vomitó un torrente de sangre que cayó al agua. Después su cabeza se desplomó.

Jacob supo que estaba muerto. ¿De qué diablos había estado hablando? ¿Su hijo? ¿Qué...?

Y entonces lo comprendió. Pero se oyó un gran quejido desde alguna parte por debajo de la línea de flotación y el barco se estremeció y se inclinó varios grados más. El agua que había en el camarote subió, más allá de los pezones de Jacob, y la mujer muerta se deslizó de su lecho con un chapoteo rojizo.

Jacob abrió escotillas y sacó los cajones. La mayor parte del camarote estaba sumergida, así que no le quedaban muchas opciones. Esperaba estar en lo cierto, haber comprendido a qué se refería el hombre. El nivel del agua aumentó con rapidez y la sangre se arremolinó a su alrededor, pringándole la piel. Buscó frenéticamente mientras el agua llenaba la estancia con un gran burbujeo y una sacudida de presión. Continuó abriendo puertas, cajones y escotillas.

El barco se estaba yendo a pique. Le quedaban unos segundos, treinta como mucho, antes de que la nave se deslizase bajo la superficie y comenzase su descenso hacia el lecho marino, a casi ocho mil quinientos metros por debajo.

Había una pequeña caja encima de la litera, un armario para almohadas y ropa de cama (había uno parecido en *El Falsificador*). Jacob agarró el tirador y lo abrió. La puertecilla cayó suelta y la lanzó a un lado.

En el interior había un niño pequeño hecho un ovillo. Un crío, de no más de tres años,

manchado de sangre. Jacob no pensó, no tenía tiempo de formular ningún pensamiento; agarró al chiquillo del brazo y lo sacó de su escondrijo.

El barco se inclinó de nuevo hacia un lado y Jacob resbaló y cayó al agua. Chapoteó y el niño gritó. Le pegó en la cara, le pateó y le mordió. El miedo salía a la superficie del único modo que la criatura sabía expresarlo.

Desde algún punto muy lejano Jacob oyó que Frank le gritaba que saliera de allí.

El agua entró en oleadas en el camarote. Jacob trepó a la litera donde la mujer había sido asesinada con el niño sujeto contra su pecho como un balón de rugby. Extendió los brazos y probó la escotilla. Estaba cerrada. Tiró de la manivela y la hizo girar violentamente, pero se rompió.

Y el mar cubrió la última bolsa de aire que quedaba y el barco se sumergió bajo la apacible superficie del Caribe.

No había nada aparte de negrura y de la sensación grasienta de la sangre y los latidos del corazón del niño apretado contra su pecho. Jacob sacó el Colt, apuntó a la portilla y disparó.

Pateó a través del agujero dentado que había abierto con el balazo, sujetando al niño con un brazo y con la pistola aferrada en su mano libre. Avanzó hacia el cielo azul que había sobre el océano, hacia el mundo sobre la superficie. La succión del barco que se hundía le rodeaba, una fuerza invisible que tiraba de los restos y de él para arrastrarlos consigo. Pateó con ímpetu, en busca de la superficie. Avanzó unos pocos metros. Luego unos cuantos más, ampliando la distancia entre él y la muerte.

Entonces algo se le enganchó en el pie, se tensó y empezó a tirar de él hacia las oscuras profundidades.

Jacob soltó la pistola, cogió el cuchillo de su cinturón y lanzó un tajo hacia abajo en un gesto desesperado. No le quedaba más oxígeno en los pulmones, no tenía más combustible en su depósito para seguir avanzando, y tuvo suerte de que la hoja del cuchillo cortase lo que fuese que se le había enganchado en el pie. Una vibración recorrió su pierna y quedó libre, pateando hacia la superficie. Hacia arriba. Hacia la luz que brillaba por encima de él.

Su cabeza surgió en la soleada tarde caribeña e inhaló una gran bocanada de aire. Tosió y expectoró y escupió, pero logró levantar al niño y nadar hacia su bote. A su alrededor el agua se agitaba y burbujeaba a consecuencia del aire que escapaba de la embarcación hundida.

Frank gritó.

Mia chilló.

Sostuvo al niño en alto y chapoteó torpemente hacia *El Falsificador*.

Su esposa volvió a gritar, y esta vez su voz brotó en un alarido que a punto estuvo de dejar helado a Jacob a mitad de la brazada. Era una única y horrible palabra:

—¡Tiburón!

Jacob giró y su mano asomó sobre la superficie aferrando el cuchillo. Vio al escualo dirigiéndose hacia él, la aleta dorsal sobresalía del agua mientras avanzaba en busca de alimento.

Bajó el cuchillo para arremeter contra el tiburón si se aproximaba al nivel de la superficie. Si lo hacía de abajo hacia arriba, no habría mucho que pudiera hacer. El animal se dirigió hacia él y hacia el niño que acunaba contra su pecho. Jacob sentía al niño en su brazo y no tenía ni idea de si estaba consciente o siquiera con vida, pero no estaba dispuesto a

desprenderse de él, ni aunque eso significase tener que irse al fondo del planeta en el estómago de un tiburón. Sostuvo al chiquillo con actitud protectora, con la cabeza sobre su hombro, y contempló al animal aproximándose.

Estaba a tres metros de distancia cuando el martilleo de la ametralladora de Frank quebró el silencio e hizo explotar el agua en la base de la aleta dorsal del tiburón. Hubo un destello de vientre blanco seguido de sangre. Un violento balanceo en el agua. Y luego el tiburón se inclinó hacia un lado y desapareció en medio de un charco rojo que se hacía cada vez más grande.

Jacob braceó hacia el barco manteniendo la cabeza del niño por encima de la superficie. Se lo pasó a Frank y trepó a bordo. Mientras Mia y Frank atendían al pequeño y único superviviente, Jacob localizó la botella de Johnnie Walker debajo del timón. Se tumbó en la cabina, destapó la botella y dio un largo trago, aferrando aún su viejo cuchillo del ejército.

Mia había colocado al niño sobre el costado y le daba golpes en las costillas para sacarle el agua de los pulmones. El crío tosió, sintió una arcada y vomitó un chorro de agua, y luego empezó a llorar. Mia lo levantó, lo envolvió con una toalla y lo abrazó.

Frank se giró hacia su hermano:

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro, Jacob?

Jacob dio otro trago de whisky antes de contestar:

—Algo malo. —Miró hacia donde solo unos minutos antes el barco había colgado suspendido en el agua. Los restos flotaban en una mancha amplia, balanceándose suavemente al ritmo de las olas—. Algo muy malo.

El zigzaguo de un rayo terminó impactando contra un poste telefónico carretera adelante, y lo quebró en pedazos como un disparo de mortero. Se suponía que la playa estaba a unos cien metros a su izquierda, pero la tormenta había hecho subir la marea hasta casi tocar la autopista y lanzaba olas inmensas que chocaban contra el asfalto. Cuando alguna de esas olas golpeaba el dique, un muro de agua de quince metros salía disparado por los aires y luego caía sobre la calzada con un espesor de un metro. A Jake le costaba entender cómo era posible que la carretera continuase allí. Y cómo conseguía el todoterreno de Frank seguir avanzando.

Una ola impactó contra la enorme bestia diésel y le hizo dar un bandazo con el estrépito de un dinosaurio. Frank pisó a fondo el acelerador y el aumento repentino de tracción lanzó el vehículo hacia delante; el Hummer estaba diseñado para las condiciones más complicadas, pero no era submarino. Frank tenía los nudillos blancos por el esfuerzo.

Jake estaba intentado asimilar la historia que su tío acababa de contarle. Intentaba situarla en algún tipo de contexto, focalizarla. Pero había demasiada confusión en su cabeza como para que pudiera concentrarse.

—¿Jakey? —gritó Frank por encima del estruendo.

Jake se movió levemente y cambió de postura en el asiento. Apartó la mirada del espeluznante reflejo que veía en el parabrisas.

—Sí.

Frank tenía la mandíbula cerrada herméticamente entorno a su cigarrillo y mantenía la atención en el mundo submarino que se extendía bajo la capota del Hummer. Las ruedas despedían una gran cantidad de agua contra la parte inferior del vehículo, y el ruido parecía el de una carga de la caballería romana.

—¿Estás bien?

Jake movió los hombros en un aspavento. Después de todo lo demás, después de lo de su madre y la señora y el pequeño X, de lo de la enfermera Rachael Macready y David Finch, ¿qué cambiaba realmente aquello? Por supuesto no estaba pensando en Kay y en Jeremy, no podía hacerlo, porque de lo contrario dejaría de respirar, así que decidió continuar:

—De puta madre.

Agosto, 1977
Sumter Point

Jacob había pasado la mañana en el estudio, trabajando con el soplete. Llevaba puesto su uniforme de faena habitual compuesto por unos vaqueros, una camiseta y unas zapatillas de lona manchadas de pintura y que una vez habían sido blancas. La canción *Horses*, de Patti Smith, sonaba en un antiguo aparato estéreo Te-lefunken que había rescatado del contenedor de basura (el mismo aparato y el mismo disco que Jake y Kay escucharían treinta años más tarde).

Llevaba dos días en pie, pero se había tomado un descanso a las seis de la mañana y había ido a dar un paseo de una hora por la playa antes de desayunar huevos pasados por agua y un trozo de queso que había sacado de la nevera. Ahora, cuatro horas más tarde, se hallaba en un día diferente, un lugar diferente, y la obra estaba terminada.

En algún momento cerca de las diez de la mañana abrió la botella de whisky y se sirvió dos dedos en una de las muchas tazas de porcelana salpicadas de pintura que compraba en los rastros para utilizarlas para sus pinceles. Lo bueno de esas tazas era lo desechables que eran. Por supuesto, a veces confundía el contenido de la taza y un cuadro acababa oliendo a whisky del bueno. Con mayor frecuencia, no obstante, se descubría a sí mismo vomitando un trago de trementina.

Había tenido un montón de trabajo, y para trabajar necesitaba combustible. Así que había llenado la caldera con un amplio suministro de alcohol. Claro que sabía que estaba bebiendo demasiado, pero ¿acaso no se trataba de eso? ¿Qué sentido tenía no tener un jefe si no podías hacer lo que te viniera en gana y cuando te viniera en gana? Con cuarenta y seis años, Jacob Coleridge se encontraba en su cumbre profesional. Llevaba ganándose la vida como pintor durante casi dos décadas, había sido un fuerza creciente en el arte americano durante toda su vida laboral y había dejado muy atrás el punto donde ya nunca tenía que preocuparse de dónde iba a sacar para la siguiente comida (o la siguiente bebida, ¡aleluya!). Y eso debería haberle dado cierta sensación de paz. Quizás incluso una pequeña sensación de orgullo. Pero no lo había hecho. Lo único que había hecho era hacerle sentir un tanto extraño bajo su propia piel, como si llevase puesto el cuerpo de otra persona, un cuerpo que había sido diseñado con un hombre más pequeño en mente.

Pensó en Mia y en Jakey y alzó su taza de porcelana:

—Todos para uno, y uno para todos —dijo en voz alta. ¿Y por qué no? Había brindado por causas menos importantes (sobre todo por gente a la que acababa de conocer en algún bar), así que realizó uno por los mosqueteros. Tragó. Rellenó la taza. Cogió otra botella de encima de la nevera y le quitó la tapa. Dio un trago y salió fuera.

Detrás de él, en el estudio, en el centro de la mesa que utilizaba para enmarcar, estaba su único experimento en el arte tridimensional: una esfera perfectamente ensamblada a partir

de trozos que había cortado de arpones de acero inoxidable. Era un poliedro, ejecutado con cerca de dos mil doscientos cortes precisos con la sierra circular y el doble de pulsaciones del soplete. Era una esfera precisa, complicada, y estaba firmada en una de las piezas soldadas: Jacob G. Coleridge.

La oficina del sheriff era la clase de lugar donde la chusma superviviente en una película de zombis montaría su último escondrijo. El edificio era una sencilla caja eduardiana de ladrillo y piedra caliza con dovelas en forma de cuña sobre las ventanas y una puerta doble con forma de arco. Un lado de la estructura albergaba las celdas y prisión del condado, el otro, una oficina conjunta compartida por la administración y el departamento del sheriff de Southampton propiamente dicho. El aparcamiento estaba vacío y el edificio daba la impresión de que podría estarlo también. Había unas pocas luces encendidas en el interior, pero el aparcamiento estaba desnudo de forma muy llamativa, con la sola excepción de los dos todoterrenos del departamento y una furgoneta del servicio médico. Los vehículos de los equipos informativos debían de estar sin duda filmando los daños producidos por el *Segundo Expreso de Long Island*.

Frank aparcó sobre la hierba, aplicando la lógica de que quince centímetros extra de terreno podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte si la tormenta lanzaba hasta allí una de sus olas. Por supuesto, el estar en un lugar elevado convertía el coche en un objetivo fácil para el temperamento vengativo del huracán. Se zambulleron en el vendaval y en el martilleo constante de la lluvia y cruzaron a la carrera la calle para subir las escaleras que daban a la entrada del edificio.

La impresión de ausencia de vida que se tenía en el exterior quedó eliminada en cuanto atravesaron la puerta: en la comisaría reinaba el zumbido de una colmena, había policías de uniforme corriendo en todas direcciones, absortos en sus tareas. Los teléfonos sonaban, las radios chillaban, el café bullía. En un rincón había un viejo televisor conectado al canal de las noticias del tiempo con el volumen bajado: un reportero joven, con un impermeable azul que tenía el logo del canal sobre el pecho izquierdo, informaba desde un motel de dos plantas en algún punto de la costa. La imagen estaba muy pixelada (la versión de las interferencias en la era digital). Detrás de él se veían olas gigantescas impactando contra la playa, y la expresión de su cara transmitía la comprensión de que se hallaba allí porque era alguien prescindible, los periodistas de talento estaban en Nueva York, desde donde lamentarían su pérdida ante las cámaras si el mar, desgraciadamente, se lo tragaba.

Jake agarró a Scopes al verlo pasar corriendo:

—¿Hauser? —preguntó, consciente de que en las circunstancias actuales todos los agentes tenían que saber dónde se hallaba el sheriff.

Scopes hizo un gesto con el pulgar hacia una puerta abierta a mitad de pasillo.

—Si no está ahí, pruebe en la estación de radio, dos puertas más al fondo.

Encontraron a Hauser detrás de su mesa, gritando al teléfono:

—¡Por Dios Santo, Larry, haz caso a tu hijo! Podrás plantar más tomates el año que viene. Métete en el coche y dirígete hacia el interior... —Vio a Jake y se interrumpió—. Tengo que

colgarte, Larry. Olvídate de las tomateras, no merecen que arriesgues tu vida. —Colgó el teléfono con un golpetazo y se puso en pie. Llevaba puesto un mono impermeable, pero su sombrero, encastrado en un protector de plástico, colgaba del respaldo de la silla. Su poncho estaba extendido sobre la cornamenta de Bernie, goteando al suelo.

—Jake, Frank —dijo—. ¿Han fotografiado los cuadros?

Jake le mostró el ordenador portátil.

—Necesito utilizar su conexión por satélite. Tengo 337 gigas de datos. ¿Dónde está la sala de comunicaciones?

—Al lado de... —Se oyó un crujido terrorífico y el mundo en el exterior del edificio se volvió blanco durante un instante. Las luces parpadearon, y, durante un breve segundo, Jake sintió que su pecho se tensaba con la pulsación eléctrica del edificio. A continuación se apagaron las luces y se escuchó una queja colectiva desde la colmena. Medio segundo más tarde el generador se puso en marcha y las oficinas se iluminaron con las luces halógenas de emergencia—... de la sala de radio. Síganme.

Jake sintió el hormigueo de la electricidad en su sistema. Se llevó los dedos al pecho y notó que su corazón golpeaba contra sus costillas como si quisiera escaparse.

—¿Está usted bien, Jake? —preguntó el sheriff.

Jake asintió, respiró profundamente y siguió a Hauser.

—Hemos perdido las comunicaciones —dijo alegremente el oficial Nick Crawley, como si estuviera disfrutando de la aventura.

—¿Perdido? ¿Qué quieres decir con que las hemos perdido? Necesito un enlace vía satélite, no un telégrafo por cable. ¿Cómo podemos haberlo perdido?

Hauser le tendió un vaso de café a Jake y otro a Frank.

Jake aceptó el vaso con gesto distraído, absorbiendo el calor a través de las yemas de sus dedos. Frank dio un sonoro trago del suyo.

—La atmósfera está cubierta por el huracán —explicó Hauser—. No hay ni un punto de visión del cielo. Podríamos conseguir unos cuantos segundos de tanto en tanto, pero hasta que el frente de lluvias no haya pasado es como intentar usar una radio en un submarino en el fondo del océano. El agua ofrece mucha resistencia. Y hay un montón de electricidad ahí fuera. Aún tenemos las líneas de teléfono, pero nuestra conexión de Internet es por satélite.

—¿Por qué es por satélite?

Hauser echó una mirada de soslayo:

—Para que en caso de una emergencia, no dependamos del teléfono.

Jake arrojó su vaso de café a la papelera, pero chocó contra el borde y se desparramó por el suelo. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Se produjo una nueva explosión de un trueno y las luces se estremecieron con nerviosismo.

—¡Jake! —gritó Hauser, corriendo tras él.

Jake se detuvo en el umbral y se volvió hacia el sheriff:

—Estoy desesperado. Tengo demasiadas cosas que atender ahora mismo. No tengo una solución. ¿No hay otra forma de averiguar qué imagen hay en esos cuadros?

—No sin un hangar entero y un mes de plazo —dijo Jake, negando con la cabeza—. Tengo 337 gigas de datos que necesito enviar a Quantico. Hay más de cinco mil piezas en este puzle —dio unas palmadas sobre la tapa de su portátil para subrayar sus palabras— y necesito el programa adecuado y las mentes adecuadas para resolverlo... —Se quedó de pronto inmóvil, y lo que él hacía, el proceso mágico de conectar unos puntos con otros, se

puso en marcha.

—¿Qué? —preguntó Hauser al ver que la expresión de su cara había cambiado.

—La chica del hospital —dijo lenta y pausadamente.

—¿Qué chica?

Jake le habló a Hauser de la chica que había visto en el despacho del doctor Sobel, del retrato hecho de caramelos que había realizado sobre la mesa de madera de teca al lado de las revistas sobre navegación, de cómo esa chica era capaz de crear retratos enteros a partir de simples píxeles de información. Quizás ella podría descifrarlo. Rehacerlo. Dibujarlo.

Hauser le hizo una seña a uno de sus agentes, un tipo bajo y fornido que se estaba comiendo la última mitad de un sándwich de ensalada de huevo mientras profería improperios dirigidos a su teléfono móvil, que ahora no funcionaba:

—Wohl, contacta por teléfono con el doctor Sobel, personal de psiquiatría del Hospital de Southampton. Necesitamos el nombre y el número de uno de sus pacientes: una niña a la que atendió esta mañana. Puede ayudarnos en la investigación de un homicidio. Dile que no tiene permiso para mencionar su participación a los medios de información.

Wohl se alejó para cumplir con la orden, masticando el último trozo de su sándwich con grandes mordiscos.

Una ráfaga de lluvia golpeó la entrada y las enormes puertas de roble cedieron unos cuantos centímetros. Un poco de agua se filtró por la rendija momentáneamente abierta y se abrió en abanico por el suelo de mármol, arrastrando consigo hojas y otra taza de Starbucks.

—Y aseguren esa puerta —gritó Hauser a los empleados de la colmena.

Fuera, el *Dylan* se estaba comportando de acuerdo a lo que era, y su naturaleza agresiva y horrible lucía en todo su esplendor. Faltaban cuatro horas para que llegase a tierra la peor parte de él, el cenit capaz de reventar los tímpanos, y hasta entonces había artillería que succionar hacia su vientre, monstruosas columnas de condensación que sorbía ruidosamente del océano con tragos de cuatro millones de litros. Una parte de todo ello lo devolvía a la tierra en forma de lluvia. Pero el resto, la parte que se quedaba del botín, lo almacenaba en su arsenal.

Resultaba obvio que no tenía la más mínima intención de calmarse pronto.

Frank subió el macizo Hummer a la acera y se metió por una parcela de césped para evitar el tronco de un árbol que había caído a la carretera. Dio una calada de su cigarrillo y la punta brilló con una luz anaranjada antes de pasar a un rojo apagado y desaparecer por fin entre la ceniza.

—¿De verdad crees que esa niña puede ayudarte?

Jake se encogió de hombros, un gesto que se había convertido poco menos que en su firma.

—Digamos que hay una lejana posibilidad. Joder, menos que una lejana posibilidad, es algo así como ganar la primitiva dos semanas seguidas.

Frank giró el volante y el todoterreno viró a la derecha, apartando a su paso el agua y enormes trozos de césped.

—¿Es una niña retrasada?

Jake negó con la cabeza. Frank pertenecía a la vieja escuela (a la verdadera vieja escuela) y no tenía la desventaja de la corrección política para interrumpir sus pensamientos.

—No, Frank. Es autista. Y tiene algo de savantismo. —Jake entendía de psicología. Leía ensayos académicos, asistía a clases de la Universidad George Washington como oyente, y durante años había hablado con centenares de psiquiatras y psicólogos. Sería capaz de impartir un curso de segundo de psicología en una facultad.

—¿Qué es eso?

Jake medio lamentaba y medio agradecía que su tío le obligase a mantener sus pensamientos alejados de Kay y Jeremy, y decidió establecer una conversación en lugar de sumirse en el silencio:

—¿No ves la televisión?

Frank negó con la cabeza y soltó una risita burlona:

—¿Por qué demonios iba a hacer tal cosa?

—Es un supertalento. La mitad de los que sufren el síndrome del savantismo son autistas, el otro cincuenta por ciento tienen alguna clase de anormalidad neuronal. Pueden hacer cosas que nadie puede entender.

—¿Por ejemplo?

—La memoria eidética es algo común en ellos. Algunos pueden sumar números más rápido que un ordenador, una columna de tres docenas de números de seis dígitos de manera instantánea. A muchos les da por las fechas. Mi cumpleaños, por ejem... —Sintió que su pecho se tensaba y se paró. Paró de hablar. Paró de pensar. Paró de intentar formar parte del mundo. Porque se dio cuenta de que en realidad no tenía ni idea de cuál era la fecha de su cumpleaños. Pensó en el padre que no era su padre, atado a una cama de hospital a quince kilómetros de allí, y en las pistas que había dejado tras de sí como las

migas de pan de los hermanos Grimm, pistas que hasta ahora señalaban a un asesino sin rostro: el retrato sangriento en la pared de la habitación del hospital; la ilusión óptica de las alfombras, y los estudios sin ojos que cubrían las paredes de su lugar de trabajo. Pensó en la madre que no había sido su madre, y en cómo había terminado su tiempo en el planeta en un aparcamiento abandonado en mitad de la autopista, despojada de su piel y desposeída de su futuro. Pensó en su tío Frank, que no era su tío en absoluto. Y se dio cuenta de que estaba conectado a esas tres personas no porque compartiese sus genes, sino porque compartía su tragedia—... ehh. Si les dices a alguien que padece savantismo una fecha, de hace diez años o de hace un siglo y medio, te dirá qué día de la semana era, qué tiempo hacía y a qué hora salió el sol. Nunca se equivocan.

Frank soltó un silbido:

—Idiotas sabios. Leí algo sobre el tema hace algún tiempo, no puedo decirte en qué fecha, y desde luego no sé qué día de la semana era.

—Ahora se les llama *savantes*. La palabra «idiota» no es políticamente correcta. Tampoco lo son «retrasado», «imbécil» o cualquier otra que pueda utilizarse de manera despectiva. — Diablos, pensó, Frank realmente pertenecía a la vieja escuela./p>

Frank meneó la cabeza con indignación:

—Malditos cafres de la corrección política. Están cambiando *Huckleberry Finn* por culpa de gente con la mente tan estrecha. ¿Sabes quién más hizo algo así? ¡Los nazis! —Casi como si fuera una respuesta a sus palabras, los focos de su vehículo iluminaron un BMW X6 sumergido en el agua y estampado contra un árbol, abandonado—. ¡Mierda de coche nazi para maricas! ¡Que se compren un coche americano! —gritó, y le soltó una palmada al volante del Humvee—. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí: todo el mundo se preocupa demasiado por no ofender a la gente equivocada. Lo siento, el mundo no es justo. Hay gente de la que otra gente siempre se burlará. No me importa si es gorda o estúpida o ha nacido en Letonia, siempre habrá alguien que les ponga un adjetivo. ¿Me ves a mí perdiendo el tiempo para tratar de impedir ese tipo de burlas? Este jodido país se ha ido a la mierda. Todo el mundo quiere ser más igual que el siguiente que venga. —Frank hablaba en voz alta, sin llegar a gritar pero casi, para hacerse oír por encima del rugido del motor y el viento y la lluvia—. ¿Qué hace esa niña? —preguntó.

Jake se sentía agradecido porque Frank le hacía mantener su mente lejos de los lugares a los que quería ir. Lugares oscuros, torturados y fétidos.

—Monta imágenes. Espero que pueda ver algo en la galería de fotos de... —hizo una pausa para elegir las palabras siguientes—: ... los cuadros de Jacob. Puede que esté perdiendo un tiempo del que no dispongo.

Frank volvió a negar con la cabeza:

—Pero Jacob ya ha dejado retratos de ese tío.

Jake pensó en los hombres sin rostro que había en las paredes del estudio. En el retrato que había realizado con su propia sangre en el hospital. Jacob quería que su hijo viera esos retratos para que se acostumbrase a mirar. Luego estaba el mosaico de las alfombras, un retrato sin rostro construido con piezas (fragmentos), como el Chuck Close. Como esos fragmentos de puzzle hechos de lienzos.

—Dejó retratos sin rostro, Frank. Esos eran para que me pusiera en marcha. El retrato del asesino, si es que es eso lo que hay aquí, está hecho solo para que yo lo vea. No creo que confiase en nadie más con esto. —Empezaba a dar la impresión de que su padre le había

hecho marcharse a propósito—. Esto es algo que él quiere que yo descubra.

A juzgar por las ventanas iluminadas, uno de cada diez residentes había optado por quedarse, probablemente porque habían imaginado que si el huracán se ponía feo y el oleaje inundaba la costa, allí estaban lo suficientemente tierra adentro como para estar a salvo. Todo el mundo había comentado la suerte que habían tenido porque la tormenta había llegado al continente con la marea baja. Pero, por supuesto, nadie pensaba en el hecho de que solo se encontraban a seis metros por encima del nivel del mar y que una ola grande podría barrer la ciudad de la superficie de Long Island. Ni en que la marea estaba destinada a volver a subir.

Frank metió el todoterreno en el sendero de entrada de un pequeño bungaló de dos plantas que no era muy distinto al de Rachael Macready. Ambos corrieron hacia la puerta, Frank protegido con su chubasquero de hule, y Jake cubierto con uno de los ponchos de Hauser. La señora Mitchell abrió la puerta antes de que hubieran llegado al último escalón y les hizo entrar con el habitual intercambio de frases que genera el tiempo. Una vez que estuvieron dentro, la mujer cerró la mosquitera y luego la puerta principal, que estaba pintada de blanco y tenía un rombo de cristal en el centro.

Jake vio a la niña jugando en la sala de estar. Sobel le había dado a Hauser el nombre de la madre y su número de teléfono, y el sheriff había llamado para pedir permiso para que Jake hablase con la niña. Se llamaba Emily Mitchell. Tenía doce años.

Jake era consciente de que no había forma de garantizar ningún tipo de resultado. Quizá la chica estuviera detrás de un muro lingüístico que él no conseguiría penetrar. Tal vez no haría otra cosa que quemar más tiempo. Pero no disponía de muchas opciones, y aún de menos pistas.

Jesús, pensó. Escúchame. Aferrándome a un rayo de esperanza tan frágil.

Si no hubiera sido tan terriblemente triste, se habría echado a reír.

La señora Mitchell estaba envuelta en un viejo jersey de punto trenzado que tenía manchas de pintura en una manga y un parche en la otra. Jake supuso que era su versión de una capa.

—Señora Mitchell, gracias —dijo, quitándose la capucha del poncho—. Esto es importante.

Frank se retiró a un rincón del pequeño vestíbulo.

—Señora —se limitó a decir, en tono formal.

Jake sacó su placa y se la mostró. Ella la rechazó después de dirigirle una mirada superficial (resultaba sorprendente la cantidad de gente que hacía eso).

—Hablé con usted en el despacho del doctor Sobel esta mañana. No estaba seguro de si usted se acordaría...

En la mesa de la entrada había una lámpara de queroseno, una caja de velas y dos linternas

que parecían reliquias de la Guerra Fría. Jake se preguntó si las habría probado o si simplemente las había sacado del baúl de trastos al que habían sido relegadas. Además de los elementos esenciales para el huracán, había otra nove *lucha: en la portada de esta aparecía un pirata vestido de terciopelo toqueteando a una condesa de grandes pechos cuya expresión denotaba lujuria y no un acto de violación.*

— *Me acuerdo de usted —dijo lentamente, y algo en la forma que hablaba le dijo a Jake que no estaba diciendo todo lo que pensaba—. Aunque nunca me imaginé que fuera un agente del FBI —añadió con una torpe sonrisa.*

— *Me ocurre muchas veces. —Pero no tantas como desde que había vuelto a Montauk, se dio cuenta de pronto.*

— *Él es Frank. —Jake sabía que la mujer tenía que estar algo nerviosa por tener a dos tipos desconocidos en su casa durante un huracán haciéndole preguntas a su hija como parte de una investigación por homicidio, a pesar de lo que Hauser le hubiera dicho por teléfono.*

— *Adelante —dijo la señora Mitchell.*

Jake se quitó las botas y Frank se sentó en un pequeño banco cerca de la puerta para desatarse las suyas. La señora desapareció en la cocina y Jake se fijó en que la disposición de la casa era idéntica a la de Rachael Macready.

— *He preparado un poco de café —les ofreció la mujer desde la otra habitación.*

— *Genial.*

Regresó con dos tazas humeantes justo cuando Frank terminaba de quitarse las botas, y Jake (el eterno estudiante del comportamiento humano) se sorprendió al percatarse de lo flexible que era el viejo.

— *Señora Mitchell, como el sheriff Hauser le ha dicho por teléfono, no tiene por qué ayudarme. Su hija no es una testigo ni nada parecido. Ni siquiera estoy seguro de que ella pueda serme de ayuda. Estoy aquí porque no tengo ningún otro sitio al que ir y, para serle sincero, puede que esté haciéndole perder el tiempo y perdiendo también el mío. —Fue capaz de decir todo aquello con convicción porque era cierto—. ¿Se ha enterado de la gente que ha sido asesinada en Montauk?*

La mujer se puso tensa y una parte de su capacidad de coordinación pareció abandonarla:

— *Todo el mundo se ha enterado de eso.*

— *Creo que el mismo hombre que asesinó a esas personas ha secuestrado a mi familia. — Pensó en Kay poniéndose de puntillas para que él pudiera besarla, y en el olor a papaya de su cabello. Y pensó en Jeremy y en sus galletas de chocolate—. A mi esposa y a mi hijo de tres años.*

— *Lo siento —dijo la señora Mitchell, y su voz fue apenas un susurro.*

— *Creo que tengo una imagen de ese hombre, pero está por piezas.*

La mujer les tendió las tazas.

— *¿Como un puzle?*

— *Sí.*

Frank dio un sorbo de su café.

— *Es usted un ángel —dijo.*

Su anfitriona los condujo a la sala de estar.

— *Ella puede prestar atención o puede no prestarla. No hay término medio. Gritar no ayuda. Sacudirla no ayuda. Abofetearla no ayuda. Puede resultar frustrante. Si mueve algo, o si toca algo, no interfieran, incluso si es algo suyo. Eso la vuelve loca, y les aseguro que no*

querrán que se vuelva loca. —Miró a Jake con una expresión que no había visto desde hacía mucho tiempo—. Tiene usted cosas que hacer, así que lo mejor es que se ponga manos a la obra.

El salón era idéntico al de Macready hasta en la posición de los muebles. La única diferencia era una pequeña librería llena a reventar de libros de bolsillo de colores dulzones y títulos empalagosos en el dorso que indicaban más abrazos románticos entre gente con deseos sexuales excesivos, melenas preciosas y fondos fiduciarios.

Emily estaba en el suelo montando un puzle. Había volcado la caja sobre la alfombra y le había dado la vuelta a todas las piezas de modo que ahora estaban boca abajo y lo único que tenía para trabajar era una paleta de cartón de formas similares. Trabajaba rápido, colocando las piezas en el lugar correcto con la precisión de un robot de ensamblaje. La escena parecía sacada de una película visionada en sentido contrario, rebobinando.

—Emily —dijo la señora Mitchell en voz baja—. Este hombre quiere enseñarte algo. Es un puzle. Un puzle de imágenes.

Emily continuó colocando las figuras de cartón sin color en su lugar correspondiente y el puzle aumentaba de tamaño a toda velocidad. Jake no percibió señal alguna de que hubiese oído a su madre.

—Hace esto todo el tiempo. Nunca hace un mismo puzle dos veces. He probado a engañarla metiendo uno que ya ha hecho en una caja nueva y poniéndolo boca abajo y lo sabe de manera instantánea. Se limita a apartarlo de un manotazo. —Le apartó a la niña el pelo de delante de los ojos y le reajustó un pasador amarillo—. ¿No es verdad, cariño? —Se inclinó hacia ella y la besó en la cabeza. La chica no había reaccionado a la presentación, a la caricia ni al beso. Solo colocaba las piezas del puzle con la misma cara inexpresiva que Jake había visto en el despacho de Sobel esa misma mañana. Cuando todavía tenía una familia.

La señora Mitchell le hizo un gesto a Jake y él puso su ordenador portátil en el suelo delante de la niña. Lo abrió.

La imagen congelada en el fotograma de vídeo era él sosteniendo uno de los pequeños cuadros de su padre. Parecía medio dormido, en una de esas poses típicas entre el final de un movimiento y el comienzo de otro, como una versión alternativa de sí mismo. Pulsó el play y su versión en miniatura dejó el lienzo que tenía en sus manos y cogió otro. Luego dejó ese y cogió otro más. Y otro. Otra vez. Y otra vez.

Emily no prestó atención al ordenador. Sus ojos estaban clavados en el puzle que tenía delante mientras sus manos ensamblaban mecánicamente las piezas como si cada una de ellas estuviera numerada invisiblemente y ella llevase puestas unas gafas especiales. Frank contemplaba la escena desde una silla cerca de la ventana, tomando su café y observando a la chica con concentración.

Cuando la grabación llevaba unos segundos en marcha, Jake se dio cuenta de que no la había puesto en marcha al principio. Se inclinó y pulsó el botón de rebobinar, y la imagen giró hacia atrás.

Y entonces fue cuando Emily se quedó inmóvil, con una pieza marrón de su puzle sostenida en alto sobre el lugar que le correspondía.

Jake miró a la señora Mitchell y la mujer se encogió de hombros.

Emily dejó caer la pieza que tenía en la mano. Extendió los brazos. Puso su dedo sobre el panel táctil y lo movió por todo el recuadro negro. El vídeo comenzó a deslizarse a gran velocidad.

—No, Emily, eso es... —pero la señora Mitchell sujetó el brazo de Jake cuando él intentaba coger a la niña. Jake se quedó petrificado. La niña estaba mirando la pantalla embelesada mientras el vídeo se proyectaba a una velocidad que superaba en sesenta veces la de la grabación.

Los párpados de Emily temblaban mientras la versión acelerada de Jake llevaba a cabo el proceso de sostener un cuadro tras otro en un bucle sin fin. Sus ojos no parecían estar mirando la pantalla, sino más allá de ella, y Jake se preguntó si estaba viendo algo en las formas aleatorias que pasaban demasiado rápidas para que él pudiera captarlas. De tanto en tanto distinguía un destello de un lienzo, una imagen que parpadeaba con la suficiente lentitud para que su cerebro registrase la forma, pero para cuando lo había visto, ya había desaparecido.

Emily permaneció sentada inmóvil mientras contemplaba la grabación, el único movimiento en todo su cuerpo era el ligero temblor de sus párpados. El viento y la lluvia bombardeaban la casa y las imágenes se seguían como una serie de manchas de color contrapuestas a la figura de Jake, que era casi fija en los fotogramas.

Mientras contemplaba a la chica, Jake olvidó la taza de café que tenía entre las manos. Frank se bebió la suya distraídamente; su atención estaba dividida entre la niña y la tormenta que se desataba en el exterior sobre el vecindario. El mar alcanzaba más de medio metro en la calle. Un enorme contenedor de basura dotado de ruedas dio una vuelta de campana en medio de aquel río de agua salada y su tapa batió como la mandíbula de un tiburón en busca de plancton.

Emily observaba extasiada el resplandor azulado de la pantalla. Cuando llevaba así dos minutos, empezó a silbar por la nariz, un siseo rítmico que era casi musical.

El vídeo llegó a su fin y Emily soltó un grito ahogado. Sin la más mínima pausa, movió su dedo hacia atrás sobre el panel táctil y la grabación comenzó a rebobinarse. Los movimientos bruscos, de marioneta, que el Jake alternativo acababa de realizar empezaron a correr en sentido inverso, y todo ello poseía la misma sensación de irrealidad que la manera que tenía Emily de hacer los puzles boca abajo.

Ahora la niña estaba emitiendo un zumbido, un sonido profundo como el de un transformador eléctrico calentándose. Jake entendió por qué la gente del siglo XIII veía a los autistas como a gente poseída: su mundo era tan distante, tan impenetrable, que no había forma de equiparlo con los mecanismos de una mente normal. La observó mientras ella miraba fijamente el vídeo y se dio cuenta de que no había forma de catalogar a aquella niña como una mente normal, por mucho que uno quisiera ignorar el puzle al revés que estaba casi completo en el suelo. Ni siquiera podía catalogarse así en un sentido abstracto. Lo cual significaba algo.

El vídeo terminó.

Los ojos de Emily permanecieron clavados en algo más allá de la pantalla, en el universo pixelado que había en el interior del ordenador portátil.

—¿Has visto algo, Emily? —preguntó Jake, intentando mantener bajo control la esperanza que experimentaba, ¿o era histeria? Sin Emily, se hallaban en vía muerta.

Muerta.

Desollada.

La niña miraba fijamente al frente, sin moverse.

—¿Cariño? —preguntó la señora Mitchell—. ¿Has visto algo? ¿Había algo ahí?

Ningún movimiento.

Jake sintió la adrenalina de la esperanza disiparse en el dolor sordo de la desesperación. Empezó a levantarse.

Emily reaccionó por fin.

Se incorporó y su expresión cambió de una indiferencia absoluta a una intensa concentración. Salió de la habitación dando fuertes pisotones y Jake terminó el gesto de ponerse en pie, pero la señora Mitchell lo retuvo poniéndole una mano en el hombro y negando con la cabeza:

—Emily ha ido a por algo. Puede que tenga que ver con usted, o puede que se haya ido al cuarto de baño para apilar las pastillas de jabón, pero se ha ido para hacer algo.

Frank había dejado de beber y ahora esperaba a que la chica volviese, ensimismado con todo aquel extraño proceso. Jake se sentó petrificado en el sofá al lado de la madre, esperando a... ¿qué?

Desde otra habitación les llegó el sonido de un cajón que era vaciado, de utensilios movidos y revisados, y luego el sonido cesó. A continuación más pisadas fuertes hacia otra parte de la casa. Una puerta se abrió. Y se cerró.

Emily volvió a la sala de estar llevando una pelota de playa bajo un brazo y un par de tijeras y unos cuantos rotuladores en su mano. Fue al aparato de música, lo encendió y pulsó el *play*. La música dinámica y animada de *Johnny Puleo and the Harmonica Rascals* empezó a sonar a todo volumen.

La señora Mitchell se inclinó hacia Jake y la habló al oído:

—Le encanta ese CD. Es lo único que me permite poner. —Había algo en su tono de voz que sugería que a ella no le gustaba esa música.

Jake contempló a la niña, hipnotizado.

Emily se sentó en el suelo y atrapó la pelota entre sus piernas. Le dio la vuelta como un gemólogo que buscase un defecto, y cuando encontró lo que fuese que estaba buscando, clavó las tijeras en la gruesa superficie de goma. De la pelota brotó un suspiro, y luego se le escapó la vida en un pedo prolongado.

Entonces la niña del rostro carente de expresión se puso a trabajar con sus tijeras y sus rotuladores mágicos.

A Emily Mitchell le llevó once minutos terminar con su cirugía sobre la pelota de playa mientras *Johnny Puleo* y su grupo hacían sonar a pleno pulmón un alboroto musical a modo de acompañamiento. La niña trabajaba con rapidez, sin darse tiempo para reflexionar, sus dedos manipulaban con destreza la piel de la pelota como un sastre del Viejo Mundo creando un diseño. A la mayoría de la gente le habría parecido que no había ningún pensamiento ni idea deliberada detrás de sus acciones, solo una cruda laboriosidad. Pero Jake reconoció la habilidad innata de alguien nacido con un don, y, por una de las pocas veces en su vida, entendió por qué la gente con la que trabajaba no podía entender cómo hacía él determinadas cosas. Se trataba de una simple carencia de lenguaje.

Emily acuchillaba la goma con sus tijeras, girando la piel arrugada a uno y otro lado mientras realizaba cortes precisos en el material. Cuando hubo acabado, su flequillo grueso y negro se le había pegado a la frente por el sudor y el pasador amarillo que lo debía mantener colgaba torcido sobre su sien.

Puso la pelota en el suelo, con el lado coloreado hacia abajo, y los cientos de cortes que había hecho la habían reducido a una miríada de pequeños trozos de formas irregulares apenas unidos por delgados hilos de goma. Jake se dio cuenta de que los trozos eran una representación en miniatura de los extraños lienzos apilados en la casa de su padre. Las piezas no eran independientes unas de otras, y el todo que formaban poseía en cierto modo la forma de una langosta ladeada con pies torcidos y cuerpo deformado, compuesto por miles de escamas diminutas e interconectadas, cada una de las cuales representaba una de las manchas producidas por la locura de Jacob Coleridge.

La niña dio un último tijeretazo en la pelota y dejó las tijeras con cuidado en el suelo. Luego cogió los rotuladores y comenzó a colorear su obra. En un momento dado se detuvo y se puso en pie, y Jake se preguntó qué ocurría. Pero Emily se limitó a acercarse al aparato de música y pulsar el botón de repetición.

—Solo le gustan las primeras cuatro canciones —explicó la señora Mitchell.

La niña volvió a la alfombra junto al sofá y volvió a concentrarse en el trabajo como un robot de alta velocidad programado para colorear.

Le llevó otros nueve minutos pintar los fragmentos de goma frágilmente unidos hasta que terminó la labor. Se detuvo, dejó los rotuladores en el suelo al lado de las tijeras y regresó para continuar con su puzle colocado boca abajo.

La señora Mitchell miró a Jake y se encogió de hombros:

—Supongo que ya está.

Jake miró la pelota, dispuesta como una disección en clase de biología.

—Se parece algo a algunos de los cuadros de su vídeo —murmuró la madre.

Jake contempló fijamente el puzle de goma, intentando captar detalles que le dieran algún

tipo de sentido. Pero fue Frank quien dijo:

—Está al revés.

Jake se levantó y rodeó la obra de arte de Emily. En el centro de aquel cuerpo de araña, extendido como un mapa amañado, cuatro piezas de formas irregulares se unían y formaban la imagen de un ojo humano.

—Hijo de puta —masculló Jake entre dientes.

—¿Qué? —Frank se acercó y se colocó a su lado.

—Es una esfera. Jacob quería que esto se ensamblase para formar una esfera.

—¿Qué sentido tendría eso?

Jake se puso en cuclillas y levantó una de las patas de la piel de goma, que le resultó fría al tacto.

—Que solo podrías ver el cuadro desde el interior —dijo, alzando la mirada hacia los ojos de Frank.

Su tío miró la maqueta que Emily Mitchell había construido gracias a su capacidad de perspectiva, que quedaba más allá de la comprensión.

—Realmente Jacob ha perdido la cabeza.

Jake negó con la cabeza y trató de no sonar demasiado reverente:

—Esto es brillante. —Pensó en el poliedro de acero que había en la mesa de la entrada de su casa, la que su padre había soldado hacía más de treinta años. Era aproximadamente del mismo tamaño que la pelota de playa. De hecho, si pensaba en ello, valía la pena apostar que era exactamente del mismo tamaño que la pelota de playa. De algún modo, el viejo había emitido en una frecuencia que Emily Mitchell había recibido. La idea de que los paneles del estudio fueran en realidad una maqueta a escala de la verdadera pieza de arte, que estaba allí mismo, en sus jodidas manos, era demasiado trascendental para tenerla en cuenta. ¿Cómo podía él saber que seríamos capaces de hacer esto?, se preguntó Jake.

Y la respuesta era que no lo había sabido. Aquello era un golpe de suerte, un tiro afortunado. La niña había descifrado los paneles, y de alguna manera había encontrado una pelota de playa del tamaño adecuado, o quizás el vídeo la había instruido mágicamente para que lo hiciera. La escultura con estructura de alambre de Jacob Coleridge era simplemente eso, una estructura. Y aquella pieza que Jake tenía en su mano, aquella pieza fría de goma cuyo tacto se parecía demasiado al de la piel humana, era el lienzo hecho a medida. Aquello era lo que el viejo bastardo había querido. Un cuadro esférico que tuviera que verse desde el interior, la forma perfecta de esconder su obra. Y Jake había dado de alguna manera con una solución. Había sido un accidente, una de esas cosas sobre las que uno lee de vez en cuando.

La idea de cualquier otra explicación era simplemente ridícula.

La goma fría, casi epidérmica, parecía algo perverso y erróneo en sus manos. Pero ya tenía su ficha fotográfica.

Desollado.

Jake se giró hacia la señora Mitchell:

—Gracias por su ayuda.

Jake y Frank se dirigieron al hospital, luchando esta vez contra el viento, que hacía que su avance se viera dificultado por la pésima aerodinámica de la enorme bestia de metal. Conseguida la nueva pista, Jake había salido lo suficiente de su estado de apenado enojo como para maravillarse ante la fuerza que la Madre Naturaleza lanzaba a su alrededor. Se preguntó si la casa estaría aún en pie o si el océano se la habría tragado.

—¿Crees que eso es un retrato del asesino? —preguntó Frank, indicando con su pulgar la pelota de playa mutilada que Jake llevaba sobre su regazo, envuelta en dos bolsas de basura.

Jake acarició el plástico bajo sus dedos, preguntándose qué era lo que había allí.

—No lo sé. —Pensó en la mente que era necesaria para llevar a cabo aquella obra: un cuadro tridimensional que se suponía que debía verse desde el interior. ¿Cuántas personas eran capaces de algo así? Como mucho, un puñado en todo el planeta. Quizá menos.

Y pensó en la otra parte, la parte que era un poco demasiado estrafalaria como para examinarla realmente, porque no había manera de ponerla en ningún tipo de contexto.

—¿Jacob quería que esto se viera desde dentro? No lo entiendo, Jakey.

Jake tampoco estaba seguro de entenderlo.

—Todos esos pequeños lienzos de la casa, todas esas pequeñas formas irregulares que están por todas partes de la casa, son piezas de un todo, de una pieza más grande. Solas, no son nada. Es como una foto digital. De cerca, demasiado cerca, lo único que ves son pequeños cuadrados de color, como azulejos en un mosaico. Yo sabía que significaban algo, pero no podía adivinar qué.

—¿Cómo lo diseñó? ¿Te has fijado en la forma en que esa cría ha rajado la pelota? Algo así requiere una enorme cantidad de ingenio —dijo Frank, meneando la cabeza y encendiéndose un cigarrillo.

—Se le pueden echar en cara un montón de cosas a Jacob Coleridge, pero no se le puede acusar de ser tonto. Y yo creo que esto fue diseñado para que sea extendido sobre esa escultura de la...

Frank dio una palmada al volante y terminó la frase:

—... ¡entrada! Hijo de puta, eso es inteligente. Quiero decir... —Y se quedó de pronto callado al darse cuenta de que eso significaba que el plan de Jacob llevaba más de tres décadas en marcha—. ¡Oh, joder!

Delante de ellos había una hondonada en la carretera que se había llenado de agua. Jake cambió de postura en el asiento:

—Eso parece profundo, Frank.

—No te preocupes. Tengo un tubo para respirar bajo el agua —dijo, y dio unos golpecitos en el parabrisas para señalar un tubo que sobresalía del capó enfrente de Jake—. Además, este cacharro no flota, está diseñado para llenarse de agua para que así no perdamos

tracción. Puede que se te mojen los pantalones, pero ¿acaso eso te importa?

Jake se aferró con fuerza a la barra de sujeción montada en el salpicadero delante de su asiento, manteniendo una mano sobre la obra de arte de Emily Mitchell. Miró hacia el este, hacia las olas que detonaban contra la nueva costa recién excavada por la tormenta, e intentó ignorar que si el huracán quería ahogarlos, el tubo que le había indicado su tío no iba a servirles de nada.

Su padre miraba fijamente al techo, profiriendo una serie de sonidos asustados que eran más propios de una historia de fantasmas infantil.

—¿Quién es este, Jacob?

Jake extendió la piel de la pelota de playa sobre un tablón de anuncios que había descolgado de la sala de médicos. Estaba sujeta con chinchetas, como un espécimen sobre una mesa de disección.

Jake tenía otras cosas en su mente. Quería preguntarle a su padre acerca del lugar del que venía, donde lo habían encontrado. Acerca de quién era realmente. Pero no disponía de tiempo. La tormenta estaba desatando su ira contra el mundo que lo rodeaba y el hombre sangriento estaba desatando la suya contra el mundo que tenía dentro de sí. Y toda su atención se había reducido a encontrar a su esposa y a su hijo.

—¿Quién, Jacob?

Jacob Coleridge miró la pieza, fascinado, con un destello en sus ojos de algo que parecía orgullo. Luego desvió la mirada hacia los ojos de su hijo, y durante un segundo su mirada fue la de un hombre racional y cuerdo. Quizás incluso la de un hombre que lo amaba. Su boca se torció en una frágil sonrisa, la clase de sonrisa que Jacob nunca le había dirigido a su hijo. Te quiero, decía esa sonrisa.

Entonces alguien pulsó el conmutador que había en su cabeza, su mente sufrió un cortocircuito definitivo, y cayó hacia atrás, sobre la almohada, mascullando algo por debajo del sonido de su respiración.

Jake empleó otros diez minutos (diez minutos que no tenía y que no podía malgastar) intentando recuperar la mente de su padre de donde fuera que se había retirado, con el único resultado de unos lloriqueos y súplicas balbuceadas. Finalmente, Jake se dio por vencido y tiró por el codo de Frank hacia el pasillo:

—Dame las llaves del Humvee.

Frank se llevó la mano al bolsillo de su impermeable y sacó su llavero, un viejo cartucho del calibre .3030 del que colgaba una única llave. Se la lanzó a Jake.

—¿Adónde vas? —Tenía un cigarrillo sin encender entre los dientes que se balanceaba arriba y abajo mientras hablaba.

—Tú quédate con mi padre. Intenta que diga algo más. Intenta que vuelva en sí. Pregúntale de qué va esto. Pregúntale quién está haciendo todo esto. Y por qué. —Jake pensó en su padre, una figura aterrorizada extraída de una historia de horror gótico, y sintió que una pequeña parte de sí mismo se le enfriaba por dentro—. ¿Tienes algún arma?

Frank echó hacia atrás su impermeable y un viejo Colt .45 apareció ante los ojos de Jake.

—También tengo el cuchillo —dijo, dando unos golpecitos sobre la empuñadura del enorme cuchillo que llevaba consigo desde Corea.

Ya no hacían hombres como su tío Frank. El hombre sonreía, y, bajo la tenue iluminación de las luces de emergencia, se parecía a Jacob.

—Quédate con mi padre.

Frank asintió, con la mano todavía sobre la empuñadura del cuchillo.

—Ni siquiera el Diablo pasará sobre mí, Jakey.

Jake lo miró fijamente durante unos segundos.

—Va a venir, Frank. A por ti o a por mí o a por mi padre. Somos los únicos que quedamos, a no ser que Kay y... y... —Dejó que la frase quedase ahogada por el ruido del viento. ¿O acaso el ruido era el de sus propios gritos?

Frank extendió la mano y la posó sobre el brazo de Jake. Sintió que bajo la tela los músculos se movían como cables de acero.

—Jake, no te preocupes por nada. No te preocupes por tu padre y no te preocupes por mí. Puede que sea viejo pero no estoy oxidado. Hijo, en mis tiempos maté de todo ahí fuera, incluso a hombres. Todavía puedo patearle el culo a cualquiera que se me ponga delante. Así que ve y haz lo que tengas que hacer para encontrar a tu mujer y a tu hijo.

Jake quiso decir algo, quizá darle las gracias, pero sabía que si abría la boca no haría otra cosa que ponerse a llorar. Y tal vez no sería capaz de parar.

Cogió el llavero y corrió escaleras abajo.

Jake tardó veinte minutos en recorrer el trayecto entre el hospital y la oficina del sheriff, un trayecto que en circunstancias normales, e incluso contando con el tráfico de turistas en un largo fin de semana, debería de haberle llevado cinco. El enorme vehículo militar sorteó las profundas zanjas de agua con facilidad, pero el viento era algo completamente diferente. El Hummer había sido diseñado para avanzar despacio en terrenos complicados, podía escalar rocas, riveras de ríos y hasta otros coches sin dificultad, pero avanzar contra los vientos de doscientos cuarenta kilómetros por hora que aullaban sobre Long Island suponía un esfuerzo para el vehículo. Unas cuantas veces notó que el viento se introducía por debajo del todoterreno y trataba de levantarlo por los aires. Como Frank, se descubrió a sí mismo hablándole al Hummer, dedicándole todo tipo de motes cariñosos mientras superaba una prueba tras otra.

Ya era de noche, y el huracán había bloqueado el cielo con un dosel enturbiado de agua negra que le gritaba a la tierra. Las altas aceras de cemento que mantenían los jardines libres de la lluvia durante las tormentas de verano estaban ahora vertiendo agua a raudales hacia las calles, que rugían y bullían como ríos. Toda la ciudad estaba inundada y una gran cantidad de árboles se habían caído. Algunas casas se habían venido abajo y había escombros por todas partes.

No vio a nadie por las calles, y se preguntó cómo estaría la situación en la costa. ¿Todo aquella cantidad de agua era producto de la lluvia o acaso el océano se había metido tierra adentro? En el cruce entre Front y Lang tuvo que subirse al jardín de la iglesia presbiteriana. Las ventanas estaban a oscuras, carentes incluso del resplandor de alguna vela, y Jake supo que la iglesia estaba vacía, sin nadie rezando en su interior. Le pareció extraño, pues los asiduos a la iglesia solían pedirle a Dios protección y ayuda en momentos como aquel. Para Jake, insultar al viejo hijo de puta tenía más sentido, ¿o acaso no había sido el Todopoderoso quien había decidido que aquel huracán les visitase?

El aparcamiento del sheriff continuaba vacío, así que Jake aparcó cerca de la puerta lateral, al abrigo del viento.

El policía que antes había estado comiendo un sándwich de ensalada de huevo, Wohl, estaba al otro lado de la puerta, gritando en su *walkie-talkie* con enloquecido entusiasmo. Paró al ver a Jake, empapado por la lluvia y cien años más viejo que dos horas antes.

—¿Dónde está Hauser? —le gritó Jake.

Wohl indicó las dos planchas de madera de roble que hacían las veces de puerta principal, aseguradas ahora con cinta adhesiva y dos barras de hierro. Las dos hojas de la puerta se movían y retumbaban bajo la fuerza del viento que soplaba para entrar y llevarse a los cerditos.

—Intentando echar una mano a los servicios médicos en el centro comercial. El tanque de

propano de uno de los locales ha estallado. Al vigilante le atravesó la cabeza el pomo de una puerta al rojo vivo.

Jake le mostró el portátil:

—¿Habéis recuperados las comunicaciones?

Wohl levantó su *walkie-talkie* sosteniéndolo entre el índice y el pulgar como si fuera un zurullo ardiendo:

—¿Cree que estaría gritando con esto si tuviéramos los satélites?

Jake se dio unos segundos para poner en orden sus pensamientos.

—Necesito una papelera. De algo así como medio metro de diámetro. Del tamaño de una pelota de playa. Y algo de comer. ¿Tenéis una máquina de sándwiches?

Wohl sonrió, contento de que hubiera algo que podía hacer:

—¿Qué tal ensalada de huevo con mucha cebolla en pan de centeno y un poco de mostaza? Y café. Tengo café. Un montón de café.

—Suená bien.

—¿Cómo lo toma? No tenemos azúcar.

—En un vaso.

De camino pasó junto a Scopes, que estaba apoyado en la pared junto a la puerta quitándose el barro de la suela de su bota con la ayuda de un cuchillo. El agente levantó la vista, vio a Jake y lo saludó agitando el arma.

El rostro de Kay surgió en su cabeza, sonriente, lleno de pecas, hermoso y vivo. Detrás de ella, no muy lejos, estaba Jeremy con Elmo, dando botes con una galleta de chocolate en la mano. Jake parpadeó y deseó que las imágenes desaparecieran, que volviesen a arrastrarse hacia la oscuridad.

Kay le envió un beso con un soplo. Y luego se sumergió en las sombras.

Jake se zampó dos de los sándwiches de Wohl seguidos por dos vasos de café. Después se puso manos a la obra con la piel diseccionada de la pelota de playa.

No tenía tiempo de volver a la casa para recoger la escultura de acero inoxidable que había en la mesa de la entrada; ahora mismo necesitaba idear algo, así que llenó una enorme papelera con toallitas de papel hechas una bola para crear una suerte de cuenco, y colocó la piel de la pelota de playa en el interior, dándole forma en el hueco y sorprendiéndose de lo bien que se ajustaba sobre aquella superficie improvisada.

Mientras trataba de alinear las partes, que se deslizaban una contra otra como un puñado de púas de guitarra, vislumbró destellos de algo aquí y allá. Casi una nariz. Un trozo de ojo. Un pómulos. Finalmente lo tuvo colocado en el fondo de la papelera, de forma que tan solo faltaba unirlo un poco más. Le dio forma, lo fijó en posición y contempló la imagen que Emily Mitchell había dibujado para él.

Era un retrato.

Un buen retrato.

La niña había realizado un trabajo increíble.

Pero Jake supo que no era lo que su padre había pintado en los lienzos de la casa de la playa.

Ni hablar. De ningún modo.

Y por segunda vez esa noche, sintió el cálido puño de la derrota tomando forma en su estómago. Ahí se acababa todo, su último intento de averiguar lo que su viejo estaba intentando decirle. Y por detrás del telón de tristeza y angustia y frustración, sabía que su

padre estaba intentando decirle quién se había llevado a Kay y a Jeremy.

Ahora nunca los recuperaría. Ni a Kay, ni a Jeremy.

Desollados.

Los había perdido.

Desollados.

Para siempre.

Scopes entró corriendo en la habitación:

—Agente especial Cole, la médico forense está al teléfono.

Sin levantar la cabeza, Jake contestó a través de sus manos:

—Creía que los teléfonos no funcionaban.

—En realidad son lo único que aún funciona. Pulse línea tres.

Jake se tambaleó hacia la mesa, cuya superficie presentaba innumerables marcas circulares de tazas de café y quemaduras de cigarrillos. Cogió el auricular y pulsó la línea tres.

—Aquí Cole.

—Agente especial Cole, soy la doctora Reagan. Dos cosas. Antes de nada, la sangre de la camiseta de niño que me trajo esta mañana es del mismo tipo que la del chico de la casa de los Farmer. No ha sido secuenciada, pero es AB negativo.

Jake recordó a Jeremy a los pies de la escalera, con la cabeza inclinada hacia un lado y lágrimas rosadas resbalando por su rostro.

—¿Y?

—Y la segunda cosa es que quienquiera que mató a Rachael Macready le cortó la lengua. Al principio creí que ella misma se la habría arrancado a mordiscos, como la señora X, pero la lengua no estaba en la casa.

—¿Ha comprobado su estómago? —preguntó Jake.

Hubo un silencio en el otro extremo de la línea mientras la doctora Reagan tragaba saliva de manera audible.

—No estaba ahí, aunque no se me había ocurrido pensar que pudiera estarlo. —Ahora su voz reflejaba desconfianza, la misma desconfianza que todo el mundo mostraba ante Jake tarde o temprano, cuando empezaban a comprender lo bien que él conocía a aquellos monstruos—. Usted posee más experiencia que yo en homicidios de este tipo, ¿qué le sugiere eso?

Jake revisó mentalmente el desfile interminable de crímenes que había visto durante los años que llevaba cazando asesinos. Por lo general se trataba de freudianas reacciones violentas razonadas por una mente psicológicamente fracturada. Edmund Kemper era el ejemplo perfecto de esa clase de razonamiento: había asesinado a seis mujeres antes de reunir el valor de ir a por la que de verdad quería matar. Para entender a esos hombres, lo único que hacía falta era la clave. Y habitualmente esa clave era bastante simple. Dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—Él la veía como una traidora.

—¿Por qué?

Su conversación de esa tarde con Hauser apareció en su cabeza:

—Ella me ayudó. Ayudó a mi pad... —Las palabras se atascaron en su garganta cuando la imagen de Emily Mitchell y su pasador de pelo amarillo surgió en su mente—. ¡Oh, Dios!

Colgó el teléfono con brusquedad y se puso el poncho de policía que le habían prestado. Corrió por el pasillo hacia la puerta trasera, gritándole a Scopes:

—Ponte en contacto con Hauser. Dile que se encuentre conmigo en casa de la señora Mitchell. ¡Ahora!

Abrió la puerta de un empujón y se zambulló en el enérgico alarido de la tormenta que estaba despedazando todo lo que le quedaba, poco a poco.

El todoterreno levantaba gruesos penachos de agua al cruzar a toda velocidad las vacías calles de Southampton, lo suficiente como para que los israelitas hubieran podido seguir su estela. Desde que había salido de la oficina del sheriff, Jake había vadeado dos ríos recién formados por la tormenta en mitad de la ciudad y las dos veces el agua había llegado a cubrir la capota del coche. De algún modo, el artificio para respirar de Frank parecía estar funcionando, porque el motor ni siquiera había emitido un leve sonido de protesta. Cuando no tenía que recurrir a tácticas navales, Jake mantenía el pie a fondo en el acelerador para cruzar la ciudad desierta. Después de recorrer varias manzanas, se dio cuenta de que tenía que frenar si no quería quedarse sin gasolina y terminar ahogándose solo en alguna de aquellas calles.

Atravesar los vecindarios a oscuras tenía algo de escalofriante y apocalíptico. Cuanto más se alejaba de la oficina del sheriff y más se internaba en Southampton, más visceral se volvía aquella sensación. Mientras avanzaba en dirección a la casa de la señora Mitchell, su cerebro continuaba trabajando en el retrato fragmentado de su padre. ¿Era tan solo un símbolo de su mente fracturada o había pretendido que fuera un retrato del hombre de sangre? Jake estaba convencido de que había dejado todos aquellos retratos sin rostro para que él los viese, para picarle la curiosidad, para hacer que se acostumbrase a pensar. Para que se acostumbrase a ver.

¿Por qué no le había dicho simplemente quién era el asesino? ¿O dejado una nota? ¿O una carta? ¿Por qué ese enfoque al estilo de las muñecas rusas? Un acertijo escondido dentro de un acertijo escondido dentro de un acertijo escondido dentro de... ¡Por Dios Santo, aquello no tenía fin!

Jake repasó con sus dedos mentales los años, tratando de encontrar algo en las páginas cubiertas de polvo que ayudase a dar sentido al motivo por el que su padre había hecho aquello.

Sabía que él era quien se suponía que tenía que verlo; eso era lo que él hacía, hasta su padre lo sabría. Entierra una aguja en un pajar, esconde el pajar en un campo lleno de pajaros, y suelta a Jake con su varilla de zahorí y él la encontrará, lo averiguará, resolverá el misterio. Solo que aquello no era solo un misterio. Ya no. No era un trabajo, ni un juego, ni siquiera una obsesión. Era una necesidad.

Algo le decía que Kay y Jeremy estaban vivos. ¿Por qué? Porque no habían encontrado los cuerpos. Y a aquel cabrón, al hombre de sangre, le gustaba dejar algo a su paso para sus fans.

Y si Jake no se ahogaba ni le caía un árbol encima ni le daba una sacudida una pulsación electromagnética, sabía que encontraría a la persona que estaba buscando. Lo encontraría a él.

Al menos ahora Jake tendría una forma de llamarlo cuando le pusiera el cañón del revólver en la cabeza y le abriera un boquete en ella.

Jake paró en el jardín de los Mitchell y los cuatro mil kilos del vehículo se hundieron hasta las llantas en la tierra mojada. Abrió la puerta del todoterreno de una patada y saltó afuera, sumergiéndose en un metro de agua. La calle estaba inundada, el vecindario estaba inundado, el jardín estaba inundado. En el plazo de una hora todo aquello podría desaparecer. Se preguntó si Wohl habría conseguido contactar con Hauser y si el sheriff estaría de camino. Deseó que Hauser estuviera allí, o Scopes, o cualquier otro agente, porque si aquel cabrón aparecía...

Recorrió a la carrera los diez metros de jardín, avanzando a través de la corriente que tiraba de él hacia abajo como si estuviera haciéndolo sobre una superficie de cemento húmedo. Se veían las llamas de velas en algunas de las habitaciones, y daba la impresión de que la señora Mitchell había encendido la lámpara de queroseno que había visto antes en la mesa del vestíbulo. Vio movimiento dentro. Una sombra cruzó la ventana frontal y se detuvo para mirar hacia el exterior. Jake reconoció la silueta de la dueña de la casa. Su corazón se tranquilizó un poco.

Su pie alcanzó el peldaño de hormigón precolado y se aferró a la baranda de hierro en el momento en que la señora Mitchell abría la puerta. La mujer sonrió.

Y entonces Jake lo vio. Detrás de ella, en el umbral de la cocina. Durante un segundo creyó que se trataba de su propio reflejo, pero en ese instante se movió.

Había un cuchillo colgando de su mano, el destello de la muerte en la oscuridad.

Era tan solo una silueta tenue, pero Jake reconoció su forma; era el hombre sin rostro que Jacob había pintado con su propia sangre en la pared. El hombre del retrato. El hombre de sangre.

Jake metió su mano bajo el poncho, en el interior de su chaqueta, y sintió la empuñadura de goma de su revólver, cálida y seca contra su piel.

La cosa que había detrás de la mujer se movió. Se contrajo.

Jake puso el índice sobre el gatillo y comenzó a sacar el arma. Abrió la boca para gritar, para avisar a la mujer. Se produjo un cambio en la cara de la señora Mitchell cuando percibió la expresión de Jake y vio que buscaba su pistola bajo el poncho, y empezó a darse la vuelta para mirar a su espalda.

Jake vio que la forma sin rostro se movía en la oscuridad.

Se oyó un profundo estallido seguido por un sonoro crujido que iluminó el cielo como un generador de un billón de vatios reventándose. La tierra resonó a medida que el rayo impregnaba el suelo, aniquilando a todas las lombrices en un radio de cuatrocientos metros.

Jake vio que el mundo se sobrecargaba durante un milisegundo antes de que se fuera la corriente. Entonces fue como si nada existiese.

Cayó hacia atrás.

Lejos.

Lejos del mundo.

Lejos de los escalones.

Lejos de la señora Mitchell y de Emily y de todo lo demás que había prometido no dejar a merced del hombre de sangre.

Jake estaba en la puerta de entrada, con los sonidos fracturados de la tormenta que azotaba la casa reducidos a un zumbido distante que apenas penetraba el murmullo sordo que giraba dentro de su cráneo. Miraba fijamente la parte superior del cuero cabelludo de Emily Mitchell sobre el poste de la barandilla de la escalera, una coronilla de gruesos y negros flequillos recogidos con un pasador de pelo amarillo. El puente de su nariz y una de sus cejas resultaban visibles por debajo. El resto yacía en la sala de estar, en medio de una imitación barata de alfombra persa empapada de sangre y moteada con piezas de puzle. La cosa que solía ser su madre estaba tumbada a su lado, masacrada.

Hauser estaba fuera, vomitando, y Jake deseó que lo estuviera haciendo a favor del viento. Fue una de esas cosas que se le ocurrían sin pensar mientras examinaba el cuero cabelludo de la niña, arrojado de cualquier forma sobre el poste, como un gorro invernal, un poco inclinado hacia un lado.

Hauser y su compañero habían encontrado a Jake flotando cerca de la calle. El peso del poncho lleno de agua había hecho de ancla y le había salvado de ser arrastrado por la corriente. Estaba inconsciente y Hauser había tenido que darle unas bofetadas, gritarle y sacudirlo. Sus ojos parpadearon, y la primera bocanada de aire le golpeó en el pecho como una bomba atómica. Se sentó y gritó el nombre de Emily Mitchell. Hauser había ido corriendo a la casa y había arrancado la mosquitera de cuajo. Había salido de nuevo quince segundos más tarde y se había puesto a vomitar en la ciénaga que antes solía ser un jardín.

Jake se incorporó, y, mientras trataba de hacer que el mundo dejase de dar vueltas, su cerebro emitió un sonido como el de los dibujos animados cuando a un personaje se le ocurre una idea y se le enciende una bombilla encima de la cabeza. Se puso en pie con esfuerzo y avanzó por el jardín, desplomándose sobre los escalones como un borracho que intentase llegar a tiempo al aseo.

La madre y la hija estaban en la sala de estar. O lo que quedaba de ellas.

Con el piloto automático conectado y arrastrando los pies, Jake subió las escaleras del hospital, iluminadas por las luces de emergencia, de modo que iba pasando de un tenue círculo de luz al siguiente. Estaba completamente empapado y el cuero húmedo de sus botas le rozaba las espinillas, y con cada nuevo paso la tormenta chapoteaba entre los dedos de sus pies para recordarle lo mucho que faltaba para que pudiera considerar aquel asunto como terminado. Le quedaban muy pocas fuerzas, y lo único que mantenía su corazón latiendo y sus piernas en movimiento era la posibilidad de poder, de algún modo, salvar a Kay y a Jeremy. Se preguntó si había algo remotamente racional en aquella idea, o si se trataba tan solo de una esperanza ciega. Al fin y al cabo, no había cadáveres. Eso era algo, ¿no? Porque a aquel tipo le gustaba dejar a su paso... Jake detuvo la imagen antes de que surgiera en su cabeza. No podía pensar así, se negaba a hacerlo. No cuando se trataba de su esposa y su hijo.

Abrió la puerta de metal y se adentró en el pasillo.

La tercera planta del hospital de Southampton vibraba con la voz colectiva de los que estaban postrados en la cama, los atemorizados, los enfermos. Las luces se habían reducido a un treinta por ciento de su capacidad, una decisión tomada para no sobrecalentar el generador. En aquella tenue penumbra, el linóleo del pasillo se parecía a una pizza cancerígena de supermercado que no podía identificarse mediante la vieja pregunta de si era ¿animal, vegetal o mineral? Todos los pacientes que podían viajar habían sido trasladados después de haber firmado una montaña de altas, y los que permanecían en el hospital era principalmente pacientes en cuidados paliativos y los ingresados en la UCI. Acompañando al murmullo que producían los enfermos, se oía también el retumbar de las ventanas temblando en sus marcos y el inconfundible crujido de las canaletas metálicas que eran torturadas por el viento en el exterior.

Frank estaba en la sala de enfermeras, intentando conseguir un analgésico para combatir el dolor de cabeza que le había producido el lamento incesante de la tormenta y de los pacientes.

Jake pasó por detrás de él, mientras la escasa luz deformaba su sombra como el dibujo animado de una araña que avanzase por el corredor.

El pasillo estaba más oscuro que dos horas antes, y los sonidos que brotaban de las habitaciones se parecían ahora más a los gruñidos de los animales en una guardería de mascotas a medianoche que a los de un lugar donde los seres humanos fuesen enviados para curarse. El sabor de la atmósfera resultaba inconfundible, y cada vez que inhalaba, el aire hedía a miedo.

La puerta de la habitación de su padre era la única que estaba cerrada. La abrió y vio a Jacob Coleridge atado al lecho, las cinchas de nailon y las hebillas de cromo brillante eran

un indicio de demencia en aquella estancia a oscuras. Al oír el sonido de sus pisadas, la cabeza de su padre giró sobre la almohada como la de un maniquí de una tienda de baratijas movido con un mecanismo rudimentario. Su cabello raspó la almohada mientras su rostro rotaba para mostrar unos ojos convertidos en profundos agujeros aterrorizados. Del interior de su garganta brotó el leve rumor de un ruido, un sonido de burbujeo.

Con el rabillo del ojo, en el borde mismo de su campo de visión, Jake vio la mesita de noche manchada, algo tenue y muerto encima de ella y el brillante destello del acero. No desvió su mirada, no apartó sus ojos del rostro del viejo, a pesar de que todas las fibras de su cerebro le gritaban que mirase aquella cosa situada en el borde de su campo de visión.

La cara de Jacob Coleridge, apenas visible en la penumbra de la habitación, estaba manchada con el mismo grafiti sangriento que había decorado la de Jeremy esa mañana. Las cuencas de sus ojos y sus mejillas estaban cubiertas de líneas rojas y negras que delineaban la calavera que había bajo su carne. Los dientes ensangrentados pintados a dedo sobre su boca estaban separados, y sus labios formaban una O negra, la cuenca de un ojo ciego. El áspero burbujeo de su garganta aumentó para convertirse en un aullido, como la llamada distante de un animal herido, y de su boca brotó sangre que le resbaló por la barbilla y le salpicó el pecho.

Jake dio un paso hacia su padre y el lúgubre aullido se transformó en un grito de pánico que pretendía ser la palabra «No», pero no fue más que una vocal alargada y torturada. Sin que necesitase mirar para comprobarlo, Jake supo que la lengua de Jacob Coleridge estaba sobre la mesita de noche, mientras unas líneas de sangre y moco destellaban en la superficie de una cuchilla de afeitar que yacía a su lado.

Después de llevar corriendo entre los dos a su padre para que lo atendieran los cirujanos de emergencia, Jake cogió a Frank del brazo y lo llevó a la escalera:

—¿Dónde coño estabas? —Sus palabras eran otra vez de rabia, no formaban un verdadero lenguaje.

Frank tenía la expresión perpleja de un superviviente de un accidente aéreo.

—Est... Estuve allí todo el tiempo, Jakey. —El viejo se mordió el labio inferior y sus dientes produjeron un sonido de roce contra los pelos de su bigote—. Ni siquiera he salido a fumar. —Para ilustrar lo que decía, sostuvo en alto un cigarrillo doblado cuyo filtro presentaba las marcas de haber sido mordisqueado. Entonces se quedó un instante callado, y las facciones de su rostro temblaron de manera inestable—. ¡Espera un momento! ¡Espera un maldito momento! —exclamó, señalando a Jake—. ¡No estarás pensando...!

Los ojos de Jake parecían agujeros negros conectados a su cabeza. A consecuencia de la escasa luz y de la profundidad de las sombras, su rostro era inexpresivo. Pensó un instante en aquella pregunta.

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que está pasando, Jakey? —Frank se irguió sobre las puntas de los pies.

Jake movió la cabeza a un lado y otro. Era un gesto de derrota provocado por una larga lista de fracasos por su parte.

—Alguien quiere ocultarme algo —dijo, mientras deambulaba por el pequeño rellano en el que se encontraban.

Finalmente, Frank encendió el cigarrillo que había tenido durante las últimas dos horas entre los labios. El chasquido del encendedor sonó como un disparo en los pequeños confines de la escalera y la llama brilló más que las bombillas que iluminaban aquel espacio.

—Jakey, no me he alejado de esa habitación más de cinco minutos antes de que tú aparecieras. Nadie ha entrado en ella. —Su rostro se arrugó en torno al cigarrillo y dio una larga calada, llenándose los pulmones de humo—. Nadie, Jakey. —Sus ojos se entrecerraron y la piel de su cara se tensó.

Jake detectó el miedo en ese gesto y se preguntó qué era lo que Frank no le estaba contando. Continuó paseando de un lado a otro sobre el suelo de chapa soldada. Un trueno sacudió el edificio y ahogó el ruido de sus pasos. Dio vueltas por el rellano mientras Frank fumaba su cigarrillo con la mano cerrada en torno a la colilla, como un chaval fumando en el instituto.

—¿Qué fue lo que dibujó la niña? ¿Tuviste tiempo de verlo?

Jake se detuvo y levantó la cabeza:

—Utilizó el mismo concepto que mi padre, pero su dibujo no tenía nada que ver con lo

que él había pintado, aunque las figuras sí que eran las correctas. —Frank dejó caer el cigarrillo y lo aplastó con el tacón de su bota, y Jake añadió—: Está muerta, Frank.

—¿Muerta? —preguntó Frank, con una mueca de sorpresa—. ¿Quién...? —Y antes de terminar la frase, lo entendió—. ¡Jesús! ¿Cómo?

Jake cogió un cigarrillo del bolsillo de su tío y lo encendió.

—De la misma forma, Frank. Su madre también. Eso es lo que este tío está haciendo.

Frank pareció empequeñecerse y perder presencia al soltar un prolongado suspiro.

—¿Dónde está el retrato?

—En el fondo de una papelería en la oficina de Hauser. —De repente, Jake se dio cuenta de que estaba muy cansado y de que tenía mucho frío. Notaba los dedos como si se los hubieran implantado después de arrancarlos de las manos de otra persona, y en su pecho albergaba una pieza de asado congelado—. Necesito una ducha caliente, ropa seca y dormir durante mil años.

—Ve y acuéstate en una de las habitaciones vacías. Esto es América, Jakey. Puedes hacer ese tipo de cosas.

—No puedo. Kay, Jeremy. No pararé hasta que sepa... —Su flujo de palabras se agotó durante unos segundos, tras los que reapareció con un listado de cosas que podía hacer—: Necesito hablar con Hauser. Necesito volver a su oficina.

—¿Y tu padre? —dijo Frank.

—Lo mantendrán en cirugía —respondió, comenzando a bajar las escaleras—. No hay nada que pueda hacer aquí. Vámonos.

Frank permaneció inmóvil, con el pie en el aire unos pocos centímetros por encima del siguiente peldaño:

—¿Y si él... y si «eso» vuelve?

En el aparato de televisión que Jake tenía detrás de sus ojos surgió una imagen llena de grano, una imagen de la figura que había visto en el pasillo detrás de la señora Mitchell.

—Si él quisiera a mi padre muerto, no le habría cortado la lengua. Le habría cortado la jodida cabeza, Frank. Se ha largado de aquí. —¿Qué otra cosa podía decir? ¿Qué le importaba bien poco lo que pudiera pasarle a su padre, sobre todo si se veía obligado a elegir entre el viejo bastardo y su esposa y su hijo? No, no podía decir eso. No al menos en voz alta.

Frank sacó otro cigarrillo y le siguió escaleras abajo.

—Si ya ha acabado con todos los demás, Jakey, ahora vendrá a por ti.

Jake sintió que el pedazo de asado congelado se movía en su pecho.

—Cuento con ello.

Tuvo que ayudarse del hombro para conseguir abrir la puerta de emergencia. La mantuvo abierta para que Frank saliera y la pesada hoja de metal tiró de sus dedos, así que la cerró empujando con los dos brazos.

Se mantuvieron encorvados contra el viento mientras avanzaban tan rápido como podían hacia el Hummer aparcado en una esquina del edificio del hospital, sobre la hierba. Jake escaló por encima de un buzón que la tormenta había arrastrado por el aparcamiento y lanzado contra un lateral del vehículo. En el otro lado, el de Frank, se hallaba el tejado de una casa, con las tablillas arrancadas y las vigas sobresaliendo como huesos rotos.

Entró en el vehículo, se puso el cinturón de seguridad, metió la llave en el contacto, y se quedó petrificado.

Sobre el volante había una camiseta extendida como si fuese una toalla puesta allí para secarse. Estaba rajada con docenas de marcas de cuchilladas, el algodón que había sido azul pastel se había vuelto ahora negro. David Hasselhoff sonreía obscenamente desde la tela ensangrentada, y el texto «Don't Hassel the Hoff» destacaba con letras brillantes veteadas de sangre.

Era un regalo, una postal, un mensaje para hacerle saber que alguien estaba pensando en él. Me lo estoy pasando de maravilla. ojalá estuvieses aquí.

Jake soltó un alarido.

Jake tenía las manos enlazadas alrededor de una taza caliente de café y de nuevo volvía a sentir que los dedos eran casi suyos. Hauser había conseguido unos vaqueros y una camiseta, y la ropa seca combinada con la taza caliente había prácticamente terminado con la sensación de frío. Estaba sentado en una silla de madera en la misma sala de interrogatorios en la que había unido a toda prisa las diversas piezas del retrato de Emily Mitchell. Hauser estaba sentado en el pico de la mesa, acunando su propia taza de café y con el mismo aspecto de cansancio que tenía Jake. Frank estaba en un rincón, dando cuenta de un sándwich y otro cigarrillo que Hauser le había permitido de mala gana que se fumase dentro. La camiseta ensangrentada de Kay estaba en la mesa, metida en una bolsa para pruebas.

Jake y Frank se habían presentado en la oficina de Hauser justo después de que el sheriff hubiera regresado de la casa de la señora Mitchell; en aquellas circunstancias la escena del crimen tendría que esperar, así que Hauser había dejado allí a su agente más inexperimentado (lo que significaba lo mismo que su agente más prescindible durante la tormenta) para que se asegurase de que nadie contaminaba la escena. El porte por lo normal calmado del ex *quarterback* mostraba indicios de descomposición producida por la tensión prolongada de estar contemplando cómo la comunidad a la que había jurado servir y proteger estaba recibiendo los estragos de fuerzas que estaban mucho más allá de su control. Después de oír el relato de Jake sobre lo que había sucedido en el hospital, se había lanzado a una extensa e impresionante letanía de maldiciones. Ahora, tras la oleada inicial de adrenalina, los tres hombres se habían sumido en el silencio.

Fue Frank el primero en hablar:

—Este sándwich sabe como el culo. Y no me refiero a un buen culo.

—Podría saber mejor si no estuviera fumando mientras lo mastica —repuso Hauser.

Frank soltó un gruñido de mofa y volvió a concentrarse en su sándwich-cigarrillo.

Hauser cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Jake entrecerrando sus ojos enrojecidos:

—¿Qué hacemos para parar a ese tipo? ¿Esperar a que se quede sin gente a la que matar?

—Tengo que pararle. Hay una forma. Ese tío tiene un objetivo, solo que no consigo ver cuál es.

—¿Cómo coño puede sentarse ahí tan jodidamente tranquilo y analítico? Su esposa... —levantó la bolsa que contenía la camiseta—... su hijo, ¡han desaparecido! Ese tipo tiene a su familia y usted se sienta ahí como si fuese el Peñón de Gibraltar. ¡Jesucristo! ¿De dónde ha salido usted?

Jake se incorporó de un salto y lanzó su taza contra el espejo unidireccional utilizado para los interrogatorios. Impactó en el centro y explotó con una detonación de cerámica y café que se expandió por toda la habitación.

—¿Cree que estoy tranquilo? ¡Estoy a un paso de salir ahí fuera y ejecutar a todo hombre con el que me cruce por si por casualidad es él! Siento mucho lo de la señora y el pequeño X y lo de Rachael Macready y David Finch y la señora Mitchell y su hija y mi padre y el resto de la gente que ha sufrido por esto, lo siento de verdad. Me gustaría ser benevolente. Me gustaría creer en el sacrificio. Pero no creo. Ni ahora ni nunca. Los cambiaría a todos ellos a cambio de mi esposa y de mi hijo. Y si no puedo recuperarlos, puedo seguir adelante hasta que esta quemazón en mis entrañas se convierta en desesperación y me rinda. —Señaló a Hauser y sus ojos se llenaron de lágrimas—. La única manera que tengo de poder hacer esto, la única manera de evitar meterme en la boca una de estas balas —gritó, dando una palmada sobre la pistola que colgaba de su cinturón— es recordar que ese monstruo va a seguir haciendo lo que hace hasta que yo le haga parar. ¡Y usted, con su estúpido soliloquio de «solo soy un pobre policía paleta» desde luego no conseguirá hacerlo parar! La única oportunidad que tenemos... el único que puede encontrar a ese cabrón soy yo. ¿Y quiere saber una cosa, Mike? Espero que él me encuentre. Rezo porque, sea cual sea la razón que le hizo venir a por mí desde hace tantos años, me encuentre, porque ese cabrón y yo tenemos unas cuantas cosas que decirnos. —Sus ojos se nublaron un poco más—. Y solo uno de nosotros saldrá con vida.

Hauser frunció los labios.

—Bien, ¿cuál es el paso siguiente?

—Me voy a casa. Allí es donde esto empezó, y donde va a terminar. No sé cómo lo sé, pero lo sé. Vendrá a buscarme. Tiene que hacerlo.

La puerta se abrió de golpe y Wohl entró a toda prisa:

—Agente especial Cole, tenemos comunicación por satélite. No sé por qué, porque la tormenta no está amainando, pero funciona. Aunque no sé durante cuánto tiempo.

Jake cogió el ordenador portátil de la mesa, al lado de la cara ensangrentada de Hasselhoff, que sonreía desde el interior de la bolsa de pruebas.

—Necesito unos cuantos minutos para esto.

Wohl hizo un mohín y contestó:

—Puede tomarse el tiempo que quiera, pero tratándose de satélites, depende de la Madre Naturaleza.

Jake siguió a Wohl y Hauser cerró la marcha. Frank optó por quedarse en la sala de interrogatorios ahora que tenía donde fumar.

La sala de comunicaciones era más o menos lo que Jake se había esperado: un par de transmisores de informes (una unidad principal y otra de apoyo) que parpadeaban como máquinas de juegos recreativos; tres terminales de ordenador equipados con monitores enormes para rastrear llamadas de teléfonos móviles; y un surtido de torres de servidores y concentradores de red, todo ello funcionando gracias al generador de emergencia.

Jake se sentó y la oficial de comunicaciones, Mary Skillen, le saludó con un gesto:

—Tenemos conexión desde hace un minuto con treinta y uno... treinta y dos... treinta y tres segundos. No va a mantenerse. —Tenía un cable de banda ancha y una hoja impresa en la mano—. Aquí tiene el código de acceso al sistema. Envíe su mensaje tan rápido como pueda.

Como si se tratara del acompañamiento de una obra de teatro de instituto, la intensidad de las luces bajó de pronto y Jake pudo oír cómo los tres agentes contenían la respiración. Ignoró la caída de potencia, encendió su portátil y se conectó al servidor. Ya había superado

la etapa de la esperanza y actuaba únicamente en la función de piloto automático. Los ojos de Skillen estaban fijos en el monitor de red:

—Está conectado, agente especial Cole.

Jake abrió el servicio de mensajería del FBI y cargó el vídeo que había grabado a medias con Kay y con Spencer. La barra de estado comenzó un agonizantemente lento avance en la parte inferior de la pantalla.

—¿De verdad cree que eso es un retrato del asesino, Jake? —preguntó Hauser desde la puerta.

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros—. Puede que sea otro callejón sin salida. Pero mi padre se tomó muchas molestias para hacerlo, y le dio muchas vueltas a la cabeza. Y no puedo creer que fuese simplemente cosa de su parte artística. Estaba intentando decirme algo. Con ese retrato que montó con las alfombras, con el cuadro que hizo utilizando su propia sangre, y con el Chuck Close al que le rajó los ojos. Todos eran mensajes, indirectas para decirme que tenía que mirar las cosas desde una perspectiva diferente. Desde su perspectiva.

—Su padre le dio mucho crédito —dijo Hauser, hablando despacio.

Jake no había pensado en ello en esos términos, pero cuando el sheriff lo expuso así, se dio cuenta de que tenía razón: aquella no era la clase de búsqueda del huevo de Pascua que la mayoría de la gente sería capaz de llevar a cabo. Su viejo había confiado enormemente en él.

Permaneció vigilando la barra de estado y sintiendo que el tiempo corría en sentido contrario. La barra alcanzó el tres por ciento... el tres y medio por ciento.

Lo único que se oía era la furia de la tormenta en el exterior, que ahora se hallaba en su punto más álgido, y Hauser estaba esperando a que llegase el ojo del huracán para darles a todos unas pocas horas de descanso para recargar sus baterías. Luego el temporal volvería a adquirir las características de una tragedia bíblica y el segundo acto desgarraría Long Island, cerraría todos los cabos sueltos y acabaría con todas aquellas edificaciones artificiales que hubieran tenido la audacia de resistir en pie. Si tenían suerte, todos ellos continuarían allí cuando el huracán hubiera pasado.

Pero la palabra «suerte» estaba siendo lentamente purgada del vocabulario de Hauser. Ya había presenciado en el pasado lo que podía hacer la mala suerte (la ocasión en la que su rodilla se había partido en el campo de fútbol había sido algo así como un estudio del efecto mariposa con malos resultados), pero aquel asunto entre Jake y el hombre de sangre había superado la definición de «mala suerte» en el momento en que su madre había muerto asesinada tantos años atrás. Por lo que al sheriff concernía, aquello era más bien una maldición.

Y sabía que las maldiciones tenían su manera particular de poner el punto y final.

Frank y Jake se dirigieron al este por la autopista 27, hacia Sumter Point, manteniéndose en el carril del sentido contrario porque estaba más lejos de la orilla, aunque solo fuera por unos pocos metros. A su derecha, el océano arrojaba olas de quince metros que batían la playa y recorrían los cien metros hasta la autopista para detonar contra el terraplén lanzando toneladas de agua por los aires. Una oleada de un metro de altura recorría el asfalto, y Frank tuvo que girar el volante a la derecha para evitar que el vehículo cayera a la cuneta. De vez en cuando la fuerza del agua levantaba un poco el Hummer y lo arrastraba lateralmente; Frank entonces tiraba del volante y pisaba el acelerador para conseguir un mayor agarre. Hasta el momento eso había ocurrido tres veces en los últimos seis kilómetros, y los dos eran conscientes de que si continuaba así durante el tiempo suficiente, la ley de rendimiento decreciente garantizaba que acabarían siendo arrastrados fuera de la carretera. Pero quizá, solo quizá, como lo peor de la tormenta había pasado ya, lo conseguirían. Así que siguieron adelante. Por Jeremy y por Kay y por la simple razón de que no había ninguna otra cosa que podían hacer. Se trataba otra vez de eso llamado «destino».

El fondo del vehículo estaba lleno de agua hasta casi medio metro de profundidad, un detalle de su diseño que aseguraba que el Hummer no perdiese tracción en las inundaciones o en condiciones cenagosas. Jake tenía los pies mojados desde hacía horas, y había llegado a preguntarse si alguna vez volvería a tenerlos secos.

Hauser les había pedido que se quedasen en su oficina, pero Jake había insistido en marcharse. Sabía que las posibilidades de que la autopista aún existiera eran tan escasas como las de que la casa aún se mantuviera en pie, pero algo le decía que tenía que ir allí. Al menos, estaría localizable en la casa. No es que eso hubiera supuesto una gran diferencia hasta ahora, pero era lo único que se le ocurría que podía hacer.

El muro de agua que se alzó por encima de la carretera le hizo comprender por qué los hombres primitivos habían identificado las tormentas con la ira de Dios. Un grueso manto de agua de mar golpeó el dique de rocas que había en el lado de la autopista, salió disparado por los aires y cayó sobre el asfalto con un ruido sordo. Frank giró el volante y las ruedas lograron permanecer unidas a la carretera. Un vehículo más pequeño habría sido arrastrado fuera de la calzada, y solo pudieron atravesar el puesto de control que daba acceso a la punta de Long Island gracias a la llamada que Hauser había hecho de antemano.

El Hummer pasó por encima de una cantidad de escombros suficiente como para construir una ciudad pequeña. El lugar parecía la zona cero de una prueba nuclear: un mínimo de una docena de casas estaba desperdigada por el asfalto como cajas de zapatos chafadas. Ante sus ojos surgía de todo, desde pantallas rotas de lámparas a una plancha de madera de cedro de diez metros de longitud, y Frank no paraba de darle toques cariñosos al

salpicadero y decirle cosas bonitas al vehículo. Y cuando eso no surtía efecto, le decía otro tipo de cosas.

Jake fumaba un cigarrillo, y decidió que cuando aquel asunto hubiese llegado a su fin se arrimaría a una botella hasta que dejase de saber quién era. Ya había tenido bastante. Y sin Kay y Jeremy, nada le importaba lo más mínimo.

A Jake le parecía que se movían a la velocidad de las placas tectónicas, pero cuando miró al exterior, al mundo negro iluminado por el brillo de los focos del techo del coche, y vio una señal fija, se dio cuenta de que en realidad avanzaban a buen ritmo. Si continuaban así, estarían de vuelta en la casa en diez minutos.

Y entonces daría comienzo la verdadera espera.

Jake pasó revista en su cabeza a los datos que tenía, hizo todas las posibles variantes sobre los cálculos, y supo que estaba pasando algo por alto, algo que otorgaría sentido al por qué todo lo que había ocurrido lo había hecho de la forma que lo había hecho.

—Quiero saber por qué —dijo, sin pretenderlo, en voz alta.

—¿Qué? —Frank giró el volante para rodear un yate a motor de ocho metros de eslora que estaba caído de costado, a merced de las olas que venían del Atlántico, y que cada vez lo empujaban un poco más hacia el lado contrario de la carretera.

Una de esas olas brotó de la oscuridad y se alzó junto al vehículo como la pared de un acantilado. Jake se estremeció mientras aquella pared de agua se venía abajo y Frank giraba el volante para combatirla. La parte frontal del vehículo corcoveó al recibir el impacto, y luego rebotó hacia delante. Frank pisó a fondo el acelerador en busca de agarre y el Hummer, milagrosamente, se mantuvo sobre la carretera.

—Ese tipo se llevó a mi madre —dijo Jake cuando recuperó el aliento—. Ahora se ha llevado todo lo demás. ¿Por qué?

—¿El mismo tipo? ¿Después de todo este tiempo? Sería ya viejo... Quiero decir, a ella la asesinaron hace treinta y tres años. —Frank dio una calada y su cigarrillo brilló con una luz anaranjada—. ¡Jesús!, ¿dónde se ha ido el tiempo? Recuerdo el día que la mataron como si fuese ayer mismo. Tu padre tenía una gran exposición en Nueva York y fue todo un éxito. Estaba lleno. Él quiso quedarse en la ciudad y emborracharse y charlar con sus colegas pintores y con los amigos que solían acompañarlo cuando iba de fiesta. Tu madre quería volver a casa para estar contigo. Se preocupaba por ti, lo sabes. —Una pequeña sonrisa curvó las comisuras de la boca de Jake—. Ella se fue. La llevé a su coche y vinimos juntos. Nos quedamos sin cigarrillos, pero ella ni siquiera quiso parar en el supermercado porque quería asegurarse de que estabas bien. Ni tan siquiera me acercó a la puerta de mi casa, me dejó en la esquina de la calle y tuve que ir andando —dijo con una sonrisa.

—Da la impresión de que tú también la echas de menos, Frank.

Frank asintió y exhaló humo por la nariz y entre los dientes.

—Lo hago, Jakey. ¿Sabes?, nunca le conté a nadie esto, pero envidiaba a mi hermano por tener a Mia. Él creía que yo estaba enamorado de ella, pero no se trataba de eso. Tu madre era algo especial. El que se la arrebató, en realidad lo mató a él también.

—¿Por qué nunca te casaste?

—¿No es obvio? —repuso Frank, con una carcajada—. No soy exactamente lo que podría llamarse un buen marido.

—Tampoco lo era mi padre.

Frank asintió y apagó su cigarrillo contra el metal del salpicadero.

—Ahí me has pillado. Pero tu padre no encontró a una mujer típica, él encontró a Mia. ¿Tienes idea de cuántas mujeres pueden vivir con tipos como nosotros? —preguntó, gesticulando con su pulgar para señalar tanto a Jake como a sí mismo.

—¿Tipos como nosotros? —Entonces pensó en Kay, y se dio cuenta de que el viejo tenía razón.

—Vamos, Jakey. ¿Yo? Me he pasado media vida de safari o en las montañas, cazando prácticamente cualquier bicho que corra, ande o se arrastre por el planeta. Incluso ahora, me largo a las montañas durante períodos de tres semanas. ¿Crees que una mujer normal quiere un hombre que hace eso? Por mucho que hablan de ser liberadas, por mucho que hablan de querer un reparto equitativo, todavía tengo que encontrar a una mujer que me permita ser yo mismo. ¿Y tú? —Se rio, pero fue una risa amable y cariñosa—. Tú eres igual. No me importa quiénes fueran tus padres genéticos, eres un Coleridge. Solo que tú cazas personas para divertirte.

—No hago esto para divertirme, Frank.

—No soy bueno dando consejos, Jakey, pero te metes en problemas cuando empiezas a creer tus propias chorradas. —La voz de Frank casi desapareció bajo el estruendo que inundaba la cabina—. Te he observado hoy: te gusta lo que haces.

Jake negó con la cabeza.

—Te equivocas. Lo dejo. He tomado la decisión. Este caso y otro más que tengo que cerrar. Al menos iba a dejarlo.

—Claro —asintió Frank—. Y otro más, luego otro más, después otro. Siempre uno más. Es como una mala relación de la que no puedes salir. Porque amamos las cosas que nos destruyen, Jakey. Con esa destrucción nos sentimos vivos.

Llegaron a Sumter Point y Frank se internó por el sendero de entrada. Bajo los brillantes focos del vehículo, la casa mostraba el aspecto de llevar varios años abandonada. La mayoría de los canalones habían sido arrancados y habían desaparecido fragmentos enteros del tejado. Los setos ya no estaban, al igual que la gravilla del sendero, que ahora no era más que un camino embarrado. Más allá de la casa, el estudio estaba inclinado hacia el mar, como si hubiera perdido su punto de sujeción en la tierra y se estuviera planteando la posibilidad de zambullirse en el océano.

Jake sabía que el hombre de sangre iba a presentarse allí. Tenía que hacerlo: no quedaba nadie más aparte de Frank y de él. Pensó en contarle su plan al viejo, en decirle qué hacían allí. Pero a Frank no le gustaría. Ni lo más mínimo. Porque a nadie (ni siquiera a un viejo y duro hijo de puta como Frank Coleridge) le gustaba ser utilizado como cebo.

—Hogar dulce hogar —dijo Jake.

Hauser había bebido tanto café en los últimos dos días que imaginaba que necesitaría una semana entera para que su organismo lo disolviese. Hacía tiempo que no se había mirado en un espejo, pero el sabor que tenía en la boca le sugería que incluso sus dientes eran ahora marrones. Caminó por el pasillo sosteniendo con la mano izquierda una taza mientras la derecha descansaba sobre la empuñadura del cuchillo de su bisabuelo, se había concedido una tregua para dar una vuelta de reconocimiento por la comisaría.

Todo estaba aún en movimiento, pero el frenesí de hacía unas pocas horas había dado paso a un zumbido exhausto. La mayoría de los agentes llevaban puesta su cuarta muda de ropa seca, y Hauser distinguió algún que otro par de botas y unas cuantas camisetas no reglamentarias. Observó los gestos torpes y las miradas distantes de sus hombres, buenos tipos que se habían pasado las últimas dieciséis horas trabajando obligados por la tormenta, ayudando a ciudadanos que deberían haber hecho caso y haberse marchado.

Querría haber dedicado toda su atención y todos sus recursos a los homicidios que se estaban multiplicando con la rapidez de las células al dividirse, pero lo cierto era que sus recursos eran muy limitados. Por supuesto, cuando llegase la mañana, se presentaría allí la Guardia Nacional y él tendría la libertad de poner a sus hombres donde considerase que podían ser más efectivos. Pero dudaba que sus hombres pudieran dar caza a aquel asesino; para eso necesitaba a gente que contase con experiencia en ese tipo de cosas y que tuviera una personalidad situada en algún punto por debajo de la capa de escarcha de las emociones humanas. En pocas palabras, necesitaba a un hombre con la frialdad analítica de Jake Cole. El loco de Jake, que recorría la ciudad a bordo de un Humvee para dar caza a pecadores. ¡Jesús!, se preguntó el sheriff, ¿cómo podía una vida llegar a joderse tanto? Entonces cayó en la cuenta de que él formaba parte de la misma caravana. Bueno, casi.

Hauser había pasado la mayor parte de la noche en el exterior, metido en el huracán, donde el mundo físico había sido destrozado. Sabía de sobra lo que la Madre Naturaleza podía hacer (ser el sheriff de una comunidad costera significaba contar con un buen número de experiencias en ese sentido), pero nunca había imaginado que pudiera llegar a ver cómo Long Island estaba a punto de ser arrancada de sus cimientos de roca. Esa noche, mientras estaba fuera durante el peor momento del huracán, había recibido una lección de humildad y había sentido miedo.

Una buena parte de la ciudad había sido arrasada, ni siquiera podía empezar a hacerse una idea del número de casas que habían sido tiradas por el viento o por las olas como montañas que habían impactado contra la población como si fueran la propia mano de Dios. Había tejados arrancados de cuajo. Coches volcados. Trozos de tierra que el mar se había llevado consigo. Y eso era tan solo el primer asalto.

En unas pocas horas más, la primera parte del *Dylan* habría concluido, y tendrían un

momento de descanso mientras pasase por encima de ellos el ojo del huracán. Pero ¿durante cuánto tiempo? ¿Una hora? ¿Dos? Luego comenzaría de nuevo y acabaría todo lo que había dejado a medias, infligiendo cuantos daños tuviese a bien infligir.

Hauser se había pasado buena parte del tiempo salvando a personas de su propia estupidez. ¿Por qué no se habían limitado a hacerle caso? Sabía con seguridad que él había actuado con la debida diligencia, que se había esforzado para conseguir que sus ciudadanos abandonasen su... su... ¿qué? Su mierda, al final podía resumirse en esa palabra. Claro que parte de esa mierda costaba un montón de dinero, pero no eran más que cosas materiales. Y las cosas materiales podían reemplazarse. O podía vivirse sin ellas. Pero Hauser sabía que cuando llegase el lunes por la mañana ninguna tienda de Montauk tendría nuevas vidas a la venta.

Por mucho que intentaba concentrarse en la tormenta y convencerse de que era lo peor que le había pasado jamás a su comunidad, las imágenes de lo que hacía el hombre de sangre no cesaban de surgir en su mente. Comparado con aquel tipo, el *Dylan* era una inconveniencia menor, y cuando uno describía la mano de Dios como una inconveniencia menor, era porque tenía que hacer frente a algo realmente grave.

Wohl llegó corriendo hasta él con una hoja rosada en la mano:

—Sheriff, una ventana de la avenida Myrtle ha explotado y ha dejado ciega a una mujer. Su hija, de siete años, ha dado el aviso. Los de los servicios médicos están ocupados con dos ataques de corazón y con un tipo que se ha roto una pierna, así que las tres unidades están ahora mismo fuera. ¿Quiere que me encargue yo?

Hauser negó con la cabeza; a Wohl se le daba bien organizar cosas y lo necesitaba allí para asignar prioridades entre los avisos que llegaban.

—Envía a Scopes.

—Scopes está fuera atendiendo un aviso. Debería haber vuelto hace media hora pero no lo ha hecho. —Wohl tenía una mirada esperanzada en sus ojos, quería pringarse las manos realizando algún servicio por la comunidad y no pasarse la noche entera allí dentro comiendo sándwiches de ensalada de huevo y pasando mensajes.

—¿Spencer?

El otro se encogió de hombros:

—Spencer también está fuera.

—Mierda —dijo Hauser, frunciendo el gesto. Dio un trago a su café y luego puso su taza en las manos de Wohl—. Dame la dirección. —Fue a coger su poncho. Mejor tratar con Dios que con el Diablo, se dijo para sus adentros.

Jake sostuvo la puerta y Frank entró corriendo en la casa. Al pasar junto a él, Jake se percató de que las últimas horas le habían hecho pagar un alto peaje a su tío. Era un viejo duro, pero la noche le había pasado factura y los años resultaban visibles entre las fisuras. Jake cerró la puerta.

Frank se sacudió la lluvia y se detuvo frente a la mesa Nakashima. Encima de ella, con un cierto parecido con el Sputnik, estaba la esfera de alambre que Jacob había soldado tantos años atrás. Jake la miró fijamente, viéndola ahora con nuevos ojos, con una nueva historia tras de sí. Frank hizo lo mismo.

Pasaron al interior de la casa y estaba igual que el sendero de entrada; lo que era un lugar sucio a causa de la desidia había sido ahora arrasado por la tormenta. Las cristaleras ya no existían y el suelo se había convertido en una ciénaga de tierra y agua y cristales rotos. Fuera, la piscina se había desplazado hacia el océano. El terreno que la sostenía había sido devorado por las olas que lo habían maltratado durante horas. Saltaba a la vista que la física terminaría por superar la resistencia de la piscina y esta caería al agua, solo era cuestión de tiempo.

Jake pulsó algunos interruptores, pero solo para confirmar que no había corriente eléctrica. Fue en ese breve momento de pausa entre esperar la luz y no recibirla cuando su mente llevó a cabo aquel proceso mágico que nadie entendía, y todas las piezas encajaron. No en un lugar incierto, sino en su lugar correspondiente. Sacó su pistola y apuntó con ella a la cabeza de Frank:

—¿Dónde está mi familia? —preguntó con voz calmada.

Era como si a Wohl le hubieran crecido manos extra durante la tormenta; durante la mayor parte de la noche había tenido que atender al menos cinco llamadas a la vez y había tomado notas con más rapidez de lo que había creído posible. Las líneas telefónicas habían recibido su sesión de zarandeos a manos del huracán, pero de algún modo aún seguían funcionando. Las antenas de telefonía móvil se habían achicharrado hacía ya horas, fallando una tras otra a medida que la tormenta pasaba con sus rayos y relámpagos sacados del Libro de las Revelaciones. Había estado toda la noche dentro de la comisaría, con las ventanas tapadas con tabloncillos, pero de tanto en tanto el mundo exterior se iluminaba con una luz blanca y durante un segundo la luz de un sol falso penetraba por las rendijas de las tablas y postigos, y luego volvía a extinguirse. La corriente eléctrica se había venido abajo con un monstruoso estruendo que había achicharrado prácticamente todo lo que había estado conectado a ella, incluyendo los electrodomésticos. Pero de alguna manera, por arte de magia, las líneas de teléfono continuaban en funcionamiento. Wohl había decidido que, cuando el huracán hubiera pasado, invertiría en acciones de las compañías telefónicas, y que, por lo que a él respectaba, las de telefonía móvil podían irse al carajo. Después de aquella tormenta, pensaba decantarse por las redes analógicas.

Colgó en una de las líneas y otra comenzó a parpadear.

—Sheriff... —Hacía ya horas que el saludo completo habitual había quedado reducido a eso.

—Soy Matthew Carradine, director de Operaciones de Campo del FBI. ¿Está el sheriff Hauser en el edificio?

—¿Quién ha dicho usted que es? —preguntó Wohl.

—El jefe de Jake Cole. ¿Puede decirme si el sheriff Hauser está disponible? —Había urgencia en su voz.

El mundo exterior se encendió de nuevo y por las rendijas entró una luz blanca.

—Hauser está fuera. Puede intentar contactarlo por radio, pero con la tormenta eléctrica nada está funcionando. Tenemos suerte de tener aún teléfonos.

—¿Quién es el siguiente en la cadena de mando?

Wohl echó un vistazo a su alrededor y no vio más que agentes. Scopes y Spencer todavía no habían vuelto.

—Supongo que yo —dijo.

—Entonces será mejor que me escuche.

Frank estaba atado a uno de los taburetes de la cocina, sus tobillos sujetos mediante cinta adhesiva a las patas, una cuerda de una cortina pasada por la cintura y las manos esposadas a la espalda. Frank no ofreció resistencia, no estaba enfadado ni sorprendido, simplemente estaba allí sentado, sumido en un silencio lúgubre, mirando fijamente a Jake.

—¿Dónde está mi mujer? ¿Y mi hijo? —preguntó Jake, gritando para hacerse oír sobre lo que quedaba de la tormenta.

—Tú eres el que piensas como un asesino, Jake. Haz tú los cálculos.

Jake levantó su pistola hacia el rostro de Frank:

—No voy a matarte, Frank, pero voy a hacer que me supliques que lo haga.

Jake meneó la cabeza con aire triste:

—Jake, soy yo: Frank. El tipo que ha estado disponible para ti siempre que me lo has pedido. Como lo estoy ahora. Estás alterado, Jakey.

—¿Te parezco alterado? —Su voz era firme, calmada, y sus ojos volvían a ser aquellos dos puntos negros que parecía haber cogido prestados de una serpiente—. Pasé la etapa de estar alterado cuando mi hijo desapareció, Frank. Para cuando te llevaste a Kay, ya había pasado a estar encolerizado. Cuando encontré la cabellera de Emily Mitchell en el vestíbulo de su casa, entré directamente en la fase de querer cargarme a alguien. Y creo que me conoces lo suficiente como para entender que puedo ser peligroso, pero haré esto como mi último acto de compasión humana: si me dices dónde están mi mujer y mi hijo, aunque estén muertos, te dispararé al corazón. Será rápido. —Jake se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas y la pistola emitiendo un brillante destello en la penumbra—. Pero si no me lo dices, Frank, si me jodes y tratas de escurrir el bulto e intentas escabullirte, voy a coger ese cuchillo —señaló con un gesto el arma de Frank, que asomaba sobre una mesa a unos metros de distancia, junto a la caja con el pulverizador de aislamiento térmico que el albañil se había olvidado— y te lo voy a meter por el tímpano. Solo por uno de los dos, porque necesito que me oigas por el otro lado mientras te hago preguntas y te voy cortando piezas de tu cuerpo. He aprendido de los maestros, y te aseguro que te va a doler. —Se incorporó y retrocedió unos pasos. Fuera, la lluvia seguía cayendo y entrando por el ventanal roto. Se detuvo justo en el borde—. No podrás creer el catálogo de torturas que tengo en mi cabeza —dijo, dándose unos golpecitos en la sien con la pistola.

En los ojos de Frank había ahora una mirada de terror:

—Jakey, Jakey, soy yo. ¿De acuerdo? ¿Por qué iba a querer hacerte daño a ti o a tu familia?

—No se trataba de mí, Frank. Pensé que sí, pero no era así. No lo supe hasta hace unos minutos, y debería haberlo sabido. Estabas enamorado de mi madre, Frank.

Frank asintió.

—Claro que amaba a tu madre, Jakey. Claro que tenía celos de tu viejo. ¿Y qué? Todo el mundo tiene celos de algo.

—¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está mi hijo?

Frank se movió en la silla para comprobar la firmeza de sus ataduras.

—Ese es tu territorio, Jake. Tú conoces toda esta mierda mejor que ninguno de nosotros, tú eres el que habla el lenguaje de los muertos, el que lee sus señales y los entiende. ¿No te están hablando ahora?

—¿Están muertos, Frank?

—¿Estaríamos manteniendo esta conversación si no lo estuvieran? —dijo Frank, encogiéndose de hombros.

Se oyó un fuerte golpe y el crujido de la puerta principal, y por un segundo Jake creyó que era el viento el que la había abierto. A continuación se cerró y una voz llamó:

—Jake, ¿estás ahí?

Jake fue hacia el vestíbulo. Spencer estaba allí, al lado del poliedro de acero soldado. Estaba empapado y tenía una linterna en la mano.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Jake? —preguntó.

—Esperando. ¿Y tú?

—Quería asegurarme de que estabas bien, de que habías podido enviar el vídeo, de que la tormenta no se había tragado este lugar.

—Estoy ocupado, Bil...

La puerta retumbó bajo el empuje de una tremenda ráfaga de viento que hizo caer un cuadro en la pared de al lado. Se produjo una explosión de luz de un billón de voltios cuando un rayo zigzagueó desde el cielo e impactó en el Hummer, aparcado en el sendero de entrada. La casa tembló sobre sus cimientos.

El marcapasos de Jake sufrió un cortocircuito y se llevó la mano al pecho. Notó que su corazón se detenía y cayó de rodillas. Spencer se abalanzó hacia él y lo sostuvo antes de que se desplomase al suelo.

Jake quiso decirle que dejase a Frank atado a la silla.

O quizás incluso que echase a correr.

Lo único que logró formular fue un gruñido seco.

Luego perdió el conocimiento.

A los ojos de Hauser, Southampton parecía una chatarrería. No se había percatado de que existían tantos muebles de plástico de jardín en el mundo. Había terminado con el aviso recibido desde la avenida Myrtle, había llevado a la mujer y a su hija a emergencias. Los médicos se habían hecho cargo inmediatamente de ella y uno de ellos le había dicho a Hauser que probablemente recuperaría la visión, pues la mayor parte de la ceguera se debía a la sangre que le había entrado en los ojos. Un punto para los buenos, pensó el sheriff mientras regresaba de camino a su oficina.

Rodeó con su todoterreno un velero atravesado en un cruce y cuyas velas batían como cañonazos, y en ese momento el *walkie-talkie* que tenía en un soporte del salpicadero cobró vida.

—Unidad veintidós, emergencia. Por favor, responda. —El veintidós había sido el número de Hauser durante su carrera de cuatro partidos con los *Steelers*. La voz no se oía con claridad, pero era al menos perceptible.

Cogió el aparato y pulsó el micrófono:

—Sí, Wohl. Aquí Hauser.

—Sheriff —crepitó la voz—... necesito... vuelta aquí... gencia. —Incluso con las interferencias, Hauser pudo distinguir que algo iba mal.

—Estoy de camino —dijo, al tiempo que el parachoques de su vehículo se llevaba por delante una sombrilla de jardín que se le había cruzado en mitad de la calle.

¿Por qué demonios me necesitan en la oficina?, se preguntó. Si había una emergencia, Wohl debería haberle dicho dónde era para que pudiera ir directamente. ¿Qué estaba pasando?

Lo primero que captó su atención fue el silencio. El estruendo de la tormenta había cesado y lo único que podía oír era una brisa suave y el sonido distante de las olas rompiendo en algún punto cercano. Unos pocos segundos más tarde recuperó el sentido del tacto. Y con él vino la comprensión de estar tumbado en un charco de agua y tiritando de frío.

Abrió los ojos a la negrura y se preguntó si su marcapasos habría sobrevivido a la descarga. Todavía sentía una sensación de hormigueo en los dedos y un inconfundible hedor a cables chamuscados acompañaba al dolor sordo de su pecho. Sin mover ninguno de sus demás músculos, parpadeó un par de veces y se dio cuenta de que había algo delante de su cara. La forma se fue aclarando hasta que distinguió la suela de un zapato. No, no era un zapato, sino una bota. Una suela gruesa y pesada. Talla cuarenta y siete. Se incorporó apoyándose en los codos y vio que la bota iba unida a un pie. El pie unido a una pierna. Se levantó un poco más, haciendo un esfuerzo para ponerse de rodillas. Y vio que la pierna pertenecía a Spencer.

Jake trató de ponerse en pie, pero resbaló sobre el suelo del vestíbulo. Entonces se dio cuenta de que no estaba en un charco de agua.

Spencer tenía la garganta cortada en una línea ligeramente diagonal que ascendía desde su clavícula derecha hasta justo por debajo del lóbulo de su oreja izquierda. El corte era profundo y Jake había visto suficientes heridas de cuchillo para saber que aquella se había realizado con un movimiento rápido y una hoja muy afilada. El experto que había en él le indicó que había sido un ataque con la mano derecha y el filo del cuchillo hacia arriba. ¿El arma? Fácil: el cuchillo de combate de Frank sobresalía del pecho de Spencer, hundido hasta la empuñadura un poco a la izquierda del centro, un golpe letal perfecto. Jake se limpió las manos en los pantalones, pegajosos por las manchas de sangre que ya se estaba coagulando, y supo que había permanecido inconsciente durante un buen rato. ¿Cuánto? ¿Una hora? ¿Dos?

La sangre de Spencer había dibujado en la pared un amplio arco que había manchado dos cuadros y la mesa Nakashima donde descansaba la esfera de acero.

En ese momento, Jake se acordó de Frank.

Corrió hacia la sala de estar porque, por supuesto, Frank había desaparecido. Spencer lo había desatado y Frank le había cortado el cuello. ¿Por qué no había matado a Jake? ¿Por qué no...?

La corriente de pensamientos de Jake se quedó congelada en ese punto.

Frank continuaba estando en la silla.

Una espuma amarillenta y opaca le brotaba de las fosas nasales y de la boca como las gruesas raíces de un árbol enfermo. A su lado, en el suelo, yacía un bote pulverizador de aislante térmico cuyo tubo dispensador estaba cubierto de sangre de cuando alguien lo

había metido a la fuerza en la nariz de Frank. El empuje de la espuma al expandirse había deformado la cabeza, había retorcido y reventado las fosas nasales, sacándole los ojos hacia fuera, y la mandíbula colgaba desencajada como la de una pitón que tratase de tragarse a un perro salchicha. El cuello y la garganta estaban dilatados, hinchados por la expansión de la muerte que le había bloqueado el aire, adhiriéndose como pegamento a las cavidades de su garganta y su nariz. Tenía la piel blanca, subrayada de venas azuladas que brillaban a través como el cableado de un circuito.

La espuma continuaba expandiéndose y burbujeaba y gemía como el motor de un coche al enfriarse mientras continuaba quebrando los huesos de su cráneo.

Jake miró hacia la playa. Aún era de noche, pero el viento y la lluvia y el infierno de antes habían dado una tregua mientras pasaba el ojo del huracán sobre la zona. El cielo estaba despejado y la brillante esfera de la luna colgaba sobre el agua como la lente de una cámara. Las estrellas titilaban. Las olas lamían la orilla con un ritmo pausado. En la playa parecía que se hubiese montado una barricada para contener el agua, había una hilera de restos compuesta por todo tipo de objetos, desde troncos de quince metros de longitud hasta barcos volcados, hasta más allá de donde alcanzaba su vista.

Jake se volvió otra vez hacia Frank. La espuma había llenado sus pulmones, su estómago y su esófago, haciendo que su cuerpo se levantara y enderezase en la silla, en una posición antinatural para un muerto.

Y entonces una idea nauseabunda cobró forma en su cerebro: se había equivocado. Se había equivocado con respecto a Frank. Se había equivocado al interpretar las pistas que su padre había dejado. Se había equivocado al interpretar los miedos de su padre. Lo más importante, se había equivocado con respecto al hombre que había estado haciendo aquello. Se había equivocado en todo.

Pensó en la Capilla Sixtina que su padre había pintado en el extremo de la finca, decorada no con una imagen de Dios dándole la vida a Adán, sino tatuada con demonios (hombres de sangre) puestos allí para darle un mensaje al joven Coleridge, un mensaje que él había malinterpretado. Jake se giró instintivamente e intentó concentrarse en el edificio del estudio. El terreno sobre el que solía asentarse continuaba allí, pero el edificio había desaparecido.

Oyó que se abría la puerta principal.

Y se cerraba.

Pasos.

Una pausa (ante el cadáver de Spencer).

Más pasos.

Luego el haz de una linterna recorría el vestíbulo, se arrastraba por la estancia y se detenía sobre Jake:

—Hola, agente especial Cole —dijo una voz desde detrás del foco.

Jacob Coleridge se despertó en la sala de recuperación, solo; la enfermera que le había sido asignada había salido para atender una llamada en la UCI de cirugía, dos puertas pasillo abajo. Jacob, por supuesto, no tenía forma de saber eso, solo sabía que estaba solo.

No estaba atado a la cama, y aparte de los agudos pinchazos de varios anzuelos en la boca se sentía bastante fuerte y con la cabeza más o menos despejada. Se incorporó hasta quedar sentado. Además del suero inyectado en su brazo, tenía un tubo de oxígeno metido por la nariz hasta los pulmones. Estaba lo suficientemente lúcido para comprender que eso se debía a que con toda probabilidad tenía la boca rellena de algodón y suturas. No tenía ni idea de por qué.

Jacob se contoneó hasta el borde de la cama, consiguió pasar una pierna flaca y desnuda entre la barra lateral y la que había a los pies del colchón, y pulsó la palanca con el dedo gordo. La barra lateral emitió un fuerte sonido metálico al caer y Jacob pasó su otra pierna y bajó al frío suelo de linóleo.

Con uno de los bastones que hacían las veces de manos, logró enganchar uno de los extremos del tubo que lo alimentaba de oxígeno, luego retrocedió y el tubo salió de su nariz con un pequeño ruido húmedo al final. Se giró y se alejó de la cama, y la goma elástica del suero se estiró, la aguja salió de su brazo con un silbido y voló por los aires, salpicando las sábanas con un goteo de sangre. No había nada clandestino o furtivo en sus movimientos, simplemente era un hombre que tenía un lugar al que ir, una misión que llevar a cabo.

Salió arrastrando los pies al pasillo vacío, oscuro y silencioso, encontró la puerta que daba a las escaleras de emergencia y la abrió de un empujón.

El Hospital de Southampton, construido teniendo en mente huracanes e inundaciones, estaba diseñado para que pudiera ser evacuado no solo por la planta baja, sino también por el tejado (todos los edificios gubernamentales construidos cerca del océano contaban con esa opción). Pero Jacob no se movía con esa idea en su cabeza, solo estaba siguiendo su propia lógica, que le decía que subiera. Así que empezó a hacerlo.

Llegó a lo alto de las escaleras en algo más de dos minutos. Permaneció allí, con el aliento silbando a través de sus fosas nasales y notando el bulto de algodón y grapas de la boca como si fuese un cactus, hasta que recuperó el aliento. Luego lanzó todo su peso contra la puerta.

La alarma estaba conectada a una serie de sirenas, y en cuanto Jacob empujó la barra que abría la puerta, la penumbra comenzó a aullar.

La tormenta se había interrumpido temporalmente, pero allí arriba el viento estuvo a punto de tumbar a Jacob, que cruzó tambaleándose el umbral y se adentró en la azotea cubierta de agua. La lluvia se vertía en enormes torrentes a través de los canalones, pero el viejo pintor todavía tenía que atravesar unos treinta centímetros de agua, y la grava se le

clavaba en las plantas de los pies.

Pensó en su hijo, en cómo él le había forzado a marcharse. Había sido lo único que había podido hacer. Y ahora, arrastrándose a través de aquella balsa de agua de la azotea, que le llegaba hasta las espinillas, se preguntó si al hacerlo había conseguido salvar al chico. Estaba de vuelta en la zona de peligro, y a Jacob le dio la impresión de que lo único que había hecho era prolongar las consecuencias para ambos. Sintió en el pecho una profunda punzada de desesperación al comprender que nada de eso importaba. Ya no. El daño ya estaba hecho.

Al menos el daño había sido espectacular.

David Finch le había dicho una vez que aspirase a lo más alto o se fuese a casa, y en su mente fracturada y aterrorizada, Jacob Coleridge se sentía orgulloso por haber llevado esa filosofía hasta el final.

Incluso en la pausa provocada por el ojo del huracán, el viento azotaba a Jacob y mordisqueaba su bata como un perro furioso. Levantó los brazos y la bata salió volando, arrastrada hacia la noche en manos de la tormenta. Jacob se tambaleó hacia delante, desnudo.

Se movió con cautela, pues la parte de su mente que aún funcionaba correctamente sabía que si se caía no podría levantarse. Sus pies estaban sangrando en abundancia y podía sentir cómo el calor se escurría de su cuerpo.

Estaba a tres metros del murete de la azotea cuando oyó que la puerta se abría a su espalda. Los haces de varias linternas rastrearon el lugar. Le enfocaron. Gritos. Jacob vio que su sombra se alargaba ante él, hasta el borde del edificio y más allá del murete, hacia la vacía oscuridad.

Más gritos.

Su nombre.

Jacob no miró hacia atrás.

No se detuvo.

Su sombra bailó en el suelo. Chapoteo de pisadas detrás de él. Voces que le imploraban que se detuviese.

¿Acaso no podían ver que no tenía alternativa? ¿Que aquello era lo que tenía que hacerse?

Nunca dudó sobre su misión, nunca dudó de la razón para hacer aquello; sabía que aquella era la única forma de escapar de lo que se avecinaba. Había vivido con miedo durante demasiado tiempo. Nadie podía salvarle. Ni siquiera Jake. Ya no.

Su avance requirió todas fuerzas y toda su concentración, pero su mente le permitió visualizar una fugaz imagen, la de Mia, sentada en la cubierta del velero tantos años atrás. Joven, hermosa, cuando la vida había estado tan llena de potencial.

Llegó al borde de la azotea.

Sacó un pie ensangrentado del agua.

Y dio un paso hacia el vacío.

Jake se apartó del cadáver de Frank con movimientos lentos pero fluidos, como si sus huesos no estuviesen conectados entre sí.

—¿Quiere contarme qué está pasando? —preguntó.

Hauser entró en la sala de estar.

—Pensaba que eso era lo que usted hacía, señor Hechicero. Averiguar cosas. —Lo dijo con voz suave, casi con amabilidad, pero había algo más, algo enojado detrás de sus palabras. Llevaba la pistola en la mano.

—¿Dónde están mi esposa y mi hijo?

Hauser avanzó hacia la chimenea. Las cortinas que aún resistían colgadas bailaban al viento como fantasmas, hechas jirones. El sheriff echó un vistazo a la cabeza deformada de Frank y su mandíbula desencajada.

—Yo hago las preguntas, Jake —dijo, levantando su arma, y en ese momento fue cuando Jake vio el enorme cuchillo de combate colgando de su cinturón. El cuchillo de un asesino, no el de un policía.

Jake comprendió que aquella parte de él, la parte que sabía que todo aquello iba a terminar relativamente pronto, había dejado de preocuparse. También se dio cuenta de que allí, en el runrún de la incredulidad sobre cómo todo aquel asunto se había desarrollado, las voces de Kay y Jeremy se habían apagado. Junto a esa certeza llegó una inmensa sensación de fatiga. Hizo un gesto hacia la cocina.

—Necesito algo de beber. —Era una afirmación, no una petición. Había dejado de pedir permiso cuando se había marchado de aquel lugar tantos años atrás y no iba a empezar a hacerlo ahora, ni siquiera cuando tenía ante sus ojos una Parabellum de nueve milímetros.

Había treinta centímetros de arena en la cocina, así que tuvo que tirar con fuerza de la puerta del armario que había debajo del fregadero para poder abrirla. Sacó una botella de whisky que había al fondo y se sirvió dos dedos en una taza de té. En el interior de su cabeza oía un zumbido como el de una bombilla a punto de fundirse y el chirrido estridente de circuitos eléctricos a punto de estallar. Sabía que tras la sacudida que su corazón había recibido, iba a necesitar unos pocos minutos para que su mente volviera a funcionar a pleno rendimiento. Spencer estaba muerto. Frank estaba muerto. Mientras él había estado inconsciente en el suelo, alguien los había matado a los dos. No, «alguien» no; el hombre que había aterrorizado a su padre. El hombre del suelo de Jeremy. El retrato sin rostro de su padre. El asesino. El hombre de sangre. Todos ellos.

—¿Quiere un trago? —le preguntó a Hauser.

El sheriff asintió con gesto cansado, y caminó hacia él, todavía empuñando la pistola.

—¿Por qué no?

—Está de servicio —dijo Jake, mientras le servía un vaso.

—Y usted es un alcohólico en fase de recuperación.

—Solo soy un borracho entre un trago y otro. —Deslizó el vaso por el mostrador y luego alzó el suyo para hacer un brindis. Miró a Frank, muerto en la silla detrás del hombro de Hauser como el faro detrás de Rachael Macready en aquella maldita foto en su casa. Sus ojos se llenaron de lágrimas cristalinas y brillantes.

Lo único que pudo hacer fue preguntarse por qué.

Se bebió de un trago su whisky y el fuego que sintió en la garganta le resultó dulce y conocido. Cerró los ojos y se concentró en el calor y la belleza de las llamas que ardían en su estómago. ¿Cuánto tiempo hacía desde que bebía alcohol? Pero sabía la respuesta, nada más formular la pregunta en realidad: un regalo de su memoria perfecta. Excepto por aquellos cuatro meses que nunca había sido capaz de recordar. Ese período de tiempo se había perdido para siempre.

Abrió los ojos y Hauser continuaba allí con aquella mirada de infelicidad soldada a su cráneo, los ojos distantes y la boca torcida hacia abajo. Parecía una de esas pegatinas que Kay ponía en los botes de productos químicos debajo del fregadero para que Jeremy no se preparase un cóctel de lejía y limpiacristales.

Kay. Jeremy. ¿Dónde estaban?

La sala de estar estaba llena de arena y restos. El retrato del hombre del suelo había desaparecido, había quedado tapado. Jake dirigió su mirada hacia la piscina. La tormenta se había llevado las algas y los nenúfares y había estado a punto de arrancar los cimientos y arrastrarlo todo al fondo del océano. Todavía colgaba de la terraza, inclinada hacia el mar, que lamía sus bordes. El agua era ahora de un color marrón sucio. Turbio. Sin vida.

Y recordó lo que Frank había dicho. Tú eres el que piensas como un asesino. Haz tú los cálculos.

Y su cabeza se iluminó como los rayos que habían estado cayendo toda la noche. Sabía donde los había puesto aquel bastardo. En un lugar donde nadie miraría, ni siquiera los polis, porque ya habían peinado esa finca. En un lugar tan cercano que a nadie se le ocurriría pensar en mirar allí.

Jake salió de detrás del mostrador. Rápido.

Hauser se estremeció, pero Jake se movió con tanta rapidez que ya había dejado atrás al sheriff antes de que este comprendiera qué estaba pasando.

Jake se abalanzó hacia delante y saltó a través de una de las ventanas reventadas, y luego se zambulló en la piscina.

El mundo submarino sabía a sal y a barro, no a cloro. Jake pateó hacia el fondo y sintió que su mano se hundía en la mugre y la basura que se había asentado allí tras la tormenta. Palmoteó a través de los sedimentos y sus dedos apartaron a los lados guijarros y piedras y latas de cerveza vacías y botellas de whisky.

Su pulso palpitaba en sus oídos. Deslizó las manos hacia delante y hacia atrás por el fondo, rebuscando entre los restos. El aire de sus pulmones trató de tirar de él hacia la superficie, de vuelta al mundo, pero pateó para aguantar más allá abajo. Tocó un tapacubos, un plato roto, más latas y botellas vacías. Luego la figura basta de un bloque de mampostería. Y debajo, algo blando y gomoso que solo podía ser piel. Jake pasó las manos por su superficie y sintió que se ondeaba, se enrollaba alrededor de sus nudillos como si quisiera tocarle, hacerle saber que sabía que él estaba allí. Su dedo índice se deslizó por una depresión viscosa (como el lenguaje Braille), algo que le resultaba familiar al tacto: un

ombbligo perfecto, pequeño. Y más abajo distinguió las hendiduras con forma de media luna causadas por un cuchillo. Más abajo aún, el fondo áspero de la piscina.

Una piel humana. Sujeta con un ladrillo para mantenerla bajo el agua.

Jake gritó y perdió el aire de sus pulmones en un rugido violento. Respiró, inhaló sedimentos y agua salada y desesperación. Vomitó debajo del agua. Instintivamente, agitó los brazos para subir a la superficie.

Asomó la cabeza.

Soltó un alarido, un chillido de horror. Luego se sumergió de nuevo en la suciedad.

Encontró el ladrillo, lo levantó y cerró su mano en torno al trozo de piel.

Continuó rebuscando en el fondo.

Localizó una segunda baldosa.

Y una segunda piel.

La arrancó de debajo de la baldosa, ascendió y salió a la superficie en el extremo menos hondo de la piscina.

Eran tan gruesas y pesadas como petos de plomo. Jake se quedó allí, con el corazón batiendo contra sus costillas, sin ánimos para bajar la mirada.

Lo que quedaba de Kay en una mano.

Lo que quedaba de Jeremy en la otra.

Hauser estaba en la terraza, por encima de él, con la boca aún torcida hacia abajo en las comisuras de tal manera que parecía que su rostro se hubiese quedado petrificado. Encendió la linterna y la enfocó sobre Jake. En las cosas que Jake tenía en sus manos. Y luego volvió a apagarla.

Jake fue hacia las escaleras, subió trastabillando y se desplomó en la terraza.

La piel de Kay se desenrolló con un sonido carnoso. Su cara sin ojos, sin dientes y sin vida quedó hacia arriba, hacia el cielo, y Jake vio que un cuchillo había rajado su boca de oreja a oreja. La piscina la había limpiado y todas sus heridas, todas sus laceraciones, lo miraban de manera lasciva.

—No —dijo, en voz tan baja que quizá ni siquiera lo hubiera llegado a pronunciar.

Jake miró ahora la piel que había cubierto a su hijo. Estaba hecha jirones por los bordes y el tiempo pasado bajo el agua la había limpiado. No tenía orejas.

Hauser permaneció donde estaba, pero mantuvo la linterna apagada.

—Adentro, Jake. —La pistola colgaba de su mano, resplandeciendo como si fuera una prótesis.

Jake levantó lo que quedaba de su hijo, y algo en aquel gesto resultó nauseabundo. Tenía un brazo bajo el torso de Kay, y el tatuaje de las pistolas cruzadas resplandecía delante de sus ojos. Amor Duro.

Miró sus manos destrozadas. Amor. Odio.

Y de nuevo las pistolas.

Amor Duro, con una línea hecha jirones cruzando el tatuaje.

Recordó la camiseta que acababa de comprar con la frase «Don't Hassel the Hoff» en el pecho. Eso era lo único que quedaba: lemas.

Jake levantó a su familia y sintió el goteo por sus muslos, acariciándolo con largos zarcillos de piel. El pelo de Kay produjo un ruido áspero contra sus vaqueros.

Los llevó a la sala de estar, los dejó a los pies del tío Frank y se sentó en el suelo. Durante un momento no hizo otra cosa que mirar fijamente.

—¿Ha venido para matarme? —preguntó, sin levantar los ojos del horror que había en el suelo.

Hauser dio un paso hacia delante y levantó la pistola:

—Supongo que a estas alturas ya lo habrás adivinado.

Scopes zigzagueó entre los escombros que cubrían la autopista, con las luces y las sirenas atronando. El mundo a su alrededor le recordaba a una antigua grabación en blanco y negro de Hiroshima que había visto en el canal de Historia. Pero sin el marco que contenía y limitaba aquella grabación, era algo infinitamente más grande que nada que pudiera imaginar. Se sentía como si estuviera conduciendo a través del sueño de un demente. En todas partes hacia donde miraba, y tan lejos como le alcanzaba la vista, el mundo estaba roto en pedazos.

Estaban metidos en el ojo de la tormenta. Todavía faltaba más destrucción por llegar. Mirando a su alrededor, se preguntó para qué se iba a molestar la tormenta en volver. ¿Qué quedaba por destrozar?

Hasta hacía nueve minutos, cuando había salido de la comisaría, la cifra de muertos estaba en catorce. Por supuesto que probablemente encontrarían más cadáveres. Enterrados bajo los escombros. Colgando de los árboles. Arrojados a la playa. Y luego estaban los cadáveres que nunca aparecerían. Aquellos que la tormenta había arrastrado mar adentro para que se los tragase el Atlántico.

Mientras los otros agentes del departamento se reagrupaban (para recuperar horas de sueño y redactar sus últimas voluntades), Scopes se dirigía hacia la casa de Jacob Coleridge. Quería hablar con el agente especial Jake Cole sobre unas cuantas cosas. Quería que le diera un poco de perspectiva sobre lo que estaba ocurriendo. Y quizás ofrecerle a cambio otro punto de vista.

Scopes no era un hombre inquisitivo por naturaleza, pero la bronca que Cole le había echado había estado retumbando en su cabeza durante los últimos dos días y le había hecho pensar. Pensar en los seis asesinatos. En la desaparición de la esposa y el hijo de Cole. En el modo en que Hauser estaba llevando la investigación. De lo que Scopes se había dado cuenta era de que nadie había caído en el hecho de que esto tenía que venir desde dentro, desde algún punto muy cercano. Pero la cercanía era una cuestión de perspectiva, ¿no?

Scopes llevaba en su puesto cuatro años, lo que se traducía en un buen número de ocasiones limpiando a manguerazos trozos de huesos y sesos de la carretera después de que algún estúpido veraneante se hubiese tomado demasiadas copas y se hubiera salido una curva en su trayecto de vuelta a su casita en la playa; cuatro años de tratar con viudas histéricas después de que sus maridos hubieran pintado el techo con su materia gris porque sus agentes de bolsa les habían despojado de sus fortunas y las habían metido en el bolsillo de algún ejecutivo corrupto; cuatro años de responder a avisos domésticos en los que tenía que leerle sus derechos a algún borracho que lloriqueaba después de haberse cargado a su mujer con una palanca de hierro solo porque le había comprado la marca de cerveza equivocada. Así que Scopes había visto cosas desagradables y siempre había sido capaz de

aguantar las ganas de vomitar.

Pero Jake Cole poseía una tolerancia que no podía medirse en términos humanos. Al menos hasta ahora. Scopes se preguntó cómo resistía el Hombre de Hierro ahora que su familia se había desvanecido en una nubecilla de humo. Le había visto en la oficina del sheriff la noche anterior, caminando como un zombi, intentando aparentar que seguía aún vivo cuando tenía que tener un fuego devorándole las entrañas. Scopes se preguntó cómo se podría sentir.

No encontraba ningún placer en aquellos pensamientos, pero necesitaba mantener su mente ocupada con algo mientras avanzaba esquivando los obstáculos que habían sido la ciudad en la que él había crecido. Y Jake Cole y su familia eran algo mucho más interesante que una jodida tormenta. Scopes no podía hacer nada con respecto al *Dylan*. Pero ¿con respecto a Cole? Ese era un asunto completamente distinto.

Hauser se sentó en el borde del hogar y apoyó sobre la rodilla la mano con la que aferraba su pistola. Contempló a Jake durante unos minutos.

—Wohl recibió una llamada de Carradine: hiciste bien en enviar el coche de tu madre al laboratorio.

Jake alzó la vista hacia Hauser. Sus ojos enrojecidos estaban llenos de lágrimas.

—¿De qué está hablando?

Hauser sonrió e hizo un gesto de negación con la cabeza:

—Esto se ha acabado, Jake. Se acaba contigo y conmigo. —Levantó los ojos hacia la playa más allá de los ventanales—. El laboratorio halló dos huellas en el coche de tu madre. Los dedos índice y corazón de una mano izquierda. Bajo el reposabrazos de la consola. Huellas dactilares sobre la sangre de tu madre. Habían sido borradas, pero uno de tus magos fue capaz de sacarlas. La ciencia moderna es alucinante, ¿no es cierto?

Jake sintió que se le formaba un nudo en el estómago y de repente la habitación le pareció mil veces más pequeña. Entonces se le revolvieron las tripas y se inclinó para vomitar en el suelo, junto a la piel de su esposa. Vomitó hasta que no le quedó nada dentro y su cuerpo se retorció con espasmos convulsos.

—¿Quieres saber por qué los últimos asesinatos son tan limpios en comparación con aquel? —Los ojos de Hauser volvieron a posarse en Jake—. Porque te has perfeccionado.

Recibió a *Lewis* por su onceavo cumpleaños. Su padre compró aquel perro feo porque era un regalo que requería poca imaginación y aún menos sentido común. Jake había intentado que le gustase (en realidad, se había sentado mirando fijamente a aquella cosa estúpida y torpe y tratando de conseguir que le gustase), pero fue una más en una larga lista de causas perdidas.

Lo que más le hacía enfadar era lo estúpido que era el perro. Le decía que se sentase, y el chuchó se limitaba a mirar a Jake como si este le hubiera pedido que le dijese su número de teléfono. Pedirle que le diera la pata era como formular una cuestión de gramática. Que se tumbase o se revolcase era como pedirle a aquel jodido perro que resolviese el acertijo de la esfinge. Se desentendió del perro muy pronto.

Después, Jake vio una tarde a un perro haciéndose el muerto en el *Show de Dick Van Dyke* (uno de aquellos aburridos programas en blanco y negro que su madre le obligaba a ver porque creía que el humor le haría bien). Vio aquel truco, realizado nada más y nada menos que con un pastor alemán, y se empeñó en enseñárselo a *Lewis*.

A los cinco minutos comprendió que aquel perro no iba a aprender a hacerse el muerto en un futuro cercano. Lo único que se le daba bien era oler mal y hacer caca.

—¡Hazte el muerto! —le chilló el niño, señalando el suelo con el dedo.

Lewis permaneció quieto, sin expresión alguna en los ojos, la lengua colgando de su boca, casi como si Jake tuviera una sonrisa en la cara.

—¡He dicho que te hagas el muerto!

Lewis dio un paso hacia delante y le dio un lametazo a Jake con su lengua húmeda y caliente.

Y eso colmó el vaso. Jake corrió a la cocina y abrió con un golpetazo el cajón de los cubiertos. Encontró el cuchillo más grande, el que su madre utilizaba para trocear el pollo cuando preparaba ese plato grasiento llamado *coqauvin*. Lo sacó del cajón, volvió junto al perro y levantó el cuchillo por encima de su cabeza:

—¡HAZTE EL MUERTO! —le gritó.

Lewis echó sus orejas hacia atrás y se estremeció de miedo. El perro conocía al niño, sabía cómo se ponía cuando le cambiaba la voz, así que retrocedió unos pasos.

Jake se abalanzó sobre el animal, lo sujetó por la oreja y le abrió la garganta de lado a lado con el cuchillo.

El perro soltó un ladrido que se quedó a medias, dio un paso atrás y se desplomó en la terraza. La sangre manó en un chorro cuya intensidad variaba con cada latido de su corazón moribundo, y las patas del animal se empezaron a mover en una carrera, porque su cuerpo todavía no comprendía que ya estaba muerto. Levantó sus grandes ojos marrones para mirar a Jake.

El niño se inclinó sobre el perro y le escupió:

—¡ASÍ ES COMO TE HACES EL MUERTO! —gritó, y volvió a entrar en la casa, cerrando la puerta con llave tras él.

Por supuesto, su madre lo sabía. Siempre había sabido cómo era Jake. Quién era. Pero Jacob no le hacía caso. Tuvo un comienzo difícil. Dale tiempo. Dale una oportunidad. Dale. Dale. Dale.

Su padre le había ordenado a su madre que se llevase a Jake a desayunar y quizás a ver una película en el cine. Y durante todo el tiempo su madre no había hecho otra cosa que mirarlo fijamente, como si estuviera examinando un insecto con una lupa. Tenía la boca fruncida y los ojos entrecerrados. Jake se zampó un desayuno espectacular con gran apetito, y cuando pidió más tortitas porque eran su comida favorita, ella se levantó corriendo de la mesa y él la oyó sollozando en el aseo del restaurante.

Después de aquella mañana, ella siempre tuvo miedo de él. Y el matrimonio de sus padres comenzó a resquebrajarse. Daba la impresión de que su padre tendría que tomar una decisión entre él y su madre. Jacob había estado del lado del chico hasta ahora, defendiéndolo, intentando que ella le diera una oportunidad.

Pero no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que Jake había quemado todas sus oportunidades con ella, hasta la última de todas.

Mientras su padre se debatía en el complicado proceso de elegir un bando, Jake sintió que la cuerda comenzaba a tensarse.

Así que decidió mejorar sus opciones.

Jake permanecía muy quieto mientras el ojo de su mente echaba un vistazo por encima de una de las tapias de memoria levantada de cualquier modo entre las diferentes partes de su propio yo. Las imágenes que había al otro lado estaban iluminadas como objetos en un museo; grotescos estudios de sí mismo que veía pero no reconocía. Se pasó el dorso de la mano por la boca y percibió el sabor a agua de mar, a lágrimas, whisky y vómito. Empezó a protestar, a ofrecer una especie de negación, pero en ese justo instante vio algo con el rabillo del ojo, un destello en la escalera. Giró la cabeza hacia allí.

Jeremy estaba sentado en el escalón más alto, con el pequeño sombrero que tenía un delfín bordado. Su hijo estaba sonriendo, y abrazaba a Elmo contra su pecho. Parecía muy feliz. Muy vivo. Muy real.

Jeremy levantó su diminuto puño, lo abrió y lo cerró en su propia imitación de un saludo, y luego lo bajó otra vez hacia Elmo. La imagen parpadeó un poco, como una señal de televisión defectuosa.

Los ojos de Jake se llenaron de lágrimas. Parpadeó y cayeron por sus mejillas. Cuando volvió a mirar, Jeremy había desaparecido.

Hauser se puso en pie y dio una vuelta alrededor de Jake.

—¡Hijo de puta!

Jake levantó la mirada y trató de enfocarla en el hombre que había considerado como una especie de aliado, una especie de amigo. ¿Acaso no veía, no podía ver que aquello era un error?

—Yo... yo... no... yo no pude...

—Sí, sí que pudiste —bramó Hauser—. ¡SÍ, SÍ QUE PUDISTE!

El desfibrilador de Jake lanzó una descarga de electricidad a su corazón. Se estremeció y se dio un mordisco en la lengua.

—Tú asesinaste a la mujer y a su hijo playa arriba, Jake. ¿Te acuerdas de eso?

Jake negó con la cabeza. ¿Cómo podía Hauser pensar que él había...?

Pero las paredes que separaban los compartimentos de su cabeza estaban viniéndose abajo y las imágenes ahora fluían juntas, creando cuadros. Cuadros que golpeaban y chillaban y sangraban. Más pornografía de los muertos. Jake había pelado a la señora X, un bulto retorcido de carne ensangrentada y chillona que se había arrancado su propia lengua a mordiscos. La mujer había gritado y suplicado y sangrado y muerto en sus manos. Jake Cole. El hombre de sangre.

Las dos emisoras de televisión que había en su cabeza se estaban fusionando, cosiendo sus señales en una misma programación. Las secuencias que transmitían eran todavía un poco confusas, carecían de detalle. Excepto quizás el color rojo. Había mucho color rojo. Más que suficiente.

Hauser dio un paso hacia su derecha, bloqueando la visión que Jake tenía de Frank, con aquella espuma amarilla reventándole la cabeza.

—Carradine me ha dicho que han identificado al pequeño X, Jake. Su ADN ha dado un resultado positivo a través de una conexión lateral.

—¿Un hermano? —La única ocasión en la que el ADN de los niños se registraba era cuando se denunciaba su desaparición y se suministraba una muestra a la base de datos del CODIS del FBI. En ese sistema se almacenaban casi tres millones de muestras del ADN de personas desaparecidas. Pero una conexión lateral significaba que la muestra había sido identificada a través de un miembro de su familia que tenía su ADN en la base de datos del CODIS (además de la sección de personas desaparecidas, el CODIS contenía cerca de ocho millones de muestras genéticas de criminales conocidos; y también otra sección con personal del gobierno y de las fuerzas de seguridad).

El rostro de Hauser se puso tenso y miró a Jake a los ojos con una expresión a medio camino entre la tristeza y... ¿y qué? Se acercó al cadáver de Frank, que todavía se movía a causa de la expansión de la espuma.

—Sé quiénes son. La señora y el pequeño X.

Jake se tambaleó y se apoyó contra la mesa.

—No quiero saberlo. —Una exposición de diapositivas cubrió su visión pasando a altísima velocidad, una diapositiva tras otra, sin pausa. Rostros formándose en las sombras, como fotografías en blanco y negro en una cubeta de revelado, cobrando nitidez por segundos.

Hauser movió la cabeza a ambos lados y sacó de su bolsillo dos fotografías impresas por ordenador. Extendió el brazo para mostrárselas, abiertas en abanico con un par de naipes. Jake estiró su brazo y las cogió, y, lentamente, las dos fotografías adquirieron ante él la forma de dos rostros. Una mujer. Un niño. Hermosos. Vivos.

Su esposa.

Su hijo.

—No. No. Nonononononononoooooooooooooooo.

En algún lugar en la lejanía oyó el alarido de su hijo mientras alguien lo destrozaba con un cuchillo.

Alguien no.

Él.

El hombre de sangre.

Yo.

—Jake, yo nunca los vi. Nadie lo hizo. Llevas dos semanas en Montauk. ¡DOS SEMANAS! ¡Jesús! Mataste a tu esposa y a tu hijo, Jake. A Kay y a Jeremy. Desollaste a tu mujer y a tu hijo, malnacido. ¿Qué pasa contigo?

Jake volvió a sentir una sacudida en el pecho, pero ahora era la adrenalina, no el aparato. Sostuvo las fotos, que temblaban como hojas en su mano. Vio a Kay sonriéndole, y a continuación un trozo de cinta se proyectó en su mente, una escena en la que ella estaba en el suelo, aullando.

—¿Los pelos de caballo que encontramos en la casa? Eran de un arco. El arco de un violonchelo.

Jake ya no podía ver. Sus ojos se habían transformado en cristal. Veía luz y oscuridad y algo rojo pero poco más.

—No. No. No. No. —Una y otra vez. Dentro de su cabeza, las imágenes aparecían formando series, cada una más sangrienta que la anterior.

Entonces la voz de Kay surgió de la oscuridad, y sus gritos eran tan íntimamente horribles que Jake se tapó los oídos con las manos para dejar de escucharlos. Pero en ese momento comprendió que estaban dentro de su cabeza, y eso hizo que fuesen aún más escalofrantes. Empezó a gritar, y el sonido retumbó como el de un animal herido en un tanque de acero.

Hauser escupió al suelo.

—Nadie los vio, Jake, excepto tú. Esa mañana que estuvimos hablando sobre Carradine, ellos estaban arriba dándose un baño, ¿recuerdas? Claro, oí el grifo abierto. Oí una radio en el cuarto de baño. Pero ¿sabes lo que no oí, Jake? Chapoteos. Conversaciones. Risas. Ni ninguno de los otros miles de sonidos que se oyen cuando un niño de tres años se baña. No había nadie más aquí contigo, Jake. Estabas tú solo con tu memoria eidética. Puedes crear escenas de crímenes en tu cabeza. Puedes crear cualquier cosa en tu cabeza. Eres como el doctor Frankenstein, insuflando vida en piezas desechadas. Te imaginaste a tu familia.

Jake sintió que el pecho se le llenaba de lava caliente que le quemaba las cuerdas vocales, derretía su estómago y arrojaba una llamarada de adrenalina hirviendo a su cerebro. Se dobló por la cintura.

—¡Pare!

La mano de Hauser reposaba sobre su pistola, y sus ojos eran dos círculos ariscos tras sus gafas amarillas de tirador.

—Los dos cuerpos de la casa de los Farmer eran los de tu esposa y tu hijo, Jake.

—¡Estuve con Kay y con Jeremy esta mañana! —gritó—. ¡Alguien se los llevó! —Y sus palabras sonaron a mentira, incluso para él.

Hauser negó con la cabeza, pero sus ojos permanecieron clavados en Jake:

—No, Jake. La mujer y el niño eran tu esposa y tu hijo.

—¡La mujer y el niño murieron hace tres noches, Mike! ¡Kay y Jeremy desaparecieron ayer!

Hauser volvió a negar:

—No, Jake. Murieron hace tres días. He hablado con Carradine: el laboratorio de Quantico identificó el ADN del niño muerto contigo. Tú eras su padre.

—¡HOY ESTUVE CON ELLOS! —... ¿Lo estuve?

—No, Jake, no estuviste con ellos —negó Hauser con tristeza—. Durante los últimos tres días nadie ha visto ni a tu esposa ni a tu hijo.

—Si no estaban aquí, ¿con quién he estado hablando? —¿Con quién he hecho el amor?

Hauser se encogió de hombros.

—No te comportas como un loco. Es esa memoria que tienes. Parece más una maldición que otra cosa. Carradine dijo que ves cosas que nadie más ve. Quizás eso es exactamente lo que ocurrió. Los sacaste de tu memoria.

Jake pensó en la manera en que su madre solía visitarle después de morir y sintió un hormigueo en las yemas de los dedos, como si tuviera arañas por dentro.

—¿Por qué iban a estar en la casa de los Farmer?

—Wohl consiguió hablar por fin con el señor Farmer hace una hora. Está en Santa Lucía. Ha dicho que la casa la alquiló Kay River para el uno de septiembre.

Jake recibió una nueva descarga en el pecho y se quedó sin aliento con un audible traqueteo.

—¿Se da... usted... cuenta... de... que... esto... suena... a locura?

—¿Y TÚ? Has estado aquí solo. —Hauser hizo una pausa mientras repasaba todos los detalles que se le habían pasado por alto—. ¿Recuerdas lo de la pizzería? Encargaste una sola pizza para ti. Y una Coca-Cola. Porque sabías que no había nadie más.

—Eso no es cierto, llamé al restaurante para quejarme...

—¿Recuerdas el momento en que hiciste el encargo?

—Claro que... —Y entonces cayó en la cuenta de que no lo recordaba.

—Despellejaste a tu propia familia y luego creaste una réplica generada por tu memoria para que pudieras... —Hauser se interrumpió para intentar comprender el proceso que Jake había seguido—. Eres tan retorcido que ni siquiera es divertido.

Nadie es tan vil como tú, Jakey. Las palabras de Spencer aparecieron escritas en la pantalla de su televisión mental. Spencer, que no había querido hablar sobre *Lewis*, porque sabía la verdad. Nadie es tan vil como tú, repitió su voz ya sin vida.

Entonces aparecieron las imágenes de Kay en la cama con él apenas hacía unas horas. A continuación pensó en las esposas vacías.

Recordó el paseo por la playa del día anterior, Kay cogiéndole de la mano, Jeremy saludando a la pareja que pasaba.

La pareja no respondiendo al saludo.

Kay, incrédula, saludando.

Y la pareja ignorándola a ella también.

¿Por qué?

No podían verla.

Ni a Jeremy.

Porque no estaban allí.

—No eran de aquí —murmuró Jake—. Esa es la razón. —Las últimas palabras eran tan débiles que ni siquiera las formuló.

—Nadie los vio en la ciudad durante los últimos tres días, Jake. Nadie. Y tu esposa era una mujer que llamaba la atención. Nadie los vio en ninguna parte. Ni en las tiendas ni en el supermercado. Ni en el local que vende las camisetas de Hasselhoff. —Hauser se quedó callado, y durante un segundo dio la impresión de que había dejado de respirar. Luego se llenó los pulmones con un sonoro jadeo—. No quiero esto. No quiero esto por nada del mundo, Jake. Pero tú lo hiciste. Puedo distinguir cómo empiezas a verlo detrás de tus ojos. Llevas en la ciudad casi dos semanas. ¡Dos jodidas semanas! Alquilaste la casa de los Farmer para hacerte cargo de tu padre, viniste aquí antes de que él tuviera el accidente. ¿Crees que me lo estoy inventando todo?

Jake negó con la cabeza.

—Vine aquí hace tres noches. La noche que la señora y... y... Jeremy... y... —Su voz se quebró en un sollozo cuando los hombrecillos de su cabeza quitaron los calzos de las ruedas y los recuerdos comenzaron a brotar lentamente.

—Asesinaste a tu esposa y a tu hijo en la casa de los Farmer y lo limpiaste todo. Porque esa parte de ti, la parte mala, ha estado prestando atención a lo que tú sabes hacer. Esa parte puede guardar sus propios secretos, pero tú no puedes esconderle nada a ella.

Su *software* de recuperación de datos le mostró las imágenes. Cientos de ellas. Miles. Millones. Fotograma a fotograma.

Volvió a vomitar, un espasmo seco que le sacudió el pecho.

—Yo no... ¿Qué...? ¡Oh, joder! ¡Máteme! —El viento vibró en el exterior y en algún lugar a lo lejos se oyó el estruendo de otra casa desplomándose y cayendo al mar—. Por favor.

Recordó a Kay y a Jeremy en la terraza la otra mañana, Kay tan orgullosa de su camiseta con el lema de «Don't Hassel the Hoff», el sombrero de Jeremy con el delfín bordado. ¿Cómo podía ella... cómo podía su hijo...?

Y vio más imágenes fragmentadas.

Imágenes que se estremecían y chillaban y salpicaban y pateaban.

Su estómago se convulsionó en otro torbellino violento de ácido y vomitó una vez más con sonoras arcadas, doblándose por la cintura. Pero no le quedaba nada en el estómago aparte de dolor.

—Después de tu mujer y tu hijo —prosiguió Hauser—, asesinaste a Rachael Macready y a David Finch. Luego a la señora Mitchell y a su hija. Estabas flotando en el agua para limpiarte. Y el poncho probablemente te protegió de la mayor parte de la sangre en un primer momento.

Piensa otra vez, susurró una vocecita en el fondo de su cabeza.

Hauser sintió que su mandíbula vibraba como un cable de acero.

—Encontré el retrato que la niña hizo en el interior de la pelota de playa, lo dejaste en la papelería de la sala de interrogatorios. Dijiste que no servía, que no podíamos utilizarlo. ¿Y eso por qué, Jake?

Hauser salió de la habitación. Sus botas resonaron primero sobre la arena y luego, de manera distinta, sobre el suelo de piedra del vestíbulo. Regresó con el poliedro de acero bajo el brazo como un casco de fútbol. Entró en el salón y le lanzó la escultura a Jake, que la atrapó al vuelo, la apretó contra su pecho y se desplomó sobre ella.

Hauser introdujo la mano bajo su poncho y sacó la piel recortada de la pelota de playa que Emily Mitchell había creado/canalizado. Se la tiró también a Jake.

—Júntalo —dijo.

Cayó a su lado, un poco a la izquierda del bote de espuma de aislamiento térmico que había acabado con su tío Frank. Jake meneó la cabeza. Se aclaró la garganta. Intentó hablar. Las palabras brotaron quebradas, rotas, como el resto de sus entrañas:

—Ella... ella... cometió un error. No leyó correctamente los cuadros de mi padre. Ella realizó un retrato de...

—Un retrato tuyo, Jake. No un error. Solo que tú no lo entendiste, ¿verdad? —Hauser trató de mirar en los ojos de Jake, en el interior del hombre que le había caído bien, el hombre que en la superficie parecía haberle dado la vuelta a un pasado horrible y haberse construido por sí mismo algo que merecía la pena. Algo hermoso.

Recordó haber oído que todas las culturas tenían a su hombre del saco.

Jake le devolvía fijamente la mirada, y sus ojos eran de un negro profundo. En el izquierdo tenía un derrame, mientras que el derecho seguía nítido y brillante.

—Tu padre quería que supieras que el hombre de sangre eras tú.

Hauser se acercó y cogió el revólver de la funda de Jake. Retrocedió y vació el cargador en la palma de su mano. Dejó caer cinco de los cartuchos del calibre .500 al suelo y los apartó de una patada, lanzándolos a un charco. Introdujo el sexto en el cilindro y lo hizo girar lentamente hasta colocarlo en su lugar, luego cerró el arma.

—Por eso eres tan bueno cazando asesinos, Jake. Comprendes su lenguaje porque eres uno de ellos. —Hauser contempló a Jake, contempló cómo los muros de memoria de su

cráneo caían uno tras otro en un efecto dominó—. ¿Recuerdas aquellas dos maletas que desaparecieron de la casa de los Farmer? ¿Las que tú descubriste gracias a las marcas en la alfombra? ¿Adivinas qué?

—Señaló al rincón donde estaba la maleta de Kay, abollada y abierta como una almeja, junto a la funda del violonchelo, cubiertas las dos de arena y basura que la tormenta había arrastrado al interior de la casa—. Ahí está la segunda. ¿Y qué pasa con el violonchelo de Kay? ¿Por qué iba a venir para un solo día y traerse el violonchelo? Sabría que no tendría tiempo para tocarlo. Apuesto a que si llamamos a la compañía de autobuses dentro de un rato nadie recordará a una mujer con un violonchelo, Jake. Kay y Jeremy vinieron en tu coche. Por eso hay un asiento para niños en la parte de atrás. Te alojaste unos días en la casa de los Farmer. Y luego... —dejó que la frase se fuese apagando—. Tu padre no estaba intentando advertirte, estaba intentando asustarte para mantenerte alejado.

Las imágenes se agolpaban en su cerebro, chocando unas con otras para abrirse paso. Su padre lo había amado, lo había defendido. Y cuando Mia fue asesinada, Jacob se había rendido, se había arrastrado a la bebida y había tratado de olvidar que seguía estando vivo. Solo que no podía dejar de pintar porque para eso era para lo que había nacido. Y en sus pinturas, en su obra, lo había sacado a la luz. Había amado a su hijo, no lo había entregado a la policía, pero le había dado la espalda al chico. Hacemos cosas por la familia que no hacemos por nadie más, le había dicho su tío Frank por teléfono.

Hauser sostuvo en alto el revólver de Jake:

—Hay una bala dentro. —Dejó el arma sobre el mostrador y pasó junto al cadáver de Frank para atravesar uno de los ventanales rotos y zambullirse en el amanecer del nuevo día.

Jake estaba con el agua hasta la cintura más allá de donde las olas rompían contra la orilla. Lo que quedaba de Jeremy flotaba a su lado, balanceándose con el vaivén de la marea como una criatura marina que estuviera pudriéndose. Sostenía la mano flácida y hecha trizas de Kay. El viento había amainado del todo y si no hubiera sabido que estaba metido en el ojo de un huracán habría jurado que aquella era una de las mañanas más hermosas que había visto en su vida. Excepto porque la piel de su esposa y también la de su hijo flotaban a su lado entre las olas sucias.

A su espalda, la casa estaba en ruinas, casi destruida, y algo le decía que la segunda parte de la tormenta pondría punto y final a lo que había dado comienzo allí. Arrasaría aquel lugar por completo.

Jake recordó a los hombres que había sido. Había habido algo bueno en su vida. Quizá bastante. Pero había quedado anulado por todo lo que había eliminado. Principalmente de sí mismo.

Levantó la mano plana de su esposa y la besó, pasando por alto su olor. Luego besó a su pequeño hijo en la mejilla, junto al agujero donde había estado su oreja.

Después colocó el frío y húmedo cañón del revólver contra su paladar y lo inclinó hacia atrás para que la bala hiciera lo que tenía que hacer. Pensó en la mujer a la que había amado, en el chico que habían tenido, y en cómo todo ello se había reducido a la nada.

Cerró los ojos.

Y apretó suavemente el gatillo.

Cuando la presión de su dedo llegó hasta el final, Jake Cole se convirtió en un fantasma.

Hauser estaba en el borde del embarrado terraplén que solía dar acceso a una hermosa playa de arena. Bajo la luz temprana del amanecer estaba cubierta de restos y escombros de todos los tamaños, desde una bolsa de palos de golf hasta un barco de recreo de catorce metros de eslora que, pese a estar volcado, se parecía mucho al suyo. Quizá lo fuese, puestos a apostar. Solo que estaba al revés. Se dio cuenta de que no había sido una buena semana. Al diablo, pensó luego, y decidió que se había ganado un problema con la bebida.

Se volvió hacia la casa en la que Jacob Coleridge había creado su contribución a la historia de la pintura americana. Vio la base de cemento del suelo del estudio, agujereada y destrozada. El edificio se lo había tragado el mar. Todos aquellos cuadros, todo aquel genio creativo, todo aquel dinero, todo había desaparecido.

Hay familias que funcionan a base de amor, otras que lo hacen a base de ira y locura, y otras a base de cosas aún peores, había dicho Jake.

Cosas.

Peores.

¿Qué podía ser peor que aquello? Hauser quería saberlo. Examinó el mundo que el océano había utilizado como vertedero de todas las cosas que no había querido tragarse, y hasta donde alcanzaba su vista la franja de arena estaba cubierta con reclamaciones al seguro. Se preguntó si su casa habría sobrevivido a aquella noche. Su colección de armas del sótano. Quizá... Y entonces dejó de pensar en ello. Porque nada de ello importaba. Ya no. Y tenía que aguantar para el segundo acto del huracán. En cuestión de unas pocas horas el infierno estaría de vuelta.

Aunque esta vez el infierno vendría sin el Diablo.

Bajó tambaleándose por el nuevo terraplén que daba a la playa. Realmente nunca se había fijado en el trazado de la costa en aquel punto concreto, pero estaba seguro de que la tormenta se había llevado un pedazo de unos veinte metros de ancho.

La playa parecía otro planeta, uno que ningún humano había jamás hollado. A Hauser no le interesaba la metafísica, pero se preguntó cuánta gente habría sufrido cambios irrevocables en sus vidas durante los últimos dos días de temporal.

Y cosas peores.

La arena se adhería frágilmente a sus botas mientras avanzaba por la playa, con los brazos colgando sueltos a ambos lados, como el *quarterback* que había sido tanto tiempo atrás. Por encima de la brisa oyó el aullido de una sirena que se aproximaba. Scopes estaba en camino.

A su espalda, el océano se abalanzó sobre los fantasmas que yacían en las aguas poco profundas de la orilla y tiró de ellos para llevárselos y arrastrarlos hacia el fondo y reunirlos allí con el resto de trofeos que la tormenta había conseguido.

Nota del autor

Cualquiera que conozca la zona de Long Island en la que se desarrolla esta historia se dará cuenta de que me he tomado infinitas libertades con el escenario, he cambiado unas calles y fabricado otras, he inventado vecindarios y he creado playas que no existen. Esto se debe a la sencilla razón de que no quería que ningún lugar del mundo real pudiera ser asociado a los hechos ficticios que aparecen en esta novela.

Asimismo, el departamento del sheriff de Southampton descrito en la historia es producto de mi imaginación y no tiene relación con ninguna de las agencias encargadas de hacer cumplir la ley que atienden a las comunidades que he mencionado.

Agradecimientos

Cuando llega el momento de realizar el análisis sanguíneo de una novela, resulta complicado desglosar el patrimonio. En el caso de una primera novela, reducir ese patrimonio genético es imposible. Pero las personas que nombro a continuación destacan por haber ido más allá de lo que era su obligación:

Mi agente, Jill Marr, de la Agencia Literaria Sandra Dijkstra: mueve continentes y hace que hasta los muertos la obedezcan; Justin Frank, vividor, autor, amigo, conductor de cochecitos estrafalarios, empresario, aficionado a la obra de Chuck Close, es decir, un auténtico hombre del Renacimiento en pleno siglo XXI; Sandra Dijkstra, la gran maga de Oz que mueve los hilos detrás de las cortinas.

Y mi agencia: Andrea Cavallaro, por hacer que esta novela haya atravesado innumerables fronteras; Elisabeth James, por su infinita paciencia; Elise Capron, por hacer llegar mi manuscrito a las manos adecuadas; Thao Le, por su actitud positiva; Jennifer Azantian, por tirar del carro cada día.

En Thomas & Mercer: Andy Bartlett, por hacerme siempre sentir como si fuera el único escritor presente en la habitación; Victoria Griffith, por ver algo en mi obra que nadie más podía ver; y a todos los miembros de la editorial que ayudaron a que la novela saliese a la venta.